

EL HIJO DE TODOS

Louise Erdrich

se



Lectulandia

Dakota del Norte, verano de 1999. Landreaux Iron dispara a un ciervo en la linde de su propiedad pero, al acercarse, descubre que ha abatido al hijo de sus vecinos: Dusty Ravich, de cinco años de edad y mejor amigo de su propio hijo, LaRose. Las dos familias han estado siempre muy unidas y los niños prácticamente se han criado juntos. Landreaux, horrorizado ante lo sucedido, busca consejo en las visiones y ritos de sus antepasados indios, quienes le descubrirán una manera de reparar en parte el mal causado.

Al día siguiente, junto con su esposa Emmaline, entregarán al pequeño a los desconsolados padres de Dusty: «Ahora nuestro hijo será vuestro hijo».

LaRose se convierte así en la piedra angular que mantiene en pie a ambas familias, permitiendo que su dolor comience lentamente a remitir. Pero la súbita intervención de un extraño, vendrá a poner en peligro el frágil equilibrio alcanzado...

Lectulandia

Louise Erdrich

El hijo de todos

ePub r1.0

Titivillus 25.03.18

Título original: *LaRose*
Louise Erdrich, 2016
Traducción: Susana de la Higuera Glynne-Jones

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Para Persia
y cada LaRose*

DOS CASAS
1999-2000

La puerta

Landreaux esperaba allí donde los límites de la reserva partían en dos un tupido matorral —cerezos silvestres, álamos temblones y robles achaparrados—. Dijo que no había estado bebiendo y después no hubo señales de ello. Landreaux era un católico devoto que también respetaba las tradiciones, un hombre capaz de matar un ciervo, dar gracias a Dios en inglés y realizar una ofrenda de tabaco a otro dios en ojibwa. Estaba casado con una mujer todavía más devota que él y tenía cinco hijos a los que intentaba alimentar y llevar por el buen camino. Peter Ravich, su vecino, poseía una extensa granja, que había logrado poco a poco uniendo antiguas parcelas adjudicadas a los indios; cultivaba campos de maíz, soja y heno en la linde oeste. Tanto Landreaux como Ravich, y también sus esposas que eran medias hermanas, se intercambiaban bienes y servicios: huevos por municiones, viajes al pueblo, ropa para los niños, patatas por harina; ese tipo de cosas. Sus hijos jugaban juntos, aunque estudiaban en colegios diferentes. Corría el año 1999 y Ravich se había referido al cambio de milenio, a cómo había preparado fuentes de energía alternativas, comprado un *software* especial para el ordenador y hecho acopio de provisiones; incluso había llenado un viejo depósito de combustible que estaba enterrado al lado del cobertizo. Ravich creía que algo iba a suceder, pero no lo que en realidad ocurrió.

Landreaux había seguido la pista del ciervo durante todo el verano, aguardando el momento para cazarlo cuando estuviera bien cebado, justo después de cosechar el maíz. Como siempre hacía, le daría una parte a Ravich. El ciervo tenía costumbres fijas y se sentía seguro en su recorrido. Se detenía y observaba hasta bien entrada la tarde. Después, se atrevía a salir antes del anochecer, cruzaba los límites de la reserva para explorar los márgenes de los campos de Ravich. Ese día se acercó por el camino y se detuvo para olisquear el aire. Landreaux se encontraba a favor del viento. El ciervo se giró para observar el maizal de Ravich, ofreciendo a Landreaux una diana perfecta. Era un cazador extremadamente hábil; se había iniciado en la caza menor de la mano de su abuelo cuando tenía siete años. Landreaux disparó con absoluta seguridad. Cuando el ciervo salió huyendo, comprendió que había alcanzado otra cosa; se le había nublado la vista en el momento de apretar el gatillo. Solo cuando se acercó para comprobar y bajó la mirada, se percató de que había matado al hijo de su vecino.

Landreaux no tocó el cuerpo del muchacho. Dejó caer el rifle y atravesó el bosque corriendo hasta la casa de Ravich, una granja de tono tostado con un gran ventanal y un porche. Cuando Nola abrió la puerta y descubrió a Landreaux intentando balbucir el nombre de su hijo, cayó de rodillas y señaló hacia la planta de arriba, donde tendría que estar, pero no estaba. Acababa de comprobarlo y había visto que no se encontraba allí, y se disponía a salir a buscarlo cuando oyó el disparo. Intentó mantenerse a cuatro patas. Después, oyó a Landreaux al teléfono, explicando a su interlocutor lo

que había sucedido. El hombre soltó el aparato cuando ella intentó abalanzarse a través de la puerta. Landreaux la abrazó con fuerza. La mujer lo golpeó y le clavó las uñas para intentar soltarse, y todavía seguía forcejeando cuando llegaron la policía tribal y los servicios de urgencias. La mujer no consiguió cruzar la puerta, pero vio cómo el personal sanitario se precipitaba campo a través. La ambulancia avanzaba detrás lentamente por la senda de hierba del tractor que se adentraba en el bosque.

Espetó palabras terribles a Landreaux, palabras que no recordaba. La policía tribal estaba allí. Ella los conocía.

—¡Ejecútenlo! ¡Ejecuten a este hijo de puta! —gritó.

Cuando Peter llegó y habló con ella, al fin comprendió: los médicos lo habían intentado, pero fue en vano. Peter se lo explicó. Sus labios se movían pero ella no oía las palabras. Él estaba demasiado sereno, pensó ella con la mente desatada, demasiado sereno. Lo que quería era que su marido se abalanzara sobre Landreaux y lo matara a golpes. Lo tenía muy claro. A pesar de ser una mujer bajita y retraída, que nunca había causado el menor daño en toda su vida, quería ver sangre derramada. Aquella mañana su hija de diez años estaba enferma, no fue a clase y se quedó en casa. Todavía con fiebre, bajó las escaleras y entró en la habitación. A su madre le disgustaba cuando su hermano y ella desordenaban las cosas, sacaban todos los juguetes de la caja y los dejaban tirados por el suelo. Muy despacio, la hija fue extrayendo los juguetes de la caja y los fue esparciendo. Su madre lo vio, se arrodilló bruscamente y recogió todos los juguetes. Luego reprendió con severidad a su hija.

—¿Podrías no desordenarlo todo? ¿Eres capaz de no ser tan desordenada?

Una vez recogidos los juguetes, se puso de nuevo a chillar. La hija sacó otra vez los juguetes. La madre los guardó sin contemplaciones en la caja. Cada vez que su madre se agachaba para recoger los juguetes, los adultos apartaban la mirada y hablaban en voz alta para cubrir sus palabras.

La muchacha se llamaba Maggie, por su tía abuela Maggie Peace. Tenía una piel clara y luminosa y el cabello castaño; le caía sobre los hombros en ondas un tanto pícaras. El pelo de Dusty era de un tono rubio quemado por el sol, el mismo color que la piel del ciervo. Vestía una camiseta ocre y era temporada de caza, aunque eso no habría importado en el lado de la linde donde Landreaux había disparado al ciervo.

Zack Peace, jefe de la policía tribal en funciones, y Georgie Mighty, forense del condado y enfermera jubilada de ochenta y dos años, ya estaban desbordados. La víspera se había producido una colisión frontal a las dos y media de la madrugada, justo después de que cerraran los bares, y ninguno de los fallecidos en el accidente llevaba abrochado el cinturón de seguridad. El médico forense del estado viajaba por la zona y se detuvo en la reserva para despachar todo el papeleo. Zack estaba peleando con ese tipo de cuestiones cuando recibió el aviso sobre el asunto de Dusty. Hizo una pausa para apoyar la cabeza en el escritorio antes de llamar a Georgie, que convenció al médico forense del estado para que se quedara unas horas más y

examinara al muchacho a fin de que la familia pudiese organizar las exequias lo antes posible. Ahora Zack tenía que llamar a Emmaline. Como primos, se habían criado juntos. Intentaba contener las lágrimas. Era demasiado joven para este trabajo, y además tenía demasiado buen corazón para ser policía tribal. Dijo que se pasaría más tarde. Por ello Emmaline se enteró mientras sus hijos estaban todavía en la escuela y se fue a casa a esperarlos.

Emmaline se acercó a la puerta y observó a los chicos mayores mientras bajaban del autobús. Caminaron hacia la casa con la cabeza gacha, agitando las manos por las altas hierbas al cruzar la cuneta, y supo que ya se habían enterado. Hollis, que vivía con ellos desde que era pequeño, Snow, Josette y Willard. Nadie en la reserva se llama Willard sin que le caiga encima un apodo. Así que Willard era Coochy. Ahora su hijo pequeño bajaba a duras penas para reunirse con ellos: LaRose. Tenía la misma edad que el hijo de Nola. Se habían quedado embarazadas al mismo tiempo, pero Emmaline había acudido al hospital del Servicio de Salud Indio. Transcurrieron tres meses hasta que conoció al bebé de Nola. Pero ambos niños, primos, habían jugado juntos. Emmaline sacó unos sándwiches y calentó la sopa de carne.

—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó Snow con voz tranquila mientras la miraba.

El rostro de Emmaline se anegó de nuevo en lágrimas. Tenía la frente en carne viva. Cuando se había arrodillado para rezar, cayó en la cuenta de que se estaba golpeando la cabeza contra el suelo; y ahora el miedo manaba por todos sus poros.

—No lo sé —respondió—. Voy a ir a la policía tribal y me quedaré con vuestro padre. Ha sido...

Emmaline se disponía a decir «un accidente tan terrible», pero se llevó las manos a la boca y rompió a llorar, empapándose el cuello de la blusa, pues ¿qué podía decirse de lo sucedido? —algo innombrable—; y Emmaline ignoraba cómo ella o Landreaux o alguien, sobre todo Nola, podrían seguir viviendo.

Minuto tras minuto, transcurrió un día, y luego dos. Zack volvió a casa, se sentó en el sofá y se mesó la tupida cabellera.

—Vigílalo —dijo—. Tienes que vigilarlo, Emmaline.

Esta creyó entonces que se estaba refiriendo a la posibilidad de que Landreaux se suicidara. Negó con la cabeza. Landreaux vivía para su familia y mostraba una preocupación casi obsesiva por sus pacientes. Era ayudante de fisioterapia y estaba estudiando para ser técnico de diálisis. También era cuidador personal, tras formarse en el hospital del Servicio de Salud Indio, que confiaba en él. Emmaline llamó por teléfono a los pacientes de Landreaux. Eran Ottie y su mujer Bap. Cuando telefoneó al encantador anciano llamado Awan, un paciente terminal, y explicó a su hija que Landreaux no podría acudir, la hija dijo que se pediría un permiso en el trabajo para cuidar de su padre hasta que Landreaux volviese. Sin embargo, percibió en la voz de la hija un tono fatigado y poco sorprendido. Quizá Emmaline estuviera paranoica —tenía los nervios a flor de piel—, pero le había parecido que la hija de Awan había

vacilado y a punto estuvo de decir lo mismo que Zack. «Tienes que vigilarlo». Emmaline pensó que sería porque apreciaban a Landreaux, pero más tarde comprendió que ese era el motivo solo en parte.

Hubo una breve investigación y varias noches en vela antes de que a Landreaux lo pusieran en libertad. Zack cogió la llave de Emmaline y guardó el rifle en el maletero del coche. En cuanto Landreaux salió de las dependencias de la policía tribal, Emmaline se dirigió con él a ver al cura.

El padre Travis Wozniak les cogió las manos y rezaron juntos. No creía que fuera a encontrar las palabras, pero surgieron. Por supuesto que surgieron. «Incomprensible». «Su Juicio». «Inescrutables». «Sus caminos». Había tenido años y años de experiencia, incluso antes de hacerse sacerdote. El padre Travis había sido marine. O lo seguía siendo. Equipo de Desembarco de Batallón 1/8, 24 de mayo. Había sobrevivido a los bombardeos de los barracones de Beirut, Líbano, en 1983. Las gruesas cicatrices que le surcaban el cuello, como una fuerte soga que le recorría la piel dibujando lazadas, lo marcaban por fuera y también por dentro.

Cerró los ojos y apretó las manos con más fuerza. Se mareó. Estaba harto de rezar por las víctimas del accidente de coche, harto de añadir «abrochaos el cinturón» al final de cada sermón, harto también de tantas otras muertes prematuras, y se preparó para caer de rodillas al suelo. Se preguntaba, como hacía todos los días, cómo podía seguir adelante fingiendo ante tanta gente a la que quería. Intentó serenarse. «Llora con quienes lloran». Las lágrimas surcaban las mejillas de Emmaline. Ambos enjugaban con impaciencia las lágrimas de sus rostros mientras hablaban. Necesitaban toallas. El padre Travis tenía pañuelos de papel y un rollo de papel absorbente. Cortó varios trozos. Dos días antes, había hecho lo mismo con Peter, aunque no con Nola, cuyos ojos se hallaban reseco por el odio.

—¿Qué hemos de hacer? —preguntó Emmaline—. ¿Cómo pueden seguir las cosas a partir de ahora?

Landreaux comenzó a balbucear el rosario con los ojos cerrados. Emmaline lo miró, pero tomó un rosario del padre Travis y continuó. El sacerdote no lloraba, pero los ojos de su rostro colorado lucían un delicado tono rosado y los párpados, lavanda. Las cuentas colgaban entre sus dedos. Tenía unas manos fuertes y encallecidas, porque movía piedras, cortaba maleza a hachazos y llevaba a cabo todo tipo de trabajos en el campo; eso lo calmaba. Ahora había acumulado detrás de la iglesia una gran pila de leña. Tenía cuarenta y seis años, era —obstinado— más fuerte, más profundo y más triste. Enseñaba artes marciales, practicaba ejercicios de los marines con el escuadrón de adolescentes de Dios. O solo. Guardaba unas pesas detrás del escritorio en un pulcro y ordenado montón, y un banco de ejercicios tras la cortina del monaguillo. Landreaux permaneció callado cuando acabaron. El padre Travis había pasado por todo con Landreaux: los años intentando superar la época del internado, Kuwait, después la época salvaje, la bebida y luego la recuperación a través de la sanación tradicional, y ahora esto. A lo largo de los años transcurridos en la reserva,

el padre Travis había visto cómo algunas personas se esforzaban por mejorar y aun así siempre ocurría lo peor. Landreaux alargó la mano y agarró al cura del brazo. Emmaline sujetaba a Landreaux. Murmuraron juntos una nueva serie de avemarías; la letanía los volvió a serenar. En la pausa que se produjo antes de que se marcharan, el padre Travis tuvo la impresión de que querían preguntarle algo.

Landreaux y Emmaline Iron asistieron al funeral, se sentaron en el último banco y se deslizaron por la puerta lateral, antes de que se llevaran el pequeño ataúd blanco por el pasillo.

Emmaline era una mujer ramosa y bella en su angulosidad. Era todo palos y codos, con rodillas protuberantes. Tenía la nariz levemente torcida y unos llamativos ojos de loba de un verde turbio. Su hija Josette había sacado sus ojos; Snow, Coochy y LaRose tenían los ojos de su padre, cálidos y marrones. El pelo y la piel de Emmaline eran claros, pero se ponía morena con facilidad. Su marido, de piel más oscura, le había dado hijos de un intenso tono tostado. Era una madre apasionada. Landreaux comprendió después de que nacieran los niños que él pasaría a un segundo plano, pero que, si resistía, algún día volvería a ocupar el primer lugar en su corazón. Mientras volvían a casa en coche después de visitar al cura, ella dejó la mano reposando sobre su pierna, sujetándola con fuerza cada vez que se ponía a temblar. En el camino de acceso, aparcó el coche pero no apagó el motor. La penumbra les ocultaba el rostro.

—No puedo volver a casa todavía —dijo él.

Ella le dirigió su perturbadora mirada. Landreaux recordó cuando ella tenía dieciocho años, Emmaline Peace, y que, al inicio de sus años juntos, esa mirada suya, si sonreía, significaba que iban a volverse locos. Él era seis años mayor que ella. Entonces hacían auténticas locuras. Las confesaban pero no les ponían fin. Durante una temporada tenían que recuperarse de las borracheras al alimón. Y ahora sabía lo que le preocupaba.

—No puedo obligarte a entrar en casa —dijo—. No puedo impedir que hagas lo que vas a hacer.

Se inclinó hacia él, cogió su rostro entre sus manos y apoyó la frente en la suya. Cerraron los ojos como si sus pensamientos fueran uno solo. Después, bajó del coche.

Landreaux salió de la reserva, condujo hasta Hoopdance y se detuvo ante la ventanilla de un autoservicio de bebidas alcohólicas. Dejó la bolsa de papel con la botella en el asiento del copiloto. Recorrió varias carreteras secundarias hasta que dejó de ver luces, aparcó en el arcén y apagó el motor. Permaneció sentado con la botella a su lado durante casi una hora; después, la agarró y se dirigió hacia el campo helado. El viento retumbaba en sus oídos. Se tendió en el suelo. Intentó lanzar la imagen de Dusty al Cielo. Se esforzó con denuedo para intentar volver atrás en el tiempo y morir antes de adentrarse en el bosque. Pero cada vez que cerraba los ojos,

el muchacho seguía destrozado entre las hojas. La tierra estaba seca y las estrellas brillaban con fuerza allí arriba. Aviones y satélites titilaban. Salió la luna, encendida y blanca, y al fin llegaron las nubes para tapanlo todo.

Al cabo de unas horas, se levantó y regresó a casa. Una tenue luz brillaba en la ventana de su dormitorio. Emmaline continuaba despierta, mirando al techo. Cuando oyó el ruido del coche en la gravilla seca, cerró los ojos y se durmió. Se despertó antes que los niños. Salió fuera y lo encontró en la cabaña de sudación, acurrucado y envuelto en lonas, con la botella todavía en la bolsa de papel. Pestañeó al verla.

—Vaya —dijo—, un montón de *whisky* Old Crow. Pues sí que pensabas cogerte una buena cogorza.

Dejó la botella en la esquina de la cabaña, entró en casa y llevó a los niños al autobús. Después, vistió a LaRose y a sí misma con ropa de abrigo y buscó un saco de dormir para su marido. Mientras él entraba en calor, LaRose y ella encendieron un fuego, echaron tabaco de una petaca especial y añadieron unas piedras «abuelos», hasta calentar la cabaña. Sacaron el cubo de cobre y el cazo, las otras mantas y los filtros; todo lo que necesitaban. LaRose ayudó con todo; sabía cómo se hacían las cosas. Era el hombrecito de Landreaux, su hijo preferido, aunque Landreaux se cuidaba muy mucho de dejar que nadie lo supiera. Mientras LaRose se ponía en cuclillas con gesto muy serio sobre sus fuertes y delgadas piernas, alineando las pipas de sus padres y su propio fardo de filtros, el enorme semblante de Landreaux comenzó a desencajarse poco a poco. Bajó la mirada, la apartó, lejos, hacia cualquier punto, hondamente golpeado por el rumbo de sus pensamientos. Cuando Emmaline lo vio con esa mirada esquiva, sacó la botella y la vació en el suelo entre ambos. A medida que el alcohol desaparecía en la tierra, entonó una vieja canción sobre un carcaiyú, *Kwiingwa'aage*, para ayudar al espíritu de los borrachos desesperados. Cuando se vació la botella, levantó la vista y miró a Landreaux. Le sostuvo la mirada, extraña y vacía. Para entonces forjó sus propios pensamientos. Comprendió los pensamientos de él. Se detuvo; pálida, clavó los ojos en el fuego y en la tierra. Murmuró «no». Intentó marcharse, pero no podía, y cuando volvió al trabajo tenía el rostro bañado en lágrimas.

Avivaron el fuego, añadieron ocho, cuatro, ocho piedras. Les llevó mucho tiempo calentar las piedras en el fuego y también abrir y cerrar las lonas, las puertas, y meter las piedras. Pero era todo lo que tenían que hacer. Al menos todo lo que podían hacer. Salvo emborracharse, algo que no iban a hacer ahora. Ya habían superado aquello, de momento.

Emmaline tenía canciones para cuando traían los filtros, para invitar a los *manidoog*, *aadizookaanag*, los espíritus. Landreaux conocía canciones para los animales y los vientos que soplaban en cada dirección. Cuando el aire se volvió más denso con el vapor caliente, LaRose se alejó rodando por el suelo, levantó la esquina

de la lona y respiró aire fresco. Se durmió. Las canciones se convirtieron en sus sueños. Sus padres cantaron a los seres a los que habían invitado para que les ayudasen, y cantaron a sus antepasados —aquellos de tiempos tan remotos que se habían perdido sus nombres—. En cuanto a aquellos cuyos nombres aún recordaban, los nombres que acababan en «iban», que significaba «pasado a mejor vida», o al mundo de los espíritus, esos eran más complicados. Esos eran la razón por la que tanto Landreaux como Emmaline se cogían de las manos con tanta fuerza, arrojando sus filtros a las piedras incandescentes antes de gritar con la voz quebrada por el llanto.

—No —dijo Emmaline. Gruñó y mostró los dientes—. Antes te mato. No.

Él la sosegó, le habló y rezó con ella. La tranquilizó. Habían bailado juntos la danza del sol. Hablaron de lo que habían oído cuando entraron en trance. De lo que vieron cuando ayunaron en un acantilado rocoso. Su hijo había manado de las nubes, preguntando por qué debía llevar la ropa de otro muchacho. Vieron a LaRose flotando por encima de la tierra. Había colocado sus manos sobre los corazones de sus padres y susurrado: «Viviréis». Ahora sabían cómo interpretar esas imágenes.

Poco a poco Emmaline se fue derrumbando. Se quedó sin aliento. Se encogió y se acurrucó junto a su hijo. Se habían resistido a utilizar el nombre de LaRose hasta que nació el último de sus hijos. Era un nombre a la vez inocente y poderoso, y había pertenecido a los sanadores de la familia. Habían decidido no utilizarlo, pero fue como si LaRose hubiese venido al mundo con ese nombre.

Había existido un LaRose en cada generación de la familia de Emmaline a lo largo de más de cien años. En algún momento durante esa época, las dos familias habían divergido. La madre y la abuela de Emmaline se llamaban LaRose. Por lo que los LaRose de varias generaciones tenían relación con ambos. Y ambos conocían los relatos, las historias.

En el exterior de una tienda de trueque aislada en tierras ojibwas en 1839, Mink continuaba con su incesante trapicheo. Ella pretendía conseguir del comerciante leche, ron, una mezcla de ingredientes para los espíritus, pimientos rojos y tabaco. Ya antes había conseguido hacerse con un barril a base de gritos y berridos. El ruido acababa con los nervios del comerciante, sin embargo Mackinnon se negaba a pegarle para hacerla callar. Mink provenía de una familia misteriosa y violenta, cuyos miembros también eran poderosos sanadores. Había sido la hermosa hija de Shingokii, un proveedor de suntuosas pieles. También había sido la hermosa mujer de Mashkiig, hasta que él le destrozó la cara y mató a sus hermanos pequeños a puñaladas. Su hija pequeña se arrebujaba en una grasienta manta junto a ella, intentando ocultarse. En el interior de la tienda, Wolfred Roberts, el empleado de Mackinnon, se había envuelto la cabeza en una piel de zorro para amortiguar los gritos. Se abrochó las garras disecadas bajo la barbilla. Con una letra elegante y

cursiva, anotó tres artículos entre líneas. Allí en el monte, siempre tenían miedo a quedarse sin papel.

Wolfred había dejado a su familia en Portsmouth, New Hampshire, porque era el benjamín de cuatro hermanos y no había lugar para él en el negocio familiar, una panadería. Su madre era hija de un maestro de escuela y ella le había enseñado a él. Él la echaba de menos y también echaba de menos los libros; solo se había llevado dos cuando lo enviaron a trabajar para Mackinnon: un diccionario de bolsillo y la *Anábasis* de Jenofonte, que había pertenecido a su abuelo y que contenía descripciones lujuriosas, cosa que desconocía su madre. El chico solo tenía diecisiete años.

Incluso con el zorro en la cabeza, los chillidos le ponían nervioso. Intentó limpiar alrededor del hogar y lanzó fuera unas sobras para los perros. En cuanto entró de nuevo en el local, se armó un tremendo jaleo. Mink y su hija intentaban ahuyentar a los perros. El estruendo era espantoso.

—No salgas ahí fuera. Te lo prohíbo —ordenó Mackinnon—. Si los perros las matan y se las comen, habrá menos problemas.

Los humanos al final ganaron la batalla, pero el ruido se prolongó hasta bien entrada la noche.

Mink volvió a escuchar los chillidos antes del amanecer. Su graznido agudo y lastimero sonaba ahora con más fuerza. Los hombres estaban cansados y se frotaban los ojos. Mackinnon le dio una feroz patada, a ella o a una de ellas, cuando pasó por su lado. Su voz se tornó ronca esa tarde, por lo que sus gritos resultaron aún más irritantes. Wolfred pensó que algo le había cambiado en la voz. No comprendía muy bien el idioma.

—La vieja bruja quiere venderme a su hija —explicó Mackinnon.

La voz de Mink sonaba espantosa, sugería obscenidades, mientras describía todas las cosas que la muchacha podría hacer si Mackinnon le daba solo la leche. Dirigía toda la fuerza de sus gritos hacia la puerta cerrada. Parte del trabajo de Wolfred era pescar y limpiar el pescado si Mackinnon se lo pedía. Wolfred salió y se dirigió hacia el río, donde mantenía un agujero abierto en el hielo. Percibía la gravedad de la situación y se santiguó. Aunque, por supuesto, no era católico, el gesto mostraba la impronta que habían dejado en él los jesuitas. Cuando regresó, Mink había desaparecido y la niña se encontraba dentro de la tienda, desplomada en una esquina debajo de otra manta, cabizbaja, tan inmóvil que más bien parecía muerta.

—No podía soportarlo ni un minuto más —se justificó Mackinnon.

Aquella noche, LaRose durmió entre su madre y su padre. Recordaba esa noche. Recordaba la noche siguiente. No recordaba lo que sucedió entre ambas.

Quemaron el rifle y enterraron las municiones. Al día siguiente, decidieron recorrer el

mismo camino que había emprendido el ciervo. La tierra entre las dos casas estaba cubierta con matas de frambuesas en una zona que había quedado despejada por el fuego causado por un rayo que cayó sobre un roble. El calor se había propagado por debajo de la corteza del árbol, recorriendo las ramas pequeñas y las grandes, hundiéndose en las raíces hasta que el árbol no pudo contenerlo más y reventó. El fuego en las raíces había acabado con los árboles más pequeños en un círculo alrededor, pero la lluvia sofocó el fuego después. Aproximadamente un kilómetro y medio más allá de la marca de ese árbol se había criado la madre de Emmaline. En los viejos tiempos, la gente había protegido la tierra clavando estacas. Incluso un topógrafo llegó a desaparecer. A pesar de que se dragó y se rastreó el lago en el centro, hondo y silencioso, nunca se halló el cuerpo. Muchos descendientes de la tribu heredaron pequeñas parcelas, pero nadie tenía suficiente como para levantar una casa. De modo que la tierra permaneció virgen y fraccionada, salvo por las sesenta y cinco hectáreas, una parcela original, asignadas a la madre de Emmaline, que se las entregó enteras a su hija. Los bosques todavía resultaban inquietantes. Pocas personas, además de Landreaux y Peter, cazaban allí.

Los árboles crecían vigorosos: los zumaques, rojo escarlata; los abedules, amarillo chillón. De vez en cuando Landreaux llevaba en brazos a su hijo; en otros momentos, entregaba a LaRose a Emmaline. No hablaban ni contestaban a LaRose con palabras. Lo abrazaban, le acariciaban el pelo, le besaban con unos labios secos y temblorosos.

Nola los vio cuando cruzaron el jardín con el niño.

«¿Qué hacen aquí? Qué, qué, por qué, ¿por qué traen...?».

Salió corriendo de la cocina y golpeó a Peter en el pecho. Había sido una mañana tranquila. Pero eso ya había terminado. Le pidió que los sacara de su propiedad de una puñetera vez y él le respondió que sí. Le acarició el hombro. La mujer se apartó con brusquedad. La oscura grieta que se había abierto entre ellos parecía alargarse hasta el infinito. Todavía no había tocado fondo. Le daba miedo lo que le estaba sucediendo a su mujer, pero no sentía ira cuando abrió la puerta —la ira era demasiado pequeña—; además, Landreaux y él eran amigos, mejores amigos que las dos medias hermanas, y todavía aleteaba el instinto de esa amistad en él. Landreaux y Emmaline traían a su hijo con ellos, muy diferente pero a la vez muy parecido a Dusty, debido al carácter de cualquier niño de cinco años, con esa curiosidad, esa seguridad, esa confianza.

Landreaux dejó al chico en el suelo y preguntó si podían pasar.

—No —respondió Nola.

Pero Peter abrió la puerta. LaRose levantó los ojos hacia Peter enseguida, antes de dirigir la mirada a la sala.

—¿Dónde está Dusty?

Peter tenía el rostro hinchado, demacrado por el agotamiento, pero consiguió contestar.

—Dusty ya no está aquí.

LaRose apartó la mirada, decepcionado. Después, señaló la caja de juguetes abandonada en una esquina y preguntó:

—¿Puedo jugar?

Nola no tenía palabras. Permaneció sentada con pesadumbre y lo observó, primero con apatía y luego con fascinación, mientras LaRose sacaba los juguetes uno tras otro y jugaba con cada objeto con una concentración intensa, embrollada, original, divertida y obsesiva.

Desde el piso de arriba, olvidada, Maggie no perdía detalle de la escena. Ambos chicos habían nacido a principios de otoño. Ambas madres los habían mantenido en casa, creyendo que eran demasiado pequeños para ir a la escuela. Cuando los niños jugaban juntos, Maggie mandaba sobre ellos, los obligaba a hacer de criados si ella era un rey o de perros si ella era la reina de los animales. Ahora no sabía qué hacer. No solo con el juego, sino en la vida cotidiana. No querían que volviese a la escuela todavía. Si lloraba, su madre lloraba más fuerte. Si no lloraba, su madre le decía que era un pequeño animal sin corazón. Así que se quedó mirando a LaRose desde los peldaños alfombrados mientras el chico jugaba con los juguetes de Dusty.

A medida que Maggie contemplaba la escena, se le endureció la mirada. Apretaba los barrotes como si fueran rejas de una cárcel. Dusty no estaba ahí para defender sus juguetes, para compartirlos solo en el caso de que quisiera, para dirigir el dinosaurio rosa anaranjado, el coche favorito de Hot Wheels negro con llamas y los diminutos camiones de monstruos. Maggie quería bajar corriendo, hecha una furia, y tirarlo todo. Dar patadas a LaRose. Pero ya la habían reprendido por contestar mal a la profesora y se suponía que estaba castigada en su habitación.

Landreaux y Emmaline Iron seguían de pie en el umbral de la puerta. Nadie los había invitado a entrar.

—¿Qué queréis? —preguntó Peter.

Siempre preguntaba a las visitas en qué podía ayudarlos, pero solo Nola percibió que esa brusquedad era su manera de expresar las sacudidas eléctricas de su dolor y su profundo malestar.

—¿Qué queréis?

Respondieron con sencillez.

—Nuestro hijo ahora será vuestro hijo.

Landreaux depositó una pequeña maleta en el suelo. Emmaline se desmoronaba hecha jirones. Dejó la otra bolsa en la entrada y apartó la vista.

Tuvieron que explicarle lo que querían decir. «Nuestro hijo ahora será vuestro hijo». Y repetirlo otra vez.

Peter se quedó boquiabierto, sin aliento y anonadado.

—No —dijo—. Nunca he oído cosa semejante.

—Es la antigua costumbre —repuso Landreaux.

Lo dijo muy rápido y así consiguió articular esas las palabras. Había mucho más

en su decisión, pero ya no era capaz de decir nada más.

Emmaline observaba a su media hermana, por la que sentía cierta aversión. Reprimió cualquier sonido, levantó la vista y vio a Maggie agazapada en la escalera. La cara de muñeca enfadada de la niña la golpeó. «Tengo que salir de aquí», pensó. Dio un paso adelante con un brusco movimiento, puso la mano en la cabeza de su hijo y lo besó. LaRose le dio una palmadita en la cara, ensimismado con el juego.

—Más tarde, mamá —dijo, copiando a sus hermanos mayores.

—No —repitió Peter, negando con la cabeza—. No puede ser. Llevaos...

Después, miró a Nola y vio que su rostro se había transformado de repente. Y de ella brotaba una enorme dulzura. Y el ansia, también, una codicia desesperada que la empujaba con paso serpenteante hacia el niño.

La verja

Conforme avanzaba la tarde, Nola preparó una sopa, dispuso la mesa para la cena y todo lo hizo muy concentrada. Después de cada una de las tareas cotidianas, se quedaba con la mente en blanco y tenía que concentrarse, encontrar los cuencos, la mantequilla y cortar el pan. LaRose se tomó la sopa con metódicas y lentas cucharadas. Untó el pan con mantequilla con solo cierta torpeza. Nola pensó que tenía buenos modales en la mesa. Su presencia resultaba a la vez reconfortante y perturbadora. Era Dusty y lo contrario de Dusty. Torbellinos de confusión agitaban a Peter. «Es la conmoción», pensaba. «Todavía estoy en estado de *shock*». El muchacho lo atraía con su serenidad y compostura, con su curiosidad, pero cuando Peter se descubrió respondiendo, le atravesó un lacerante sentido de deslealtad. Se dijo que a Dusty no le importaría, no podía importarle. También advirtió que Nola permitía que la ayudasen de alguna manera, aunque no sabía si aceptaba ese incalificable regalo como algo bello o si creía que, con el tiempo, la ausencia del niño desangraría el corazón de Landreaux.

—Llévalo al cuarto de baño —dijo Nola—. Después...

—Lo sé.

Intercambiaron una mirada inquisitiva. Ambos decidieron que no podían llevarle a dormir a la cama de Dusty. Además, en dos ocasiones LaRose había preguntado por su madre y había aceptado sus explicaciones. La tercera vez, sin embargo, agachó la cabeza y se puso a llorar con fuertes jadeos. Nunca se había separado de su madre. Su desconcierto era desgarrador. Maggie le acarició el pelo, le dio unos juguetes y procuró distraerlo. Maggie parecía tranquilizarlo. LaRose durmió en la antigua cama de matrimonio, de madera labrada, de la abuela. Con sitio de sobra.

—No puedo enfrentarme a ella ahora mismo —dijo Nola.

Así que Peter llevó la maleta y la bolsa de lona repleta de peluches y juguetes a la habitación de Maggie. Le explicó a Maggie que tenían a un invitado que se quedaba a dormir. Peter ayudó a LaRose a cepillarse los diminutos dientes de leche. El niño se desvistió solo y se puso el pijama. Era más delgado y flexible que Dusty. El pelo le caía sobre los ojos con un flequillo de un color un tono más oscuro que el cabello de Maggie. Peter lo ayudó a acostarse. Maggie permaneció de pie sin saber qué hacer. Su largo camisón de franela blanca le llegaba hasta los tobillos formando una especie de campana. Apartó las sábanas y se metió en la cama. Peter dio un beso a ambos niños, masculló unas palabras y apagó la luz. Al cerrar la puerta, tuvo la sensación de estar volviéndose loco, pero el dolor era diferente. La pena era más bien una enorme confusión.

LaRose apretó el muñeco blando con forma de animalillo, con el que jugaba de la misma manera que jugaba su hermano mayor con las figuritas de superhéroes.

Emmaline le había fabricado el peluche. La piel mugrienta estaba desgastada en varios puntos. Un ojo de botón había desaparecido. Emmaline había rellenado el muñeco de pelusa de espadaña por el trasero cuando se había roto y lo había vuelto a coser. La lengua de fieltro rojo estaba raída hasta parecer una cinta de raso. Al principio, los temblores que había contenido LaRose eran tan leves que apenas parecían salir de su cuerpo. Pero pronto se puso a temblar en amplias y escalonadas sacudidas, y también llegaron las lágrimas. Maggie se tumbó a su lado en la cama, sintiendo su desconsuelo, lo que provocó que su propia tristeza le encogiera el corazón.

La niña se giró y empujó a LaRose fuera del colchón. El niño se tambaleó y arrastró consigo las mantas. Maggie tiró de ellas para recuperarlas y LaRose permaneció hipando en el suelo.

—¿Por qué lloras, bebé? —preguntó Maggie.

LaRose comenzó a sollozar, con un llanto hondo y silencioso. Maggie notó cómo le empezaban a invadir unos sentimientos sombríos.

—¿Quieres a tu mamá? ¿A tu mamaíta? Se ha ido. Ella y tu padre te han dejado aquí para que seas mi hermano, como lo fue Dusty. Pero yo no te quiero.

Mientras lo decía, Maggie notó cómo la oscuridad se iba disolviendo. Se deslizó en el suelo para buscar a LaRose. Lo encontró hecho un ovillo en un rincón con su raído peluche, callado. Le tocó la espalda. Estaba fría y rígida. Cogió su saco de dormir y lo echó sobre ambos. Lo abrazó para que entrara en calor.

—Sí que te quiero —susurró, asustada.

Algunos años más tarde, esa noche se convirtió en un recuerdo para LaRose. Lo recordó, así lo quiso, como la primera noche que pasó con Maggie. La cálida franela y cómo su cuerpo se curvó alrededor del suyo. Él creyó que se convirtieron en hermano y hermana mientras dormían. Olvidó que lo había echado de la cama, y que ella había dicho esas palabras.

Wolfred observó el bulto que formaba la niña envuelta en la manta. Mackinnon siempre había sido honesto, como comerciante. Tenía sentido de la justicia, como comerciante, y no presentaba señales de corrupción moral más allá de vender ron a los indios, que estaba prohibido por la ley. Wolfred era incapaz de asimilar lo que había sucedido, por lo que salió de nuevo a pescar. Cuando regresó con otro cordel repleto de pescado blanco, su mente pensaba con claridad. Decidió que Mackinnon era un salvador. Había salvado a la hija de Mink de un destino como esclava en cualquier otro lugar. Wolfred partió un poco de leña y encendió un pequeño hogar para cocinar junto a la tienda de trueque. Asó los peces enteros y Mackinnon se los comió con el pan duro de la semana anterior. Al día siguiente, Wolfred haría pan. Cuando entró de nuevo en la cabaña, la niña seguía en el mismo lugar. No se había

movido un ápice. Por lo visto, Mackinnon no la había tocado.

Wolfred depositó un plato con pan y pescado cerca de ella en el suelo de tierra. Devoró ambos alimentos y suspiró. El chico dejó una jarra de agua a su alcance. Se la bebió de golpe, y la garganta le gorgoteaba como a un bebé a medida que apuraba el agua.

Cuando Mackinnon terminó de comer, se acostó en su catre de tablillas de madera y piel de oso, donde tenía por costumbre beber hasta quedarse dormido. Wolfred recogió la cabaña. Después, puso a calentar un cubo de agua y se agachó cerca de la niña. Mojó un trapo y le dio suaves toques en el rostro. A medida que la incrustada suciedad iba desapareciendo, descubrió sus rasgos, uno tras otro, y comprobó que eran muy finos. Los labios eran pequeños y carnosos. Los ojos, abrumadoramente dulces. Las cejas, perfectamente delineadas. Cuando su rostro quedó al descubierto, se la quedó mirando, asombrado. Era bellísima. ¿Lo sabía Mackinnon? ¿Y sabía que su patada había partido uno de los afilados dientes de la niña y le había dejado un oscuro cardenal en su mejilla de piel de pétalo?

—*Giimiikawaadiz* —susurró Wolfred. Conocía la palabra para el aspecto que tenía.

Con cuidado, buscó tierra en las esquinas de la cabaña y fue preparando una mezcla de barro. Le levantó la barbilla y, con gran delicadeza, volvió a cubrirle la cara de suciedad, mancillándole la frente por encima de sus deslumbrantes cejas, la perfecta simetría de los ojos y la nariz, y la arrebatadora curva de los labios. Era una muchacha agraciada de once años.

—Durmieron en el suelo anoche —dijo Nola—. Ya le he dicho a Maggie que eso tiene que acabarse. «Si quieres el suelo, te castigaré». Me faltó al respeto. «Vale», dije. «Estás castigada en tu habitación. No puedes salir». El niño está llorando otra vez. No sé qué hacer.

Tamborileó con los dedos. Tenía el semblante demacrado y gris. Había estado bien durante toda la semana, pero ya era fin de semana y Maggie pasaba en casa todo el día.

—Déjala salir —dijo Peter.

—Oh, ya está fuera, no me hizo caso —repuso Nola, enfadada—. Está desayunando.

—¿Por qué no dejas que jueguen juntos? Se alegrarán.

Peter y Nola habían tomado la decisión de apoyar siempre la decisión del otro en todo lo que atañía a los hijos. Pero el consenso se estaba resquebrajando, pensó Peter. Unos minutos más tarde, descubrió a Nola casi hundiendo la cabeza de Maggie en el cuenco de gachas de avena. Maggie se resistía. Cuando Nola vio a Peter, soltó el cuello de Maggie como si nada hubiera pasado.

Con la respiración entrecortada, la niña miró fijamente el plato de gachas. Había

espesado y su madre no le dejaba tomar uvas pasas ni azúcar moreno para que no tuviera caries. Levantó los ojos hacia su padre. El hombre se sentó y, mientras Nola le daba la espalda, con una cuchara vertió la mayor parte de las gachas en su propio cuenco. Fingió que estaba comiendo. La muchacha levantó la cuchara. Él hundió la suya primero, se llevó las gachas a la boca y torció el gesto en una triste mueca de payaso. Maggie lo imitó. Miraron a Nola con los ojos en blanco como dos perros ansiosos. LaRose hizo lo mismo, aunque no sabía lo que estaba pasando. Sin girarse, Nola le dijo a Peter:

—Déjate de tonterías.

Peter apretó la cuchara y le dirigió una dura mirada a su espalda.

Peter creía que su mujer comenzaría a recuperarse una vez que aquello se resolviera. Pensaba que era hora de devolver a LaRose a su casa. Pero quería que Nola lo dijera. En lugar de ello, la mujer hacía planes.

—Voy a hacerle una tarta —dijo, con los ojos húmedos—. Con velas, como una tarta de cumpleaños. Las pondré una y otra vez, y dejaré que él las sople. Podrá pedir cien deseos.

Se alejó. El médico le había dado unas pastillas de clonazepam. Se drogaría en Navidades. «Le haré una tarta a LaRose todos los días», pensó. «Si tan solo dejase de llorar, si se abrazara a mí como hacía Dusty, si tan solo fuese mi hijo, el único hijo que tendré jamás». Un resentimiento tenaz y persistente había impedido a Nola contarle a Peter que se le había retirado el periodo poco después de la muerte de Dusty, y el médico no sabía explicarle por qué. Peter no se había percatado de ese cambio, aunque también era cierto que ella siempre se había mostrado pudorosa con su cuerpo. Emmaline era la única persona a quien se lo había contado. ¡Resultaba asombroso que le hubiera confiado ese secreto a Emmaline! Se le encogió el corazón. Nola pensó que esa era la razón por la que le entregaron a LaRose. Emmaline lo entendía.

Y dado que su media hermana la comprendía tan bien, Nola se apartaría de ella, la temería, y se volvería más dura ante Emmaline.

Peter terminó por ir a ver a Landreaux. Podría haber ido a pie, su casa solo quedaba a poco más de medio kilómetro. Al oeste estaba Hoopdance. Hacia el este y el norte, pueblos de la reserva. Al sur, la pequeña y moribunda comunidad de Pluto, que todavía conservaba su escuela. Allí iba Maggie y allí enviarían a LaRose si la situación se prolongaba. Peter giró en el camino de acceso de los Iron y apagó el motor. La pequeña casa gris estaba completamente a oscuras. De un lado colgaba una plataforma a medio construir hecha de tableros de aglomerado de fibras y contrachapado. Atrás, las lonas se habían descolgado de las estacas dobladas de la cabaña de sudación. Había un comedero para pájaros hecho con una jarra de leche,

una caja llena de latas en la entrada y algunos juguetes esparcidos por el jardín. El perro que solía vagar por allí había desaparecido. Seguramente los Iron habrían ido a visitar a unos parientes en Canadá, o a ver al hechicero local, un tipo llamado Randall, para una ceremonia familiar. Sabía por su amistad con Landreaux que su pueblo los haría pasar por unos rituales religiosos. No recordaba cómo se llamaban. Peter tenía poco interés en las cosas tradicionales que hacía Landreaux. Habían cazado y pescado juntos. Peter sabía lo meticuloso que era Landreaux y le resultaba imposible creer que hubiese podido cometer semejante error. Peter dejó el coche en el camino de acceso y se dirigió a la parte de atrás de la casa de Landreaux, hacia el bosque.

Siguió un sendero que lo conduciría directamente al lugar donde Dusty había muerto. De camino vio al perro; pelo corto con un tinte óxido. Permanecía quieto, como si lo estuviera esperando. La cabeza era delicada, de un tono beis más claro. Irguió las orejas mientras salía del matorral. El perro lo estudió. Peter se detuvo, desconcertado ante la actitud impasible del animal y su forma de ponderarlo. El perro se esfumó en cuanto dio un paso. No se oyó el menor sonido, como si el bosque hubiese absorbido al animal con absoluto sigilo.

Una ráfaga de viento de la noche anterior y una breve lluvia habían arrancado la mayor parte de las hojas. Cubrían el suelo como un manto brillante, una capa tras otra de colores resplandecientes. La luz de la mañana bañaba el abedul blanco hasta volverlo casi incandescente. Cuando atravesó un grupo de robles bur, el aire se ensombreció. Al fin se encontró donde Landreaux había estado, justo al otro lado de donde el ciervo debió de detenerse. Entre ambos se encontraba el árbol al que Maggie le gustaba trepar y del que le había hablado. Peter no tenía ni idea de que sus hijos hubieran estado jugando tan adentro del bosque y tan lejos de la casa. Pero el árbol, con sus ramas bajas y retorcidas, se antojaba irresistible. Una rama aparecía quebrada. Se acercó y recorrió con la mano las alargadas y puntiagudas astillas. Después, la zona del suelo debajo de la rama le noqueó y cayó de rodillas. Pasó la mano por la superficie. Por todas partes el suelo aparecía pisoteado y destrozado. Peter se tumbó bocarriba. Al levantar la vista, estimó que justo antes de morir, Dusty había trepado al árbol y estuvo sentado en una rama. Vio el enorme ciervo. Aturdido, cayó al suelo justo cuando Landreaux disparó. Peter había leído la declaración de Landreaux y todo lo que había dicho encajaba.

Se tumbó entonces en el lugar donde la vida de Dusty se había desvanecido, cerró los ojos y escuchó el sonido del bosque a su alrededor. Oyó un carbonero, un sita a lo lejos y un cuervo rasposo en la distancia. Oyó su propia voz que gritaba. Después, el murmullo y el chasquido de pequeñas ramas y hojas. La avalancha de agujas de pino. El aroma a hierba dulce, tabaco, a una mezcla de tabaco y hierbas y a ofrendas. Landreaux también había estado ahí.

Landreaux estaba haciendo lo que hacía cada dos semanas. Ayudaba a la madre de Emmaline. Antes de convertirse en su suegra, había sido su maestra preferida. De hecho, ella le había salvado de la manera en que ella salvaba a la gente. La mujer no figuraba en su lista de pacientes, pero aun así él la ayudaba. Llegó a su apartamento en la residencia de ancianos, un edificio alto y estrecho de ladrillo, con forma de pájaro trueno: se podía ver la forma a vista de avión. La madre de Emmaline vivía en la cola. Nadie la llamaba abuela, *kookum* o tía. Su nombre de pila era LaRose, pero nadie la llamaba así tampoco. La gente la llamaba por su nombre de maestra: señora Peace.

Generaciones enteras de alumnos la habían adorado como maestra y no le conocían vicio alguno. Sin embargo, la señora Peace sostenía que no era del todo honesta. Le gustaba decir que tenía un pasado escabroso, aunque al menos había permanecido fiel a la memoria del padre de Emmaline, Billy Peace. Se decía con respeto que la mujer había intentado arrojarse dentro de su tumba. En realidad había sido incinerado, pero nadie lo recordaba. Billy Peace también era el padre de Nola. Nadie sabía de verdad con cuántas mujeres se había casado Billy ni lo que había sucedido en aquel recinto de culto décadas atrás. Hijos y ahora nietos de Billy aparecían sin cesar y, por regla general, se les añadía al registro tribal.

La señora Peace había sido una mujer atractiva de mirada lánguida con una larga y sedosa melena castaña. Ahora tenía una larga y sedosa melena blanca y todavía resultaba atractiva, pero con mirada feliz. No se cortaba y rizaba el pelo como la mayoría de sus amigas, sino que lo llevaba recogido en una fina trenza y a veces un moño. A diario se ponía unos pendientes de abalorios diferentes. Ella misma hacía el diseño: hoy azul cielo con un centro naranja. Se había aficionado a este pasatiempo y a fumar puritos después de que dejara la docencia y regresara a la reserva. Pero ahora en raras ocasiones fumaba un cigarro. Decía que los abalorios la habían ayudado a dejar de fumar. Su lupa de pie estaba apoyada en la mesa, ya que tenía mala la vista. Cuando levantó los ojos y miró a Landreaux, los gruesos cristales de sus gafas le dieron un desconcertante aspecto místico que se añadía a su aura.

Landreaux entró cuando ella lo invitó a pasar con la cabeza y lo abrazó. Se quedaron abrazados en silencio, luego dieron un paso atrás. La señora Peace extendió las manos con las palmas hacia arriba.

Él se descalzó junto a la puerta. La mujer había puesto agua a hervir para hacer té. Landreaux agitó el fonendoscopio y el brazalete del tensiómetro, pero ella le dijo que guardara todo eso. Se encontraba muy bien. La residencia tenía una máquina para limpiar alfombras y la mitad de su apartamento, revestido con una suntuosa alfombra de tono rubio ceniza, requería los cuidados de Landreaux. Por el momento dejó la máquina y el recipiente de detergente aparcados al otro lado de la puerta. Aunque todavía sufría alguna crisis ocasional, el enigmático dolor de LaRose casi había

desaparecido por completo tras la muerte de Billy Peace. Neuralgia, migrañas, osteoporosis, problemas en la médula espinal, lupus, ciática, cáncer de huesos y síndrome del miembro fantasma aunque conservaba todos las extremidades; había pasado por todos esos diagnósticos. Su historial médico tenía treinta centímetros de grosor. Ella lo sabía, por supuesto, porque los dolores la habían abandonado en ese momento, sin apenas volver. Billy había sido cruel, narcisista y listo. Su amor había supuesto una carga en nada diferente al odio. A veces sus ironías todavía la atosigaban por sorpresa desde el mundo de los espíritus. La gente creía que había sido fiel a su memoria porque había sentido una total adoración por Billy Peace. Dejaba que la gente dijese lo que quisiera. En realidad, él le había enseñado todo cuanto necesitaba saber de los hombres. No necesitaba aprender más.

Landreaux, quien como hombre que era se creía la trágica historia de la maestra desconsolada, se mostraba atento, convencido de que ella mostraba una cara valiente ante el mundo. Ese día observó con preocupación que tenía el rostro demacrado y pálido, e intentaba ponerse cómoda en su sillón reclinable. Quizá estaba teniendo una crisis por culpa de lo que él había hecho.

—No te preocupes por mí —dijo la mujer—. Llevará mucho tiempo arreglar eso, ¿eh? Eres muy bueno al venir a ayudarme en un momento así.

—No puedo quedarme sentado sin hacer nada —respondió, e intentó convencerla para que se tomara un par de sedantes.

—Me dejan alelada.

Miró a Landreaux a través de sus cristales de culo de botella con los ojos anegados.

—¿Estás deseando limpiar la alfombra? —preguntó, y su pregunta le sonó ridícula o incluso patética.

Pero ella hizo que su incomodidad fuera pasando.

—Es increíble lo que disfruto con eso —respondió—. Adelante con ello.

Landreaux se tomó el té y trajo la máquina.

Apartó el sillón reclinable, el revistero, el televisor y el mueble de encima de la alfombra. Vertió agua en el depósito, mezcló el detergente con el agua y comenzó. La máquina producía ronroneos y borboteos. Movi6 la máquina de delante hacia atrás. Era un ruido sordo e hipn6tico. Como era de esperar, la se6ora Peace cerr6 los ojos con una sonrisa beat6fica. Cuando termin6, los ojos de la mujer se abrieron de golpe y se levant6 para afanarse en los bordes de la alfombra mojada. 6l guard6 la máquina y se sent6 para tomar un trozo de la tarta de guillomos y una taza de caf6 que ella le hab6a preparado. Despu6s, la mujer respondi6 a una llamada de tel6fono y dijo que ten6a que ir a ayudar a Elka con el colirio. Sus pies en zapatillas chasquearon por el pasillo.

Cuando la puerta se cerr6, Landreaux se dirigi6 al cuarto de ba6o. Comprob6 el botiqu6n, como siempre sol6a hacer, para asegurarse de que los frascos de medicamentos estaban llenos y sin caducar. Ten6a dos botes casi vac6os, as6 que

Landreaux los dejó encima de la mesa. Cuando ella regresó, él le dijo que bajaría a la farmacia de la residencia para rellenárselos.

—Antes de irte, toma, echa un vistazo —dijo LaRose.

LaRose abrió el armario. Guardaba en él certificados, informes del colegio en fichas de cartulina, recortes de poemas y pilas de viejas cartas, en busca del primer LaRose. Emmaline la llamaba la «asociación histórica». Al menos ahora las fotografías estaban dentro de álbumes, gracias al trabajo de Snow, quien las había ordenado. La señora Peace extrajo de una estantería baja una gran caja metálica negra y abollada. La tapa tenía pintadas tres descoloridas rosas. La gente le regalaba objetos con rosas en ellos a causa de su nombre, y quizá también le pasara lo mismo a su madre, porque la caja metálica tenía un aspecto muy antiguo. La señora Peace conservaba en el interior papeles de todos los tamaños: aforismos, recortes de periódicos, fotografías, historias de perros y hojas escritas de su puño y letra. La visión de su caligrafía, las florituras de su nombre, inundó a Landreaux de recuerdos de Emmaline siendo niña.

—¿Un vistazo a qué? —preguntó Landreaux.

Ella le tendió un poema, una copia de *Invictus*^[1]. Generaciones de alumnos suyos lo habían tenido que memorizar.

—Quédatelo —dijo.

—Me lo sé de memoria. Desde luego, esto son las fieras garras de las circunstancias^[2] —respondió él.

—Feroces garras —lo corrigió.

Landreaux miró un trozo de papel de grano grueso de una libreta Big Chief^[3]. Era su propia caligrafía, pero él no recordaba haberlo escrito. «No me escaparé», ponía una y otra vez.

—Te mandé escribir diez páginas iguales, pero solo he conservado esta —dijo.

Puso su pequeña mano de huesos finos en el hombro de Landreaux. Enseguida brotó calor de sus dedos.

—No me escaparé —dijo Landreaux.

Y permanecieron sentados en el sofá cogidos de las manos.

Antes de marcharse, Landreaux entregó a la señora Peace los dos botes de plástico y ella leyó los números de uno en uno por la línea de teléfono de la farmacia. Devolvió los frascos a Landreaux para que los guardara en el botiquín. Ella sabía que esas no eran las pastillas que le podrían interesar a Landreaux. También era cierto que él no había vuelto a tomar ninguna de las otras píldoras desde hacía bastante tiempo. Al contrario que muchas amigas suyas, mantenía un riguroso recuento de las pastillas en sus frascos. Las personas mayores suponían una fuente de abastecimiento tan fácil.

Landreaux necesitaba la camioneta para cargar los postes de los tipis y las pacas de heno. La necesitaba para hacer viajes al vertedero o simplemente para ser un hombre.

Pero prefería que Emmaline se llevara la camioneta al trabajo, porque era más seguro, y él conducía el mágico Corolla, el coche que nunca moriría. Heredaron el Corolla cuando la madre de Emmaline se mudó a la residencia. Más allá del mantenimiento, del que Landreaux se encargaba personalmente, el coche jamás se averiaba. Comparado con los otros coches que había tenido a lo largo de su vida, este automóvil parecía fiable de una manera casi mística. Era de un color gris parduzco; los asientos estaban desgastados y el acolchado aplastado. Landreaux no podía echar atrás el asiento del conductor lo suficiente como para poder acomodar sus largas piernas, pero le gustaba conducirlo. Sobre todo después de que cayera la primera nevada, cuando ponía los neumáticos para nieve y disfrutaba haciendo rugir el motor por las carreteras secundarias para visitar a sus pacientes.

Ottie Plume, que había perdido un pie por causa de la diabetes, vivía con Baptiste, su mujer, a unos pocos kilómetros del pueblo en una codiciada zona cerca del lago. Bap no quería llevar a su marido a la clínica de rehabilitación, de modo que Landreaux iba a su casa para atenderlo con fisioterapia, ducharlo, asearlo, contar las pastillas, ponerle sus inyecciones, darle de comer, cortarle el pelo de la nariz y de las orejas, sanearle las uñas, darle algún masaje e intercambiar más de un cotilleo con los dos. También llevaba a Ottie a diálisis y se quedaba con él durante la recirculación.

Bap abrió la puerta cuando Landreaux llamó.

—No sabía si ibas a venir —comentó.

—La vida no se detiene ante nada, ni siquiera ante lo que yo he hecho —respondió Landreaux.

Esa respuesta, formulada de esa manera, asumiéndolo, tranquilizó a Bap. Voceó hacia la otra habitación.

—¡Ha venido, Ottie!

La mujer se quedó, aunque normalmente se habría marchado para atender sus asuntos mientras Landreaux trabajaba con Ottie. Landreaux sabía que habían estado hablando de él y que Bap permanecía ahí para poder contar a sus parientes cómo se comportaba Landreaux. Qué señales presentaba. Emmaline dijo que le sería difícil volver al trabajo. La historia lo perseguiría el resto de su vida. Viviría dentro de esa historia. No podía cambiarla. Ni siquiera LaRose podía cambiarla, había dicho.

Pero Landreaux sabía que aquello no era del todo cierto. LaRose ya había cambiado la historia.

—Ah, me alegro de que estés aquí —dijo Ottie.

Su rostro dorado de querubín, rechoncho y consumido por el dolor, se iluminó. Antaño un fornido luchador, Ottie todavía no se había ablandado del todo. Sus carnes presentaban un aspecto terso, semejante a la grasa de una foca. La mayor parte de su familia había fallecido de manera prematura por complicaciones de la diabetes.

—Le estaba diciendo a Bap que la vida no se rinde.

—No se rinde hasta que lo hace —repuso Ottie—. Conseguí cagar yo solito el otro día. Por poco me caigo del puto váter.

—Joder, Ottie —dijo Bap.

—Vamos allá —dijo Landreaux, mientras empujaba la silla de ruedas por el corto pasillo.

La tribu había pagado un cuarto de baño para discapacitados y Ottie tenía una silla de ducha. Después de que Landreaux ayudara a Ottie a sentarse en la silla, le enjabonó la espalda y lo enjuagó. La puerta se entreabrió. Bap asomó el brazo con ropa limpia. Cuando salieron y fueron a la cocina, había tortitas de arándanos con sucedáneo de jarabe de arce, preparado con huevos en polvo de los alimentos básicos proporcionados por el gobierno. Landreaux percibió el familiar e insulso sabor del huevo deshidratado químicamente y del aspartamo por encima del aroma a arce. Estaba bueno.

—¿Y cómo lo lleváis todos?

Bap se recostó en la silla detrás de la mesa. Era una mujer bajita y recia, que todavía mantenía el cuento de que sentía unos tremendos celos de otras mujeres y debía impedir que fueran tras Ottie. Iba maquillada siempre para Ottie. Tenía sombras de ojos diferentes para cada día de la semana. Era morado de martes. Se había recogido el pelo con un coletero y había echado laca a su flequillo para moldear una abultada masa sobre sus depiladas cejas. Se había pintado las uñas con un naíf tono rosa. Se llevó un dedo a la boca.

—Quizá no debería decir nada. ¿Mantener el pico cerrado?

—No —respondió Landreaux.

Emmaline era prima suya.

—Eres de la familia —continuó.

—Emmaline es muy fuerte —dijo Bap.

—Muy fuerte —repitió Landreaux. Comenzó a zumbarle la cabeza—. Quiero crear un fondo, ¿sabes? Cuando se mejoren, cuando nuestras familias sanen un poco más.

Bap y Ottie asintieron con recelo, por si fuera a pedirles una contribución.

—Todo el mundo crea un fondo ahora —observó Bap.

—Yo —dijo Ottie— sé que es un momento triste. Pero cuando yo me vaya, quiero que el mío sea un fondo de tacones para señoras de la reserva. Me gusta una barbaridad cuando Bappy se arregla para mí. Me gustaría ver a más señoras hacer ese sonido con los tacones al caminar. Me vuelve totalmente loco.

Bap cogió la mano de Ottie.

—Tú no necesitas ningún fondo, mi chiquitín. No te vas a morir.

—Excepto pedacito a pedacito —contestó Ottie.

—Odio la diabetes —dijo Landreaux.

—Tenemos que prepararlo para su cita —dijo Bap—. Hay que mirarle el azúcar.

—Ya lo he hecho —respondió Ottie.

Landreaux no dijo que le había medido el azúcar a Ottie cuando olió las tortitas, sabiendo que los carbohidratos dispararían los niveles en sangre de Ottie por mucho

edulcorante que le echase Bap al problema. Eran susceptibles de alucinar con esa mierda de aspartamo, pensaba a veces Landreaux. Ottie y él estaban en el coche con la silla de ruedas plegada en el maletero, cuando Landreaux se dio cuenta de que se había escabullido sin contestar a la pregunta de Bap sobre cómo lo estaban llevando. Ottie había desviado esa línea de investigación con su fondo *post mortem* de tacones.

—Gracias —dijo a Ottie.

—¿Por qué?

—No sabía qué decirle a Bap. De cómo lo estábamos llevando. Todavía seguimos en esa fase, cuando despiertas, recuerdas y quieres volver a dormirte.

—Supongo que ya no volverás a cazar nunca más.

—He quemado mi rifle. Bueno, lo que se podía quemar.

—Eso no le hace ningún bien a nadie —repuso Ottie—. ¿Ahora quién le va a conseguir las proteínas a tus hijos para que crezcan sanos y fuertes?

—Pondremos trampas —contestó Landreaux—. Freiremos algún *waboose*^[4].

—Eso figura en mi dieta —dijo Ottie—. Te cambio uno por esas pastillas que te gustan.

Landreaux no respondió.

—Pero echaré de menos tu carne de venado —continuó Ottie—. Aunque me imagino que no es algo que uno llegue a superar nunca. Sigues reviviéndolo una y otra vez.

—Una y otra vez —asintió Landreaux—. Quizá haga negocios contigo más adelante. No necesito esa mierda.

Pero la necesitaba, y mucho.

El bufé de comida caliente de la estación de servicio de Whitey vendía alitas de pollo fritas, mollejas, muslos de pollo, *pizzas* y sándwiches Hot Pockets. Romeo Puyat vio que Landreaux llegaba a la gasolinera y aparcaba en la parte de atrás entre las malas hierbas. Romeo era un hombre delgado de ojos penetrantes y muy juntos, que caminaba renqueando y encorvado. Siempre llevaba el brazo derecho pegado al cuerpo porque se lo había roto por tantas partes que iba sujeto con clavos. Al igual que la pierna derecha. Aun así podía moverse con rapidez. Al suponer que Landreaux se quedaría en el local para tomarse el almuerzo, Romeo cogió la manguera y el contenedor de plástico rojo vivo que cumplía la normativa contra incendios. Avanzó tambaleante, encorvado pero ágil, hasta el coche de Landreaux y preparó el equipo. Romeo era un experto tras años de práctica y enseguida consiguió que la gasolina fluyera del depósito de Landreaux, a través de la manguera de goma, hasta su recipiente.

Landreaux salió del local con una pequeña caja de cartón encerado. Pestañeó al divisar a Romeo, aunque no reconoció a su antiguo compañero de clase. Las razones de su odio mutuo se remontaban al brutal final de su infancia. Ambos dejaron de

hablarse en el internado. Además Romeo había intentado asesinar a Landreaux mientras dormía. Eso ocurrió cuando ambos tenían apenas veinte años y resultó que aquella noche Landreaux tenía en su poder una gran suma de dinero. Como este era la principal causa de corrupción, Romeo estaba dolido porque Landreaux todavía desconfiaba de él tras aquel chapucero ataque con navaja. Al menos ahora Romeo no buscaba quitarle la vida a su antiguo compañero de clase.

Romeo había aceptado, en teoría, que Landreaux le hubiese robado a Emmaline, su primer amor, a quien además quizá ni siquiera le gustaba Romeo. Este asumía de mala gana que Landreaux y Emmaline hubieran acogido incondicionalmente y cuidado de manera admirable a Hollis, su inesperado hijo. Romeo se decía que habían hecho buen negocio con ese muchacho, porque Hollis era un número uno. Aun así, debía reconocer que mantenerlo suponía muchos gastos. Pero ahora lo que más deseaba Romeo era que Landreaux compartiera y que lo hiciera a partes iguales. Como cuidador personal al que todos conocían en el hospital, Landreaux sin duda tenía fácil acceso a recetas médicas para analgésicos. ¿Por qué no hacer que su antiguo amigo fuera un poco más feliz? ¿Librarlo de sus dolores? Sí, Romeo tenía su propia prescripción, pero no era OxyContin y a veces tenía que vender sus calmantes más suaves para conseguir los buenos de verdad. Como fentanilo. Había intentado comprarse un parche en alguna parte.

Landreaux se dirigió hacia su coche.

—Vaya, vaya, vaya —comenzó Romeo, mientras miraba cómo la gasolina fluía por el tubo—. ¡Cuánto tiempo!

Landreaux se conmovió, con un poso de tristeza, al ver a su antiguo compañero de clase robándole la gasolina. Hacía mucho tiempo que había decidido que fuese lo que fuese lo que le hiciera Romeo o cualquier otra persona a raíz de sus días de infierno, lo tenía bien merecido. Por ello solo dijo:

—Tengo que irme. Mis palitos de *mozzarella* se están enfriando.

—Palitos de *mozzarella* —repitió Romeo con una mueca de asco.

—Para los chicos —respondió Landreaux.

—Ah —exclamó Romeo, como si hubiese escuchado unas palabras sabias y sorprendentes.

Echó la cabeza hacia atrás, frunció el ceño con gesto de concentración y, con cuidado, retiró la manguera.

—¿Tienes algo para mí, viejo *niiji*?

Dio unos golpecitos con la manguera en la boca del depósito. Después, puso de nuevo el tapón de rosca en el bidón de plástico rojo y cerró el depósito de gasolina del coche de Landreaux. Cerró la tapa de fuera de golpe.

—No —contestó Landreaux.

—Bueno, mi trabajo aquí ha terminado —dijo Romeo.

Levantó el pequeño bidón de gasolina rojo, saludó con un desenfadado e irritante gesto de la mano y se encaminó hacia su coche con el depósito vacío.

—Dale recuerdos a Emmaline de mi parte —gritó por encima del hombro.

Landreaux le dirigió una larga y fulminante mirada de soslayo y dejó los palitos de *mozzarella* en el techo de su coche. Cuando subió al vehículo, la forma en que se había despedido Romeo despertó algunos recuerdos en él. Había mucho que recordar, pero el cuchillo que Romeo le había clavado en el antebrazo, y luego en el bíceps, había dejado una cicatriz bien visible. Era asombroso que, mientras dormía, Landreaux se hubiera girado y alargado la mano para rascarse la nariz justo cuando Romeo le estaba atacando. Mientras se abismaba en sus recuerdos, Landreaux olvidó la caja de cartón en el techo del coche y pasó junto a Romeo, que llenaba el depósito con la gasolina robada. Cuando Landreaux dobló la esquina, los palitos de *mozzarella* salieron volando en un ángulo tal que aterrizaron en el techo del coche de Romeo. Cuando el depósito de su coche ya no estuvo vacío, Romeo buscó la caja de cartón y sacó un palito de *mozzarella*. Le dio un solo mordisco: se habían quedado fríos y correosos. Se acercó en coche al bar de comida caliente y se quejó.

—Se los calentaré —dijo la chica detrás del mostrador.

—Preferiría que me devolvieras el dinero —repuso Romeo.

Después de las primeras semanas, LaRose intentó dejar de llorar, al menos cuando se hallaba cerca de Nola. Maggie volvió a explicarle la situación, por qué estaba ahí. Sus padres se lo habían dicho, pero él seguía sin entenderlo. Necesitaba escucharlo una y otra vez.

—Ni siquiera sabes lo que significa «muerto» —dijo Maggie.

—Que no te mueves —contestó LaRose.

—Que no respiras —dijo Maggie.

—Respirar es moverse.

—Mira —dijo Maggie—, vamos a salir fuera y mataré algo para que lo entiendas.

—¿Qué vas a matar?

Miraron por la ventana.

—A ese perro —dijo Maggie señalando al animal.

Se encontraba en la linde del jardín, descansando al sol. Era el perro al que daba de comer la familia de LaRose. El chico no mencionó que lo había reconocido, en cambio sí dijo:

—Debes de ser mala persona. Nadie va y mata a un perro así porque sí.

—Tu padre fue y mató a mi hermano así porque sí —respondió Maggie.

—Fue un accidente.

—No hay diferencia —repuso Maggie.

A LaRose se le humedecieron los ojos y después a Maggie también. Estaba sobrecogida por un agitado desconsuelo. Dusty la había visitado en un sueño y le había mostrado un perro de peluche que, ahora que recordaba, se parecía mucho a ese perro naranja que estaba allí fuera. Se giró para comprobar si el animal seguía allí,

pero ya no estaba. Se le ocurrió entonces una idea. Podría conseguir algo de LaRose. Hacer que la ayudase.

—De acuerdo, pequeño zoquete.

—No me llames así.

—No te llamaré zoquete si tú conviertes a mi madre de la bruja malvada que es ahora en una persona muy buena. Si consigues hacer eso, creo que harán un programa de televisión sobre ti.

—¿Qué tendría que hacer?

—¿Para que se vuelva buena?

LaRose asintió. Maggie le dijo que le preguntase si necesitaba un masaje en los pies, pero LaRose se quedó desconcertado.

—Haz todo lo que ella te pida —le indicó Maggie—. Y cómete sus tartas. Y también, dale abrazos.

LaRose esperó a que Nola le mandara hacer algo. Más tarde, ese mismo día, Nola le dijo a LaRose que debía llamarla «madre».

—Muy bien, madre.

—¿Me das un abrazo?

También lo hizo.

Nola le atusó el pelo y le miró a los ojos; su cara se infló como un globo y se sonrojó, como si estuviera a punto de rugir.

—¿Cuál es tu comida favorita? —preguntó.

—¿Tarta?

Nola le dijo que le prepararía muchas tartas. Cuando LaRose le echó los brazos al cuello, el muchacho notó cómo le sobresalían los huesos por debajo de la piel.

—Estás en los huesos —le dijo a Nola.

—Puedes sentir mi esqueleto —contestó ella.

—¿Eres una dama de Halloween? —preguntó con cautela.

—No —respondió—, no lo soy. Mi madre era una bruja. Yo no quiero ser como mi madre.

LaRose apoyó la cabeza en su pecho para cerciorarse de que le latía el corazón. Su clavícula le golpeó la sien.

«Huesuda», pensó. «Es huesuda». Había oído a su padre chingar a su madre. «Te estás volviendo huesuda». Se lo había oído decir a su abuela acerca de su hermana Snow. «No querrás ser tan huesuda como tu madre».

Había aterrizado en un mundo de mujeres huesudas. Incluso Maggie era huesuda con sus piernas desgarradas. Aunque no se lo dijo. Tampoco le dijo que Maggie la llamaba «malvada». Algo lo detuvo. No sabía por qué ya no decía todo lo que se le pasaba por la cabeza. Era como si su boca tuviese un pequeño colador que solo dejara pasar las palabras amables.

LaRose vio a su verdadera madre en la tienda de comestibles. Corrió hacia Emmaline y se fundieron en un abrazo. Romeo fue testigo casual del suceso. Se quedó en la sección de carnicería, tambaleándose, y apretó la cesta contra su pecho. En su rostro se dibujó una expresión que no encajaba con el peligroso maleante que consideraba que era ahora. Romeo se sorprendió, entrecerró los ojos y fingió que examinaba los envases de hamburguesas baratas.

Era una buena cosa que LaRose estuviese con Peter, que no interfirió. Durante un rato, Emmaline se aferró a su hijo, olfateándole el pelo. Miró a Peter, y cuando este asintió con la cabeza, dejó que LaRose se agarrase al carrito para dar una vuelta. Emmaline recorrió la tienda junto a él mientras hablaba. Era como tener el corazón muerto y luego tenerlo vivo, pero no podía estar de compras indefinidamente. Peter la ayudó a llevar la compra y luego ella acompañó a LaRose hasta el coche de los Ravich. LaRose se subió sin llorar y se abrochó el cinturón en el asiento trasero. Su callada valentía dejó sin aliento a Emmaline. Mientras el coche se alejaba, el niño saludó a su madre con la mano. Parecía deslizarse lejos de ella en una balsa de frágiles tablones. ¿O no era más que un sueño? Todas las mañanas, ella emergía a la conciencia en esa misma balsa que se estaba desintegrando. Varias veces al día se preguntaba qué habían hecho.

Después de ver a LaRose, Emmaline no pudo regresar a casa. Pensó que podría ir a ver a su madre, pero en cambio descubrió que sus pasos la habían llevado hasta la iglesia. Entonces pensó que podría rezar ahí, por la paz. Pero en lugar de ello se dirigió a la parte de atrás de la iglesia. Pensó que podría ver al padre Travis, pero no se encontraba en ninguna de las dependencias de la iglesia ni en la rectoría, una sencilla casa con forma de caja. Comenzó a sentirse incómoda al buscarle de esta manera. Entonces lo divisó a lo lejos, manejando una pequeña excavadora junto al lago para construir un camino. Llevaba puesto un pasamontañas marrón, suelto, caído detrás de las orejas. El gorro hacía sobresalir sus orejas. Debería de haberle dado un aspecto ridículo. Pero era difícil que algo diera al padre Travis un aspecto ridículo. Tenía la piel curtida por el viento, con unas pocas pecas, y la típica piel de rubio que se pone roja al sol o por timidez; unos pómulos planos, casi brutales, y una mandíbula bien definida de estrella de cine. Justo cuando su apariencia comenzaba a molestar a la gente, se hizo mayor, lo que permitió que fuera más fácil de aceptar. Además unas cicatrices le surcaban todo el cuello. Los ojos del padre Travis podían ser cálidos si sonreía, las finas arrugas brotaban de la comisura de sus ojos de un modo agradable. Sus ojos también podían tornarse de la otra manera: sombríos, apagados e incluso hasta peligrosos. Pero, por supuesto, ya no era un soldado terrenal.

Apagó la excavadora en cuanto vio a Emmaline y se bajó. La mujer estaba acostumbrada a verlo con sotana. El padre Travis vestía sotana la mayor parte del

tiempo porque le resultaba muy cómodo. Podía ponérsela sobre camisetas y pantalones de trabajo. A la gente mayor le gustaba verlo con sotana y, después de *Matrix*, también les gustaba a los jóvenes. Pero en ese momento llevaba puestos unos pantalones vaqueros viejos, una camisa de franela de cuadros y una chaqueta de lona marrón.

Emmaline le sonrió, sorprendida.

El cura echó un vistazo a su alrededor para comprobar si había alguien mirando. Fue justo eso, esa mirada de comprobación, pensó más tarde, lo que hizo que todo cediese. Su corazón estuvo apartado de sus pensamientos durante días, hasta que miró por encima del hombro de Emmaline para cerciorarse de que no había nadie mirando.

Se metieron las manos en los bolsillos y recorrieron el circuito de entrenamiento que estaba abriendo en el bosque. Pasaron por delante de las barras de flexiones y dominadas, antes de que ella pudiera pronunciar palabra alguna.

—Yo no quería entregarles a LaRose —dijo.

—¿Por qué lo hiciste?

El reflejo del sol sobre las aguas verdes del lago en un día soleado, así era el color de sus ojos.

—Parecía ser la única solución —dijo—. Es mi hermana, al fin y al cabo. Pensé que me dejaría verlo, pasar tiempo con él. Pero no. Así que quiero recuperarlo. Acabo de verlo. Va a pensar que no lo quiero.

El padre Travis todavía estaba sorprendido por lo que habían hecho. Recordó la visita que le hicieron justo después de que Landreaux quedara en libertad; querían decirle algo. Había oído hablar de ese tipo de adopciones en el pasado, cuando la enfermedad o los asesinatos destrozaban a ciertas familias y dejaban a otras intactas. Era una antigua forma de justicia. Era una historia, y las historias le llegaban al alma. Una historia era la razón por la que se había hecho sacerdote, y una historia era la razón por la que todavía no había renunciado a su trabajo. Por las noches, entre películas de acción, el padre Travis escrutaba el Nuevo Testamento.

La Virgen María entregó a su hijo al mundo, estuvo a punto de decir mirando a Emmaline. Todo tenía sentido porque Emmaline llevaba una parka azul celeste. En la capucha faltaba el ribete de piel, de modo que le cubría la cabeza de tal forma que le recordaba las imágenes de la Virgen. El pelo, con raya en medio, le caía suavemente hacia atrás bajo la tela azul como unas delicadas alas.

—Intentaste hacer algo bueno —dijo el padre Travis—. LaRose lo comprenderá. Volverá a ti.

Emmaline se detuvo y lo miró fijamente.

—¿Está seguro?

—Estoy seguro —respondió, y luego no pudo contenerse—: «Ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las cosas presentes ni las futuras, ni las potestades, ni la altura ni la profundidad, ni otra criatura alguna podrá separarte».

Emmaline lo miró como si se hubiese vuelto loco.

—Es de la Biblia.

El padre Travis bajó los ojos al camino de tierra. Citar la Carta a los Romanos como un pomposo idiota...

—LaRose es muy joven —dijo Emmaline, y sus ojos hambrientos se nublaron—. Se olvidan como no estés con ellos todos los días.

«Nadie podría olvidarte», pensó el padre Travis. Ese brusco pensamiento lo puso nervioso; se obligó a hablar con sensatez.

—Mira, puedes recuperar a LaRose cuando quieras. Tan solo tienes que decir que lo quieres de vuelta. A Peter y a Nola no les quedará más remedio que escucharte. Si no, puedes acudir a los servicios sociales. Eres su madre.

—Los servicios sociales —repitió ella—. Ja. ¿Ha oído hablar alguna vez de la ley del silencio?

El padre Travis se echó a reír.

—Además, yo soy los servicios sociales. El internado de crisis es todo un servicio social. Tendría que ponerme en contacto conmigo misma.

—¿Qué hay de malo en eso? —respondió el padre Travis.

Emmaline negó con la cabeza y apartó la mirada al hablar.

—¿Quiere decir que no lo vi venir? ¿Que no sabía que iba a ser tan difícil? No puedo entender por qué esto se me hace insoportable cuando hay historia y tradición, todas esas cosas, detrás de lo que hemos hecho.

Se frotó la cara con las manos como si quisiera borrar otra cosa.

—Sí, yo no estaba del todo en contacto conmigo misma. Además está Nola. Creo que se enfada mucho con Maggie. ¿Qué pasa si trata a LaRose así?

El padre Travis se quedó callado. Todavía oía confesiones individuales y sabía del mal genio de Nola.

Mientras caminaban de regreso hacia el coche, una sensación que sí reconoció lo frenó de hacer el típico comentario informal para cerrar el tema. Permaneció en silencio porque no quería estropear la confianza con la que ella le había hablado. Emmaline subió al vehículo. Después, se quitó la capucha y bajó la ventanilla. Levantó la vista hacia el rostro de él. La añoranza de su hijo era tan descarnada que creyó sentir cómo penetraba en él. Cerró los ojos.

Cuando cerró los ojos, Emmaline vio que era un hombre corriente con la piel curtida y los labios agrietados.

Apartó la mirada y arrancó. Sus pensamientos trágicos se esfumaron cuando se alejó y recordó cómo se había reído hasta dolerle la tripa cuando Josette y Snow hablaron del cura.

«No puede evitar esos ojos suyos», dijo una de ellas.

«Esos ojos de robot juguete sexual».

Josette y Snow sentían fascinación por los personajes masculinos de robots o cíborgs de las películas. Tenían en su habitación un antiguo televisor con reproductor de vídeo integrado de la cadena Radio Shack y conseguían viejas películas en

mercadillos y expositores de saldos. Su colección incluía *Almas de metal*, *RoboCop* y *El abismo negro*. Rebuscaban entre los expositores de vídeos en liquidación con la esperanza de encontrar su película favorita, *Blade Runner*. Habían hecho dibujos de robots y cíborgs, delicados y perfectos, condenados por sentir algo, quizá como el padre Travis.

«¡Tiene ojos de replicante!».

«No me jodas, el padre Travis podría ser un replicante. ¡Batty!».

«He visto cosas que vosotros no creeríais», entonaron a la vez, «atacar naves en llamas más allá de Orión. He visto rayos-C brillar en la oscuridad cerca de la puerta de Tannhäuser».

Sus voces se desvanecieron hasta no ser más que un susurro.

«Todos esos momentos se perderán en el tiempo. Como lágrimas en la lluvia. Es hora de morir».

Echaron la cabeza hacia atrás y Emmaline exclamó: «¡Dejadlo ya!».

Ahora fruncía el ceño. Como a cualquier madre, le ponía nerviosa que sus hijos fingieran estar muertos.

Las chicas Iron. Snow y Josette. Las Iron Maidens^[5]. Eran las reinas de voleibol del instituto, hermanas y mejores amigas para toda la vida, confidentes de alma y corazón y consejeras de sus hermanos. Eran firmes con su madre y flexibles con su padre. Con la abuela conseguían suministros de abalorios y podían coser durante horas. Snow iba a ser la chica alta e intensa, que tenía dificultades para mantener la concentración en las tareas escolares y a quien los chicos solo querían como amiga. Estaba en octavo. Josette iba a ser la lista, la que se desesperaba por su peso pero que despertaba torpes deseos entre los chicos a los que solo quería como amigos. Estaba en séptimo.

Landreaux dejó a sus hijas en Hoopdance para ir de compras y regresó para llevar a Ottie a diálisis. Las chicas se dirigieron directamente a la droguería. Entraron con un relente congelado. Una dependienta con el pelo aplastado y teñido de pelirrojo y unas gafas que le colgaban de una cadena les preguntó si podía ayudarlas.

—No, gracias —respondió Josette—. Y tampoco hace falta que nos siga por la tienda. Llevamos dinero y no vamos a robar nada.

La mujer hundió la barbilla en el cuello y mantuvo esa extraña postura mientras se daba la vuelta y se alejaba hacia la caja registradora.

—No hacía falta decir eso —objetó Snow.

—Puede que esté demasiado a la defensiva —aceptó Josette con falsa humildad.

Contiguo al establecimiento había una tienda de regalos repleta de flores decorativas y baratijas que no le gustaban a su madre. Pero a ellas sí. Entraron y admiraron todos los muñequitos de nieve de cerámica, las brillantes frondas y las piedras con palabras talladas en ellas. «Sueña». «Ama». «Vive».

—¿Por qué no «Tira»? —preguntó Josette—. ¿Cómo es que no tienen una que

ponga «Tira»?

—Tú no tienes inspiración, ¿verdad? —dijo Snow.

—Eso no es inspiración. Es sensiblería.

—¡Ooooh! —Snow se lamió el dedo e hizo una marca en el aire—. Vocabulario.

Regresaron a la sección anterior. Había una pequeña selección de rasquetas para coches y luces de emergencia, tal vez para su padre.

—Tienen cosas mejores en la ferretería —dijo Josette.

—Vamos a probar los perfumes para mamá.

—No, lociones.

—Tú coge eso. Yo le cogeré un perfume.

Todos los perfumes buenos estaban guardados bajo llave en una vitrina donde descansaban las manos de la señora con gafas.

—Mierda, ahora tendremos que vérnoslas con ella —dijo Josette.

—Yo soy la chica buena —respondió Snow—. Déjame hablar a mí.

Josette puso los ojos en blanco y cara de circunstancias.

Snow se acercó a la dependienta y sonrió.

—Hola, ¿qué tal? —dijo Snow con tono desenfadado—. Estamos buscando un regalo de Navidad muy muy bonito para nuestra madre. Nuestra madre es tan especial. —Snow suspiró—. ¡Trabaja tanto! ¿Qué nos sugiere?

La mirada asesina de la mujer se apartó de Josette, que se había inclinado sobre la vitrina, barriendo la escena. La mano de la mujer abarcó las cajas brillantes como joyas, se acercó a los vaporizadores y cogió un frasco probador de Jean Naté.

—Demasiado soso —dijo Josette.

Snow señaló Jovan Musk.

—Eso no huele como mamá. Ella es más, no sé, clara.

—¿Quizá Charlie o Blue Jeans?

—Muy informal.

Reflexionaron con el ceño fruncido ante el surtido.

—Quiero comprarle algo especial. Tengo el dinero que me he ganado trabajando —le explicó Snow a la dependienta—. Tal vez algo de un diseñador o de una estrella de cine.

La mujer mostró una caja. White Diamonds de Elizabeth Taylor.

—La mejor fragancia de América —dijo la mujer con veneración.

—¿Quién es Elizabeth Taylor? —preguntó Josette.

—Pues ¿Cleopatra?

Ambas habían meditado mucho sobre la portada del VHS en el videoclub.

—¿Además de Michael Jackson?

—Ah, sí. —Josette olisqueó la boquilla del espray—. Sofisticado. Me gusta.

Enjoli, en una caja de color rosa intenso, decorada con una flor dorada estampada en relieve.

—Pero mamá no huele tanto a especias. Quiero decir que huele bien.

—Desentonaría con el Old Spice de papá.

—¿El Wild Musk también?

—Quizá Wind Song.

—Es la que usa la abuela.

La mujer del mostrador sacó una elegante caja que estaba escondida detrás de las demás. Era una caja rosa lavanda, uno de esos colores indefinidos y caros. Con una franja negra grisácea. El frasco encajaba perfectamente en la mano, con unos rombos en relieve y de cristal torneado. Eau Sauvage. La mujer vaporizó un poco en un pañuelo de papel y agitó la muestra ante sus narices. Esperó. La fragancia era verde y seca. Con una pizca de regaliz. Quizá un toque de nube. ¿Un destello de madera recién cortada? Hierba pisoteada. Una hierba rara en un bosque raro. Nada oscuro, nada hambriento. Y algo más también.

—La mayoría de la gente cree que esta fragancia es demasiado sencilla —explicó la mujer—. No se parece a ningún otro perfume. Nadie lo compra. Solo tenemos este frasco.

Snow observó a Josette con los ojos muy abiertos. Josette respiró la fragancia de nuevo.

—Tan puro —dijo Josette dejando el frasco—. Debe de costar una fortuna.

—Es un poco caro, sí —contestó la dependienta. Parecía incómoda con el precio—. Yo solo trabajo aquí. No es mi negocio —añadió.

—Sí —dijo Snow—. Es algo caro. Estaba ahorrando. Pero en fin...

—Puede valer tanto para hombre como para mujer. «Eoo Savage».

—Eau Sauvage —dijo Josette con exagerado acento francés—. Tenemos que llevarnos este. —Se volvió hacia Snow con los ojos brillantes—. ¡Huele!

—Este —dijo Snow.

Josette tenía un pequeño monedero de señora mayor escondido en su bolso. Lo sacó. Snow la abrazó con pasión.

Entonces, allí mismo, delante de la dependienta, se echaron a llorar porque ambas lo advirtieron: allí estaba el rastro. La colonia también olía al pelo limpio de LaRose en un frío día de otoño cuando entraba en casa y Emmaline se inclinaba sobre él.

«Ay, qué bien hueles», solía decir. «Hueles como el aire fresco».

Mientras abandonaban la tienda, Josette y Snow iban hablando sobre el olor a aire fresco y decidieron que tenían telepatía la una con la otra como en un aquelarre.

—O quizá nuestro pueblo tenía estos poderes antes de que llegara el hombre blanco.

—Sí —dijo Snow—, y hemos vivido quinientos años.

—Yo he oído a alguien decir eso.

—Yo también. Y podríamos cambiar el tiempo.

—Eso me lo creo.

—Genial —dijo Snow—. Hagámoslo ahora.

—Tendría que haberme llamado Verano^[6] —dijo Josette—. Tú solo puedes hacer que nieve.

Soplaba un fuerte viento. Caminaban hacia el lugar donde se encontrarían con su padre. Había quedado en que iría a recogerlas después de llevar a Ottie de vuelta a su casa. Iban a sentarse en el Subway^[7] y quizá compartir un bocadillo de treinta centímetros de pavo con queso fundido, pan integral, por el color, lechuga, tomates, pepinillos y una salsa de cebolleta. Desde luego que sí. Tenían más hambre de lo normal y les quedaba dinero suficiente para el bocadillo de pavo si bebían agua.

—Es más sano —dijo Josette, a quien le encantaba el Sprite.

—Nos lo enseñaron en las clases de salud —añadió Snow a regañadientes—. Tan solo una lata al día te puede provocar diabetes.

Landreaux nunca compraba refrescos porque no quería que sus hijos perdieran los pies. Cuando lo explicaba de esa manera, torcían el gesto en una mueca de dolor. Sí, papá. Bebían refrescos prohibidos en Whitey's. Ahora, mientras esperaban a su padre, bajaron la mirada hacia los envoltorios de su bocadillo con gesto de asombro.

—Me lo he comido demasiado deprisa.

—¿Cómo has podido? —dijo Josette soltando un eructo.

—Qué asco. ¿Y ahora qué?

—Estamos sin un céntimo, así que nos podemos ir bebiendo nuestra sanísima agua.

—Y esperamos a papá.

Intercambiaron una mirada. En la escuela nadie se había mostrado demasiado cruel. A todo el mundo le había pasado algo horrible a alguien de su familia. Todos se apenaban por todos, normalmente; o decían «puta mala suerte», o si eras una chica quizá dabas una tarjeta. No había tarjetas para lo que había sucedido. Pero una de las amigas había hecho unos pendientes de cuentas para Snow y ella sabía que era su forma de decir que no había palabras. Tampoco había palabras que decir a su padre. Al menos ninguna palabra que quisieran decir. En el coche tal vez permanecerían calladas. Quizá preguntasen por Ottie o Awan, u otro paciente. Quizá hicieran algún comentario general sobre las clases. Evitaban los sentimientos verdaderos porque de golpe podían llegar a ser demasiado hondos para su padre. Podía ponerse en ese modo superserio, como cuando dirigía una ceremonia. Donde dejabas que los pensamientos y los sentimientos que llevas escondidos en lo más hondo de ti salgan al círculo, de modo que otras personas puedan rezar y cantar para ayudarte. Pero, y en eso estaban de acuerdo las hermanas, no les apetecía que ese tipo de energía fluyera de su padre cuando las cosas iban más o menos normal. De modo que cuando apareció con el Corolla, se comunicaron con los ojos. Josette se sentaría delante porque se le daba bien centrarle en temas como cortes de pelo, baterías de coches o preparar las ventanas para el invierno con film transparente. Y en caso de que diera la impresión de virar al sur, siempre podía pedirle que le explicara de nuevo por qué era tan malo tomar refrescos.

El efecto 2000 mantenía a Peter ocupado, y mientras trabajaba en ello, podía pensar en otra cosa que no fuera Dusty. De camino a la granja Fleet, se reprendió por no haber comprado pollos vivos la primavera anterior. Había estado pensando en convertir uno de los viejos cobertizos en una cooperativa avícola. Incluso Nola había accedido, aunque por regla general estaba en contra de tener animales. Nunca llegó a organizarse para los pollos, si bien con el perro sí que lo hizo: dio de comer al perro que había visto en el bosque. Quizá fuera una mezcla de perro pastor. Peter pensó que podría haber guardado la casa. Tal vez habría podido salvar a Dusty. Sabía que era algo irracional, pero aun así compraba comida para perros. Peter también adquirió siete sacos de maíz tostado y una linterna con manivela. Condujo hasta casa y llevó la compra a la habitación del sótano donde ya había almacenado seis barriles sellados de cuarenta litros de harina de trigo integral, leche en polvo, aceite, lentejas, alubias y cecina. Había comprado un congelador, que ya había llenado y conectado a un generador. También había comprado el generador electrógeno. Y también una estufa de leña, y todos los días partía unos troncos durante una hora después del trabajo. Eso le mantenía la mente ocupada, igual que al cura. El padre Travis y él se relajaban partiendo leña, a kilómetros de distancia, acumulando dolores del corazón. Peter tenía un filtro para el agua, pero para estar seguro compró otro filtro más. El año anterior también había instalado un nuevo pozo, conectado a su vez a otro generador electrógeno. Había adquirido con antelación zapatos con números suficientes como para satisfacer la necesidad de calzado de sus hijos en edad de crecer durante dos años. Manzanas, peras, albaricoques, ciruelas y arándanos deshidratados. Más agua en bidones de plástico de veinte litros. Mantas adicionales. Y luego las armas, un armero y candados. Guardaba los rifles cargados porque, si no, le parecía algo carente de sentido. En dos ocasiones disparó a dos coyotes en el porche. Y una vez, contra un ciervo. Falló con un puma. La llave estaba pegada con cinta en la parte superior del armero de dos metros. Comprobaba de manera obsesiva que el armero se encontraba cerrado con llave. Cajas de municiones. Un baúl de bengalas. Mezclas para tartas, azúcar, cigarrillos, *whisky*, vodka y ron. Podría cambiarlos por cosas que necesiten: seguramente habría algo que se le había olvidado.

En realidad, se le había olvidado el alto tipo de interés que le cobraba su tarjeta de crédito. Ahora trabajaba horas extras solo para poder pagar la cuota mínima. Cada vez que se encontraba añadiendo otro saco de mezcla para tortitas o una pala a la tarjeta de crédito, se decía que después del efecto 2000, las compañías de tarjetas de crédito tendrían tanto lío confundiendo el año 2000 con 1999 que lo más probable era que sus extractos bancarios se extraviaran. Las compañías de tarjetas de crédito desaparecerían; el sistema bancario, dañado, volvería a los tiempos del intercambio de lingotes de oro. No habría teléfonos, televisores, compañías energéticas ni automóviles, salvo viejas chatarras sin motores informatizados, ni gasolineras, ni

tráfico aéreo ni satélites. Se comunicaría por radio. Tenía una licencia para aficionados desde hacía años. Ya mantenía por la noche, durante todo el mes de diciembre, intensas conversaciones con sus contactos en todo el mundo. Cada mañana se despertaba y anotaba un nuevo artículo en la lista. Los fines de semana, llevaba a Maggie y a LaRose con él a comprar un paquete de folios y una caja de sobres. Lápices y bolígrafos. Sellos. ¿Habría un antiguo sistema de correos terrestre? Seguramente, afirmaban sus contactos. El trastero estaba lleno. Nola no se percató de ello porque estaba ocupada preparando esas malditas tartas.

Los padres no querían, pero la Navidad llegó para ambas familias. Nola se despertó una semana antes del 25 con la imagen de su corazón como un trozo de plomo. Le pesaba tanto en el pecho que podía sentirlo, latiendo débilmente, sin razón alguna para seguir, cuando a ella ya no le interesaban sus esfuerzos. Pero era Navidad. Se dio la vuelta en la cama y propinó un codazo a Peter; le molestaba que pudiera dormir siquiera.

—Un árbol —dijo—. Hoy es el día. Tenemos que decorar el árbol de Navidad.

Peter abrió los ojos, esos preciosos ojos azul claro que nunca más pertenecerían a ningún otro hijo. Se habían maravillado de que el niño hubiera salido a ellos dos, una mezcla de lo mejor de cada uno de sus rasgos. Las fotografías enmarcadas todavía seguían colocadas sobre la cómoda. Dusty seguía corriendo bajo el sol, aparecía disfrazado de Spiderman, jugaba en un estanque con Maggie y posaba con todos ellos delante del árbol de Navidad del año anterior. Nola hallaba cierto consuelo en esas fotografías, pero ahora cerró los ojos para no ver el parecido en Peter. Para distraerse, se puso a canturrear y desvió sus pensamientos hacia su hija. Maggie despertaba en ella sentimientos encontrados. A veces rebosaba de amor. Otras, le embargaba una ira encendida. Sin embargo, Maggie se parecía a su dura e insensible abuela polaca o a su salvaje y revirada tía chippewa. Esos ojos rasgados y melifluos que se tornaban oscuros cuando se enfadaba. Esa pequeña sonrisa ladeada e inquietante.

El suave tarareo de Nola animaba a Peter. Era algo que ella solía hacer. Alargó la mano y le acarició los dedos. ¿Tal vez?

—No puedo —dijo ella.

A pesar de la negativa, le siguió preguntando bien de manera directa o con una caricia.

—Llevaré a los niños fuera.

Tenía una motosierra, en realidad tenía tres motosierras. Eran todas enormes, bestiales, demasiado potentes para cortar árboles de Navidad. Solo necesitaba una sierra de mano.

—De hecho —dijo mientras se incorporaba en la fría habitación—, usaré la sierra de mano con el mango rojo. Nos iremos turnando para cortar el árbol perfecto.

Lo imaginó y le sorprendió que incluso fuese posible. Pero era posible para él

levantarse de la cama y hacer lo mismo que había hecho el año anterior con un niño que se había puesto la parka rosa chillón de princesa Disney de Maggie porque la suya estaba para lavar. Dusty tenía tanta seguridad en sí mismo. Cuando Maggie se burló de él llamándolo «hermanita», adoptó la pose de Gaston haciéndola reír. La risa de Maggie sonaba entonces como campanitas.

Había cambiado, pensó Peter. Su risa se había convertido en una mofa, un ladrido, una serie de gritos airados, un estallido. Ahora se reía cuando las cosas eran tristes, no graciosas.

Desde el bosque, en la escasa nieve, Landreaux divisó a lo lejos a los tres que estaban examinando pequeños abetos. Volvió sobre sus pasos. Había estado comprobando las trampas, no buscando un árbol. Pero cuando los vio, se acordó.

—Bueno —dijo Emmaline—. Sí. Deberíamos hacerlo.

—Yo quiero un árbol con luces blancas —dijo Snow.

—Vamos a sacar las luces de colores —objetó Josette—. Las blancas son demasiado sosas.

—Me gusta la uniformidad —replicó Snow—. Todo lo demás en esta casa es una mezcla.

—Oye —protestó Emmaline.

—No te ofendas, mamá. Pero mejor un árbol con fuertes luces blancas. Quedaría bonito.

—Pues cortemos dos árboles entonces —contestó Emmaline.

—¿De verdad? ¿Lo dices en serio?

—Pequeños.

Al caer la tarde, dos arbolitos lucían en una esquina del salón, cada uno decorado por una de las hermanas. Por primera vez, Emmaline no hizo el menor esfuerzo: las chicas eran muy competitivas. Hicieron adornos con lentejuelas, cintas y perifollos brillantes de los trajes de *powwow*^[8], y la plastilina de LaRose. Nunca habían envuelto los regalos en papel de regalo. Utilizaban revistas, periódicos de color y bolsas de la compra. Sin embargo, en algún momento, se detuvieron y las chicas se echaron a llorar. Coochy puso los ojos en blanco y luego se marchó sigilosamente. Hollis hizo una salida estratégica al cuarto de los niños. Landreaux se fue a trabajar temprano y Emmaline se quedó removiendo un estofado. Por culpa de LaRose.

Esta misma situación se había producido cada semana desde que Landreaux y Emmaline explicaron a los otros chicos lo que habían hecho.

En el cuarto de los chicos, Hollis enchufó el colchón hinchable y giró la rueda para inflarlo. Durante un par de minutos, el agudo chirrido tapó las voces. Cuando el colchón ya estuvo mullido y cómodo, se tumbó y cerró los ojos.

Nada. Había silencio.

Hollis sabía que Romeo, su padre, le había dejado en casa de Landreaux y Emmaline cerca de la Navidad. Tenía unos cinco años, quizá seis, como LaRose. Había dormido en una de las literas durante un tiempo, pero prefería el colchón hinchable. También sabía que había nacido en algún tipo de casa, no en un hospital. Los recuerdos que tenía de sus primeros años eran un batiburrillo de imágenes donde dormía debajo de las mesas entre los pies de la gente o, un poco mejor, en el lecho de un perro con un perro, o con otros niños un invierno, todos con sus parkas puestas en la cama. Flotaba un hedor salado a piel sucia, cubierto por un olor a hierba rancia y pelo apelmazado, que todavía le cortaba la respiración. El olor provenía de algunas personas, algunos niños, y él lo rechazaba. Ahora se duchaba a diario. Se lavaba la ropa. Le gustaba el olor a plancha. Las chicas se burlaban de él, pero a ellas también les gustaba. Estar limpio no era algo que él diera por sentado, ni tener su propia cama. Así que no, no se involucró en este asunto de LaRose. Por seguridad, se apartó discretamente. Pero las chicas empezaron de nuevo. Podía oírlas.

—¿Entonces me entregarías si mataras a alguien, mamá?

Era Josette la que gritaba.

Snow dio un paso adelante y abofeteó a Josette, que le devolvió la bofetada. Emmaline dejó la cuchara y las abofeteó a ambas; nunca había pegado a su hija, ni a ningún niño, hasta ese momento. Sucedió tan deprisa, como una escena coreografiada por Los Tres Chiflados, que fue lo que salvó la situación. Emmaline rompió a llorar, Josette rompió a llorar y después Snow también. Las tres abrazadas.

—Quiero cortarme la mano —dijo Emmaline entre sollozos—. Nunca os había pegado antes, hijas.

—Todas deberíamos cortarnos la mano —berreó Snow.

—Entonces para hacer panecillos fritos, dos de nosotras tendríamos que juntarnos, ¿sabes?, para utilizar cada una la mano que le quedase y *pat, pat, pat*.

Josette y Snow hicieron una demostración.

—*Pat, pat*, qué cosa más penosa —se echó a reír Emmaline entre lágrimas.

Lentamente, una tras otra, se acercaron de nuevo al puchero de estofado que Emmaline seguía removiendo con pesadumbre. Hollis se había dormido, una breve cabezada. Coochy envolvió pequeños objetos que había robado a sus hermanas meses atrás a fin de regalarles algo en Navidad. Colgó los paquetes en las ramas. Landreaux llegó a casa con dos bolsas de basura negras Hefty repletas de manoplas y gorros, botas, chaquetas; todo nuevo. El padre Travis los había sacado de la tienda parroquial antes de que nadie revisara las donaciones. Hollis salió de la habitación y ayudó a llevar las bolsas dentro de casa y ordenar los regalos. Intentó mostrarse jovial, pero no pudo. Llevaba en la sangre desprender en Navidades sentimientos de recelo en vez de alegría, y aquello dio motivos a las chicas para meterse con él.

—Deja de hacerte el Buda —corearon a Hollis—. Pon tu cara de Navidad y no le digas a LaRose que Santa Claus no existe.

—Si lo ves —puntualizó Josette.

Snow se desanimó.

—Lo encontraré —dijo Hollis. No quería involucrarse, pero las palabras le salieron solas—. Le diré que viene Santa Claus.

Hollis no era lo que se dice guapo. Tenía una nariz grande. Sin embargo era cortante y temperamental, y quizá eso lo hacía más atractivo que una persona realmente hermosa. Llevaba el pelo cortado de manera que le caía sobre la frente con demasiada pulcritud.

Se atusó el cabello hacia un lado con la palma de la mano.

—Péinate a la vieja usanza —dijo Josette, cuando le vio apartándose así el pelo.

Lo miró con la ceja alzada, un gesto accidental que consiguió que él se quedase observándola, fascinado, mientras la joven se daba la vuelta.

Las chicas habían decidido sacar el perfume Eau Sauvage para su madre en último lugar. No se fiaban de Hollis ni de Willard, ni siquiera de su padre, y de que no fuesen a tirar el frasco de una patada sin querer. Así era vivir con chicos. Pisaban las cosas, incluidos los regalos. A las chicas ojibwas, tradicionalmente y ahora recuperando las tradiciones, se les enseñaba desde temprana edad a no pisar las cosas, sobre todo las cosas de los chicos. Ignatia Thunder, la amiga de su abuela, la anciana a la que solían acudir, les había explicado a todas que su poder podría disminuir el poder de los chicos. Era sexista, había replicado Josette, otra manera de controlar a las mujeres. Snow estaba más o menos de acuerdo con ella. Emmaline puso cara de póquer. Quizá las mujeres Iron no aprobaban la norma al cien por cien, pero aun así tampoco lograban olvidarla del todo.

Las chicas habían comprado unos extraños artilugios para sus hermanos y su padre. Por primera vez en su vida, Josette y Snow habían comprado papel de regalo de colores. Colocaron con cuidado las cajas envueltas en papel transparente rojo. Pusieron la caja para su madre en un estante. El lazo brillante que habían comprado desprendía purpurina roja en sus manos.

—¿Qué hacemos con los regalos para LaRose? —preguntó Snow.

Apartaron las cosas que había encima de la mesa grande —sus abalorios, los tarros de tornillos, los periódicos y los libros de texto— y se dispusieron a dar buena cuenta de los platos de estofado. Josette quería ir a casa de los Ravich y llevar los regalos de LaRose. Snow dijo que no soportaba a la tía Nola porque era una tiquismiquis. Coochy solo agachó la cabeza y comió. Hollis lo miró y agachó la cabeza también. Emmaline los miró hasta que se dirigieron a ella.

—¿Le has hecho los mocasines a LaRose? —preguntó Coochy.

Había sido el benjamín hasta que llegó LaRose. Su voz desprendía algo parecido al pánico y tenía los ojos brillantes de lágrimas.

Todos los años, Emmaline les hacía a cada uno de ellos un nuevo par de mocasines de piel de alce ahumada, forrados con parches de mantas; a veces los tobillos llevaban un ribete de piel de conejo. Los cosía cuando iba a visitar a su

madre, o en casa, mientras veía sus programas de televisión favoritos o mientras se quedaba sentada con sus hijos a la mesa para asegurarse de que terminaban los deberes. Se le daba muy bien y solía recibir encargos. Sus mocasines podían llegar a venderse a veces por doscientos o trescientos dólares. La familia se sentía muy orgullosa de su labor y solo usaban los mocasines dentro de casa. Incluso Hollis se los ponía; con los adornos de abalorios sus pies eran una monada aunque nada guay. Cada uno tenía una caja de mocasines: un par para cada año.

—Se los he hecho —respondió Emmaline.

Le había hecho los mocasines a LaRose, contó Landreaux a su amigo Randall, que dirigía cabañas de sudación y enseñaba cultura e historia ojibwa y cómo desollar ciervos en el instituto tribal. Randall había aprendido las ceremonias de los mayores a quienes había buscado y con quienes había estudiado: hechiceros. Había demonios en Landreaux, sostenía. Los demonios no asustaban a Randall, pero los respetaba.

—Tiene que ser por algo que me pasó cuando era niño, pero que no recuerdo —dijo Landreaux.

—Eso es lo que piensa todo el mundo —respondió Randall—. Y que si de pronto te acordaras, matarías al demonio. Pero es condenadamente más complicado que eso.

El trabajo de Randall consistía en enfrentarse a los demonios. Pérdida, dislocación, enfermedad, adicción, y sentirse como los retazos de persona hecha polvo con una historia compleja. ¿Qué había en esa historia? ¿Qué tipo de conocimiento? ¿Quiénes habían sido? ¿Qué eran ahora? ¿Por qué había tanta gente jodida allá donde fuera?

Habían calentado las piedras y las habían llevado a la cabaña. Ahora ambos estaban sentados dentro solo con unos anchos pantalones cortos de surfista. Landreaux bajó la lona y aisló el interior. Randall echó unas briznas de tabaco, salvia, cedro y raíz del oso en polvo sobre las livianas piedras. Cuando el ambiente estuvo cargado de aromas, vertió cuatro cazos de agua y el vapor caliente penetró en sus pulmones con dolor. Después de rezar, Randall abrió la portezuela de la cabaña, tomó la horca y metió diez piedras más.

—De acuerdo, nos la vamos a jugar —dijo—. Coge tu toalla para no quemarte.

Cerró la portezuela y Landreaux perdió la cuenta del número de cazos que Randall vertió. Se mareó y se cubrió la cara con la toalla; después, se mareó aún más y se tumbó. Randall pronunció una larga invocación a los espíritus en *anishinaabemowin*, que Landreaux entendió vagamente. Después, Randall dijo «*Ginitam*», porque se supone que Landreaux debía hablar. Pero lo único que a Landreaux se le ocurrió decir fue:

—Mi familia me odia por haber entregado a LaRose.

Randall reflexionó sobre ello.

—Hiciste lo correcto —dijo al fin—. Terminarán por darse cuenta. ¿Recuerdas lo

que dijeron todos los ancianos? Conocían la historia. Quién mató a la madre de la primera, Mink, y lo que era capaz de hacer. Después su hija, su nieta, la siguiente, y la madre de Emmaline. El mal intentó atraparlas. Lucharon contra demonios, fueron más inteligentes que ellos y huyeron.

Randall habló de cómo la gente creía que lo que hacían los hechiceros en el pasado era magia. Pero no era magia. Superaba el entendimiento común, pero no tenía nada que ver con la magia.

—LaRose también puede hacer esas cosas —explicó Randall—. Lo lleva en la sangre. Es más fuerte de lo que crees. ¿Recuerdas cuando pensaste que había dicho que era un espejismo?

—Le puse ese nombre, «Espejismo». Lo sé.

—Eso es.

—Espejismo sabía cómo soñar el paraje de los animales, cómo abandonar el cuerpo durante un trance y visitar a parientes lejanos. Un comerciante llamado George Nelson había conocido a otros que podían hacer eso y había escrito sobre ello ya en el siglo XVIII.

Landreaux habló con voz titubeante.

—¿Y si los ancianos no fueran más que un puñado de viejos corrientes, en absoluto más listos que cualquiera de nosotros? ¿Y si...?

—Son personas mayores corrientes —dijo Randall—. Pero son personas que han aprendido a su vez de sus mayores, ¿verdad? Mira aquí, tuvimos el año de hambruna cuando la mayor parte de nuestros ancianos renunciaron a su comida. Esa generación murió por nosotros, ¿verdad? Así que nos dirigimos al norte. Aceptamos sus palabras si suenan correctas.

—Pero ¿quizá no saben?

—Deja de hacer preguntas estúpidas. Reventarás tu cerebro como sigas pensando así. Deja que te pregunte algo. ¿Cómo era ese muchacho, Dusty?

—No me preguntes eso.

—No es una anécdota en tu sufrimiento, hermano. ¿Cómo era? ¿Quién conocía mejor al chico en tu familia?

Landreaux respondió al fin.

—LaRose.

—¿Y qué sabía LaRose sobre él?

—Un chico divertido. Jugaba a aventuras. Los dos tenían un montón de muñecos que convertían en personajes de dibujos animados. Te partías de risa si te ponías a escuchar las historias que se inventaban. Dusty...

—Sí, di su nombre, pero utiliza el sufijo del mundo de los espíritus. Utiliza «iban».

—A Dusty-iban le gustaba dibujar. Se le daba muy bien. Tenemos algunos de los dibujos que nos hizo.

—¿De qué?

—Un caballo. Un perro. Spiderman.

Landreaux lloraba sin cesar con entrecortados sollozos. Randall dejó que continuara durante un buen rato.

—No llores más. A no ser que sea por ese muchacho. No llores más por tu propio dolor. Dirige esa energía del llanto hacia tu familia. A hacer el bien por la familia de Dusty-iban. Cuando te oigo llorar, te oigo llorar por lo que hiciste, pero ahora tienes que superarlo. ¿Estabas colocado cuando le disparaste?

Los filtros crepitaron.

—No.

—¿Estabas colocado?

—No.

—¿Estabas colocado?

—No.

—Dejamos que nuestra gente se saliera con la suya. No deberíamos. Por eso pregunto.

Randall permaneció callado largo rato. Luego habló:

—Eres un buen cazador. Tienes mucho cuidado a la hora de disparar. Todo el mundo sabe que eres meticuloso y todos los años traes tu provisión. Así que tenía que preguntar.

—Está bien —repuso Landreaux.

—No estoy convencido del todo.

—Está bien —repitió Landreaux.

—¿Has dejado la bebida?

—Sí.

—¿Pastillas?

—Sí.

—Vale. Debes confiar fehacientemente en que has hecho lo correcto con LaRose.

—¿Y qué hay de Emmaline? —preguntó Landreaux.

—Nola es su hermana.

—Media hermana —puntualizó Landreaux.

—No existen las medias hermanas —dijo Randall.

—A Emmaline no le gusta su hermana.

—¿Lo dice ella?

—Me doy cuenta. Y Nola no soporta a Emmaline. Así que no conseguimos ver a LaRose. Supongo que dábamos por supuesto que ella nos lo traería de visita; los niños solían jugar juntos y todo eso.

—Dales tiempo para que lo procesen todo —dijo Randall—. ¡La puerta! Vaya, me olvidé de que no tenía portero. ¡La puerta! Me estoy llamando a mí mismo.

Randall apartó la lona. Después, trajo más piedras y las soltó con la punta de la horca.

—¿Tantas?

Landreaux ya se estaba derritiendo.

—Ajá —asintió Randall—. Vamos a montar una fiesta. Voy a cocerte vivo.

Aun así, incluso después de que Randall lo cociera como si fuera una rana, no tuvo paz. Landreaux se sentía cada vez peor. Añoraba los delgados brazos de LaRose abrazándole y se culpaba de haber convertido al niño en su secreto hijo favorito. Comenzó a llevar a Coochy con él a todas partes, manteniendo a su único hijo cerca de él. Coochy era un muchacho sincero y taciturno, y se tomaba las cosas muy a pecho. En lo más hondo estaba muy afectado. Pero era tan callado que nadie lo sabía.

—¿Por qué eres tan callado? —le preguntó Landreaux en una ocasión.

—¿Para qué voy a hablar si Josette habla todo el rato?

Tenía razón.

Emmaline todavía le daba vueltas a lo que le había dicho el padre Travis. Si ella quería, sí, podía recuperar a su hijo. No pasaría por el sistema. Con los expedientes de los servicios sociales, que siempre sacaban impresos por triplicado, podía suceder cualquier cosa. Pero siempre, en lugar de dar ese paso, impulsando las cosas en esa dirección, Emmaline se ponía a pensar en la pérdida de Nola y en la responsabilidad de su marido en la muerte de Dusty, y terminaba haciendo otra cosa. En los últimos meses había arañado pequeñas cantidades de dinero que había ido metiendo en una cuenta de ahorros para LaRose. Otras veces, cosía su amor en un edredón que llevó a la casa de los Ravich. Emmaline entregó el edredón a Nola, quien le dio las gracias en la puerta, dobló la manta y la guardó en la última estantería en lo alto del armario. Además, cada dos semanas, Emmaline no podía evitar cocinar la sopa especial y los panecillos fritos que tanto le gustaban a su hijo. Los dejaba delante de la puerta de Nola o incluso en sus manos, con la esperanza de que LaRose pudiera sentir todo su amor por medio de la comida. Nola los tiraba. Justo antes de Navidad, Emmaline regresó con los mocasines. Los dejó envueltos con el nombre de LaRose. Nola guardó los mocasines en una caja de plástico. Allí se quedaron, dentro de ese contenedor, Nola los temía pues la fragancia a humo de madera tenía el poder de la creación.

En aquellas ocasiones en que llevaba regalos, Emmaline comprendía que su media hermana sabía quién mandaba. Cuando Nola abría la puerta, su sonrisa se congelaba en una mueca torcida. A veces, antes de aceptar la comida, Nola abría y cerraba las manos con angustia. Los escrupulosos agradecimientos de Nola ocultaban una desesperación que hacía que Emmaline se distanciara. En el coche, metía la mano en el bolsillo y tocaba un trozo de papel donde había escrito «Puedes recuperarlo».

Un día, justo antes de la Navidad sin LaRose, después de dejar allí la comida, fue incapaz de marcharse. Emmaline bajó de la camioneta y volvió hasta la casa. ¿Para hablar quizá con Nola? ¿Vislumbrar a LaRose? Llamó a la puerta, pero Nola no contestó. Emmaline llamó más fuerte, incluso con tanta fuerza que le dolieron los

nudillos. Sabía que Nola se encontraba en alguna parte de la casa con su hijo, fingiendo que no era Emmaline quien aporreaba la puerta.

Dentro de la casa, LaRose oyó la voz de su madre y reconoció el olor de esa sopa que no llegaría a probar. Nola siguió leyendo *Donde viven los monstruos* una y otra vez hasta que los golpes cesaron. La voz de Nola sonaba ronca y débil.

—«Y seguía caliente» —dijo Nola, y cerró el libro—. ¿Quieres que te lo lea otra vez?

—Vale —respondió LaRose con un hilo de voz. Le embargó una inmensa tristeza que lo dejó extenuado. Cerró los ojos y se quedó dormido.

—¿Existe un gen zorra? —preguntó Emmaline mientras entraba por la puerta después de haber estado llamando a la casa de los Ravich.

Snow miró a Josette, quien dijo:

—¿Mi madre ha dicho eso de verdad?

—Porque si lo hay —continuó Emmaline—, mi hermana lo ha heredado de su madre, que era una reconocida zorra de primera.

Las chicas miraron a Emmaline fijamente, con el ceño fruncido en un esfuerzo por rechazar esa forma de hablar de su madre.

—Se llamaba Marn. Mató a su marido y se salió con la suya. Por supuesto, él era el líder de un culto.

—Hala.

Las chicas levantaron las manos.

—Estás diciendo tonterías, mamá —repuso Josette.

—Pero es la verdad —replicó Emmaline.

—De acuerdo, mamá, pero ¿podemos recordarte que estás hablando de nuestro abuelo? —añadieron Josette y Snow con vehemencia.

—Lo que estás diciendo, mamá, es demasiado raro. A ver, ser una zorra es una cosa, pero matar a tu marido es pasarte de la raya. No queremos eso.

—O sea, que no queréis la verdad. ¿Y qué queréis? —dijo Emmaline.

—Queremos que nuestra vida vuelva a ser normal —dijo Josette.

—Sin que pase nada, salvo cosas buenas —añadió Snow.

—¿Melodrama? Eso lo empaña.

—¡Vocabulario!

Las hermanas chocaron las manos.

—Muy bien —dijo Emmaline—. Accedo.

Mackinnon habló a la niña en su lengua, y ella escondió su rostro mugriento.

—Solo le he preguntado su nombre —dijo levantando las manos—. Se niega a decirme su nombre. Dale algo de trabajo, Roberts. No soporto ver ese bulto en la

esquina.

Wolfred se la llevó para que lo ayudara a partir leña. Pero los movimientos dejaban en evidencia la fluida elegancia de sus extremidades. Le enseñó a hacer pan. Pero la luz del fuego se reflejaba en su cara y el calor fundía parte del barro. Volvió a untárselo e intentó enseñarle a escribir. Dibujó las letras con facilidad. Pero al escribir quedaba expuesta su mano, de exquisita forma. Al final —lo sugirió ella misma—, la muchacha salió a poner trampas. Consiguió hacerse entender bastante bien. Tenía la intención de recomprarse a Mackinnon con la venta de pieles. No había pagado gran cosa por ella. No le llevaría mucho tiempo, decía.

Entretanto, como había comprendido perfectamente por qué Wolfred había vuelto a cubrirle la cara de mugre, caminaba encorvada, torcía el gesto, se enmarañaba el cabello y se manchaba el rostro. Y aprendió a escribir una letra nueva cada día, y luego palabras y frases. Comenzó a dejarlas caer cuando hablaba.

«Para ser una salvaje, desde luego que es inteligente», pensaba Wolfred. «Dentro de nada me va a quitar el puesto, jajaja». No había nadie más con quien bromear salvo consigo mismo.

El padre Travis contestó al teléfono y echó la silla hacia atrás. Cuando oyó el nombre del nuevo obispo de la diócesis, no dijo nada.

Ninguna sorpresa.

Florian Soreno, el nuevo obispo, adoptaría una línea dura en todos los asuntos candentes: este era un estado rojo^[9]. El padre Travis trabajaba en una zona azul^[10]. Las reservas eran puntitos o manchas azules, que votaban al Partido Demócrata. El único republicano que se le ocurría, después de él mismo, era Romeo Puyat. Con un nuevo obispo, el padre Travis podría recibir a un dominicano proclive a la teología de la liberación porque este obispo tal vez quería castigar a semejante cura enviándolo a una reserva. O quizá una nueva orden se haría con el control por completo: estaban brotando tantas órdenes fundamentalistas últimamente. A él le gustaba la FSSPX. La Fraternidad Sacerdotal San Pío X. Añoraba la misa en latín y ellos defendían la misa tridentina. Sin embargo, las otras cuestiones, como el aborto por ejemplo, le tenían sin cuidado. Su padre le había enseñado que los asuntos de las mujeres eran asuntos de las mujeres. No obstante cabía otra posibilidad: las autoridades eclesiásticas todavía intentaban escurrir el bulto con sus curas pederastas.

Deshacerse del último no había sido nada fácil.

Él mismo podría ser reasignado, o podría acoger de pronto a un sacerdote con más autoridad y veteranía que él, a quien tendría que rendir cuentas. Podrían enviarle a un ayudante y compañero de piso: un cura enfermo, en lo más bajo de una profunda depresión. O podrían asignar de repente a un montón de monjas al convento, que ahora dirigía un grupo de laicos y se utilizaba como retiro y centro de conferencias.

O, a veces, no sucedía nada. Siempre podía mantener la esperanza. Levantó la

vista hacia el agrietado yeso del techo de la oficina. Aparecía pintada una línea de tiza azul claro de carpintero. Ese color. Era como si ella misma hubiese abierto una puerta azul en su mente.

El padre Travis se enfundó el abrigo y salió a la nieve resplandeciente y seca. Era la época de la paz sagrada. Le encantaban la Navidad y la misa del gallo. El resplandor de las velas daba un matiz espiritual a los rasgos de la gente que le sacaba de quicio. «Despojémonos, pues, de las obras de las tinieblas y vistamos las armas de la luz», solía decir en sus sermones. Y luego estaba esa puerta azul. No había nada de qué avergonzarse, nada que indicara que violase los votos de Landreaux, ni los de ella ni los suyos, ni ninguna otra cosa. Podía ser feliz mentalmente, ¿no? ¿A pesar de San Mateo? No era su evangelio favorito. Susurraron unas alas blancas. Miró a su alrededor, rebosante de una extraña alegría. La claridad caía del cielo.

Nola organizó una pródiga Navidad, pero no ayudó. El plomo en su pecho segregaba plomo fundido en sus venas, lo que le cortaba la circulación lentamente. Sus pies y sus manos estaban completamente helados. Temblaba bajo capas de lana, se sentaba junto a la estufa y bebía té caliente a todas horas. Levantarse de la cama o de una silla, o cambiar de postura era como mover muebles. Solo conseguía relajar el cuerpo cuando sujetaba a LaRose en el regazo cada tarde hasta que el niño se quedaba dormido. Dormía profundamente y una sensación de ternura invadía a Nola. Permanecía quieta, salvo para acunarlo para que se volviese a dormir si rebullía. Cuando despertaba, era reacia a dejar que se fuera. Después, se movía a duras penas y fingía ante los niños que estaba allí con ellos de verdad y no bajo tierra. No lograba fingir tan bien con Peter, que durante la semana después de Navidad estaba obsesionado con lo que sucedería en Nochevieja. Lo tenía todo previsto. Cuando llegó la noche, puso su plan en marcha.

31 de diciembre de 1999. Peter almacenó la suficiente leña en las leñeras de la sala de estar como para mantener la estufa encendida toda la noche; estaba convencido de que el suministro eléctrico controlado por ordenador fallaría. Llenó jarras de agua potable y cubos de agua para arrojar al váter; después, cortó el suministro por si acaso se helaban las cañerías. Preparó camas en la sala de estar de la planta baja, donde la estufa desprendería un agradable calor. Había comprado sacos de dormir de fibra sintética High-Loft para soportar temperaturas bajo cero, por si tenían que utilizarlos durante todo el invierno. Con cierta esperanza, había elegido un saco de matrimonio para Nola y él. Y también había comprado gruesos bloques de espuma. Extendió todo este acogedor equipo de cama por el suelo y los niños bajaron sus almohadas. LaRose sostenía contra el pecho su muñeco. Había comida, la radio con pilas, el ordenador para ver cómo se volvía loco a medianoche y juegos de cartas. Nola preparó palomitas y se reía con cualquier cosa que hacía LaRose. Parecía encantada, y lo estaba, porque si se acababa el mundo de verdad, todo aquello

terminaría. No tendría que seguir fingiendo que estaba mejorando. Cualquier caos que ocurriese no sería culpa suya. Peter y Maggie jugaron a Vete a Pescar, al Ocho Loco y a Corazones, y con voz susurrante y emocionada, Nola leyó a LaRose un libro tras otro.

Finalmente los niños entraron en calor en sus sedosos y acolchados sacos de dormir y se quedaron dormidos. Peter encendió unas velas, sacó una botella de vino espumoso y alimentó el fuego. Vertió la espuma ámbar lentamente en la flauta de champán de Nola y después en la suya. Brindaron en silencio. Nola se apartó el pelo, los rizos rubios y sueltos, de la cara. Mientras bebían, se miraron a los ojos y vieron a los dos extraños que ahora habitaban los cuerpos que unidos habían dado vida a su hijo.

—Me pregunto quién eres ahora —dijo Nola.

—Solo soy yo —respondió Peter—, el mismo de siempre.

—No es verdad. Nunca volveremos a ser los mismos.

—De acuerdo. —Peter apuró la copa—. Nunca volveremos a ser los mismos. Pero no significa que cambie, ya sabes, cómo somos el uno para el otro. Yo te sigo queriendo.

Sus palabras quedaron suspendidas en el silencio.

—Yo también te sigo queriendo —dijo ella al fin, con forzada convicción, mientras primero tomaba un pequeño sorbo de champán y luego lo apuraba—. ¡Más! —Nola tendió la copa entre risas—. Al fin y al cabo, ¿qué más da que seamos los mismos o no? ¡Es el fin del mundo! ¡Brindemos por el fin del mundo!

Tenía el rostro brillante y acalorado. Esbozó su bonita y algo torcida sonrisa de la suerte. Tenía dientes pequeños y nacarados. Él siempre decía que su sonrisa inundaba la habitación de felicidad; y era cierto que cuando se excitaba, era contagioso, como solía suceder con las personas serenas cuando se dejaban llevar. Arrastraban a los demás por el efecto sorpresa. Peter le llenó la copa y luego se dirigió a la planta de arriba. Nola se levantó del saco de dormir, exultante, despeinada y descalza. Subieron la escalera juntos y, una vez en el dormitorio, cerraron la puerta con llave. Hicieron el amor con una premura tierna al principio. Pero a medida que sus cuerpos se entrelazaban más y más, se precipitaron a trompicones en un espacio cerrado, amargo y perverso.

Ella parecía estar intentando asfixiarlo. Le había clavado los pulgares en la base del cuello y apretaba. Él apartó sus brazos pero las manos de Nola regresaron furtivamente como dos garras y asieron sus nalgas. Sintió dolor, pero no importaba porque Nola lo atrajo dentro de ella con furia y él se fue enardeciendo hasta que dejó de pensar. Ella se apartó debajo de su torso. Él dejó que ella se pusiera encima, pero luego se acordó: parecía frágil, pero era capaz de dar hostias como una hija de puta. Ella le abofeteó hasta que a su marido se le saltaron las lágrimas. Entonces él le agarró las muñecas, le dio media vuelta y la obligó a ponerse de rodillas. Cuando él empezaba de nuevo, ella dijo:

—Espera, me haces daño.

La soltó y ella sacó un pie con el talón por delante. Intentó poner fin a la situación con una patada, pero falló. Al día siguiente, él presentaría un fuerte moratón en el muslo. Quizá se mostrara demasiado brusco después, salvo por el rato en que ella luchaba contra él y alcanzaba el orgasmo, hasta quedarse ferozmente silente y acabar sollozando cuando él aminoró el ritmo y al fin la dejó.

—No debería haber hecho eso —murmuró Peter al cabo de un tiempo—. ¿Estás bien? —preguntó al no recibir respuesta.

El oscuro silencio retumbó en la habitación.

—Ah —continuó—. Siento que haya sido así, pero no lo siento tanto porque tú también estabas ahí, lo he notado. Te quiero tanto, y quizá pueda suceder, podríamos tener otro hijo, Nola. No hemos hablado de ello y no sustituiría a Dusty ni tampoco a LaRose, y yo también lo quiero. No cambiaría nada de lo que pasó, pero puede que un bebé te hiciera sentir algo, algo que te ayude, incluso hacerte feliz.

—Tengo frío —dijo Nola—. Odio tus agallas.

Peter no dijo nada. Después de un rato, Nola apoyó la cabeza en su pecho y pronto su respiración se tornó más lenta y regular. La dejó en el piso de arriba cuando se quedó dormida. Abajo, arrojó con ternura a los niños que ya estaban dormidos. Algo le hizo levantar la vista. El perro pelirrojo se encontraba en el porche, observando detrás de las puertas acristaladas correderas. Dejar pasar al perro sería tan sencillo, en esta noche de todas las noches. Abrió la puerta. El perro entró, tembloroso y atento. Sus erguidas orejas rosadas cayeron levemente, pero se esforzaron por entender el significado de haber sido admitido.

—Tú... —dijo Peter. No podía dirigirse a ese perro como a un perro corriente—. Tú no eres un perro corriente, ¿verdad? Debes de estar hambriento. Hemos comido pollo, pero no hay huesos para ti.

Miró al animal, que aguardaba sentado, expectante, como si hubiera sido adiestrado.

—Los huesos se astillan —le explicó Peter al perro, que asintió con la cabeza en un inquietante gesto de comprensión—. Podrías asfixiarte.

Los ojos marrones del animal permanecían clavados en las manos de Peter cuando fue sacando carne del esqueleto del pollo. Cuando Peter dejó el plato con las sobras, el perro se abalanzó con un gruñido de placer y engulló la comida en tres grandes bocados. Después, el perro se dirigió directamente hacia los niños. Se detuvo encima de Maggie, y luego de LaRose, inmóvil, salvo por su olfato que funcionaba a pleno rendimiento, consiguiendo lo que podría parecerse un conocimiento sobrenatural de todo lo que los niños habían hecho, comido y tocado en las últimas semanas. Satisfecho, agitando el rabo en el aire, el perro dio varias vueltas por la habitación y olisqueó cada objeto como si quisiera memorizar su esencia. Cuando acabó el inventario, se preparó un lecho a los pies de donde dormían los niños. Estaba hecho de todo tipo de otros perros: una cabeza tostada, garras delicadas, un pelaje

ruano, manchas oscuras donde deberían estar las cejas en un ser humano. Peter le rascó el lomo. El perro soltó un gruñido que transmitía un enorme placer, una especie de gesto inhabitual, antes de quedarse dormido, expeliendo una ligera peste en el exquisito calor. Peter volvió a ajustar los sacos de dormir de los niños y se alejó. Entonces, como un hombre hambriento que ha estado esperando su comida, se sirvió un vaso de *whisky* y se sentó delante del ordenador. Era casi medianoche. Permaneció sentado después de que dieran las doce. Durante horas después, siguió merodeando por el ciberespacio. Unos pocos relojes en Francia marcaron 1900. Unos circuitos en algunos lugares vacilaron y parpadearon. No hubo escenas de pánico. En algún momento, apoyó la cabeza y debió de quedarse dormido. El día amaneció triste, tranquilo y rebosante de deudas.

El pasaje

La hija de Mink daba vueltas por la eternamente cambiante nieve. «Encenderé un fuego yo misma, ya que el apestoso *chimookoman* no me deja acercarme a su fuego por las noches. Entonces podré quitarme los piojos del vestido y la manta. Sus piojos volverán a deslizarse sobre mí como haga otra vez esa vieja y asquerosa cosa *chimookoman* que hace». Se vio a sí misma alzando la navaja del cinturón del hombre y clavándosela entre las costillas.

El otro, el joven, era amable, pero no tenía poder. No comprendía lo que el viejo y taimado *chimookoman* estaba haciendo. Su lucha solo parecía fortalecer al perro baboso y este sabía perfectamente cómo inmovilizarla rápidamente y dejarla indefensa.

Los pájaros permanecían en silencio. La nieve caía de los árboles ese día. Ella se había frotado el cuerpo con nieve hasta dejarlo enrojecido. Se arrancó toda la ropa y se tumbó en la nieve desnuda, pidiendo estar muerta. Intentó no moverse, pero el frío le traspasaba el corazón como carámbanos y comenzó a sufrir intensamente. Una persona del otro mundo acudió. El ser era azul claro sin forma definida. Cuidó de ella, la vistió, le ató unos mocasines, sopló para quitarle los piojos y la envolvió en una manta nueva mientras decía:

—Recorre a mí cuando esto suceda y vivirás.

—El perro apesta —dijo Nola.

—Voy a lavarlo un poco —respondió Peter—. Es que tiene una especie de olor natural.

El perro miró a Nola con veneración, agachó la cabeza dos veces y luego alargó el hocico, vacilante, hacia su rodilla.

—No —dijo Nola al perro. Clavó los ojos en la mirada inquisitiva del animal, y el perro se sentó sobre sus patas traseras, anonadado—. Apesta —continuó Nola.

El perro jadeó, contento, atento a cada una de sus palabras.

Había vagabundado por allí fuera y había tenido varias peleas. Peter había oído a otros perros ladrar y aullar en el bosque. Algunos años, durante el invierno, los perros de la reserva formaban manadas, perseguían y mataban lentamente a los ciervos. Los había disparado en sus propias tierras. Este perro había regresado con un corte en el hocico, el rabo desgarrado y un ojo maltrecho.

—Ese ojo tuyo va a estar siempre inyectado en sangre —remarcó.

—A este chuchó le encanta la vida —dijo Peter—. Aunque voy a atarlo. Para dejarlo en el jardín.

—¿Vas a castrarlo?

Peter no respondió.

—Puede que se haya comido un petardo encendido, mira. Tiene hinchado un lado

entero del labio.

—Bueno, tendrá un pasado. De alguna parte vendrá —dijo Peter mientras pasaba la mano por todo el cuerpo del animal, que gruñó de gusto. El perro cerró los ojos de felicidad; su labio partido descubrió unos dientes afilados. Peter se rio—. Este perro no va a dejar de gruñir, pero sus ojos son alegres. Incluido el rojo.

—No nos lo vamos a quedar —dijo Nola.

—Tenemos que hacerlo.

Nola se puso tensa y abandonó la habitación. El perro la siguió con los ojos debilitados por la pérdida.

Mientras le acariciaba en las orejas y el cuello, Peter susurró:

—Oye, ¡tú sabes algo! Sé que sabes algo. ¿Qué es lo que me vas a contar?

Mientras masajeaba al perro, sus pensamientos divagaron. Su mente se relajó y no se sintió alterado por las palabras que se formaron en esa paz.

«Vi a Dusty aquel día», decía el perro en la mente de Peter. «Llevo un pedacito de su alma dentro de mí».

Peter apoyó su enorme frente curvada por el viento en la frente del animal.

—No estoy loco, ¿verdad?

«No», dijo el perro. «Estas son cosas que un hombre normal puede pensar».

A mediados de febrero sopló un viento sur que derritió la nieve y agitó puertas y ventanas. Landreaux se encontraba en mangas de camisa poniendo gasolina al Corolla y no advirtió que Peter estaba aparcando delante de la tienda de Whitey. Cuando Peter salió cargado con un par de paquetes de seis latas heladas que goteaban, coincidieron. Landreaux se dio la vuelta y arrugó el ceño ante los números que iban ascendiendo en el surtidor.

—Lo sé. —De pronto apareció Peter a su lado—. A mí me ha costado treinta pavos llenar el depósito.

No habían vuelto a hablar desde que Landreaux había llevado a su hijo a la casa de los Ravich. Landreaux asintió e hizo un comentario neutral.

—Nola se ha llevado a los niños a Minot —dijo Peter—. Van a quedarse allí a dormir. Esta noche me quedo soltero.

Le preguntó a Landreaux si quería pasarse por casa.

—Claro —respondió Landreaux, sin pensar en la cerveza, pero sí pensó en ella más tarde, mientras recorría los dieciséis kilómetros hasta los límites de la reserva y más allá hasta la casa de los Ravich. Todavía pensaba en emborracharse cada día, pero se había acostumbrado a no beber y se mantenía firme.

Los neumáticos crujieron en el camino de entrada de la casa de los Ravich. La nieve cubría con una capa de escarcha los árboles de hoja perenne plantados en los cimientos de la casa. Al divisar las ventanas inmóviles, a Landreaux le invadió una asfixiante sensación de pánico y estuvo a punto de dar media vuelta. Pero Peter lo

esperaba en el umbral de la puerta, saludándolo con la mano.

Landreaux se bajó del coche despacio y Peter le hizo señas para que entrara. El perro que su familia había estado alimentando aguardaba detrás de Peter. Reconoció a Landreaux y se dio la vuelta después de dirigirle una mirada elocuente. Incluso ahora que el perro vivía allí, la casa seguía sin oler a nada. Nola en cuanto percibía algo encendía una vela sin perfume que absorbía los olores. Su casa nunca olía a las costumbres de la gente. Nunca olía a ropa sucia o a comida, ni siquiera a la comida que estuviera cocinando, porque encendía una campana extractora que aspiraba los olores por el techo. Pero la nada también tiene olor, y Landreaux se acordó.

Dejó los zapatos en la puerta, cruzó el salón alfombrado y se sentó junto a Peter en medio de las lustrosas antigüedades. El salón estaba separado de la cocina por una larga isla con encimera. Sin recordar, o quizá recordando demasiado bien, Peter entró en la cocina y abrió el frigorífico. Abrió una cerveza fría. Ahora sentado a la mesa, invitó a Landreaux a hacer lo mismo. Lo hizo. Landreaux no se vio a sí mismo desde fuera, pues solía ser testigo de sus pensamientos. En ese momento, de alguna manera rodeó sus pensamientos y, cuando se sentó, también tomó un trago. Nada más hacerlo, su cerebro poroso absorbió el acto, y luego a nivel celular, la sustancia.

—Gracias —dijo Peter, mirando la mesa.

—Gracias —dijo Landreaux, mirando la lata.

Permitieron que los envolviera una oleada de emoción. Comenzaron a conversar sobre generalidades, sobre la gente para la que trabajaba Landreaux y del internado de crisis donde Emmaline era el tipo de directora que también termina dando clases; sobre la granja y los trabajos de Peter vendiendo leña y en Cenex, y otros trabajos que Peter había cogido para pagar las facturas, pero que seguramente conservaría para poder mantener la granja. Terminaron una cerveza y abrieron otra. Con cuatro o cinco Landreaux comenzaría a sentir que se deslizaba por la pendiente; no habría vuelta atrás. Intentó beberse aquella cerveza despacio, pero la ausencia de su hijo se convertía en un nudo en el estómago y le zumbaba en la cabeza. La primera oleada de emoción había sido una punzada de sentimiento compartido, pero poco a poco se fue desvaneciendo con la segunda cerveza. Landreaux alzó su fuerte mano y se palpó la mejilla. Tenía el rostro picado no por antiguas marcas de acné sino por un caso de varicela que casi lo dejó ciego de niño. Intentó alejarse de lo que comenzaba a crecer entre ellos.

—Tienes que asegurarte de que le ponen esa nueva vacuna contra la varicela —dijo Landreaux—. Eso fue lo que me causó esto.

La mirada de Peter se clavó en el rostro de Landreaux. Los periódicos ataques de cólera de Nola sofocaban su ira. La apaciguaba con su calma. Cualquier gesto de irritación suya encendía la aciaga furia de ella. Por eso, el repentino y tremendo dolor que sintió debajo de sus costillas lo desconcertó. No lo reconoció o no quiso reconocerlo.

—Varicela, ¿eh?

—Sí.

—Creí que te habían disparado a la cara con perdigones, ya sabes, algún capullo con escopeta.

Peter se sorprendió al oír lo que había salido de su boca. Alterado, se levantó bruscamente, dejó salir al perro y cogió otra cerveza de las anillas de plástico. Decidió que se alegraba de haberlo dicho. ¿Por qué no? ¿Cómo se lo tomaría Landreaux?

Hundiéndose en la miseria. Arrastrando las palabras hasta el fondo con él. Aguantando la respiración a medida que se iba sumergiendo. Landreaux cerró los ojos. Alargó la mano. Peter soltó con violencia una lata en la palma de su mano. Permaneció allí de pie exhalando agresividad. Landreaux abrió los ojos. Se levantó de repente y dirigió la lata contra la sien de Peter —no era una gran arma—, pero Peter ya no estaba. Se había agachado y golpeó a Landreaux en un placaje. Intentó tumbarlo, pero Landreaux levantó las rodillas y Peter tuvo que inclinarse para propinarle un puñetazo, lo que dio a Landreaux la oportunidad de hacerle una llave de cabeza y empujarlo, y así continuaron. Tiraron la mesa y se pusieron de pie a cada lado, boquiabiertos, la mirada avergonzada y sin aliento.

—Vale —dijo Peter—. Olvida la cerveza.

Afuera, el perro ladraba.

—Sabes lo mío —dijo Landreaux.

—Sí —contestó Peter, levantando la mesa—. A la mierda.

Landreaux acercó una silla, se sentó y hundió la cabeza en las manos.

—Adelante, dame una paliza —dijo.

—Ojalá pudiera.

El dolor seguía siendo un nudo en las entrañas de Peter, pero ahora se había acostumbrado.

—Podría convertirte en un borracho asqueroso. Podría esperarte escondido y matarte a golpes. Podría destrozarte de alguna forma, pero no conseguiría lo que quiero. A Dusty. Sueño con él todas las noches.

—¿Incluso con LaRose aquí?

—Sí, y me siento culpable. A ver, yo quiero a tu hijo.

Landreaux se relajó al oír «tu hijo». Miró a Peter.

—Daría mi vida por devolverte a Dusty —dijo Landreaux—. LaRose es mi vida. Lo hice lo mejor que pude.

Enderezaron las sillas, la mesa y volvieron a sentarse, asintiendo, pero no bebieron más cerveza. Peter se llevó las manos a la cara, echó la silla hacia atrás y luego bajó los ojos y miró detenidamente a Landreaux.

—En cierta medida —comenzó con cautela— quedan preguntas por responder.

—Hagamos las preguntas más adelante —contestó Landreaux.

Bajó la vista y la apartó lentamente. Estaba desorientado; de pronto, sintió todo el peso de la desesperación. Se había esperado algún asunto legal. La adopción legal. Se

levantó y salió por la puerta. Necesitaba más tiempo.

La señora Peace miró la alfombra y sonrió. La alfombra todavía desprendía un dulce olor químico a flores. Descansaba en su sillón reclinable de terciopelo verde, con flores resplandecientes a sus pies, mientras sujetaba la lata en el regazo. Había transcurrido casi un año sin que le diera un solo ataque, pero su enemigo se había colado sigilosamente. Billy habitaba en ella como una marea. Ella lo rechazaba. El fentanilo producía ahora sus mayores efectos. La agonía que había atenazado su viejo y desgastado cuerpo desde el corazón hasta las entrañas la abandonaba a regañadientes. No quería soltarla. Pero una vez liberado, su cuerpo florecía con cada nueva respiración. Desde las puertas acristaladas, la señora Peace podía ver más allá del jardín cubierto de nieve pisoteada, un retorcido manzano, una valla alambrada y enmarañada, un largo prado que descendía hasta el cementerio.

La gente había comenzado a colocar adornos de jardín que funcionaban con placas solares junto a los demás recuerdos que se dejaban en las tumbas de los seres queridos. Emmaline y ella habían clavado unas cuantas lámparas en el suelo en agosto. Una hija que casi estuvo a punto de matarla al nacer se hallaba allí abajo. Su madre también. Había una losa blanca, un poco arañada. Había tantos parientes y amigos a lo largo de la extensa colina, gente a la que ella quería. En una hora, el hogar de los muertos comenzaría a resplandecer pálidamente bajo la nieve.

El dolor cedió y entró en un estado de agradable sopor. Su madre vino a visitarla, recorriendo toda la colina con aquel viejo y mortalmente fino abrigo. No necesitaba llamar a la puerta, solo entraba y se sentaba, quitándose las botas de agua, unas botas de agua muy bonitas, forradas de felpa. Se arrebujaba en el sofá bajo la manta de ganchillo verde menta y rosa.

—«Todo está en calma, todo brilla^[11]» —dijo.

—Lo sé —respondió la señora Peace—. Pero esa lana debería tener un tono de rosa más apagado y relajante. Calculé mal el efecto.

—En el internado de Fort Totten tuve un vestido de calicó con ese color en un estampado blanco y azul. Bueno, no era el vestido, que era gris, como todos los vestidos. Solo el lazo. A veces nos poníamos un lazo o una cinta de color en el pelo. Solo en las ocasiones especiales. Al fin y al cabo era militar. De una base militar a una escuela industrial militar.

—Sigo pensando en ti todos los días —dijo la señora Peace—. Solo tengo estas pocas fotografías, pero memoricé tus retratos. Te he mirado mucho.

La madre se estremeció bajo la manta de ganchillo.

—¿Puedes subir la calefacción?

—Mira, ahora verás.

LaRose tenía un largo palo con un gancho para coger latas. Ella lo utilizaba para girar el termostato en la pared. La madre soltó una exclamación de alegría.

—¡Pronto se va a estar muy a gusto!

—Te preparé un té.

—No nos dejan tomar té. Tomamos leche. Gachas de avena y leche entera. Lo que queda una vez que se quita toda la nata, ¿eh? Bebíamos eso. Sonaban las campanas. Siempre las campanas. Todo lo que hacíamos eran campanas. Muy pronto escuchabas las campanas todo el tiempo.

—Yo todavía las oigo.

—Te retumban en la cabeza, ¿eh?

—Como en un día de fiesta.

—Dios mío, niña. Ya noto ese calorcito. El frío se te mete en los huesos allí abajo, como siempre. Ese primer año, me quitaron la manta, mi pequeña manta de piel de conejo. Se llevaron mis mocasines forrados de piel. Mi vestido tradicional, todo. Mis pendientes de conchas, mi collar. Mi muñeca. Todavía está allí abajo en ese baúl de los recuerdos, ¿eh? Vendieron las cosas que nuestra familia enviaba con nosotros de recuerdo. Como moneda de cambio. A saber de qué.

—¿Qué harían con ello?

—Con todas las trenzas que cortaron, de chicos y chicas, a lo largo de los años.

—Iban cientos de niños de todas partes desde lugares tan lejanos como Fort Berthold, así que serían centenares de trenzas esos primeros años. ¿Adónde fueron a parar esas trenzas?

—¿A nuestros colchones? ¿Crees que dormíamos sobre nuestras trenzas?

—O si hubieran quemado vuestras trenzas, recordarías el olor.

—Pero una vez cortadas las trenzas, perdíamos nuestro poder. Y nos moríamos.

—Mira estas fotografías —dijo la señora Peace.

Filas enteras de niños en ropa áspera echaban chispas por los ojos delante de un amplio edificio de ladrillo.

—Mira esos niños. Se sacrificaron por todos nosotros, eso es lo que yo pienso. Domados con ropas ásperas.

—Estas fotografías son famosas. Las utilizaban para mostrar que podían volvernos humanos.

—¿El gobierno? En aquel entonces lo que buscaban era el exterminio. Ese tipo de *El mago de Oz*, ¿verdad? Tienes un recorte suyo.

LaRose sacó recortes de periódico.

—Mira.

EL ABERDEEN SATURDAY PIONEER, 1888

POR FRANK BAUM^[12]

... la nobleza de los pieles rojas está extinguida, y los pocos que quedan son un puñado de perros callejeros llorones que lamen la mano que les destruye. Los blancos por derecho de conquista, por la justicia de la civilización, son los amos del continente americano, y la mayor seguridad para los asentamientos de las fronteras se garantizará con la total aniquilación de los pocos indios que quedan. ¿Por qué no aniquilarlos? Su

gloria se ha esfumado; su espíritu está quebrado; su hombría, borrada. Es mejor que mueran a que vivan como los pobres desgraciados que son.

1891

POR FRANK BAUM

... nuestra única seguridad depende del exterminio total de los indios. Después de haberlos hostigado durante siglos, a fin de proteger nuestra civilización, haríamos mejor en continuar con una última acción lesiva y borrar a estas criaturas indómitas e indomables de la faz de la tierra.

—Bueno —dijo la señora Peace—. Aquí estamos. Es un auténtico milagro.

—Esto no es Oz —dijo la madre.

—Se parece a Oz allá en tu cementerio. Todas esas luces verdes resplandecientes.

—No hay amapolas allí en invierno.

La señora Peace rebuscó entre sus cosas. Debajo de todos los papeles y recuerdos en la pequeña caja metálica rosa, guardaba sus parches de fentanilo: blancos con letras verdes en bolsas transparentes. Los utilizaba con sumo cuidado. Se suponía que ella debía anticiparse al dolor, pero no le gustaba que se le nublara el entendimiento. Dejaba que el dolor la consumiera hasta que no podía pensar en otra cosa. Los parches administraban la medicina lenta y paulatinamente. La cantidad que ahora tomaba la habría matado años atrás.

—Exterminar o educar.

—Solo quítame este dolor —dijo.

—Fue un acierto que nos hiciéramos maestras para poder querer a todos esos niños.

—Había maestros buenos y maestros malos. No se puede remediar esa soledad.

—Se queda clavada en la gente.

—Pasa de una generación a otra, según dicen. Lleva cuatro generaciones.

—Quizá al final se ha solucionado con el muchacho.

—LaRose.

—Podría ser que él estuviera bien.

—Es posible.

El sillón se volvió más afelpado. El aire chorreó sonidos. Pequeños riachuelos de suaves rumores fluían a ambos lados de ella. Extendió los brazos. Su madre le tomó las manos. Se dejaron llevar. Así es como visitaba a su madre, que había muerto de tuberculosis al igual que su madre y su abuela. Era una enfermedad de infinita crueldad, que hacía que una madre lo transmitiera a sus hijos antes de morir. La señora Peace no había muerto de la tuberculosis de su madre. Estuvo ingresada en el sanatorio en 1952, el año en que la isoniacida y sus distintos derivados curaron de forma asombrosa lo incurable.

—Estaba segura de que moriría como tú. Así que intenté no sentir apego por nada

ni nadie. Estás entumecida durante años —le explicó a su madre—, hasta que comienzas a sentir. Al principio es una sensación enfermiza. Sentir es como padecer alguna enfermedad. Pero con el tiempo te vas acostumbrando a la sensación.

—Te salvaste por una razón, ¿eh?

—Esos niños —dijo la señora Peace—. Hacer calceta con ellos, prepararles trajes para *powwows*, llevarlos a bailar. Celebrar nuestras pequeñas meriendas con té, donde yo les echaba una pizca de café en sus tazones de leche.

—¿Los ves algunas veces ahora?

—De vez en cuando, los que sobrevivieron. Landreaux, por supuesto. Y ese Romeo también viene a verme. Oigo noticias sobre los demás. Algunos tienen éxito. Otros no.

Las dos mujeres se balancearon en el espacio, todavía cogidas de las manos, y su madre exclamó:

—¡Yo quiero darte todo el amor que nunca pude darte! Detesté morirme y abandonarte. ¡Qué bien que podamos estar juntas ahora!

Nola llevó a rastras a Maggie a la santa misa. Cuando se arrodilló, Maggie se dejó caer apoyando las nalgas de manera indecorosa en el borde del banco. Su madre le dio un codazo y Maggie se deslizó fuera de su alcance. El taimado movimiento encendió a Nola y reaccionó. En un solo gesto, le pegó con el dorso de la mano, la agarró y la devolvió a su sitio. Había actuado con tanta velocidad y seguridad que Maggie resolló y se sentó con rudeza. Nadie más a su alrededor pareció percatarse, aunque el padre Travis las escudriñó fugazmente cuando se dirigía hacia el púlpito.

El padre Travis había dejado de dar sermones hacía mucho tiempo. Solo contaba historias. Hoy les contó cómo san Francisco predicaba a los pájaros, los peces, el ferviente conejo y luego fue llamado para salvar a un pueblo italiano de un lobo hambriento.

El padre Travis salió al pasillo y representó el encuentro entre san Francisco y el lobo. Describió al lobo de Gubbio, monstruoso y enorme, al que le entusiasmaba devorar a las personas. Cuando san Francisco llegó al pueblo, siguió las huellas del lobo en el bosque y luego se enfrentó a la bestia. Nadie había retado nunca a este lobo y se sorprendió de que san Francisco no tuviese miedo. El lobo escuchó a san Francisco y aceptó dejar de merodear por el pueblo, y selló su promesa poniendo una garra en la mano de san Francisco.

—Cuando un hombre habla con calma y exuda paz, incluso un lobo puede escuchar —dijo el padre Travis.

Maggie pensó: «Ya, pero a veces tienes que morder».

—San Francisco llevó al lobo hasta la gente de Gubbio y consiguió unas promesas recíprocas. Ellos alimentarían al lobo. Todos los días, podría recorrer las casas y recibir una limosna. A cambio, dejaría de atacar a la gente. De nuevo el lobo

colocó su garra en la mano de san Francisco, esta vez delante de los parroquianos. El lobo prestó juramento poniéndose bocarriba y luego se levantó sobre sus patas traseras y aulló. Así que reinó la paz. El lobo murió de viejo. La gente de Gubbio lo enterró en una tumba y velaron su cadáver.

Maggie contuvo su ira porque quería escuchar la historia, pero cuando el padre Travis terminó, se apartó de nuevo, esta vez fuera del alcance de su madre.

La gente solo hizo caso al lobo porque se los comía. Maggie estaba segura de ello.

Todo el mundo sabía que el perro callejero de la reserva que solía vivir en el bosque ahora era el perro de Peter. Pero el animal se había escabullido de su parque y, una tarde, realizó una visita de cortesía a la casa de Landreaux. Por ello, cuando Landreaux se disponía a atender su turno en el complejo de viviendas protegidas, donde Awan lo esperaba para sus cuidados, convenció al perro para que subiera a la parte trasera del coche con la intención de soltarlo en la casa de los Ravich.

Landreaux pensaba dejar al perro delante de la puerta, nada más. Pero Peter la abrió y, tras recuperar al animal, habló con tono cortante:

—Deberíamos terminar esa conversación.

—Llego tarde —repuso Landreaux.

—No nos llevará mucho tiempo —insistió Peter—. ¿Puedes pasar? ¿Cinco minutos?

Landreaux hundió los hombros y se dispuso a descalzarse en la puerta.

—No, no te preocupes —dijo Peter.

Landreaux se sentó a la mesa y tocó el borde. No quería hablar, sacar a la luz lo que más lo espantaba. Podía percibir la tensión que iba en aumento, efervescente, en su interior, y cómo se le aceleraba el corazón.

—El acuerdo, o como lo llamemos —comenzó Peter.

Landreaux solo asintió con la cabeza, con la mirada clavada en sus dedos.

—La cuestión es... —continuó Peter.

El corazón de Landreaux se detuvo.

—La cuestión es —repitió Peter—, ¿cómo le afecta a él?

El corazón de Landreaux volvió a latir.

—¿Cómo le afecta a él? —repitió con voz débil.

—Está triste —dijo Peter—. Echa de menos a su familia. No lo entiende. Estáis allí mismo, al final de la carretera. Observo su cara en el retrovisor cuando pasamos por delante. Se queda tan callado, solo mira fijamente su antigua casa.

Esto era todo lo que Peter era capaz de contar. De los llantos sofocados, nada. De cómo LaRose se golpeaba la cabeza con las manos, nada. De la pregunta secreta que solo le susurraba a Peter, «¿Dónde está mi verdadera mamá?», no podía decir nada.

Landreaux asimiló lo que Peter acababa de decir y luego habló.

—Da la sensación de que lo utilicé para librarme del asunto. Las costumbres tradicionales. Mierda. No estamos en los viejos tiempos. Pero aun así había una razón en todo ello. Yo quería...

Landreaux se fue apagando.

«Socorro», pensó Peter.

—Creo que sí. Sé que sí. Que ayuda. Mientras estamos con LaRose, pensamos en él, y lo queremos. Es un buen muchacho, Landreaux, lo has criado bien. Tenerlo con nosotros ayuda a Nola. Ayuda a Maggie. Ayuda mucho... Pero ¿cómo le afecta a él? Me refiero a que evita que Nola se venga abajo. Es enorme. Aunque esto probablemente esté destrozando a Emmaline.

—Oh —dijo Landreaux—. Lo disimula.

—Nola no lo disimula —respondió Peter—. Puedes verlo por todas partes.

Hizo un gesto brusco y nervioso con la mano señalando toda la casa, salón, comedor y cocina. Ambos hombres se ensimismaron en sus pensamientos. Una sensación nauseabunda y claustrofóbica había comenzado a apoderarse de Landreaux. Siempre lo atenazaba esa sensación cuando entraba en una casa o un edificio que estuviera ordenado de una manera casi agresiva. Ya lo había experimentado allí: la vida asfixiada por el orden. También en el pasado de Landreaux había timbres, controles de estar acostado a su hora, silbatos, campanas, bandejas divididas y días reglados en el internado. Estaba la inefable pulcritud de la preparación militar para la violencia.

—No puedo tocar nada —explicó Peter—. Enseguida lo vuelve a poner en su sitio. Tiene una cinta de medir en la cabeza. Sabe inmediatamente si hay algo cambiado, por muy leve que sea. Créeme, sabía que habíamos tirado la mesa.

Landreaux asintió con la cabeza.

—Me gustaría... quitarle esa manía —dijo Peter.

Después se sintió desleal. Al fin y al cabo, Nola se había trasladado a la casa de los Ravich, que era bastante nueva, pero que también estaba llena de objetos que habían pertenecido a los padres y los abuelos de él. Ella cuidaba de esos bienes con un meticuloso cuidado y eso lo reconfortaba.

—Me refiero a que podría relajarse un poco —añadió.

—Te gustaría que volviese a ser feliz —dijo Landreaux.

—¿Feliz? —Peter articuló la palabra porque era una palabra extraña y arcaica—. Se pone furiosa con Maggie, eso es lo peor. Pero la verdad es que no ha hecho otra cosa más que intentarlo. Es una buena madre. Al principio intenté devolveros a LaRose. Me parecía que lo que habías hecho estaba mal, pensé que ella se recuperaría mejor sin él. Después comprendí que si os lo llevaba de vuelta, la mataría.

Landreaux pensó en Emmaline, destrozada y doblada en dos en la cabaña de sudación.

—Aun así, es LaRose —continuó Peter. Su voz se tornó ronca. Le zumbaban los oídos. Sabía que lo que se disponía a decir iba a hacer llorar a Nola con ese llanto

estridente, agudo y animal que soltaba en el establo, una vez que los niños se quedaban dormidos, con la esperanza de que no la oyeran—. Es LaRose. Tenemos que pensar en él. Deberíamos compartirlo. Deberíamos procurar que todo fuera más sencillo entre todos nosotros.

—Ah —dijo Landreaux.

Como si le hubieran levantado la tapa de los sesos, irradió conmoción y luz. No podía hablar. Lo invadió una gran debilidad y apoyó la cabeza en la mesa. Peter bajó la vista y miró la raya de su pelo, la larga coleta y sus fuertes brazos cruzados que se habían quedado flácidos. Lo atenazó un sinuoso desprecio y pensó en el éxtasis que sentiría durante una o incluso dos horas, si dejaba caer el hacha sobre la cabeza de Landreaux. De hecho había puesto el nombre de su amigo a la pila de leña, y la imagen mental era la causa de su creciente tamaño. De no ser por LaRose, pensó, de no ser por LaRose. Después, la imagen de la pena del muchacho se sobrepuso a ese pensamiento.

Después de que Landreaux se marchara, Peter se tumbó en la alfombra del salón con los ojos clavados en el ventilador del techo. Con las manos en la frente, el estómago le daba vueltas al son de las aspas. No era hombre de muchos amigos, y esta situación con Landreaux era muy difícil. Peter medía un metro ochenta y ocho; era fuerte porque trabajaba en la granja, pero tenía los tobillos, las rodillas, las muñecas y el cuello débiles. Donde una parte de su cuerpo se encontraba con otra, le dolía. A pesar de ello, su forma de ser consistía en aguantarse. Los entrenadores del instituto le habían enseñado a hacerlo. Esta era la granja de su familia antes de que su familia se extinguiera, salvo por un hermano en Florida a quien le había comprado su parte. La familia de Peter descendía de inmigrantes rusogermanos, que habían llegado a tiempo de poder recoger huesos de bisontes de la tierra.

Cuando se encontraba bien, Peter lanzaba en el aire a LaRose y a Maggie. Mientras caían, divisaban la sonrisa que iluminaba su rostro plácido y eslavo. Se levantaba a las cinco de la mañana y se acostaba a medianoche. Tenía esos otros trabajos, además de la granja, y sin embargo le sobraba energía. Conoció a Nola en Fargo. Ambos fueron a la Universidad Estatal de Dakota del Norte y resultaba sorprendente que no se toparan el uno con la otra en un pueblo tan pequeño como Pluto, un lugar inhóspito pero con unos pocos edificios antiguos, una tienda de comestibles que sobrevivía a duras penas, varias tiendas de regalos, una estación de servicio y tienda Cenex y una nueva sucursal del Bank of the West. La familia de Peter trabajaba la tierra fuera del pueblo y Marn, la madre de Nola, había vivido allí de niña; a veces visitaban la tierra que había alquilado. Cuando las cosas se tornaron demasiado complicadas después de la muerte de Billy Peace, Marn se trasladó a vivir a Fargo con sus hijos. Los obligó a utilizar su segundo nombre por culpa de ciertas personas.

Desde el principio Peter se quedó prendado de Nola. Tenía una constitución fina y flexible. El pelo de un tono rubio tierra, aunque se daba mechas para aclararlo. En invierno oscurecía a un tono más castaño si ella dejaba que tomara el tono exacto del cabello de él. Su rostro era precioso como el de una animadora, y delicado, pero sus ojos eran astutos y calculadores. Era esquivia y se ensimismaba en sus pensamientos. Por mucha energía que él arrojara, no lograba atraparla. Ni siquiera conseguía encontrarla cuando se hallaba justo delante de él. A veces sus despiadados ojos negros no mostraban nada. El semblante se volvía inexpresivo. Era un muro blanco, recién pintado. Se devanaba los sesos por encontrar una bisagra secreta. A veces se abría en la cama y ella se mostraba viva con él con una calidez radiante, la cara sonrosada y tierna, los ojos alegres y llenos de amor. Aquello era real, ¿verdad? Ya no sabría decirlo.

¿Cómo le daría la noticia? Lo que Landreaux y él habían acordado. Compartir la crianza de LaRose, un arreglo informal que los hombres tratarían mes a mes, ya que resultaría demasiado difícil de otra manera. Se lo diría con tiento. Se lo anunciaría en el establo. Entonces Nola podría reaccionar como quisiera. Peter se había convertido en un experto en mantener un equilibrio interior durante los gritos, chillidos, alaridos, ataques de rabia, pena, miseria, furia, sollozos, miedo, estremecimientos, espuma por la boca, cantos, plegarias y luego la desgarradora paz que le seguía.

Ahora, a veces durante un periodo de paz, hacían el amor. No era cruel como la primera vez. No estaba perdonado, pero era aceptado. Como un capullo, quizá, pero uno que volvería a hacerle daño. «Está bien, dame un puñetazo», le había dicho cada vez que ella se ponía encima. «No, gracias», respondía siempre ella. «Haría que estemos en paz». Su amor era tranquilo, quizá tierno, quizá extraño o quizá falso. Ella tarareaba mientras le chupaba la polla. Pero ahora tarareaba canciones de verdad. Al día siguiente él evocaba la melodía como pícara y burlona, aunque era incapaz de recordar la letra. La luz de su respuesta dulce y cálida penetraba en él como una radiación. A veces le fortalecía. Otras sentía cómo si le envenenara los huesos.

Después de que Landreaux y él hablaran de criar juntos a LaRose, fue como si ella lo supiera. Nola se acercó a Peter con un ansia deliciosa. Después, se acurrucó junto él, empujándolo para ponerse cómoda. De ninguna manera se lo iba a contar entonces. Quizá por la mañana, pensó. Después de que Maggie se fuera al colegio.

—Paloma mía —dijo, mientras le acariciaba el hombro, como plumas.

—Una paloma cruel. Que te arrancará el corazón de un picotazo —respondió.

—Eso dolería.

—No puedo evitarlo. ¿Te quedarías conmigo si me volviese loca? —preguntó de repente.

Había cierto desgarro en su voz, así que él intentó tomárselo a broma.

—Bueno, tú ya estás loca.

Notó lágrimas en el torso. Ay, había ido demasiado lejos.

—De una manera buena. ¡Me encantas loca!

—¿Cómo es que tú no estás loco?

—Lo estoy. Por dentro.

—No, no lo estás. No estás loco. ¿Cómo puedes no volverte loco? Lo hemos perdido. ¿Cómo puedes no volverte loco? ¿Es que no te importa una mierda? —Su voz sonó más alta y cortante—. ¡No te importa una mierda! Insensible cabrón, pedazo de nazi. ¡No te importa!

—Oye —dijo, sujetándola—. No nos podemos volver locos los dos. Al menos al mismo tiempo. Hagámoslo por turnos.

Se quedó callada y de pronto soltó una carcajada.

—Cabrón. Nazi.

Se rio más fuerte. Su risa aflojó un tornillo en Peter, y enseguida ambos comenzaron a reírse a carcajadas de un modo casi enfermizo, desquiciados de nuevo con esa primera sensación de angustia, llorando y hundiendo el rostro en el cabello del otro y moqueando entre las sábanas.

—Tú sigues siendo mi paloma —dijo más tarde—. Nunca dejaré de amarte.

Pero ella lo aterrorizaba y le helaba su amor por ella, y pudo percibir la muerte en esas palabras. Se apoderó de él la peor clase de soledad. Esa que se siente estando al lado de otra persona.

Más tarde aún, al despertar en la oscuridad, puso la mano sobre la piel de ella, anhelando entre sueños su extraño y antiguo deseo de poder disolverse en ella, ser ella, y poder convertirse en un solo ser que se meciera en la noche.

Sí, cansinamente, mientras se sumía en el sueño. Y todavía tenía que darle la noticia al día siguiente. No en la casa donde LaRose podría oírlos, sino en el establo. Puede que compartir a LaRose la llevara de manera peligrosa más allá de la locura en un primer momento, pero así había de ser. No soportaba la extraña indecencia de lo que él sentía que le estaban haciendo al niño.

Nola estuvo bien cuando se lo dijo y también durante varios días después. Se lo esperaba. Estuvo muy bien hasta que vio el ratón; no es que le tuviese miedo, pero si veía uno significaba que ya habían invadido el lugar diez mil. Lo vio en el zaguán del garaje. Lo arrinconó e intentó aplastarlo con el pie, pero el ratón se escabulló de debajo de su zapato. Aquello la enfureció. No se encontraba sola en casa ese día. Maggie y LaRose se hallaban fuera en el jardín, acababa de comprobarlo. No tenían permiso para abandonar el jardín y sabían que ella les echaría un ojo cada quince minutos. Nola se quedó en el pequeño vestíbulo que había entre la casa y el garaje. Raramente entraba en el garaje: era el lugar de Peter, su taller. Ella apenas cogía el coche, pero cuando lo hacía, Peter se lo sacaba. Desde que él había cogido los trabajos extras, no pasaba mucho tiempo en el garaje.

Entró y enseguida la golpeó un repugnante y agrio olor a ratón. Retrocedió, permaneció en el vestíbulo para respirar aire fresco, luego inspiró una gigantesca bocanada de aire, encendió las luces y volvió dentro del garaje. Se oyó el murmullo

de una estampida, la sensación de un movimiento invisible. Bolitas de excrementos de ratón cubrían la mesa de trabajo de Peter. El cubo de trapos. Salió corriendo otra vez al vestíbulo, respiró, cogió aire y volvió a entrar. Quizá había cereales en el fondo del cubo. Algo los había atraído hasta allí. Tal vez había dejado abierto algún plato de comida preparada. Aunque todo estaba bastante limpio, ya que él no era hombre de mancharlo todo, gracias a Dios, ni siquiera en su espacio privado. Abrió el primer conjunto de taquillas donde él guardaba las herramientas más grandes: tijeras de podar con mango largo, el hacha y palas grandes y pequeñas. Lo que vio le hizo olvidar que estaba aguantando la respiración.

En la balda superior de la taquilla había un plato de cartón dorado para tarta, muchos excrementos de ratón y velas de cumpleaños mordisqueadas. Encontró lo mismo en la siguiente taquilla, y en la siguiente y la siguiente, salvo en una donde descubrió su tartera de plástico amarillo. Había echado en falta la tartera. Los ratones no habían podido llegar a la tarta que había dentro, aunque faltaban unos trozos que Peter había comido en un descanso. Ella había coloreado de amarillo claro el glaseado, al igual que la tartera, y había añadido unas flores moradas. No era una tarta muy elaborada. Llevaba el nombre de los niños. La sacó y la sujetó durante un momento. Después, cogió un pequeño trozo reseco, lo probó con la lengua y le dio un mordisco. No sabía a nada. Se quedó acunando la tartera amarilla en el hueco de su brazo izquierdo mientras se comía el resto de la tarta, las flores, los nombres e incluso las velas con puntas negras que habían disuadido a los ratones. Se chupó el dedo y apuró las migas. Cuando la tartera amarilla quedó limpia del todo, volvió a la cocina y la lavó con agua caliente y detergente. Pensó que el azúcar le removería los nervios, pero no lo hizo. Le ralentizó el corazón. La invadió una confusa y aletargada sensación de placer y estuvo a punto de perder el conocimiento antes de llegar al sofá.

Maggie y LaRose entraron una hora más tarde, hambrientos, preguntándose por qué no los había vigilado y la encontraron tendida bocarriba, con aspecto severo, como si estuviera muerta. Su boca estaba ligeramente abierta.

Maggie acercó los dedos para comprobar si respiraba. Hizo un gesto de despreocupación y LaRose agachó la cabeza y se alejó de puntillas. Cogieron dos cucharas del cajón de los cubiertos. Después, Maggie abrió la puerta del congelador y, en silencio, sacaron una tarrina de helado de fresa Blue Bunny. Salieron por la puerta y se fueron corriendo hasta su escondite en el establo: un cálido rincón donde podían encender el calefactor de Peter. Allí se tomaron el helado. Después enterraron la tarrina, y las cucharas también, en la parte de atrás, debajo de la nieve recién caída. Les chiflaban los helados.

Romeo Puyat entró en el Dead Custer^[13] y vio al cura en la barra sentado en un taburete. El padre Travis era el único sacerdote en la historia de la reserva que salía

de manera activa a pescar en los bares de mala muerte. Parecía disfrutar representando el papel de pescador de hombres. Se sentaba al lado de algún pez de ojos saltones que boqueaba e incluso le compraba a él o ella una cerveza a modo de anzuelo. También le gustaba atrapar peces de verdad. Las tácticas que empleaba entonces eran las mismas. «Hay que atraparlos en la maleza», decía. «A los débiles me hice débil, para ganar a los débiles. A todos me hice todo, para salvarlos a todos». Si el padre Travis llevase un tatuaje, serían las palabras de apóstol san Pablo. Estuvo a punto de volverse un borracho para atrapar a los borrachos también, pero eso ya había terminado. Ahora dirigía feroces reuniones de Alcohólicos Anónimos en el sótano de la iglesia.

Aunque el padre Travis nunca llegara a sumergirse a fondo en la bebida, diez años antes había visto adónde conducía eso: aquella cerveza solitaria que se convertía en un *pack* de seis, a las que pronto añadía tragos de *whisky* que lo dejaban inconsciente. Le sorprendió lo mucho que le costó dejarlo, así que sentía cierta compasión, pero la disimulaba y se mostraba implacable con los borrachos. Incluso implacablemente fervoroso. Si alguien se cogía una cogorza o provocaba alboroto en el Dead Custer, lo sacaba fuera a rezar. Romeo Puyat había rezado dos veces, a la fuerza, con la cara pegada a la pared contra la que el padre Travis lo había aplastado, antes de hacerse amigos. El padre Travis lo vio y lo saludó.

Había café. Virgil servía por las mañanas, pero aparte del café, nada de alcohol, solo cerveza. Romeo aceptó de mala gana una taza del triste, insípido y templado brebaje.

«Makade Mashkiki Waaboo», rezaba un cartel garabateado en la cafetera.

—Agua medicinal negra —dijo Romeo. *Howah*. Por cierto, ¿vio las noticias anoche?

El padre Travis y él eran adictos a la CNN. El padre Travis removía su propia taza mientras vertía un largo chorro de crema de avellana en polvo de un cartón.

—¿Qué te trae hasta aquí?

El padre Travis tomó un sorbo con cautela, como si el café estuviera caliente de verdad.

—Escuché a McCain el 29 de febrero —dijo Romeo—. Les dijo a los telepredicadores que podían follarse a una oveja muerta, bueno, con menos palabras. Y luego, ¿lo que dijo sobre complacer a los agentes de la intolerancia? ¿Falwell? ¿Robertson? Es mi hombre —dijo Romeo mientras daba un puñetazo en el aire.

Romeo tenía el pecho hundido, como si fuera tuberculoso, unos brazos escuálidos, cabeza de ave rapaz y los ojos siempre encendidos. El cabello comenzaba a clarear y su coleta semejaba un débil cordel. Se echó hacia atrás el pelo con la palma de la mano, como si fuese una suntuosa melena. Hacía un día radiante. Había esperado comenzar la mañana con una cerveza para tamizar la luz del sol, pero, por supuesto, no podía hacerlo delante de su padrino.

—He estado siguiendo esa historia —dijo el padre Travis.

—Esperando a que nuestro disidente mueva ficha.

—Bueno, ¿en qué andas últimamente?

—Voy de camino al trabajo —respondió Romeo.

—Eso es nuevo —dijo el padre Travis.

Romeo echó un vistazo a Virgil, que limpiaba el otro extremo de la barra, sin mirar. Otro cliente, al otro lado del padre Travis, le hizo una pregunta al cura. Mientras le daba la espalda, Romeo hurgó en la taza de poliestireno donde los clientes dejaban lo que costaba el café. Rezaba «25 centavos». La taza estaba llena hasta más de la mitad con monedas, principalmente de 25 centavos. Romeo sacó un dólar de su bolsillo como si fuera a cambiarlo. Después, cogió a puñados todas las monedas de la taza y se las guardó en el bolsillo. Dejó el dólar en la taza, que volvió a depositar sobre la barra. El padre Travis se volvió hacia Romeo y le dijo:

—No te veo nunca en misa.

—Agotamiento —respondió Romeo.

—¿Ah? ¿Dónde estás trabajando ahora?

—Por ahí. Aquí y allá. Sustitución de técnico de saneamiento. Mantenimiento. Ya sabe.

Mantenimiento podía significar cualquier cosa. Podía estar manteniendo una buena provisión de estupefacientes. El padre Travis adoptaba con Romeo una perspectiva amplia y a largo plazo. Trabajaba en él, dejando caer pequeñas piedras en el estanque.

Romeo llevaba una camiseta de cuello cisne de un estridente color violeta y una sudadera con capucha y cremallera, estampada con diminutas calaveras a juego con las minúsculas calaveras que llevaba tatuadas alrededor del cuello.

—¿Te gusta el trabajo?

—Tiene un fondo acristalado —dijo Romeo negando con la cabeza—. Puedo ver a los peces allí abajo comiéndose la mierda. Son peces que se alimentan de los fondos acuáticos. Usted ya me conoce, ¿no? —dijo Romeo con una sonrisa. Sus diminutos dientes marrones le dolían, aun así echó azúcar al café y observó cómo el brebaje aceitoso daba vueltas en torno a un agitador de plástico rojo.

—Sí, te conozco —contestó el padre Travis.

—Entonces ya sabe que yo no me relaciono con la parte de arriba de la cadena alimentaria. No como de la balda de arriba. Me alimento de los fondos, como dije. No puedo hablar con los indios de categoría de por aquí. Como Landreaux. Hace girar la pipa y todo eso, se cree un hechicero como Randall. Así es como consiguen a sus mujeres. Con esos viejos hechizos indios. Emmaline está embrujada, ¿sabe? —Hizo su habitual saludo con dos dedos al levantarse para marcharse y preguntó—: ¿Ha oído lo que ha dicho de usted Landreaux?

—No intentes ese truco de borrachín conmigo —repuso el padre Travis riéndose.

—Si no quiere saberlo... —Romeo se hizo el ofendido—. No importa.

Romeo embistió la puerta con el bolsillo colgando por el peso de las monedas.

Cruzó la calle hasta el bar de comida caliente de Whitey y soltó las monedas del café. Avanzó cuatro dólares.

—Córtame una *pizza* de salchicha, un donut y un refresco Mountain Dew —le pidió a Snow, que se encontraba detrás de la barra—. ¿Cómo está tu padre?

La única psicóloga en ciento sesenta kilómetros a la redonda estaba tan solicitada que vivía a base de alprazolam y cada noche se relajaba con unos tragos de vodka. Tenía la agenda completa para todo un año. La gente que no podía citarse con ella iba a misa en su lugar, y después visitaba al padre Travis en el despacho parroquial.

—Tengo miedo —dijo Nola, mientras se arañaba la laca de uñas rosa claro.

El padre Travis tenía un curso prematrimonial en media hora. Su escritorio era de roble macizo, procedente de la vieja escuela parroquial. El cura tenía las piernas estiradas debajo de la mesa. En lugar de una silla de oficina, estaba sentado en una silla plegable de *camping* con un bolsillo para sujetar una taza: sujetaba su taza térmica de café; solía tener el tamaño perfecto para una cerveza. Los rayos del sol entraban por las ventanas del sur. Los papeles que había sobre la mesa refulgían. La luz reverberaba: los ojos claros del hombre centelleaban.

—Señora Ravich —comenzó el padre Travis con suavidad—. No tenga miedo. Lo peor ya ha pasado. Ahora tiene a dos niños a los que querer. LaRose y Maggie.

—Lo estamos compartiendo. Me refiero a LaRose. Como se lo lleven de vuelta, me da miedo, miedo de lo que yo pueda hacer.

—¿Hacer?

—Hacerme a mí misma —respondió Nola despacio.

Alzó la mirada como suplicando, emocionada. Había algo perturbador en su belleza de muñeca.

El padre Travis se recostó levemente en la silla. La serpiente de su cicatriz violeta le recorrió el cuello. Se mostraba cauteloso con Nola. La mantenía al otro lado de su escritorio. Dejaba la puerta abierta. Fingía no darse cuenta del todo de que ella generaba un ambiente equivocado. O si advertía, como advirtió, algún detalle que podía quitarle el sueño: como la forma de su sujetador negro asomando por debajo del fino algodón de su camisa.

—¿Está pensando en hacerse daño? —preguntó el padre Travis, directa pero amablemente, intentando parecer neutral.

Se inclinó hacia atrás, frunció los labios en un mohín y ofreció una mirada de asombro. Desvió la vista al comprender que el cura podría avisar a Peter.

—Eso no es lo que quería decir.

El padre Travis tomó un sorbo de café. La miró detenidamente con el ceño fruncido. No podía decidir cuánto de lo que ella había dicho era mentira. Para él el suicidio era una afrenta a sus amigos que habían muerto en Beirut. Ellos querían vivir, aprovecharon al máximo sus vidas y murieron para nada. Solo que él no. De

manera que él seguía en este mundo para honrar la memoria de doscientos cuarenta y un destinos perdidos. Ese pensamiento lo insensibilizó. Apretó y relajó el puño.

—Hablemos de Maggie.

—¿Qué pasa con ella?

El padre Travis entrecerró los ojos con gesto grave y Nola bajó la vista como una niña huraña.

—Parece que se está adaptando. Todos lo hacen. Yo soy la única que no me adapto. He venido a hablar de mí.

—De acuerdo, hablemos de usted como madre de Maggie. Si se muestra autodestructiva de cualquiera de las maneras, la arrastrará con usted, Nola. ¿Lo entiende?

Nola asintió con la cabeza. Parecía a punto de sacar la lengua. La cosa iba horriblemente mal; el cura la trataba como un apéndice de su familia. Como si no fuera nada. No escuchaba.

—No me apetece mucho hablar de ella, padre Travis.

—¿Por qué?

—Es rebelde.

La mujer torció el gesto. De pronto rompió a llorar y buscó a tientas un pañuelo de papel. Se ahogaba en lágrimas; se volvieron demasiado reales. Podía ser que Maggie fuera la clave de su infelicidad. De su incapacidad para procesar la pena.

—Es una pequeña zorra —susurró Nola en el pañuelo de papel.

El padre Travis la oyó.

Nola se enjugó las lágrimas y se limpió la cara.

—Lo siento, padre. Quizá las cosas deberían parecerme normales. Quizá debería hacer cosas normales. Debería acostumbrarme a cómo están las cosas. Aceptar y aceptar. Dejar de pensar en Dusty.

El padre Travis se levantó y rodeó la mesa.

—Es normal que piense en Dusty —dijo.

Se quedó de pie detrás de ella y se dirigió a su coronilla. Quizá fuese en ese instante cuando debería haberse contenido y aguardado. Pero el falso coqueteo de Nola le pareció una burla.

—No es normal hacer lo que usted hizo durante la misa —dijo—. Pegó a Maggie. Se volvió, acalorada.

—¡No es verdad!

El padre Travis le sostuvo la mirada, pero resultaba difícil. Su belleza era una hoja de aluminio que desviaba la atención. Ella era más dura que su grupo de Alcohólicos Anónimos.

—Si Peter viene a verme por cómo usted trata a Maggie, si la misma Maggie viene a verme, si alguien de la familia Iron, o un profesor, o quien sea, viene a verme por este asunto, acudiré a los servicios sociales.

—¿Haría eso de verdad?

Nola habló entre sollozos, pero su semblante se había endurecido por la ira. Se levantó de un salto tan rápido y repentino que sus pechos oscilaron entre los dedos del padre Travis. Se retrajo como si se hubiera quemado.

Nola dio un paso atrás, abriendo los ojos con asombro.

—No creo que hablara en serio cuando se refirió a los servicios sociales, padre Travis. Voy a hacer como que usted no me ha tocado el pecho —dijo con una sonrisa pícaro y la mirada severa.

El sacerdote la miró e hizo algo de lo que se avergonzaría más tarde. Se rio.

—¿Pecho?

La despachó mientras estallaba en carcajadas.

—¡Oye, Stan! —gritó el padre Travis por el pasillo. El sacristán de la iglesia se dio la vuelta escoba en mano—. ¡Escucha! La señora Ravich piensa ir por ahí diciendo que yo he intentado manosearle el pecho.

—Vale, vale —respondió Stan, y siguió barriendo.

—Usted no es la primera que intenta algo así conmigo —dijo el padre Travis cuando ella se volvió hacia él hecha una furia y herida—. Debería saber que yo no toco a nadie de esa manera. No soy uno de esos curas.

Nola comenzó a llorar de verdad, después se alejó bamboleándose con las piernas arqueadas sobre sus tacones.

La casa de Landreaux y Emmaline mantenía la cabaña original de 1846, construida a causa de la desesperación cuando la nieve caía sobre sus antepasados. A ambos les alegraba saber que si las capas de yeso y más yeso se desprendían de las paredes, encontrarían debajo el entramado y los muros de adobe. La primera familia entera —bebés, madres, tíos, niños, tías y abuelos— había transmitido historias de tuberculosis, difteria, tristeza, sesiones de té eternas, e historias hilarantes, sagradas, obscenas y mágicas. Vivieron y murieron en lo que ahora era el salón; y siempre hubo un LaRose.

Después de un tiempo, se construyó un anexo a la cabaña original. Esas cabañas de troncos se convirtieron en una sola vivienda en los años veinte, cuando el abuelo de Emmaline compró tablas de madera, revistió la casa y luego la unificó bajo un solo tejado. En los años cincuenta, se aisló un cobertizo pegado a la casa, que se transformó en dormitorios. Hasta los años setenta utilizaban un retrete exterior, traían agua de fuera, lavaban en una lavadora manual, en tinajas y con una tabla de lavar. El cuarto de baño y la diminuta lavandería completaban la casa.

Durante los siguientes diez años, Emmaline vivió allí con su madre. Cuando hubo demasiados niños y Emmaline se graduó, la señora Peace se mudó a la residencia de ancianos. Desde su pequeña habitación, donde ahora dormían Emmaline y Landreaux, una puerta comunicaba con el cuarto de baño. Josette y Snow se daban largos baños allí y realizaban sus complejas rutinas de belleza, y enviaban a sus

hermanos al viejo retrete exterior cuando llamaban a la puerta.

La cocina y el salón, las partes más antiguas de la casa, todavía conservaban el papel pintado de los años cincuenta. Formaba ondas bajo las capas de pintura — primero verde oscuro, luego verde claro y después un tono azul gris que había elegido Snow—. Nunca recibió el visto bueno de Josette, por lo que esta se salió con la suya con el papel pintado de oferta en el dormitorio que compartían: pequeños ramos de flores de lavanda atados con etéreos lazos blancos. Nadie se había parado a pensar siquiera en la pintura de la habitación de los chicos: presentaba un antiguo papel rojo cubierto con carteles rasgados de las Tortugas Ninja, Toro Sentado, Batman, Tupac, el jefe Little Shell, Destiny's Child y *El sexto sentido*.

En los ochenta, toda la casa se elevó. Una vez levantada y apoyada en unos cimientos hechos con bloques de hormigón, quedó liberada de insidiosas humedades y pudriciones. Entonces se convirtió en una casa de verdad, con una estrecha cámara debajo. Cuando Emmaline se casó con Landreaux, construyó una pequeña plataforma para arreglar la entrada principal: un rellano lo suficientemente grande para dos sillas de jardín y una maceta donde creciera la hierba. Una vez conseguido esto, la casa tuvo de pronto el mismo aspecto que muchas casas y Landreaux se imaginó a los dos haciéndose mayores en ella, sentados en ese porche, viendo pasar el esporádico coche por un resquicio entre la hilera de árboles que bordeaban la carretera, mientras esperaban a que sus hijos, y luego sus nietos, se bajaran del autobús escolar y caminaran hasta la casa tras salvar la zanja cubierta de flores silvestres, y cruzar la franja de dobladas malas hierbas o, como ahora, en invierno, subiendo por la arada y helada gravilla.

«Todo irá bien. Nos haremos viejos aquí juntos, después de todo». Ese fue el primer pensamiento de Landreaux cuando dejaron a LaRose. «Estaremos juntos durante la primavera y el verano hasta los días de canícula, cuando la casa se calentaba y los viejos troncos del corazón de la vivienda desprendían el olor a tierra y marga».

Landreaux abrió la puerta y LaRose pasó corriendo delante de él, aferrado a su peluche y llamando a su madre a voz en cuello. Landreaux se dio la vuelta para despedir a Peter, pero este ya había enfilado rápidamente la carretera. Landreaux cerró la contrapuerta de aluminio y luego la puerta de madera tras él. Ver a LaRose y Emmaline volar juntos iba a doler, por lo que se agachó al lado del felpudo y tardó más de la cuenta emparejando los zapatos esparcidos por el suelo y colocándolos en fila. Cuando al fin se reunió con ellos, con sus largos brazos colgando, estaban hablando sobre cómo utilizar un pelador de patatas.

LaRose se sentó a la mesa junto a la ventana, bajo una tenue luz invernal. Los bordes de las contraventanas presentaban una gruesa capa de escarcha. El vaho se había helado formando una pelusa grisácea en los laterales y alféizares. Peló la patata alejándola de él y dio raquíuticos mordiscos que fue escupiendo en un plato de plástico. Emmaline agitó trozos de carne en una bolsa con harina y luego pinchó cada

trozo y los fue soltando despacio en aceite hirviendo. La sartén de hierro fundido estaba lisa y ligera después de cincuenta años de intenso uso. Se la había dejado su madre.

Landreaux se sentó al otro lado de la mesa y desplegó el resto del periódico. El crujido que produjo le hizo percatarse de que le temblaban levemente las manos.

Snow y Josette fueron las primeras en entrar por la puerta. Willard y Hollis arrastraban todas las bolsas de deportes. Todo quedó diseminado en montoncitos junto a la puerta. Las chicas corrieron hasta LaRose, lo abrazaron y se arrodillaron junto a la silla de la cocina, llorando de forma escandalosa. Los chicos mayores chocaron la palma de la mano de LaRose.

—Te hemos guardado tu litera, tío —dijo Hollis.

—Sí, intenté dormir allí y este me tiró al suelo de malas maneras —dijo Coochy—. Es toda tuya.

—¡Va a dormir aquí! ¡Aquí, en su propia casa! —dijo Josette entre sollozos.

—Lo sabías —repuso Snow.

LaRose les acarició el pelo mientras competían para ver quién de las dos lloraba más.

—*Mii'iw* —dijo Landreaux.

Las hermanas resoplaron y parecieron redimidas, como si hubieran vuelto a encender una luz en su interior. Estaban tan felices que no sabían cómo mostrarlo sin que pareciera fingido. Las chicas se sentaron para preparar las zanahorias.

—Las estás cortando demasiado gruesas.

—No, mira las patatas.

—Proporción, Josette.

—No seas oblicua.

Habían conseguido un vocabulario para preparar el SAT^[14]. Se lo había proporcionado una profesora a la que las dos le caían bien. Caían bien a la mayoría de los profesores porque eran buenas estudiantes. Se sintieron aliviadas cuando terminaron la temporada de voleibol. Los partidos se jugaban con una o dos horas de diferencia. Les llevaba toda la noche. Lo mismo sucedía con los partidos de baloncesto de Hollis y Willard. Landreaux y Emmaline se turnaban para llevarlos en coche porque el autobús les añadía más horas. Además, hacían que sus hijos estudiaran en el coche en el asiento de atrás con una linterna. ¿Cómo se les ocurrió? Lo aprendieron de la madre de Emmaline. Ese tipo de devoción no procedía del lado de Landreaux. Sus padres habían sido alcohólicos con una vida corta.

Romeo Puyat realmente tenía un trabajo; de hecho tenía varios. Su puesto intermitente como auxiliar de mantenimiento en la universidad tribal permitía que sus empleos de inferior categoría fueran viables. Leía mucho en la universidad tribal en

los ratos libres que tenía entre lavar alfombras y limpiar cristales. Esperaba poder trasladarse a otro lugar, como el hospital tribal, pero la gente conservaba esos empleos toda la vida. Además, su trabajo oficial alimentaba sus trabajos secundarios de la misma manera que los peces grandes alimentaban una escuela de peces pequeños: con desperdicios y sobras de comida.

Los empleos secundarios de Romeo, aunque no oficiales, incluso hasta voluntarios, eran lucrativos y tenían muchas facetas. Por una parte, recogía y disponía de los desechos peligrosos que solían contener frascos de medicinas que prescribían los médicos del Servicio de Salud Indio. Nadie lo había contratado o invitado a hacerlo, pero se había convertido en parte de su estilo de vida. Cuando limpiaba en el centro educativo, se esforzaba en demorarse lo máximo posible en cada aula para buscar algún medicamento que pudiera haberse quedado en los bolsos por error. De forma voluntaria, incluso retiraba los desechos peligrosos que se acumulaban en el exterior de los demás edificios, sobre todo cuando le tocaba visitar el hospital. A simple vista, podría parecer que estuviera rastreando en busca de colillas. Pero, si bien era un hecho que él esperaba encontrar un cigarrillo a medio fumar delante de algunas entradas (arrojado apresuradamente de la zona de no fumadores), su misión iba mucho más allá. De hecho, parte de su trabajo iba más en la línea de trabajo clandestino. Alguien en el bar, quizá el cura, se había referido a Romeo en una ocasión como el informante de la reserva. Él pensaba que era cierto. Era un espía, pero por cuenta propia. Nadie lo dirigía. Él era quien dirigía su operativo en solitario en su propio beneficio.

Tenía sus métodos. Consiguió mucha información importante remoloneando en torno a la máquina de café de la universidad tribal, o esperando detrás de las puertas de la sala de profesores, o simplemente quedándose sentado en las zonas comunes y pasando desapercibido. En una ocasión o dos, los de la ambulancia de guardia lo habían ignorado mientras quitaba las malas hierbas de la esarpa que estaba a la sombra. Lo sabían todo sobre cada desastre que había sucedido y cosas que nunca habían salido a la luz pública. Romeo había oído sobre muertes, donde un suicidio se había ocultado para que el cuerpo pudiera recibir santa sepultura. Descubrió historias de abortos chapuceros y muertes sospechosas de recién nacidos, que tenían toda la apariencia de muertes súbitas del lactante. Sabía que algunas personas sufrían sobredosis, y de qué sustancias y lo mucho que los sanitarios luchaban para reanimarlos. Cuándo era el momento de dejarlos marchar. Toda esa información daba vueltas en su cabeza. Era bueno saber todas esas cosas. De hecho, Romeo había decidido que la información, de largo alcance, devastadora y, como beneficio secundario, una sustancia sin graves repercusiones legales, era muy superior a cualquier otra forma de poder. Eso estaba claro.

Además, Romeo hurgaba en la basura. La basura farmacéutica era su especialidad. Los desechos solían triturarse y los contenedores cerrarse con llave, pero Romeo contaba con cierto empleado de la farmacia que le «perteneía». Fruto

de la información. Cada pocos días era capaz de hacer que se volatilizasen un par de bolsas y ocultarlas en el maletero de su coche.

Romeo ocupaba un apartamento para discapacitados declarado en ruinas en el complejo tribal apodado Enclaves Verdes, por desgracia construido sobre un vertedero tóxico que desprendía gas verde. Romeo era inmune al aire nocivo que se filtraba por las grietas del linóleo. Tampoco le molestaba el moho, negro o rojo. Si el olor se hacía muy intenso, robaba más botes de ambientador en la tienda de Whitey: el de mango era su favorito. La decoración del apartamento se centraba en torno a un árbol de Navidad artificial que permanecía ahí durante todo el año. El abeto de aluminio estaba decorado con los botes de ambientador. Las paredes mostraban unas fotografías clavadas con chinchetas en el yeso ablandado. Había un televisor, un minifrigorífico, un radiocasete, un colchón, dos mugrientos sacos de dormir de poliéster y una preciosa lámpara de madera de sauce diamante hecha a mano con una pantalla rota que semejaba un sombrero inclinado.

A la luz de la lámpara, en una butaca con reposabrazos arrancada de una furgoneta destartalada, Romeo examinó el contenido de las bolsas. Todo cuanto podía desear en papel estaba ahí: impresos descartados, etiquetas, recetas, notas del farmacéutico; todo lo que su informante a sueldo había dejado de triturar. Dentro de esas pilas de papeles, él descubría qué medicamentos tomaban los miembros de la comunidad y cuáles podrían ser hurtados por familiares cercanos para sus subidones. De esa manera, Romeo averiguaba quién iba a morir y quién iba a vivir, quién estaba más loco que él, o por omisión, más en su sano juicio y con mejor salud. Anotaba sus cálculos en un bloc de notas: medicinas, dosis, fechas de reposición, posología y formas de administración. Aunque jamás se había dado ningún caso en los archivos de Romeo en que el médico recomendase al paciente pulverizar e inhalar una sola pastilla, que a menudo era su método preferido.

Esa noche, las palabras «cuidados paliativos» emergieron de nuevo. Conservaba todo aquello que tuviese esas palabras en una carpeta especial sujeta con un clip. También apareció en la bolsa un extra. Su sección favorita: la página de obituarios del periódico tribal. Emparejó varias atractivas prescripciones médicas con uno de los nombres, después observó que los funerales iban a ser al día siguiente.

A las diez menos cuarto de la mañana siguiente, Romeo se detuvo en la tienda de comestibles, invirtió en medio kilo de carne para guisar y luego continuó en coche hasta la iglesia. Aparcó en la linde de la parcela, al lado de una camioneta con una tapa del depósito de gasolina que fácilmente podía forzarse con un destornillador. Esperó en el coche hasta que todo el mundo hubo entrado en la iglesia. Después, rápidamente traspasó a su coche más gasolina de la necesaria para llegar hasta la casa del fallecido y volver. Se hallaba a diez kilómetros y llegó en quince minutos.

Romeo aparcó junto a la casa, caminó hasta la puerta principal y llamó. Los enormes perros que aguardaban fuera ladraron, desahorados, pero él arrojó al suelo unos trozos de carne para que se pelearan entre ellos. Los perritos que esperaban en la vivienda ladraron en el vestíbulo. Nadie más respondió y era una cerradura barata de Walmart. Abrió el desgastado pestillo haciendo palanca con un destornillador de punta plana, entró y dejó en el suelo unos trozos más de carne. Los perros agitaron la cola y lo siguieron directamente hasta el dormitorio. La mesa plegable que había junto a la cama tenía varios frascos de plástico de color ámbar, que él examinó. Cogió uno. Había una mesilla de noche con un cajón medio abierto. Bingo. Tres frascos más, uno todavía lleno. En el cuarto de baño, inspeccionó con esmero el botiquín, estudiando cada fármaco con el ceño fruncido. Sonrió ante un medicamento y lo guardó, antes de meterse otros tres más en el bolsillo. No era necesario ser avaricioso. Ya eran las diez y media. Colocó de nuevo la cerradura para que no se cayera y se marchó. Y todavía le quedaba en el bolsillo un cuarto de kilo de carne.

Llegó de vuelta al funeral a las once menos cinco, enrolló las recetas en una bolsa de plástico y las guardó debajo del asiento trasero. Y la carne también. Tomó una pequeña dosis de Darvocet^[15] y entró en la iglesia sin hacer ruido. Todo el mundo tenía la atención puesta en el altar, en los portadores del féretro. Mientras sacaban los restos mortales, él se llevó la mano al corazón. Para ahorrar gasolina pidió que alguien lo llevara al cementerio.

Después del triste funeral, todo el mundo lloró aliviado. Romeo volvió a la iglesia y siguió a los dolientes hasta el sótano donde se celebraba un almuerzo. Allí, se puso las botas. Bebió café insípido y habló con sus familiares y los del fallecido. Permaneció hasta el final, tomó más café, comió un trozo de tarta y se llevó a casa unas sobras que había guardado de manera precaria en platos de cartón. Aceptó con un triste gesto de la cabeza el programa, que presentaba a un hombre sonriendo a la cámara mientras sujetaba una placa grabada que debía de honrarle. Una vez de vuelta en su apartamento, Romeo utilizó el rígido papel para prepararse sus dos primeras rayas.

—¿Adónde, amigo? —dijo al universo.

Romeo esnifó las rayas y se recostó en la butaca. Lejos, viajó sentado en el asiento trasero, cómodo sobre la felpa gris y raída. Sus compañeros, las fotografías en la pared, sonreían a la cámara de fotógrafos desaparecidos. Algunas eran fotografías del colegio, entre las que había una de Emmaline y su madre, su querida profesora, la señora Peace. Estaba Landreaux y otros dos muchachos, ambos muertos ya. Una imagen manchada de Star levantando una cerveza. Hollis, varias fotografías de primaria, una del instituto y una de ellos dos juntos. Romeo y Hollis. Muy querida. Había un antiguo y amarillento recorte de periódico con la fotografía de la boda de Emmaline y alguien con el cuerpo de Landreaux y el rostro borrado. También había personas cuyos nombres había olvidado. Romeo despegó. Su mente se elevó por el techo de palomitas y moho negro. Atravesó las tejas de asfalto que ondeaban en el

tejado. Al otro lado del pueblo de la reserva, la señora Peace, su compañera viajera, le adelantó en el espacio. Le puso la mano en el hombro, tal y como hacía con los muchachos en la escuela. Él se agachó, aunque ella nunca le había pegado. Siempre se agachaba cuando alguien hacía un gesto repentino. Por puro acto reflejo.

Hola, bonita

Nola asistió a la misa de diario y se sentó en el despacho parroquial del padre Travis después del oficio, mientras lo esperaba. A menudo lo paraban en el vestíbulo. Nola estaba segura de oír a alguien hablando en ese momento. El padre Travis estaba escuchando, dejando caer alguna que otra pregunta. Las dos voces discutían sobre algo relacionado con la reparación del muro del sótano. O las ventanas quizá. El frío se abría paso y después la primavera traería consigo filtraciones, fango y serpientes. Siempre había habido serpientes cerca y, a veces, incluso dentro de la iglesia. Varios lugares de la zona y de las llanuras, hasta Manitoba, eran así. Las serpientes tenían nidos antiguos bajo las rocas, donde se concentraban cada primavera, y no había forma de sacarlas de ahí.

A Nola nunca le habían asustado las serpientes. Las atraía. Ahora había una serpiente de jarretera con rayas amarillas y una línea roja en la boca.

—Hola, bonita.

La serpiente se enroscó sin hacer el menor ruido bajo una estantería llena de libros y panfletos, después se detuvo para probar el aire. «Bien podría hablar contigo», pensó Nola.

—Él no viene y no creo que quiera verme. Piensa que soy débil. Además, yo estoy sola en esto. No me gusta dónde me llevan mis pensamientos, pero no puedo rebatirlos y acallarlos todo el tiempo, ¿verdad? Maggie estará bien, después, y crecerá y llegará a su plenitud. LaRose se sentirá tan aliviado. Peter se está convirtiendo en una relación de amor-odio para mí, ¿sabes? Me saca completamente de quicio. Sé que yo no debería dormir tanto. ¿Quién se va a fijar en una vieja silla verde? Las serpientes sí lo hacen. Tú, o la de mi macizo de lirios cuando les doy las buenas noches. Cuando piensas en no estar aquí, todo se vuelve febril, ¿y ferviente? Y entra el sol. Con fuerza. Vivir para eso, solo para ver cómo entra a raudales por una ventana por la tarde. Una luz cálida que baña mis zapatos. Y se enciende el vapor, siseando por las tuberías. Es un sonido que consuela. Quizá no esté viendo las cosas con claridad. No, no es una serpiente lo que hay debajo de esa estantería, sino un trozo de cuerda de nailon negro.

—¡Nola!

—Me he quedado esperando aquí. Pensé que tal vez tendría un ratito.

El padre Travis se quedó en el marco de la puerta. Resultaba perturbador que ella se presentase después de haber intentado chantajearlo, se dijo. Pensaba que ella tendría más juicio. Es decir, que era posible que dijera en serio lo de suicidarse. Debería dejar de comparar a la gente normal con los marines caídos. Y nunca debió echarse a reír.

—Dejo la puerta abierta, ¿lo ve? No vuelva a echarme los pechos encima, ¿de acuerdo?

—No lo haré —respondió Nola.

—¿Cómo se encuentra?

—Mejor, mucho mejor.

El padre Travis suspiró, cortó un trozo de papel absorbente y lo deslizó sobre el escritorio. Nola alargó la mano, lo cogió y se lo llevó a la cara.

—No me gusta hacia dónde me llevan mis pensamientos —dijo con tristeza.

—Lo he oído todo —contestó el padre Travis.

—Creí que ese trozo de cuerda debajo de la estantería era una serpiente.

Ambos miraron; no había nada.

—Seguramente había una serpiente —dijo el padre Travis—. Les gustan las tuberías de vapor.

—Por supuesto. —Nola sonrió—. No sé por qué pensé que era una cuerda.

El padre Travis esperó a que continuara. Las tuberías de vapor rugieron y sisearon.

—Una cuerda —dijo—. ¿Y eso?

—No tengo ni idea.

—¿Porque tiene un plan?

Nola asintió en silencio.

—¿Un plan para ahorcarse?

Nola se quedó petrificada, después balbuceó:

—Por favor, no se lo diga a nadie. Me lo quitarían. Maggie ya me odia. No la culpo, pero yo me odio a mí misma mucho más. Soy una madre muy muy mala. Yo permití que Dusty saliera fuera, no lo vigilé. Lo mandé a la cama porque se había portado mal y había dejado marcas de dedos por todas partes. Se había subido al armario y había cogido una chocolatina. Le encanta, le encantaba el chocolate. Maggie le había animado a ello. Ese día ella estaba enferma, o al menos eso fingió. Y ella lo incitó a portarse mal y yo lo mandé a su cuarto. Pero él se escabulló.

—¿Culpa a Maggie?

—No.

—¿Está segura?

—Quizá lo pensé al principio, cuando yo estaba desquiciada. Pero no. Soy una mala madre, sí, pero si yo la culpara constantemente, eso sería, no sé, sería un desastre, ¿verdad?

—Sí.

Nola se examinó las palmas de las manos, abiertas sobre el regazo.

—Culparse a usted misma, eso también sería un desastre.

La cabeza le daba vueltas y unos puntitos amarillos brillaron en el aire. Apoyó la cabeza lentamente sobre el escritorio.

—Le grité, padre Travis. Le grité tan fuerte que se echó a llorar.

Después de que Nola se marchara, el padre Travis se quedó mirando el teléfono sobre la mesa. Ella tenía un plan, pero hablar del último día de Dusty parecía haberle

quitado un peso de encima. Ella parecía mostrarse razonable, negando la posibilidad de que ahora pudiera hacerse daño a sí misma. Le rogó que no se lo contara a Peter, para no añadirle más sufrimiento. Se derrumbaría, había dicho. El padre Travis no lo dudaba. Pero no habría forma de recomponer los fragmentos rotos si su mujer se suicidaba. Descolgó el teléfono. A continuación lo colgó. Le había rodeado tal aura de paz cuando se marchó; llevaba puestas unas zapatillas deportivas blancas. Su paso era flexible. Había prometido hablar con él si esos pensamientos volvían a surgir.

Wolfred separó de un hachazo un trozo de carne de alce roído por una comadreja. Lo llevó a la cabaña y lo metió en una olla repleta de nieve. Alimentó el fuego hasta que estuvo perfecto y colgó la olla para que hirviera. Había aprendido de la chica a recolectar bayas rojas y doradas, algo marchitas en invierno, lo que proporcionaba a la carne un sabor un poco a mofeta pero que resultaba agradable. Ella le había enseñado a preparar té con hojas correosas de los pantanos. Le había mostrado el líquen de las rocas, comestible pero insípido. Ya había transcurrido la mitad del día.

Mashkiig, el padre de la niña, entró, esbelto e imponente, con dos secuaces escurridizos. Echó un vistazo a la niña y luego apartó la mirada. Cambiaba las pieles por ron y rifles. Mackinnon le dijo que fuera a emborracharse lejos de la tienda. El día en que había matado a los tíos de la muchacha, Mashkiig había apuñalado a todo aquel que se hallaba en las proximidades. Había rajado la nariz y las orejas de Mink. Ahora intentaba reclamar a la niña y luego comprarla, pero Mackinnon se negó a recuperar ninguno de los rifles.

Después de que Mashkiig se marchara, Mackinnon y Wolfred salieron a orinar, metieron más leña, cerraron los postigos y cargaron los rifles. Aproximadamente una semana más tarde, oyeron decir que él había matado a Mink. La niña bajó la cabeza y lloró.

Wolfred era un empleado que valía mucho más de lo que él creía. Sabía cocinar y hacer pan con prácticamente nada. Había mantenido viva la levadura de pan de su padre mientras cruzaba media Norteamérica y siempre andaba buscando nuevas fuentes de provisiones. Utilizaba la harina molida que Mackinnon había traído para hacer trueques. Los indios aún no sabían apreciarlo. Wolfred había molido arroz salvaje hasta convertirlo en polvo, que había añadido a lo que ya tenían. El verano anterior había amontonado arcilla en la que había abierto un agujero para convertirlo en un horno de barro. Allí era donde horneaba las hogazas de pan cada semana. Mientras los panes se cocían, Mackinnon salió. El aroma a pan lo conmovió de tal manera que, allí en lo más crudo del invierno, abrió un barril de vino. Habían traído seis barriles y ahora les quedaban cinco. El propio Mackinnon había empaquetado el vino bueno, por encima de innumerables transportes de carga. Normalmente compartía la sustancia sin diluir que traían los *bois de brule* para suministrar una y

otra vez a los indios. Ahora Wolfred y él bebían juntos, sentados sobre dos tocones cerca del horno caliente y del avivado fuego.

Fuera del círculo de calor, la nieve crujía y las estrellas titilaban en los insondables cielos. La niña se sentó entre ambos, sin beber. Estaba ensimismada en sus angustiosos pensamientos. De vez en cuando, los dos hombres contemplaban su perfil bajo la luz de las llamas. Su rostro mugriento aparecía pintado en oro puro. A medida que apuraban el vino, el pan se iba horneando. Con solemnidad sacaron las hogazas y, muy calientes, las guardaron dentro de sus abrigos. La niña abrió su manta para aceptar una hogaza de Wolfred. Mientras él se la entregaba, advirtió que su vestido estaba roto por el medio. Le miró a los ojos y los ojos de la muchacha se deslizaron hacia Mackinnon. Después, agachó la cabeza y se sujetó el vestido con el codo mientras aceptaba la hogaza de pan.

Dentro, se sentaron en unos pequeños tocones alrededor de uno mayor que hacía las veces de mesa. Wolfred dirigió una mirada tan inquisitiva a Mackinnon que el comerciante terminó por preguntar:

—¿Qué?

Mackinnon tenía una panza enorme y flácida, piernas arqueadas, una barba manchada con tabaco de mascar, ojos inyectados en sangre de cerdo enloquecido, brotes de pelo rojo y casposo, labios de gusano, dientes amarillentos con manchas de alquitrán, un aliento que echaba para atrás y pelos en la nariz que desprendían mocos y emborronaban los números perfectamente escritos de Wolfred. Mackinnon también era un gran pistolero y era muy bueno con el martillo. Wolfred lo había visto en acción con uno de los esbirros de Mashkiig, que parecían su sombra aquel día. Era peligroso. Sin embargo, Wolfred masticó y lo observó. Lo embargó una viva emoción. Por primera vez en su vida, Wolfred comenzó a ver las cosas de las que era capaz.

Las vigas

Junio. Entre las dos casas, quizá seis mil millones de garrapatas habían eclosionado y comenzaron su pegajosa, esperanzada y condenada búsqueda. En esa parcela del bosque, tal vez hubiera una garrapata por cada ser humano de la Tierra. Josette le dijo eso a Snow porque sabía que las garrapatas le daban mucho asco a su hermana. Por mucho que Snow se esmerara en inspeccionar, lavar y sacudir su ropa, y en evitar pasar por el bosque, pillaba garrapatas. Las atraía como nadie. Por culpa de las garrapatas, decía que estaba ansiosa por irse a vivir a alguna gran ciudad libre de ellas.

—Echarías de menos a tus amiguitas —dijo Josette.

Sus pantalones vaqueros le apretaban demasiado y hacía calor. Se desabrochó el botón y agitó los brazos.

Iban a buscar a LaRose. Los primeros calores provocaban que las garrapatas salieran en tropel de sus nidos. Invadían la hierba y se precipitaban desde las hojas y las ramas de los árboles hacia el olor extrasensorial de los mamíferos. Mientras avanzaba por el sendero, Snow notó una en el pelo y se la arrancó de la cabeza.

—Yo doy media vuelta —dijo—. Iré por la carretera, aunque me vea mamá.

—Esa no es más que una garrapata bebé —se burló Josette—. Oye, no pienso ir por esa carretera llena de nubes de polvo. Es el doble de distancia. Si dejas que vaya yo sola a buscar a LaRose, tía, no te dejo mi turno con el *walkman*.

El *walkman* Sony era su felicidad, su joya: un delgado reproductor de CD para los pocos CD que poseían. La banda sonora de *Romeo y Julieta*, Ricky Martin, Dr. Dre y Black Lodge Singers. Tenían que compartirlo y se mostraban muy estrictas con el reparto de días y horas. Habían enviado a Josette a buscar a LaRose para traerlo de vuelta a casa. Ella no quería ir sola y había sobornado a Snow con todas las horas del día siguiente.

—Está bien. —Snow se inclinó como un abedul oscuro, se quitó la camisa de manga larga, se envolvió la cabeza con ella y se encogió debajo—. Debería haberme puesto la sudadera con capucha.

—Es muy raro verte sin tu sudadera con capucha. Me refiero a la sudadera de Shane.

Era su sudadera del equipo de lucha, que él le había regalado a Snow para demostrarle lo muy en serio que iba con ella. Pero...

—Es que hoy él no me gusta —repuso Snow.

Josette sabía que el novio de Snow se había buscado otra novia, pero no lo dijo. La enfurecía. Quería pegarle un puñetazo en el hígado. Pero cuando le decía ese tipo de cosas a Snow, se disgustaba. Snow decía que la violencia le daba arcadas.

—Es que odio tener que trabajar allí ahora —dijo Snow.

Ambas hacían más turnos en el local de Whitey. Eran las más jóvenes, pero el viejo Whitey y London, su hijastra, regentaban el negocio y les gustaba cómo las

muchachas se volcaban por completo en el trabajo. Cada vez que le tocaba trabajar a Snow, se presentaba el guapo de Shane y compraba Gatorade y burritos para microondas.

—¿Ves por qué nos gustan los chicos robots? Siempre son mucho mejores que los tíos de verdad. Ojalá Shane solo fuera un mecha. Obedecería mis órdenes.

—Jajaja, ¿y qué le ordenarías?

—Ser bueno, ¿sabes?

—Lo sé. Tranquila. Le patearé el culo.

Snow debía de estar realmente disgustada porque dijo gracias en ojibwa, *miigwech*, que más o menos venía a ser un agradecimiento sincero. Josette se sintió conmovida.

Allí estaba la casa. Se detuvieron en el monte y observaron la rabiosa pulcritud del jardín. Había flores plantadas en arriates y resultaban deslumbrantes. Un pequeño seto perfectamente recortado.

—*La vida loca*^[16] —dijo Josette.

—Lo sé, es tan triste.

—Intenta estar bien por todos los medios —dijo Josette—. Puedo entenderla. Y me gustan sus flores.

—Yo también. Pero ella me da yuyu.

—Tú primera.

—No, tú.

—Vale, pero hablas tú con ella.

—No, no puedo. Saldré corriendo.

Nola había desarrollado un escudo perturbador. El aura de vibraciones la acompañó hasta la puerta y arremetió contra las muchachas cuando Nola la abrió, no de par en par, sino apenas una rendija y dijo:

—Ah, sois vosotras.

Las vibraciones brotaron cuando habló y sellaron la puerta como una lámina de plástico cuando Nola la cerró despacio en las narices de las jóvenes. Cuando volvió a abrirla, lo hizo tan lentamente que los iones apenas se descolocaron. Con la mochila puesta, LaRose atravesó el espacio. El aura fue aspirada hacia dentro y los tres salieron corriendo por el césped.

Después de la primera vez, Nola se había prohibido mirar por la ventana. Agarró los cascos, atravesó toda la casa, salió por las puertas acristaladas correderas que daban al porche, bajó los cuatro escalones y cruzó el jardín hasta el cobertizo con las vigas transversales que preocupaban a Peter. Abrió las puertas, llenó el depósito del tractor cortacésped, se subió y ajustó el *walkman* al cinturón. Peter le había regalado unas músicas muy extrañas para Navidad. Eran relajantes y a la vez perturbadoras, gaitas y voces con eco que cantaban, etéreos solos de sopranos, voces sin palabras y

misteriosas, melodías que giraban sobre sí mismas, enmudecían de repente y revivían en alguna clave despiadada y desorientadora. Podría escuchar aquella música eternamente mientras cortaba el césped una y otra vez montada en el tractor.

Al fin aparcó, se bajó del tractor y entró en casa. Subió a su dormitorio, se apoyó en la puerta del armario y se quedó mirando la ropa detenidamente. Salvo por un vestido morado, tenía cuatro de cada prenda, en colores neutros, y no se ponía otra ropa. Cuatro chaquetas, cuatro pantalones, cuatro faldas, cuatro vaqueros, cuatro camisas y cuatro pantis. Cuatro de cada prenda para ir arreglada y cuatro para ropa de diario. Sin embargo, tenía un sinfín de ropa interior bonita que compraba por catálogo.

Al principio solo pensaba cambiarse de ropa interior. Tenía el vientre plano. Un sujetador *push-up* de encaje granate y rasposo. Una minúscula braguita. Después, se quedó ahí y extendió sobre la cama la camisa de color blanco roto y los pantalones más blancos aún. Sacó los zapatos de tacón marrón de la caja. Extendió la chaqueta gris entallada, sin collar, sobre la camisa blanco roto. El conjunto parecía estar ordenado como si lo hubiese dispuesto un agente de pompas fúnebres. Demasiado formal y de negocios como para estar muerta con eso puesto, pensó y apartó los pantalones blancos y los sustituyó por una falda corta y llamativa. Decidió que tenía que darle otra vuelta. Se dio golpecitos en los labios con el dedo y abrió el armario.

Los monstruos

Las dos muchachas, con LaRose entre ambas, atravesaron el bosque de camino a casa. Snow no había olvidado la presencia de las garrapatas, pero de lo feliz que estaba, había desistido. Tenía a su hermanito de vuelta por unos días y la luz que se filtraba era de un verde primoroso y fresco, y el sol solo calentaba fuera de los árboles en la carretera. A mitad del camino, LaRose se detuvo y les dijo:

—¿Podemos ir?

Ellas comprendieron que se refería al árbol. Nadie sabía cómo él sabía lo del árbol, pero lo sabía y a menudo insistía en ir allí cuando las niñas iban a buscarlo. No les importaba demasiado. Nunca se lo contaban a sus padres. Era fácil acceder a él y enseguida se encontraron delante del árbol donde solía trepar Dusty, con la rama y la zona del suelo donde habían colocado un arreglo de flores marchitas, saquitos de tabaco, salvia suelta y dos pequeños peluches estropeados por la lluvia —un mono y un león—. LaRose dejó la mochila en el suelo y sacó *Donde viven los monstruos*. Se lo dio a Josette y dijo:

—Lee.

Lo leyó en voz alta. Después se calló y permanecieron allí escuchando el dulce y resonante gorjeo de un pájaro.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó Josette.

LaRose recuperó el libro. Lo guardó en la mochila con una leve mueca.

—Creo que era su favorito —explicó LaRose—. Porque ella me lo lee todo el rato.

Snow y Josette se llevaron las manos al corazón y articularon en silencio las palabras «para la tristeza, para la dulzura». Cada una cogió a LaRose de una mano y reanudaron la marcha.

—Estoy harto de ese libro —dijo LaRose en voz alta.

Las hermanas se miraron, pestañearon y contuvieron la risa.

—Quizá deberías dejarle el libro a él —sugirió Snow.

—Ponlo con su mono de peluche y todo lo demás.

—No puedo —respondió LaRose—. Ella lo buscaría.

—Bueno —dijo Josette—, pero no lo encontraría. Y terminaría por rendirse, ¿no?

—No —repuso LaRose—. Jamás se rendiría. Sería capaz de irse al establo y chillar como un alma en pena.

—Ah —dijo Snow—. ¿Qué es un alma en pena?

—Es una vieja huesuda con dientes largos que da vueltas a las tumbas y chilla cuando alguien muere.

—Hala —exclamó Josette.

—¡Me pone los pelos de punta! —dijo Snow—. ¿De dónde te has sacado eso?

—Me lo ha contado Maggie. Tiene una colección de imágenes de libros y cosas que guarda debajo de la cama. Todas escalofriantes.

—¿Guarda cosas que dan miedo debajo de la cama?

Josette y Snow se miraron.

—Uau, qué chungo.

—¿De dónde se saca esa mierda escalofriante?

—No le digas eso a LaRose.

—Arranca páginas de libros de la biblioteca del colegio —explicó LaRose.

—Chico —dijo Josette—, no dejes que ella te fastidie.

—Ya me he acostumbrado a ella —dijo LaRose—. Ahora ya me he acostumbrado a todo.

Las chicas solo le dieron la mano y no dijeron nada más después de aquello.

Antes de que llevaran a LaRose a la casa de los Ravich el otoño anterior, Landreaux y Emmaline pronunciaron su nombre. Era el nombre que se había dado a cada LaRose. Espejismo. *Ombanitemagad*. El nombre original de la hija de Mink. Ese nombre lo protegería de lo desconocido, de lo que se había liberado por accidente. A veces una energía de esa naturaleza, caos, mala suerte, salía al mundo y engendraba y engendraba. La mala fortuna raras veces se conforma con una sola desgracia. Todos los indios lo saben. Detenerla a tiempo requería de un ingente esfuerzo, razón por la cual entregaron a LaRose.

Emmaline Peace. Alumna aventajada. Pensó que le gustaría enseñar literatura. Obtuvo el título de profesora, enseñó en un instituto y solo se colocaba los fines de semana. Se dio cuenta de que estaba más a gusto con niños pequeños que con adolescentes, porque estos se parecían demasiado a ella, y tenía razón. Cualquier autoridad que tuviese se esfumaba literalmente la noche en que disfrutaba de unos porros en una fiesta y un par de alumnos suyos entraban en la habitación.

Después de los trascendentales días de borrachera con Landreaux, recibió una oferta. Financiación para un diploma en Administración porque la tribu se hacía con el control del sistema educativo de arriba abajo. Emmaline volvió a la universidad tribal y maduró. Cuando regresó con el título en la mano, se emocionó con un nuevo programa recién financiado: un internado en la reserva para niños en riesgo de exclusión.

La gente no quería pensar en los internados: se suponía que había terminado la época de la asimilación forzosa. Sin embargo, los niños de familias desestructuradas no iban a la escuela, ni dormían lo suficiente, ni se alimentaban correctamente ni recibían ningún tipo de ayuda para hacer los deberes. Y nunca saldrían del caos — fuese cual fuese el tipo de caos, desde la adicción hasta la depresión o la enfermedad — a no ser que fueran a la escuela. Para tener éxito en el colegio, los niños tenían que asistir a clase de manera regular, comer de manera regular, dormir de manera regular y estudiar de manera regular. Quizá los internados de los primeros tiempos habían despojado de su cultura a los más vulnerables, dejando a adultos que no sabían cómo dar amor o ser padres, pero ¿qué debía hacerse ahora? Los niños necesitaban algún tipo de intervención, aunque no arrancarlos violentamente de sus hogares y entregarlos a familias de acogida o en adopción fuera de la reserva. Una intervención de crisis, para dar tiempo a los padres a enderezarse. Lo sustancialmente diferente era que, al contrario de los internados históricos, este se encontraría en la misma reserva. Desde preescolar hasta cuarto de primaria. Después, los niños podían quedarse en el internado pero asistir a una escuela normal. Esta nueva/vieja forma de internado, equipado para hacerse con el papel parental para familias que atravesaban ciclos de fracasos y recuperaciones, se convirtió en la misión de Emmaline.

Dos caravanas prefabricadas de doble ancho hacían las veces de aulas. Un conjunto de viviendas rehabilitadas de la Oficina de Asuntos Indios para las familias con supervisores de residencia, profesores, ayudantes de profesores, todos supuestamente formados en psicología infantil o trabajando con sus propias acreditaciones de enseñanza. Al principio, fue ayudante de dirección, lo que significaba que ayudaba a recopilar datos, diseñar estrategias, encargar pedidos, dirigir reuniones, organizar la financiación, elaborar interminables informes, boletines y planificaciones, además de llevar a cabo una serie de funciones que no formaban parte del cometido del puesto. Mitigar el desgarró. Eso no aparecía descrito. Su propio desgarró. El desgarró de los niños. El desgarró de los padres. Y también: fregar vómitos, reemplazar los rollos de papel secamanos, abrir y cerrar con

llave las puertas, acunar a niños heridos que sollozaban hasta que se adormeciera su rabia, jugar al Ocho Loco con las niñas mientras le contaban cómo su madre había apuñalado a su padre, o al revés, preparar magdalenas con las madres que enderezaban el rumbo y ponerse furiosa con las que no eran capaces de hacerlo. No trataba con los padres. Eso se lo dejaba al director. Hasta que se convirtió en directora.

Intentaba no llevarse el trabajo a casa, pero no podía evitar que volviese con ella. En su celo por buscar estabilidad y calma, la acompañaba a casa. En su necesidad de una estructura familiar fiable, la acompañaba a casa. En su recurrente incapacidad para mantener esa estructura, sus episodios de orden y recaída, su lucha por encontrar un equilibrio, la acompañaba a casa. En su necesidad de privacidad, cuando se preparaba su propia cabaña de sudación y se quedaba sentada en el interior, dejando que le exudara por los poros la tristeza, la acompañaba a casa. En sus estrategias para manejar las cosas —borrando la disfunción a base de quemar salvia, rodear la cama con plumas de águila, beberse una vez por semana dos vasos del mejor vino que podía permitirse, sola—, la acompañaba a casa. En sus intentos por reconstruir lo que había levantado con tanto esmero anteriormente —los Iron como una familia sólida y buena gente—, la acompañaba a casa. Había comprendido que la única manera era a través de LaRose, pero no podía soportarlo.

Ahora, sabiendo que lo había visto, que volvía a haber un lugar para ella como madre, se pasaba los días llorando con una emoción y efervescencia que nadie había visto nunca en ella. Sus movimientos bruscos y angulosos se volvieron gráciles. Sus ojos reposaban sobre sus documentos administrativos sin la menor comprensión ni preocupación. Incluso las puntas de su melena caían sueltas, relajadas, y no prietas y recogidas en una coleta o un moño con un pasador adornado con cuentas.

Emmaline abandonó su despacho en el fondo de la caravana y condujo de vuelta a casa con cuidado. No había recogido a LaRose de la casa de Nola porque Peter había pedido a Landreaux que no fuera ella a buscarlo, ni él tampoco. Sabía que Nola lo pasaría mal con cualquiera de los padres. A Peter se le encogía el corazón cada vez que recordaba cómo LaRose había echado a correr hacia su madre en la tienda de comestibles, electrizado al verla y soltando todo lo que llevaba al precipitarse en sus brazos. Por eso enviaban a las hermanas o los hermanos. Ahora Josette y Snow se encontraban en su habitación con la puerta cerrada, registrándose mutuamente en busca de garrapatas. Snow gimoteaba constantemente y a veces daba vueltas por la habitación chillando y bailando. En el suelo del salón, LaRose peleaba con Hollis. Lo había tumbado y tenía el puño en la cara de este, exigiéndole que se rindiera.

Hollis golpeó el brazo contra el suelo.

—Te tiene cogido por los huevos —dijo Coochy, repantigado en el sofá. Comía un trozo de panecillo *bannock* frío.

—¡No le digas eso!

—¿Quieres pelear conmigo? —preguntó LaRose pavoneándose.

Hollis se reía.

—Me ha destrozado el culo.

—No digas eso —intervino Josette, saliendo de su habitación.

—¿Cuántas?

—Unas veinte. Le ha dado un ataque. Ahora se dará una ducha de esas que no acaban nunca.

Emmaline llegó y LaRose oyó el coche. Salió a toda velocidad de la casa y cruzó corriendo el suelo de escorias del patio. Emmaline bajó del coche justo a tiempo de atrapar a LaRose cuando se echó a sus brazos. Todavía era lo bastante pequeño como para auparlo, sujetándolo por la cintura con los brazos. El niño se amoldó a su cuerpo, después se echó hacia atrás y le contó todo sobre el lugar secreto en el matorral de lilas, una nueva figurita de acción y la escuela parroquial a la que lo llevaba Nola. Pero no de Maggie. No le habló de Maggie. De alguna imprecisa manera, intuía que no debería haberle contado a sus hermanas lo del alma en pena. Siempre había algo así, algo que no estaba bien, y siempre intentaba evitarlo. Pero a veces no era consciente de ello hasta que lo había dicho, como sucedió con aquella historia de la cosa huesuda de dientes largos que chillaba a los muertos. Sabía de inmediato qué otras cosas que le contaba Maggie en su escondite de matas de lilas no debía contar porque ella misma lo decía. «Nunca cuentes que te lo he dicho yo; tu padre apuntaba realmente a mi hermanito, tu padre es un asesino, tu padre asesinó a mi hermanito. Te enseñaré el lugar, la sangre de mi hermano empapó la tierra. Los gusanos asomaron, los buitres aterrizaron. Te volverás loco si te quedas ahí, por la noche su fantasma te asfixiará. Ahora ya nada crece allí ni volverá a crecer». Aunque esa misma tarde LaRose había visto, para gran alivio suyo, cómo todo volvía a crecer con normalidad.

—*Biindigeg!*

—¡Aquí está mi chico!

El apartamento estaba lleno de amistades de la señora Peace, emocionadas todas de ver a LaRose. Era el favorito.

—Aquí está el muchachito al que le caemos bien —dijo Sam Eagleboy—. El chico al que le gustan las historias. Has criado bien a este muchacho, Emmaline.

Sam era un hombre delgado con unas arrugas hermosas e inclinadas hacia arriba en la comisura de los ojos y de los labios, como si sonriera siempre, incluso cuando estaba serio. No le pasaba nada malo, salvo el hecho de ser mayor. Llevaba una camisa de cuadros marrón, cuidadosamente metida en los pantalones. Una corbata de bolo de ágata, unos pantalones vaqueros sujetos con un cinturón de cuero cuarteado ámbar. En sus finos pies, unas zapatillas deportivas. Sam se recorría kilómetros

caminando por los pasillos y todo el recinto. Malvern Sangrait, una mujer enjuta y malévola, fulminó con su ojo izquierdo siempre entrecerrado y exhaló un leve y sospechoso resoplido. Se inclinó hacia delante sobre su andador. Se había pintado los ojos con un delineador negro y los labios de rojo Meow Girl.

—Así que has recuperado a tu muchacho —dijo a Emmaline. Llevaba el pelo peinado hacia un lado y sujeto con un pasador de plástico violeta—. Está muy flaco, buf. No le han dado bien de comer.

—Es que está creciendo —dijo Emmaline. Y sonrió. Sonreía todo el tiempo.

La señora Peace repartió platos de papel y servilletas, después ofreció panecillos fritos y jalea de cerezas silvestres. Había café. Un refresco de naranja hecho con polvos para LaRose. Todo el mundo comió excepto Sam Eagleboy, que no probaba la comida del hombre blanco. Aunque sí bebía café.

—Te vendría bien tomar un poco de comida de los blancos —comentó Malvern—. Estás en los huesos.

—Huesudo donde importa —puntualizó Ignatia Thunder, que arrastraba junto a ella un carrito con una bombona de oxígeno con gesto despreocupado. Se rio tan fuerte que tuvo que subirse la dosis.

—Eso dicen —dijo Malvern—. Yo no lo he visto.

Tenía una mirada pícara.

—Bueno —dijo Ignatia—. Enciende la lámpara de tu mesilla. Nunca se sabe.

—Oye —dijo Emmaline. Señaló a LaRose con la cabeza.

Malvern se tocó el pasador y torció sus labios rojos y fruncidos de un lado a otro, mientras miraba a Ignatia. Enarcó sus hirsutas y grises cejas. No casaban bien con su pelo teñido de negro azulado. Comió un poco de pan a mordisquitos y tomó sorbos de café. Sam conversaba con LaRose en ojibwa. Le enseñaba palabras de platos y comidas. Le explicaba cómo preparar un plato espiritual y cómo los espíritus agradecían que alguien reparase en ellos. Los espíritus estaban en las cosas, en todas las cosas, y hablaban con los ojibwas. Se aparecían en sueños, y también en el mundo corriente, y LaRose debería contárselo a su madre cuando se los encontrara. Frunció los labios hacia Emmaline.

Malvern proyectó el labio inferior y miró a Sam; después negó con la cabeza y miró a Ignatia con los ojos como platos.

—Ah, tiene mucha labia —dijo—. Ya lo creo. Después se marcha a hacer sus rondas nocturnas. Para llamar a las puertas de las damas.

—Déjalo —dijo Ignatia riéndose—. No puede hacer mucho daño allí donde podemos vigilarlo. Déjalo que hable aquí a estos *gwiiwisens*. Este muchacho necesita que lo enseñen. Quiere aprender. Quiere la historia. Además, sabemos que Sam solo tiene ojos para ti.

—Bah —respondió Malvern—. ¿De verdad crees eso?

El padre Travis no conseguía llegar a la extenuación, por mucho que trabajara su cuerpo con un ardor implacable a lo largo del circuito de entrenamiento al aire libre. El aparato de flexiones, unas barras apoyadas entre pequeños troncos, resultaba insatisfactorio. Había dejado la corteza del álamo en las barras porque facilitaba la sujeción. No se trataba de eso. El problema que lo irritaba era que el suelo estaba desnivelado o los troncos cortados no eran todos exactamente del mismo tamaño, aunque los había medido con esmero. Resultaba imposible hacer una flexión correctamente. Al final optó por cambiar de lado dos veces para que trabajaran ambos brazos por igual. Las instrucciones que había anotado con pulcritud en un tablón no daban el menor indicio de esta solución.

Recorrió a paso ligero la corta distancia hasta el siguiente aparato e hizo doscientos abdominales en el banco de goma hasta que reparó en que lo rodeaban varios preservativos usados. Colgaban entre las hojas, yacían arrugados entre las malas hierbas o aparecían hechos jirones. Chicos. ¡Habían atascado el cortacésped! Hizo cien abdominales más en un arrebatado de indignación y, cuando se tranquilizó, se sintió ridículo. No, los preservativos no atascarían un cortacésped. Continuó hasta la barra de dominadas. Después de la cual estaba el aparato de *step*, en el que se empleó a fondo hasta que le flaquearon las piernas. Sin embargo, no solo siguió avanzando, tambaleante, sino que realizó zancadas frontales hasta llegar a la locura del salto a la comba. Llevaba consigo la comba, de modo que pudo empezar a saltar allí mismo, hacia arriba, hacia detrás, hacia delante, hasta que le ardieron los pulmones más y más aún. ¡Ojalá hubiera podido clavar una antigua bomba de pozo allí mismo! El agua cargada de sulfuro de la reserva que contenía todos los minerales y el hierro que necesitaba el cuerpo humano. El agua estaría fría y a él le sabría a gloria.

Le encantaba ese lugar. Le encantaba su gente. Pues era su gente, ¿no? Lo sacaban de quicio, pero le inspiraba su generosidad. Y se reían tanto. Nunca había conocido la comicidad antes. Por tanto, con o sin su salvador, o su sano juicio, quería quedarse. Había fabricado otro aparato para abdominales, para trabajar los abdominales inferiores, de nuevo con un desgastado banco de goma, pero esta vez sin preservativos de adorno. Bueno, estaba demasiado metido en el monte. Después de las películas de terror que veían esos muchachos, todos salían despavoridos del bosque: indios, indios *millennials*. Nadie había vandalizado su saco de boxeo al aire libre porque también se encontraba demasiado escondido en el corazón del bosque. Limpió las garrapatas del saco a base de violentas patadas laterales. La ingle le había dolido una barbaridad hasta que consiguió suavizar las molestias de las cicatrices. Pero ahora ya era capaz de levantar la pierna tan alto como su cerebro. «Jajaja», decía cuando caminaba con Dios. «Me has salvado por una razón: para que pudiera desarrollar mi loca patada de corista».

A veces no notaba cuándo sucedía el cambio; se encontraba allí deslizándose de

su saco de dormir y luego volando por los aires. Los centinelas que vigilaban el anterior edificio de oficinas donde los marines tenían sus barracones esperaban la llegada de un camión cisterna con agua. En cambio pasó a toda velocidad un camión Mercedes amarillo con caja abierta y la bomba que contenía estalló en el vestíbulo. El edificio saltó por los aires en mil pedazos y luego estos, con los marines incluidos, volvieron a reordenarse al caer. El padre Travis sentía en el sueño que salía volando, el golpe de la caída, pero no cómo su cuerpo se desgarraba hasta quebrarse. El torbellino de energía oscura se convirtió en un silencio negro y aplastante. Después, comenzaron los gritos. No fue hasta que intentó alcanzar a los demás cuando se dio cuenta de que no podía moverse. Entonces fue cuando él también se puso a chillar, no pidiendo socorro sino gritando «Quitaos de encima», porque había comprendido que era la carne en un emparedado de acero y hormigón y podía notar el movimiento de los escombros. Tierra dentro. Tierra fuera. Chillar hasta expulsar la tierra. Inhalar la tierra. Chillar de nuevo. Después, unas voces. «Tenemos a uno. Quitad esa losa. Está aquí debajo. Necesitamos una grúa».

Un marine delgado, sin camisa y tatuado, se deslizó junto a Travis y entonces, de alguna manera, consiguió levantar las cosas —la viga— y empujó —la losa— y lo sacó y lo entregó a otros brazos. El padre Travis sabía a la perfección quién era ese hombre. Había hablado con él por teléfono. Una fuerza inconmensurable se había apoderado del hombre delgado mientras rescataba a sus amigos, al igual que sucedía con las madres cuando rescataban a sus hijos. Habían hablado de eso. Seguían en contacto, pero no se reunía con los otros hombres ni con las familias de los fallecidos. No fue al campo Lejeune ni a las reuniones conmemorativas. Temía esa energía oscura y no poder controlar la respiración cuando tenía lugar el cambio.

El padre Travis se golpeó los muslos con la comba y luego se puso a darle vueltas. Puso en práctica la tercera ley de Newton: a cada acción siempre se opone una reacción igual pero de sentido contrario. El tiempo era la variable. Salir volando había sucedido en un instante; recomponer los pedazos te llevaba el resto de la vida. ¿O era al revés? Pensó en Emmaline.

La silla verde llevaba descansando en el establo dos meses y nadie había advertido su desaparición de la cocina. Nola estaba preparada para decir que iba a restaurarla, si Peter preguntaba. Pero no era más que una silla de madera verde, y ¿a quién le importaba? Sin embargo, esa silla pintada era clave. Era la última cosa sólida que tocarían sus pies. Empujaría y de una patada tiraría el respaldo. Pero la parte en que se ahorcaba no le parecía bien, no estaba preparada; le daba miedo cuando se agarraba del cuello con las dos manos y apretaba. La sensación le provocaba arcadas y se quedaba helada y petrificada, hasta que se le ocurrió que quizá conseguiría el alivio que necesitaba si mataba a Landreaux en lugar de a sí misma. Claro que podría acabar en la cárcel. Puede incluso que por mucho tiempo. Se declararía culpable, pero

¿quién no iba a comprenderla? Hasta Maggie la entendería, incluso lo aprobaría. Peter lo comprendería; de hecho, una parte de él la envidiaría. Solo LaRose no lo entendería. Sufriría la pérdida. Visualizó su rostro, devastado y desconsolado, pegado al rostro de Dusty, devastado y desconsolado.

Acorralado, pensó.

Después tuvo otro pensamiento: su tradición funcionaba. Un acto deslumbrante. ¿Cómo podrían Peter o ella hacerle daño al padre del hijo que les habían dado? Cerró los ojos y sintió el pesado calor de LaRose cuando lo acunaba para que se quedara dormido, con sus piernecitas colgando sobre las suyas y su aliento abriéndose camino hasta el cráter de su corazón.

Romeo se aferró a su primer amor, aunque por regla general no le gustaban las mujeres, sobre todo cuando se hacían mayores y se convertían en aves carroñeras. Eran capaces de hacer pedazos a un hombre con su pico mordaz. Siempre intentaba apaciguarlas. Siempre intentaba llevarles regalos. En su trabajo, Romeo se encontraba con bolsas de regalos de conferencias pronunciadas en la reserva: camisetas que sobraban, alfombrillas para el ratón, pelotas blandas para ejercitar las manos, linternas en miniatura, bolígrafos y lápices, botellas de agua e incluso impolutos chales de lana con acrónimos y símbolos grabados en ellos. Su botín especial de estos objetos se hallaba a buen recaudo en un enorme cuarto de baño accesible para sillas de ruedas.

Había estado sumido en una honda depresión desde el «supermartes». George Bush le había cerrado la puerta en las narices a su hombre. McCain había quedado fuera. Romeo tenía malas vibraciones sobre la carrera hacia la Casa Blanca ahora. En la última reunión de Alcohólicos Anónimos había confesado al grupo que Bush le recordaba a todas aquellas cosas que más odiaba de sí mismo: ojos de comadreja, codicia, autocompasión y falsa hombría. En esta nación de personas que se odiaban a sí mismas, Bush podía ganar. Todos permanecieron impávidos. Salvo el padre Travis, que puso su brazo sobre los hombros de Romeo durante medio segundo, en plan fraternal. Romeo se sintió conmovido. El cura no era de repartir muchos abrazos. Aun así se apartó y decidió activar un plan para conseguir basura de manera regular hasta que terminaran las elecciones.

Ese día extrajo varios regalos de una gran bolsa de basura negra. Los había conseguido cuando limpió la sala tras una conferencia en la universidad tribal. Había tortugas blandas para ejercitar las manos, aunque decidió que las garras de esas señoras ya eran lo bastante fuertes. Devolvió a la bolsa unos marcapáginas, unas gorras promocionales y unas bolsas ecológicas baratas que ya se estaban deshilachando. Las camisetas que sobraban siempre eran pequeñas y él tenía que aplacar a señoras de la talla XL. Salvo por la querida y anciana señora Peace. Era mejor que las demás, diminuta y no tan cruel. Cogió una camiseta pequeña y amarilla

de «Marcha de 5 km contra la diabetes» para ella. Encontró otro par de chales de lana. Rebuscó y descartó unos tiradores de cremalleras con forma de rana. Nadie los quería porque parecían demasiado reales. Enrolló un chal de lana y se encaminó hacia la residencia.

No siempre entraba en sus habitaciones. No todo el mundo lo dejaba pasar. Algunas personas se mostraban recelosas de él en la residencia de ancianos, como la señora Peace. Incluso había mandado poner una cadena en la puerta porque una vez él, estúpidamente, insistió en pasar cuando ella no era partidaria. Romeo condujo hasta la residencia. Al entrar en el vestíbulo principal, divisó a la señora Peace. En cuanto ella lo vio, apuró el paso con sus maneras de ratoncito, sin dejar de mirarlo con sus grandes ojos cuando giró bruscamente para entrar en su apartamento y cerró la puerta con un enfático clac.

«Y era mi profesora favorita», pensó Romeo con pesadumbre. «Era la profesora favorita de todo el mundo. Me llevaba a su casa. Me daba de comer en su mesa».

Ya no. Y raramente aceptaba sus regalos. Pero siempre quedaba su tía, o su madre, o su madre de acogida, Star. Llevó el regalo a esta última: el chal de lana morado que rezaba en una esquina «*Powwow* sin alcohol 1999». Habían sobrado unos cuantos chales en el evento a causa de las recaídas. Romeo llamó a la puerta de Star, recordando las prescripciones que ella tenía para su artritis severa. Abrió la puerta, esbozando su pequeña y centelleante sonrisa.

—¡Si es capullín! —gritó Star a sus visitas.

—Ah, él —dijo Malvern Sangrait a la señora Webid—. A ver qué pinta tiene. Flaco, pero nunca se sabe.

—¿Para mí? —Star cogió el chal morado—. Muy original.

Las mujeres se sentaron a la mesa de la cocina, mirando a Romeo ávidamente. Sus ojos destellaban y lo repasaron de arriba abajo, aunque se detuvieron en un mismo punto que lo llevó a bajar la mirada, como por acto reflejo. Cómo no.

—Veinte pajaritos van a salir volando —chilló la señora Webid.

Romeo tiró de la bragueta, pero se atascó.

Las ancianas comenzaron a contar en voz alta. Llegaron a treinta antes de que él consiguiera cerrarla con brusquedad. ¡Cuidado! *Weweni!* ¡Cuidado!

—Qué chiquito —cacareó Malvern.

—¡Cuidado con no pillarle la cabeza! ¡Ay! ¡Intenta echarnos un vistazo!

Las mujeres fingieron taparse los ojos.

Sonó un leve golpe y entró la maestra de escuela. Los pies de la señora Peace pisaron con delicadeza hasta una silla y se unió a las otras tres mujeres en torno a la mesa. Su taza de café seguía donde la había dejado.

—¿No habéis invitado a Romeo a sentarse?

—¡Siéntate! ¡Siéntate!

—¿Por qué parece confundido?

—Tiene el cerebro ahí abajo, en el culo. Tal vez no quiere aplastar sus

pensamientos.

Star sirvió una taza de café y empujó un tarro de cristal Ball lleno de azúcar hacia él.

—Ahí está. Va a sentarse. Antes tenía que atar a su pajarito —explicó la señora Webid—. Su cosita intentaba salirse.

—¡Santo cielo! —resopló la señora Peace.

No se unió a la conversación picante de las demás, pero le brillaron los ojos de placer. Las mujeres miraron ahora a Romeo más detenidamente.

—Era un niño esmirriado —dijo Star—. Solo tiene un gusanito rosa en los pantalones. Pero esta vez tenía algo más en el bolsillo.

—Tal vez otro de sus «regalitos» que ha gorroneado —dijo Malvern—. Quizá una de sus linternitas Maglites gratis, con las pilas gastadas.

—¡Las pilas gastadas! —El rostro de la señora Webid se arrugó por completo. Se le hincharon los carrillos poderosamente, pero fue incapaz de contenerse y comenzó a silbar de alegría.

—¿Has recargado las pilas últimamente?

—¿Le has dado más potencia?

La señora Peace estalló entonces en una asombrosa risa alegre y musical, y Romeo se disculpó.

—Tómate tu tiempo, tómame tu tiempo —dijo Malvern—. ¡Dale a la manivela como Dios manda!

—¡Ah! —vocearon todas con regocijo.

Romeo cerró la puerta con llave, abrió el grifo, orinó y tiró de la cadena. Bajo el sonoro murmullo del agua del grifo, abrió el botiquín. Decepción. Sacó un bote aunque en la etiqueta ponía «insertar en el recto». Había un frasco de analgésicos que no se rompían al machacarlos y que solo podían tragarse. Pero estaba lleno, y había otro idéntico. Apenas se echaría en falta. Se pasó los dedos mojados por el pelo, se ató de nuevo la escuálida coleta, comprobó que tenía cerrada la bragueta y salió.

—Fue un placer verte, muchacho —dijo Star enseguida—. Qué alegría que vinieras a ver a tu anciana tía. Por favor, cierra la puerta con cuidado al salir, ¿eh?

Cerró la puerta mientras se apresuraba a marcharse, lo que generó otro estallido de carcajadas. Debería haber despertado alguna sospecha en él, tal vez, pero siempre estaban así.

Aquella noche, una vez en casa, decidió vender los supositorios en un frasco diferente, pero tomó una dosis triple de las pastillas que no se pulverizaban. Se las tomó con un gran vaso de agua, como recomendaban, y aguardó. No sucedió nada, así que tomó otra más. Quizá transcurriera media hora. Miró la fecha que ponía en el frasco, luego miró más de cerca a la luz de la lámpara torcida. Una etiqueta había sido pegada cuidadosamente encima de otra. No conseguía rascar y quitar la segunda etiqueta aunque lo intentase con la uña más larga o una cuchilla de afeitar, hasta que

comprendió, con un fuerte retortijón, que el contenido del frasco surtía efecto en el lugar donde las ancianas decían que él tenía el cerebro.

¡Dios! El dolor era espantoso. Se precipitó a grandes zancadas, doblado sobre el estómago, hacia la puerta del cuarto de baño para minusválidos. Se abalanzó dentro. El inodoro todavía conservaba una descarga de agua decente y aquella noche le dio buen uso. Los retortijones se le clavaban en lo más hondo de las entrañas. Esas señoras debían de tener rocas en los intestinos, pensó. ¿Cómo podían soportarlo? Incluso una mínima dosis habría bastado. No pegó ojo. El alba lo encontró en pleno desvarío, exhausto, deshidratado, hambriento, sin tripas e incapaz de ir a trabajar. Pero no, no había terminado. Aparecieron otras sensaciones. Su piel comenzó a picar y arder. Le creció la nariz de manera descomunal y sus pies parecían entes remotos. Tenía un sabor asqueroso en la boca y entonces el pene se le volvió duro como una piedra, y no se le pasaba ni siquiera pensando en tiradores de cremalleras con forma de rana.

Todo el día, con mantas clavadas en las ventanas, Romeo permaneció tumbado sobre la pila de sacos de dormir experimentando episodios de malestar, desorientación y excitación sexual, todo mezclado con gases explosivos. La CNN titubeaba y chisporroteaba. Ann Kellan, una de sus periodistas favoritas, presentaba un relajante reportaje sobre el lenguaje de los elefantes. Cuando se oían esos bramidos, uno sabía que iba a producirse un apareamiento, explicaba Ann. Fornidos elefantes machos se pavoneaban. Comenzaba la competición. Las trompas atronaban. El pene de Romeo palpitaba. Quitó el sonido. Permaneció inmóvil bajo el saco de dormir. No se atrevía a moverse por miedo a romper el frágil equilibrio que había logrado de cintura para abajo.

Quizá las ancianas tuvieran razón y tenía el cerebro en el culo y ahora había quedado despejado, ya que se encontró pensando con una clarividencia pasmosa. Pensaba con una concentración extraña. Reflexionaba sobre dónde podría vender y cuánto podría cobrar por las pastillas que había robado, incluso llegó a hacer esa suma mentalmente y decidir qué haría con el dinero. Pensó en su tía, que lo había criado en la linde de su hogar: la tía Star. A pesar de su pérfida jugarreta, le compraría comida. Le limpiaría la casa para que no apestara. Pensó cosas banales y extraordinarias. ¿Debería vivir de esta manera? Se hizo la pregunta. ¿Debía ser objeto de las crueles pullas de las aves de rapiña de la residencia de ancianos? ¿Cómo podría imponerse? ¿Cómo podría hacerse respetar? ¿Debería postularse para ocupar algún cargo? ¿Qué cargo? Si formara parte del consejo tribal, no tardaría un segundo en declarar que iba en contra de la ley tribal almacenar píldoras psicotrópicas, laxantes y potenciadores sexuales en un frasco de analgésicos. Sin embargo, se pasó la mayor parte del tiempo repasando fragmentos, aclarando palabras y evaluando posibilidades. Información. Lo que podría proporcionarle ciertos conocimientos. Analizó todos los aspectos de lo que le aportaban los cotilleos, qué clase de poder. Tomó la determinación de ahondar más, investigar e incluso elaborar un tablón con todos los

indicios como hacía Lennie Briscoe, su héroe de *Ley y orden*. Armaría todo el asunto.

Wolfred sopesó todas las opciones: podían escapar, pero Mackinnon no solo los perseguiría sino que además pagaría a Mashkiig para atraparlos antes. Podían permanecer juntos a todas horas de manera que Wolfred podría vigilarla, pero eso dejaría en evidencia que Wolfred lo sabía y se perdería el factor sorpresa. Jenofonte había permanecido despierto toda la noche haciéndose la siguiente pregunta: ¿a qué edad he de aguardar para despertar? A esta, pensó Wolfred. Porque tenían que matar a Mackinnon, por supuesto. En realidad era lo primero que se le había ocurrido hacer a Wolfred. Sin embargo, para sentirse mejor al respecto, había examinado las otras opciones.

¿Cómo hacerlo?

Pegarle un tiro quedaba descartado. Podría haber justicia. Matarlo con un hacha, una hachuela, una navaja o una piedra, o atándolo y tirándolo bajo el hielo también eran maneras arriesgadas. Mientras yacía en la vacilante oscuridad imaginándose diferentes posibilidades, Wolfred recordó cómo había paseado por el bosque con ella. Ella sabía todo lo que se podía comer en el bosque. Posiblemente también sabía todo lo que no se podía comer. Posiblemente conocía los venenos.

A solas con ella al día siguiente, vio que la muchacha había conseguido coserse el vestido con un trozo de tendón. Le señaló primero el vestido y luego en la dirección por donde estaba Mackinnon, y después hizo gestos de ella cogiendo algo y cocinándolo, de Mackinnon comiéndoselo, llevándose las manos a las tripas y cayendo muerto. Hizo que la muchacha ahogara una risita tapándose la boca con la mano. Él la convenció de que no se trataba de ninguna broma y ella se puso a lavarse las manos en el aire, morderse los labios, lanzar miradas a su alrededor, como si hasta las agujas de los pinos supieran lo que estaban tramando. Después, le hizo señas para que la siguiera.

Buscó en el bosque hasta que encontró tallos silvestres que caían bajo el peso de unas bayas negras y marchitas. Puso un trozo de tela en la palma de su mano, cogió las bayas y ató la tela. Después fue en busca de una serie de robles, de nuevo se cubrió la mano y la hundió en la nieve junto a un tocón rajado y podrido que se había quedado casi en nada. Al fin, de debajo de la nieve extrajo unas hebras de color gris oscuro que bien podían haber sido setas alguna vez.

Aquella noche Wolfred utilizó las pechugas de seis perdices, los trozos tiernos de tres conejos, una patata arrugada y la sugerencia de la muchacha para elaborar un guiso muy salado y condimentado. Destapó un barril de vino y se aseguró de que Mackinnon apuraba una buena cantidad antes de comer. El guiso no pareció afectarle. Cada uno fue a su rincón y Mackinnon continuó bebiendo como de costumbre hasta que se apagó el fuego.

En mitad de la noche, los aullidos, gemidos y gritos de dolor les despertaron.

Wolfred encendió un farol. La cara de Mackinnon se había puesto morada y se había hinchado hasta tener un tamaño grotesco. Sus ojos desaparecieron entre la inflada masa de carne. Su lengua, como un pez moteado, sobresalía de lo que debió de haber sido su boca. Parecía como si intentara salirse de su propio cuerpo. Se lanzaba contra los muros de madera, en la chimenea, sobre las pilas de pieles y mantas, haciendo sonar los rifles en sus ganchos. Municiones, cintas y cascabeles cayeron a raudales de las estanterías. Su tripa, redonda y dura como una piedra, reventó la camiseta interior. Sus manos y pies se hincharon como vejigas. Wolfred nunca había presenciado algo ni remotamente tan aterrador, pero tuvo la sensatez suficiente como para no aporrear a Mackinnon ni importunar de ninguna manera a esa presencia monstruosa. En cuanto a la chica, parecía satisfecha ante su estado, aunque no sonreía.

Mientras intentaba ignorar la caótica muerte que avanzaba a su izquierda, luego a su derecha, luego en el suelo, Wolfred se preparó para marcharse. Cogió unas raquetas para la nieve y dos fardos, moviéndose con torpeza. En los fardos guardó sus libros, dos pedernales de acero, municiones y panecillos *bannock* que había preparado con antelación. Dobló dos mantas, otra para cortar unas polainas y se equipó a sí mismo y a la muchacha con cuatro cuchillos para cada uno. Cogió dos rifles, forros y una gran petaca de pólvora. Se llevó sal, tabaco, el valioso café de Mackinnon y carne seca. No cogió demasiadas monedas, aunque sabía qué tronco hueco guardaba el pequeño botín del comerciante, un reloj de oro y una alianza que Mackinnon raras veces se ponía.

Las manos de Mackinnon, hinchadas hasta semejar manoplas, arañaban sus ropas y las costuras terminaron por estallar. Mientras Wolfred y la muchacha se escabullían, pudieron oír cómo el hombre luchaba contra el veneno y su respiración se iba tornando en unos sonoros resuellos. Apenas lograba inhalar aire por su garganta hinchada hasta su cabeza gigantesca y morada. Sin embargo, consiguió decirles con un hilo de voz:

—Hijos míos, ¿por qué me abandonáis?

Desde el otro lado de la puerta, oyeron cómo sus piernas retumbaban en el suelo de tierra. Oyeron cómo sus gruesas garras buscaban agua desesperadamente en el cubo de madera vacío.

Chocolatina Almond Joy

De nuevo septiembre. A lo largo del día, el calor se hizo asfixiante. Ni una hoja se movía. Era el primer día de curso y, para cuando se acabaron las clases, Maggie y LaRose estaban desfallecidos. Cuando subieron al autobús, los árboles comenzaron a azotarlo por todas partes. Arenilla caliente volaba por el aire. Cuando se bajaron en su parada, caían unos gruesos goterones de agua. Nola y el perro fueron a su encuentro con un paraguas rojo un tanto endeble que casi salió volando de su mano. A duras penas lograron entrar en casa y, justo cuando cerraban la puerta, un relámpago centelleó en la linde del jardín; medio segundo más tarde retumbaron los truenos.

En casa, antes de que el perro pudiera sacudirse, Nola lo secó con fuerza con una vieja toalla que guardaba junto a la puerta. El perro se estremeció de emoción, pero no tenía miedo. Miró fijamente a Nola con ojos calculadores; después, saltó sobre el sofá para probar suerte. Ella le había enseñado normas para todo: nada de pedir, nada de saltar sobre la gente, nada de mordisquear otra cosa que no fueran sus juguetes de goma, nada de defecar en el jardín, solo en el extremo, nada de vomitar ni babear en casa, si podía evitarlo. Incluso le enseñó a no comer hasta que ella no le dijera «come». La única cosa en la que ella se mostraba inconsistente era el sofá. A veces le mandaba bajarse y a veces le permitía quedarse en él. A veces incluso dejaba que se acercara a ella. Tenía que adivinar su estado de ánimo para averiguar si le estaría permitido tumbarse en los mullidos almohadones verdes rellenos de poliéster. Ahora las señales eran buenas. Se acurrucó en silencio entre Nola y Maggie y dejó que su peso se fuera hundiendo junto a ellas. Progresivamente fue relajando el ceño. Centímetro a centímetro consiguió descansar la cabeza cerca del muslo de Nola.

Estaba jarreando y las ráfagas de lluvia golpeaban el tejado como si fueran personas queriendo entrar. Eso asustaba a Maggie, pero no a LaRose. Su padre había puesto una pluma de águila en la cabaña para él y había hablado con los *animikiig*; había explicado a los seres truenos dónde vivía LaRose para que no disparasen sus rayos y le alcanzaran a él o a alguien en aquella casa.

—No va a pasar nada —dijo LaRose a Maggie.

Le puso la mano en la mejilla. Maggie dejó de temblar en cuanto LaRose rozó su mejilla. El niño sabía que a ella le encantaba cuando él se mostraba valiente. Era una carga para ella ser siempre la miedosa. Debido a lo que Maggie había dicho acerca de que su padre había matado a Dusty, él no le explicó por qué estaban a salvo.

—Vamos a comer aquí —dijo Nola, señalando el sofá.

El perro levantó la cabeza por la proximidad de la comida con la tela del sofá, pero intentó disimular la conmoción.

Se sentaron con la comida y miraron por la ventana. A veces la casa vibraba y retumbaba. Maggie se estremecía y se hundía en los cojines y se pegaba más al perro. Cuando LaRose miraba a Nola, ella torcía la cara, con un gesto desconcertante, un

gesto que LaRose no le había visto antes. Los ojos de Nola se tornaron brillantes cuando volvía la cabeza y miraba las chorreantes puertas acristaladas. Parecía estar fascinada por las ramas que azotaban con enorme violencia. El gesto que le había dirigido a él era una sonrisa.

En la escuela, en la clase unitaria de Infantil 1 de LaRose, había un alumno mayor y más corpulento que se llamaba Douglas Veddar. Estrangulaba a los niños y les daba lo que él llamaba «un coscorrón», pegándoles en la cabeza con los nudillos. Les retorció las orejas. El niño concentró toda su atención en odiar a LaRose. Le ponía zancadillas, lo empujaba y lo llamaba «culito rosa».

«¿Me prestas el lápiz?», preguntaba Dougie a LaRose durante la clase.

Cuando LaRose le dejaba el lápiz, Dougie le rompía la punta y se lo devolvía. LaRose le sacaba punta.

—¿Me prestas el lápiz? —preguntó Dougie cuando LaRose se sentó.

—No —respondió LaRose.

Dougie hizo una mueca de tristeza y levantó la mano.

—Señora Heaper. ¡Señora Heaper! ¡LaRose no me presta el lápiz!

—Tú ya tienes tu propio lápiz —contestó la señora Heaper.

Dougie cogió el lápiz afilado de LaRose cuando la señora Heaper no estaba mirando y lo clavó en el brazo de LaRose con tanta fuerza que la punta se le rompió bajo la piel. Dougie se rio y dijo que le había dado a LaRose un pinchazo. Esa noche, LaRose mostró su hombro a Maggie con la punta del lápiz incrustada en la piel.

Se le cambió la cara. Apretó los labios. Sus ojos dorados se ensombrecieron.

Cuando tenía seis años, sus maestras comenzaron a llamarla Maggie «una buena pieza». Pero después de la muerte de su hermano, su obra tomó forma. Revolucionó a los demás niños eligiendo a sus amigos y rechazando a los que le caían mal, enfrentándolos unos con otros por ella. Si bien no contestaba directamente a los maestros, había cierto sarcasmo en los elaborados modales que mostraba.

«Sí, señorita Behring», decía, y en un susurro que solo los demás niños oían, añadía: «Sí, señorita Boring^[17]».

Ponía los ojos en blanco, hacía muecas espasmódicas a espaldas de las maestras. Nunca la pillaron cuando de manera recurrente dejaba caer un balón del bolsillo de sus vaqueros, que rodaba dando vueltas por el suelo irregular. Hacía un zumbido agudo y metálico que mantenía a todo el mundo en vilo. Continuó con la chanza, soltando un balón cada pocos días hasta que la señora Behring registró los bolsillos de todos los alumnos. Los de Maggie estaban vacíos como los de los demás. Nunca le contó a nadie lo que había hecho para que nadie pudiera chivarse. Era una buena pieza pero disciplinada.

Maggie tenía una lista.

Dougie Veddar ahora estaba en ella.

Llegó la hora del recreo. El chico salió corriendo dando tumbos, creyéndose a

salvo, con su pelo rubio rapado y sus dientes de conejo. Maggie era amiga de Sareah, una chica mayor, que era rápida y fuerte. Ambas muchachas cercaron a Dougie como quien no quiere la cosa y lo fueron alejando de los otros chicos.

—¿Quieres compartirla?

Maggie agitó una chocolatina de su almuerzo. Él apareció detrás del árbol del patio. Sareah se colocó detrás de él y le sujetó los brazos en la espalda. Maggie llevaba puestos sus zapatos de suela dura para la ocasión. Se echó hacia atrás y le propinó una patada en la entrepierna. Después, mientras él se doblaba en dos, ella ahogó su grito con la chocolatina.

—No vuelvas a tocar a mi hermano —dijo en ese tono entre amable y escalofriante que tenía, y sus ojos se tornaron dorados de satisfacción—. ¿Por favor?

Sareah soltó a Dougie y se alejaron con paso tranquilo. Charlando.

—A ver, ¿qué va a hacer? ¿Ponerse a lloriquear? Dos niñas se metieron conmigo. Me dieron una patada en los huevos. Se va a quedar ahí, puede que hasta eche la pota. No sé. En las películas potan cuando les dan una patada en los huevos. Vamos a ver si queda un poco de chocolate con leche.

Se detuvieron para observar la acción antes de sumergirse en el comedor.

Maggie se había asegurado de que LaRose estuviese al otro lado del árbol, para que viera todo lo sucedido. Pero le dijo que pasara corriendo y solo mirara de reojo. Debía desaparecer enseguida e irse al otro lado del patio. LaRose lo vio todo mientras pasaba corriendo por delante de ellas y luego se aupó en el trepador. Se sentó en lo alto del aparato, fingiendo que prestaba atención a los niños a su alrededor, aunque seguía con la mirada a las chicas que regresaban dentro con parsimonia.

Hubo un revuelo. Los maestros pasaron corriendo delante de él. Corrían hacia Dougie; algunos niños exclamaban, sobrecogidos: «Está azul, está azul». El maestro levantó a Dougie. Le hizo la maniobra de Heimlich. Dos maestras lo sujetaban bocabajo y lo sacudieron. Al fin salió un grito de la boca de Douglas: «Ya, ya, ya». El alivio y el cinismo se apoderaron de nuevo de los profesores mientras echaban arena del arenero sobre un charco de Almond Joy.

Maggie dormía ahora en la antigua habitación de Dusty, y LaRose tenía una litera nueva. Era de metal rojo y la cama de abajo era de matrimonio. Perfecta para que se quedaran visitas a dormir, había dicho Nola. Al decir eso, LaRose apartó la vista de ella. Sabía que se refería a otros niños del colegio mientras su primer pensamiento fue pensar en sus hermanas y hermanos. De todas maneras, algunas noches Maggie venía a dormir con él. Abandonaba la cama sigilosamente antes del amanecer porque su madre había puesto como norma que ya no podían dormir juntos en la misma cama.

—Dougie ya no te molestará —dijo Maggie—. Déjame ver tu brazo.

Maggie encendió la lámpara de la mesilla de noche de LaRose y examinó su brazo.

—¿Te duele? —Le tocó la herida.

—Más no.

—Ya no, LaRose. Se dice «ya no».

LaRose no lo dijo. Maggie observó su brazo desde varios ángulos.

—Creo que es guay —concluyó—. Es como un tatuaje. Yo quiero uno.

Se acercó a la mochila de LaRose y sacó su estuche. Había un sacapuntas en su cómoda. Maggie afiló el lápiz con esmero.

—Vale, me lo vas a clavar como te lo clavó Veddar. En el mismo sitio. Será como si nos estuviéramos comprometiendo o algo así.

LaRose tenía casi seis años.

—No tengo ni seis años —dijo.

—La edad no importa.

—Es que me da miedo pincharte.

—¿Quieres decir que vas a llorar? —Maggie lo miró con dureza.

LaRose asintió.

—Vale. Observa.

Maggie cogió el lápiz afilado como un piolet. Miró el tatuaje de LaRose y se humedeció los labios. Hizo una leve marca en el brazo en el mismo lugar que él. Después levantó la mano y se clavó el lápiz. La punta se rompió. Lanzó el lápiz por la habitación y se tiró sobre la cama, pataleando, sujetándose el brazo y mordiendo la almohada para ahogar los gritos.

Al cabo de un rato se incorporó. Tenía un poco de sangre en la mano, pero la punta de grafito incrustada en su brazo taponaba la mayor parte.

—Me ha dolido más de lo que pensaba —dijo, con los ojos como platos, mirando a LaRose—. Ahora me alegro de que Veddar casi se muriera.

—¿Qué?

—Se atragantó con la chocolatina. Se la metí por el gaznate. Se fue por el otro lado. Se puso morado como un muerto. Es posible que incluso estuviese muerto hasta que el señor Oberjerk le levantó por los tobillos y lo sacudió para que echase la pota. Lo viste, ¿no?

LaRose asintió.

—Pues ahora ya sabes qué aspecto tiene la venganza.

Maggie solía decir ese tipo de cosas, no solo por leer las novelas rosas y góticas que su madre desechaba. Peter se quedaba preocupado por ella cuando preguntaba, y seguía preguntando: qué le pasó exactamente a Dusty. A su cuerpo en particular. ¿Era huesos? ¿Era gelatina? ¿Era polvo? ¿Aire? ¿Lo estaba respirando ella en sus pulmones? ¿Estaba comiendo ella algo que había crecido de su pelo? ¿Se encontraban sus moléculas en todas las cosas? ¿Y por qué conservas los rifles? Los odio. Deberías deshacerte de ellos. Yo jamás tocaré ninguno. Eso al menos tenía sentido.

Peter se preocupaba por ella cuando sacaba una y otra vez de la biblioteca un

libro titulado *Criaturas oscuras*. Sintió alivio cuando dejó de sacarlo. Se mostró perturbado cuando lo llamó el bibliotecario para decirle que el libro estaba mutilado. Le preocupaba cómo Maggie atrapaba serpientes de la pila de leña y dejaba que se enroscaran por sus brazos y cómo domesticaba arañas antes de aplastarlas con frialdad. Cómo cascó un huevo que empollaba una gallina de los vecinos antes de que eclosionara para ver cómo crecía lo que había dentro. Cómo se llevó a casa el polluelo muerto para enterrarlo y lo desenterraba cada día para ver cómo el mundo lo digería. Había días en que el perro ignoraba a Maggie, incluso se alejaba de ella, como si no se fiara. Todas esas cosas inquietaban a Peter.

Nola, en cambio, se sentía tranquilizada por la obsesión compulsiva de su hija de rasgar la cortina de plástico que dividía los universos. Vivir en ambos era algo natural, pensaba Nola. Cuando podía divisarse un mundo desde el otro, por ejemplo el mundo de los vivos desde el mundo de los muertos, había cierto consuelo en ello. A Nola la tranquilizaba imaginarse en un ataúd. Visualizaba variantes del aspecto que tendría, de la misma manera que, en el instituto, solía imaginarse el conjunto perfecto. Los vaqueros, la camisa por fuera, los calcetines de fantasía, los zapatos, un colgante con forma de corazón, el pelo peinado en punta con laca o suelto. Por supuesto, no podía ponerse esas prendas, tan pasadas de moda, para morir. O tal vez sí... ¡Qué divertido! Una vez que armaba todos los pasos que conducían a su muerte, la ansiedad de Nola se disipaba. Por otro lado, le daba un fuerte bajón cuando iba más allá de su muerte y se imaginaba a la gente y todo lo demás, que seguirían adelante como siempre, solo que sin ella. Sin embargo, todo eso le hacía sentirse culpable. Pocas veces se lo permitía. Era como cuando se había comido la tarta rancia entera y el azúcar le hacía quedarse dormida enseguida.

Después de que se comiera la tarta aquella vez, todo se calmó. La noche era profunda y pura. Las luces se apagaron y Peter la cubrió con una suave manta de lana. En la oscuridad, se envolvió en la manta con más fuerza. Se sentía arropada, confinada y protegida de sí misma, como si estuviera en un hospital psiquiátrico privado y exclusivo, dedicado al cuidado de una sola persona: Nola. Se quedó dormida, alterada solo por el fastidioso pensamiento de que tendría que comenzar todo de nuevo por la mañana. La existencia chirriaba en su cabeza como un mosquito. Después, lo aplastó. Se dejó llevar por la corriente de su consuelo hasta las entrañas de la tierra.

Con raquetas de nieve hechas con madera de fresno y tendones, Wolfred y la niña caminaron rumbo al sur. Sería fácil seguirles los pasos. La versión de Wolfred era que había decidido viajar hasta Grand Portage en busca de ayuda. Había dejado a Mackinnon enfermo en la cabaña con muchas provisiones. Si se perdían, se desviaban de rumbo e incluso terminaban más al sur, lo más probable era que nadie se enterase ni le importase quién era Mackinnon. Y de ese modo avanzaron, según lo

previsto, y levantaban un campamento por las noches. La muchacha probaba las corrientes de aire con la cara y las manos y luego señalaba a Wolfred dónde hacer un refugio, cómo colocarlo exactamente y cómo encontrar madera seca en la nieve, partiendo ramas de los árboles, y dónde amontonarla para poder alimentar el fuego durante toda la noche y dirigir el calor hacia ellos. Dormían apaciblemente, arropados en sus respectivas mantas, y despertaban al son de los reclamos invernales de los carboneros.

La muchacha avivó el fuego, comieron y emprendieron de nuevo la marcha hacia el sur cuando de pronto oyeron la terrible y susurrante voz de Mackinnon a sus espaldas. Avanzaba dando tumbos hacia ellos, rompiendo ramas pequeñas y llamándolos:

—Esperadme, hijos míos, esperadme, ¡no me abandonéis!

Apuraron el paso aterrados, dando grandes zancadas en la nieve. Un perro se les acercó, uno de los lastimosos chuchos de la tienda; corrió junto a ellos, brincando sin el menor esfuerzo por la nieve. Al principio pensaron que Mackinnon lo había enviado para buscarlos, pero entonces la niña se detuvo y miró fijamente al animal, que soltó un quejido. Ella asintió y señaló un camino entre los árboles hasta un río helado, donde podrían avanzar más rápido. Sobre el agua helada, se deslizaron con una velocidad irreal. La chica sacó de su bolsillo un trozo de panecillo frito y se lo dio al perro, y esa noche, cuando levantaron el campamento, dispuso sus trampas por todas partes. Encendió un fuego y levantó una choza de manera que tuviesen que pasar por un hueco estrecho entre dos árboles. Allí también puso una trampa. El lazo era lo bastante grande para la cabeza de un hombre, incluso una horriblemente hinchada. Comieron y dieron algo al perro, y se durmieron con los cuchillos a mano, y los fardos y las raquetas para la nieve cerca.

A la mañana siguiente, cuando solo quedaban pavesas en el fuego, Wolfred se despertó. Oyó la respiración jadeante de Mackinnon muy cerca. El perro ladró. La muchacha se levantó e indicó a Wolfred que se atara las raquetas de nieve y recogiera los fardos y las mantas. A medida que despuntaba el día, Wolfred vio que la trampa hecha con tendones y preparada para Mackinnon se movía y se había tensado. El perro se puso nervioso y comenzó a dar zarpazos a alguna forma invisible. La muchacha enseñó a Wolfred cómo trepar por encima del abrigo por otro lado y le hizo comprender que debía comprobar las trampas que ella había colocado, buscar cualquier cosa que hubiesen atrapado y que no se olvidase de quitar los tendones para que ella pudiera volver a utilizarlos en el siguiente campamento.

La respiración de Mackinnon reverberaba por todo el claro que rodeaba la hoguera. Al marcharse, Wolfred vio que la chica preparaba un palo con resina de pino y corteza de abedul. Lo encendió. Vio cómo agitaba el palo en el aire una y otra vez. Se oyeron unos ahogados gritos de dolor. Wolfred estaba tan asustado que le costaba encontrar todas las trampas y tuvo que cortar el tendón que había ahorcado a un conejo helado. La niña terminó el trabajo y siguieron deslizándose río abajo con el

perro. Atrás comenzaron a oírse unos aullidos de otro mundo. Apuraron el paso. Para alivio de Wolfred, la muchacha sonrió y avanzó a toda velocidad, serena y segura de sí misma. Sin embargo, aún era una niña.

La señorita Behring lo oyó.

—Maggie, por favor, acércate a mi mesa —ordenó.

Maggie hundió la cabeza en la mesa para tomarse un sorbo de zumo de manzana con una pajita. Guardaba una pequeña caja para casos de emergencia. Lo guardó debajo de la camisa, en la cintura. Con paso tímido, humilde y obediente, Maggie avanzó por el pasillo entre los pupitres, arrastrando los pies adrede para darle más dramatismo.

—¡Ahora mismo!

—Sí, señorita Behring.

—¿O es señorita Boring? —preguntó la señorita Behring.

—¿Cómo, señorita Behring?

—¡Maggie! Te vas al rincón de pensar y te vas a quedar ahí de cara a la pared.

Los niños soltaron una risita nerviosa de emoción. Maggie se dio la vuelta y sonrió, una sonrisa demasiado dulce. Se callaron. Caminó hasta el rincón y permaneció ahí, junto al dispensador de agua, de cara a la pared.

—Ahora verás lo que es de verdad el aburrimiento —exclamó la maestra, que se encontraba justo detrás de ella.

Esta vez los niños se rieron abiertamente. Maggie intentó volverse otra vez, pero la señorita Behring seguía ahí. La maestra le sujetó la cabeza por las sienes con sus manos abiertas como dos tortitas. A Maggie le hervían las entrañas. Le había explicado a LaRose que cuando alguien le hacía hervir las entrañas, siempre recibía su merecido. La señorita Behring apartó las manos de la cabeza de Maggie y comenzó una clase sobre fracciones. Maggie permaneció ahí de pie, pensando. Al cabo de un rato, preguntó:

—Por favor, señorita Behring, ¿puedo ir al cuarto de baño?

—Has ido en el recreo —respondió la señorita Behring, y sin más prosiguió con $1/8 + 4/8$.

Maggie se contoneó.

—¡Señorita Behring, señorita Behring! Necesito ir enseguida.

—No —contestó la señorita Behring.

Maggie permitió que la clase continuara. Pero sin hacer ruido cogió un vaso de papel de la pila que había junto al dispensador de agua. Esperó.

—Señorita Behring, por favor —dijo al fin con voz crispada—. Tenía tantas ganas de hacer pis que me lo he hecho en un vaso.

—¿Qué?

Maggie se giró y extendió el vaso con zumo de manzana.

—¿Puedo ir a vaciarlo, por favor?

La señorita Behring cerró la boca. Sus ojos se movían a toda velocidad como moscas atrapadas. Señaló la puerta. Después, se sentó en su escritorio con los ojos puestos en unos papeles.

Maggie llevó con cuidado el vaso lleno a rebosar por el pasillo con todos los ojos del aula clavados en ella. La señorita Behring hundió la cabeza entre sus manos. Maggie se volvió y se cercioró de que la maestra no estaba mirando. Sonrió a sus compañeros de clase. Después, se bebió todo el vaso y salió dando un portazo. Se detuvo al otro lado un instante para disfrutar del agudo parloteo y el arrebatado de amenazas inútiles de la señorita Behring. Cuando regresó, se sentó como si nada hubiese ocurrido. La señorita Behring no la volvió a mandar al rincón de pensar. Parecía que estaba tomando notas. Maggie había esperado que llorase.

Hacer llorar a la gente era una de las especialidades de Maggie, de modo que habría disfrutado mucho con la aflicción de su maestra. En cuanto a ella, era capaz de llorar con exuberancia, casi podía hacer brotar las lágrimas a voluntad. Se estaba entrenando.

Un domingo en que Nola estaba en misa, Peter pensó que podría acercarse a casa de Landreaux. Se llevó a Maggie con él. No es que echara de menos a LaRose. Era la amistad, era lo único que tenía. Su hermano en Florida era alguien a quien hacer alguna visita de vez en cuando. La familia de Landreaux y Emmaline era su gente más cercana.

—¿Qué estamos haciendo exactamente? —preguntó Maggie mientras llegaban.

—Solo les hacemos una visita —dijo.

Landreaux ya había avanzado hasta la puerta, y entraron.

LaRose estaba sentado encima de Coochy y hacía como si le pegase. Levantó la vista, sorprendido. Peter bajó la mirada, estupefacto. LaRose nunca armaba jaleo ni fingía pelearse en su casa.

—¿Ya es la hora? —preguntó LaRose.

—No —respondió Peter—. No he venido a buscarte. Maggie y yo estábamos dando vueltas en casa, así que hemos pensado en hacerlos una visita.

—¡Eh! —El enorme semblante de Landreaux se iluminó y esbozó una amable sonrisa. Apretó la mano de Peter, con cierta aprensión, y tal vez placer—. Acabo de hacer café.

Se sentaron a la mesa de la cocina y Maggie fue directamente a la habitación de Snow y Josette. Podía oler la laca de uñas.

—¡Maggie! Pasa.

Snow estaba pintando cada uña con una base blanca y luego alternaba espirales negras y tableros negros. Josette se estaba pegando un juego de uñas postizas con un

pegamento tóxico. Se sentó mientras esperaba a que secaran, y solo movía la cabeza, pestañeando y moviendo los ojos al ritmo de la música enchufada a sus oídos.

—¿Puedes pintármelas a mí?

—¿Cómo las quieres, Maggie?

—¿Moradas? Con una calavera blanca.

—Jolín, no sé hacer calaveras —dijo Snow riéndose—. Algo fácil.

Sacó del estuche de plástico un pequeño frasco de esmalte violeta y lo agitó, haciendo sonar la perla. A Maggie le encantaba ese sonido.

—¿Y solo puntitos?

—Eso sí puedo hacerlo.

Se quedaron absortas en la complejidad de las bases, el primer color, la capa transparente, el segundo color y la capa transparente final. Aguantaron la respiración mientras Snow limó y luego pintó las uñas de Maggie. Mientras se secaba cada capa, Snow y Maggie charlaron.

—¿Cómo es que habéis venido de visita? Nunca venís.

—Creo que mi padre se sentía solo. Mamá está en misa.

—Es bueno, es mejor que vengáis a vernos. Solíamos jugar. Así parece menos raro, ¿no?

—Sí. Es que a veces pienso... —Maggie frunció el ceño y luego se animó—. Que podía haber un terrible plan de venganza entre nuestras familias. Pero ahora ya no creo que lo vaya a haber nunca.

Snow estaba desconcertada.

—Porque... ¿todos queremos a LaRose?

—Ajá. Él y yo nos hemos apuñalado para ser hermanos.

—¿Qué?

—Con un lápiz. Para darnos un punto azul.

Maggie se bajó el jersey.

—¿Lo ves? Hala. Mira, Josette. En su brazo. LaRose y Maggie se han tatuado para ser familia.

—A LaRose un niño le clavó el lápiz en el colegio. Ya me encargué del chaval. Después me clavé yo misma un lápiz para comprometernos, al principio. Pero no sabía qué significaba comprometerse.

—Ya, ¡qué asco! Es tu hermano, así que...

—Ahora no muevas los dedos —dijo Snow—. Ponlos otra vez sobre el periódico.

—Me gusta —dijo Maggie, casi intimidada por el regocijo. Extendió las manos para ver bajo la luz sus uñas violetas de lunares.

—¿Qué quieres decir con que te encargaste de él? —preguntó Josette—. ¿Le has dado una paliza a ese chico?

—Tuvieron que reanimarlo —dijo Maggie con modestia.

—¿En serio?

—¿Te metiste en problemas?

—Esa vez no. Si me meto en problemas, sé arreglármelas.

Josette miró a Snow y asintió. «No teme las consecuencias. Está cuidando de nuestro hermanito; no jodas, va en serio».

—Si fuéramos todos una sola familia, sería todo mucho mejor —dijo Maggie—. Vosotras os podríais quedar a dormir en casa.

—Nooo —respondió Josette con una sonrisa—. Es que somos ya muy mayores para eso.

—Entonces podríamos tener los mismos tatuajes —dijo Maggie—. Sé cómo hacerlos.

—¡Oye, espera! —Las chicas estallaron en carcajadas.

—Solo saqué punta a un lápiz, muy afilado, y luego ¡pum! —Hizo un rápido gesto de clavar un lápiz.

—¡Asesina! —exclamó Snow.

Coochy asomó la cabeza por la puerta y puso una mueca femenina.

—Tu padre dice que es hora de irse.

Las chicas extendieron los brazos para abrazarse.

—Un beso, un beso en cada mejilla, como si fuéramos la mafia.

Wolfred pidió a la muchacha que le dijera su nombre. Le preguntó con palabras, con gestos, pero no había forma de que hablara. Cada vez que se detenían, él se lo preguntaba. Pero, aunque ella le sonreía y comprendía exactamente lo que él quería, no le decía su nombre. Miraba a lo lejos. Al amanecer, después de que durmieran profundamente, ella se arrodilló junto al fuego para soplar y reavivarlo. De pronto, se quedó inmóvil y miró hacia los árboles con atención. Movi6 la barbilla hacia delante, luego se echó el pelo hacia atrás y entrecerró los ojos. Wolfred siguió su mirada y también lo vio: la cabeza de Mackinnon, rodando por la nieve con dificultad, con el pelo ardiendo, centelleante, las llamas titilando alegremente. De vez en cuando se golpeaba contra un árbol y gemía. Otras veces se impulsaba con la lengua, con el pequeño tocón de cuello o con las orejas, que parecían dos graciosas palas. A veces recorría unos metros a toda velocidad, antes de parar, sollozando de frustración ante su interminable y complicado avance.

La escala del dolor

La señora Peace señaló el rostro desencajado y sudoroso en la lista ilustrada que la enfermera desplegó ante ella. Era una escala del dolor.

—Muy fuerte, ¿verdad?

—Me duele mucho —dijo la señora Peace—, mucho. ¡Y yo que me encontraba tan bien, sin una sola crisis! Ahora no me acuerdo ni de dónde he dejado los parches. Pensé que estaban aquí, debajo de mis papeles. En la caja metálica.

—¿Dónde le duele? —preguntó la enfermera de servicio esa tarde.

—Aquí, aquí y aquí. Y la cabeza.

—Esto la aliviará.

—¿Es una inyección?

—Y su parche habitual. Recuerde, tiene que custodiar estas cosas. Podemos guardarlas bajo llave en la caja fuerte, en recepción.

—Solo me quedará con uno, para un caso de emergencia.

—Bien, estupendo. Pero acuérdesese de no dejar que nadie más se los coja y los utilice. Son cien veces más fuertes que la morfina, ¿eh? Morfina.

—Eso es lo que necesito.

—Ahora va a dormir.

—Prefiero quedarme aquí, en el sillón reclinable. Ella va a venir a visitarme.

—¿Quién?

—Mi madre.

—Ah, entiendo.

—Sonríe, usted está sonriendo. Pero es verdad, ella vendrá. Después de todos estos años, al fin la dejan venir a verme.

—He escrito nuestro nombre en todas partes —dijo LaRose a su madre—. LaRose y LaRose y LaRose hasta el infinito. Estaba orgulloso de mi caligrafía y me había esmerado en cada letra. Escribí mi nombre en lugares escondidos que nunca encontrarán. Escribí mi nombre para todos nosotros. Escribí mi nombre perfecto, con las letras «Palmer» de sobresaliente. Una vez, grabé mi nombre en la madera para que nunca pudiera borrarse. Aunque pintaran sobre las letras, se podría seguir leyéndolo. LaRose.

»Imperceptible, en el dormitorio de las chicas en Fort Totten. Encima de una puerta de madera, debajo de las sillas, en las estanterías del almacén del sótano donde estuve encerrada una vez por contestar mal. Con un lápiz número 2 suministrado por el gobierno a la Oficina de Asuntos Indios, en un cuaderno, guardado ahora en los Archivos Nacionales de Kansas City. En un rodapié, en el interior de una vitrina, sobre la puerta de un armario en Stephan. Debajo de un escritorio en Marty, y en la bandeja de una pizarra. Grabado en un ladrillo cubierto de hierba en la vieja central eléctrica en Wahpeton. Chamberlain. Flandreau. Fort Totten y Fort Totten. Dejamos

nuestro nombre en esas escuelas y otras, remontando hasta Carlisle, la primera escuela. Pues la historia de LaRose está ligada a todas esas escuelas. Sí, escribimos nuestro nombre en lugares que nunca se encontrarían hasta que el edificio mismo se viniese abajo o se incendiara de tal manera que todas las penas y los esfuerzos guardados en esos muros ardieran en llamas y el humo fuese flotando hasta casa.

Dougie Veddar tenía un hermano mayor, y su hermano tenía amigos. No iban a la misma escuela primaria sino al primer ciclo del instituto que estaba conectado con el instituto de segundo ciclo. Tyler Veddar, Curtains Peace, Brad Morrissey y Jason «Buggy» Wildstrand pretendían llamarse los Cuatro Temibles. Hasta más tarde, nunca cuajó, salvo como broma. Ahora eran escuálidos, blandengues y aún no habían pegado el estirón. Sobre todo jugaban a videojuegos y hacían el tonto con las guitarras de Curtains, que le había dejado su hermano. Tenían un cancionero con partituras, pero no sabían qué significaban los símbolos ni cómo afinar los instrumentos. Ellos creían que su ruido sonaba bien. Dougie contó a su hermano que Maggie había intentado matarlo. Tyler se lo dijo a sus amigos y estos esperaron la oportunidad para pillarla. No pasó nada. Después de clase, ella siempre cogía el autobús. Y más tarde, al conseguir el papel de seta para cantar en la obra, se quedaba por las tardes y la iban a buscar.

Un día, tuvieron suerte porque su madre llegó tarde.

Maggie daba vueltas en círculos, exhalando vaho y pateando la hojarasca. Hacía un frío húmedo. No le gustaba. Tyler se acercó y preguntó con voz amable:

—¿Estás bien?

Era algo mayor y ella no lo reconoció.

—No —respondió Maggie—. Mi madre, que llega tarde.

—Nosotros vivimos allí —dijo, y señaló el garaje donde solían pasar el rato—. Mi hermano y yo. ¿Quieres venir y pasar el rato hasta que llegue tu madre? Se ve desde la ventana lateral.

—No sé —dijo Maggie.

—Está mi madre.

—Vale.

Lo siguió hasta el garaje y entraron. Allí estaban los amigos de Tyler. Permanecieron en pie, incómodos, hasta que Tyler dijo:

—¿Quieres sentarte en el sofá?

En cuanto se sentó, Maggie comprendió que la cosa pintaba fea. Se abalanzaron sobre ella, la atraparon e inmovilizaron. Tyler exclamó:

—Intentaste matar a Dougie.

Entonces los otros chicos y él comenzaron a manosearla por todas partes. Sus dedos se dirigieron directamente a sus no-pechos y se clavaron en sus braguitas del martes. Se arrojaron todos sobre ella, pellizcándola con sus sucias manazas, dándole

codazos y buscando sus partes más íntimas. Sintió que se desvanecía, como si de pronto estuviera muy débil y sin fuerzas. Le invadió una nebulosa de dolor como un suave velo. Le zumbaron los oídos. Pero los dedos seguían avanzando con más fuerza y un intenso ardor le golpeó el vientre. Chilló. Cuando Tyler intentó taponarle la boca, le mordió el dedo hasta que percibió el sabor a sangre. Buggy la tiró hacia atrás sobre los almohadones y ella gritó más fuerte, lanzó sus rodillas contra su entrepierna con tanta virulencia que él aulló y soltó pequeños ladridos como un cachorro. Curtains intentó sujetarla, pero ella sacó los pulgares y se los clavó en los ojos. Cayó hacia atrás, gritando que estaba ciego, y ella se abalanzó hacia una guitarra y la arrojó contra la cara de Brad. Le tumbó contra la pared. El chico se llevó los brazos a la cabeza.

Buggy estaba encogido en una esquina, chillando y llorando. Brad jadeaba. Todos habían salido malparados.

—¿Chicos? ¿Chicos? ¿Tenéis hambre? —preguntó la madre detrás de la puerta.

—¡No! —gritó Tyler.

Los muchachos, salvo Buggy que permanecía hecho un ovillo en el suelo, se levantaron en círculo, resollando y mirándose unos a otros. Al fin Tyler dijo:

—Joder, eso ha sido la leche. Oye, Maggie, necesitamos a una cantante. Necesitamos a una chica. ¿Quieres unirme a nuestro grupo?

—¿Unirme? —Maggie se echó el pelo hacia atrás. Se ajustó la ropa. Los efectos de la adrenalina comenzaban a esfumarse y el miedo le decía que buscara la salida.

—Lo contaremos todo si no te unes a nosotros —dijo Tyler.

Maggie se dirigió hacia la puerta y la abrió. La rabia le daba vueltas como un hula hoop que la quemase.

—¿Contarlo? ¿Contarlo? Adelante. ¿Conocéis a Landreaux, el que mató a mi hermano? Pues ahora es mi padrastro. Os perseguirá a cada uno de vosotros. Os volará la cabeza. Adiós.

Maggie corrió hasta la esquina donde debía encontrarse con su madre. El coche llegaba en ese instante.

—Siento llegar tarde, cielo. ¿Te has aburrido mucho?

—Cállate —respondió Maggie.

—¿Cállate? ¿Cállate? ¿Tú crees que son maneras de...?

—¡Cállate! ¡Cállate! ¡Cállate! —chilló Maggie.

Entró corriendo en casa y fue directa a su habitación. Cerró la puerta de un portazo. Al cabo de un rato, salió sigilosamente para ir al cuarto de baño. En el pasillo, LaRose se le acercó de pronto por la espalda.

—Deja de seguirme por todas partes, mocoso —bramó Maggie.

Tenía la cabeza rara, como si lo que esos chicos le habían hecho le hubiera vaciado el cerebro. Sus manazas manoseándola eran repugnantes y dejaban gérmenes

de estupidez. Quería lavarse y lavarse una y otra vez.

—Gilipollas.

Estuvo a punto de abofetear a LaRose. Pero no fue capaz de mantener esa mala leche. LaRose resultaba tan frustrante, la ablandaba sin hacer nada especial salvo el hecho de que nunca hacía daño a nadie. Anocheció pronto, así que Maggie y LaRose bajaron a ver si había algo de cenar. Tomaron un poco de helado.

Maggie vertió una lata de la cerveza de su padre en el cuenco de agua del perro. El animal se acercó, lo olisqueó con recelo, pero olía bien. Se lo tomó a lengüetazos. Le sirvió otra. Le gustó esa también. Entonces se le puso gesto de borracho, caminó directamente hasta chocarse con una puerta acristalada y caerse. LaRose abrió las puertas y ayudó a salir al animal.

—Pobre y estúpido perro —dijo Maggie.

El perro caminaba en círculos y se precipitó por el porche. LaRose se sentó en la hierba fría con él y acunó su cabeza en su regazo. El perro jadeaba, con los ojos vidriosos, pero su mueca podría haber sido una sonrisa. Temblando, Maggie se sentó en una silla de jardín en el porche y los miró.

El perro gimió, con un gemido de perro ebrio.

—Necesitas café —dijo LaRose.

El perro no se movió; babeaba y terminó respirando sobre las manos y las piernas de LaRose.

Maggie los observaba; admiraba a LaRose por dejar que el perro lo babeara encima. Y siempre era así. Siempre atrapaba a las arañas, nunca las aplastaba; tranquilizaba a las gallinas antes de que las mataran; salvaba a los murciélagos, observaba enormes hormigueros pero sin ahogarlos, y devolvía a la vida a los pájaros inconscientes.

Nola rezó su oración católica antes de la cena. Un pensamiento molestaba a Maggie. Esta miró a LaRose, que estudiaba su plato. Semejaba un fraile embutido en una sotana marrón, san Francisco. Los animales acudían a LaRose y se tendían a sus pies. Se sentían atraídos por él, sabiendo que los salvaría.

Ese pensamiento fue borrado por la forma de masticar de su madre. De hecho, le molestaba todo lo que tenía que ver con la forma de comer de su madre. Ya estaba furiosa con ella por haber llegado tarde. Por poner su vida en peligro a manos de esos gusanos. Maggie intentó apartar la mirada y fingir que su madre no existía. Pero no podía evitar mirar. Nola hincaba el tenedor en una judía verde y luego se la llevaba a la boca. A veces Nola echaba un vistazo alrededor de la mesa para ver si alguien más de la familia estaba comiendo una judía verde en el mismo instante. En ese momento, estaba sola con su judía. Nola vio la mirada de desprecio de su hija. Atónita, abrió la boca, separó los labios y mordió la judía en el tenedor con los dientes.

Maggie echó la cabeza hacia atrás. ¿Cómo era capaz? ¿Cómo en este maldito mundo? Los dientes, los dientes arañando el tenedor. El soniquete metálico contra el

esmalte. Maggie notó cómo subía en ella un rugido sordo. Bajó los ojos hacia su plato, hacia las judías verdes, e intentó sobreponerse y dejar atrás su odio, como Satán, como el cachas del padre Travis había sugerido cuando Nola la había llevado a rastras a confesarse aquella única vez.

Respiró hondo. Cogió una judía verde con los dedos. Nadie lo advirtió. Le llevó seis puñados de judías verdes, un «¡oye, oye, mamá!» como si nada, luego una mirada provocadora y fulminante mientras comía a bocados las judías verdes con la mano y, después, la inquietante sonrisa que siempre sacaba de quicio a la gente.

Nola se reclinó en la silla con el tenedor a medio alzar. Emitió una despiadada onda expansiva.

—Así se come una judía verde, Maggie —dijo. Después levantó el tenedor, separó los labios y arrancó la judía del tenedor, arañándolo con los dientes.

Maggie la miró a la cara y articuló sin hablar palabras que solo Nola, solo su madre, podía ver: «Eres asquerosa».

—¿Qué pasa? —preguntó Peter, percibiendo el discurso mudo y sin ver el movimiento de los labios.

El perro tuvo arcadas en la esquina.

LaRose cogió la fuente y se sirvió las últimas cucharadas de judías verdes en su plato. Se apresuró en comérselas. Miró a su alrededor, preocupado, pero el perro había perdido el conocimiento sin hacer ruido.

El rostro de Nola se ensombreció. Ahora resollaba con fuerza, con los «cállate» que se añadían al «eres asquerosa». Maggie echó la silla hacia atrás con satisfacción. Se disculpó y con paso tranquilo se marchó escaleras arriba. Los ojos de Nola siguieron a su hija, como agrios y mortales rayos. Había criado a un monstruo; odiaba a su hija con los óleos más negros de su corazón, pero también la quería con una desesperación desconcertante y letal. Muy despacio, se fue hundiendo en el asiento y comió, experimentalmente, una judía verde de la punta del tenedor. Ni Peter ni LaRose parecieron advertirlo. ¿Así que no era ella? ¿No era asquerosa? Una lágrima cayó en su plato.

Peter vio cómo derramaba otra lágrima.

—¿Estás bien?

—Alguien me dijo hoy... —comenzó LaRose.

Peter tomó a Nola por los hombros y la abrazó. Se le estaba dando bien hacer eso.

—¿Te dijo qué?

—Me dijo: tu madre es muy guapa.

Nola esbozó una sonrisa lánguida y perpleja.

Antes de hablar, LaRose se había asegurado de que Maggie estuviera en su habitación con la puerta cerrada. Era tan embarazoso para él verse atrapado entre las dos: se lo había confesado a Josette. Ella le había dicho que era complicado. Por una parte, Maggie padecía algún tipo de trastorno del dolor, seguramente, que la llevaba a portarse mal. «Nosotros debemos adoptarla a ella», había dicho Snow. «La queremos,

pero es dura». También había problemas de comunicación en casa. Josette decía que era muy habitual a su edad, el rollo madre e hija. Snow y ella eran muy afortunadas porque Emmaline había dado a luz joven y además era un poco un bicho raro, como ellas dos, y no intentaba hacerse la virtuosa y parecer estar por encima de ellas. «Lo que funcione, sea lo que sea, hazlo», le había dicho Josette. «Pero me da pena por ti porque es muy violento».

Maggie se deslizó en la habitación de LaRose esa noche. Había permanecido tumbada en la cama en su propia habitación —tranquilizándose después de otra ducha muy caliente—. Se había puesto a llorar, sola. Sola no pasaba nada. Pero aun así contenía las lágrimas tanto como podía, para curtirse. Era una loba, una loba herida. Hincaría los dientes en la garganta de esos chicos. Sus pensamientos volvieron a la manera en que los animales se sentían atraídos por LaRose. Ella confiará su garra a la mano de ese niño.

—Hazme un hueco —susurró, y se deslizó debajo del edredón.

Sus pies calientes rozaron las espinillas de LaRose.

—Tengo que preguntarte algo.

Tenía la nariz todavía taponada por el llanto involuntario. Tenía el rostro hinchado. Pero la piel del chico refrescó la planta de sus pies.

—Por favor, LaRose. No te rías. Voy a preguntarte algo muy serio.

—Vale.

—¿Qué harías si unos chicos se abalanzaran sobre mí, me tocaran y eso, por todas partes, de mala manera?

—Haría que murieran —respondió LaRose.

—¿Crees que podrías hacerlo?

—Pensaría cómo hacerlo.

—¿Puede un santo matar por amor?

—Los santos tienen superpoderes —respondió LaRose.

—¿Crees que eres un santo?

—No.

—Yo sí creo que lo eres —dijo Maggie.

Se apartó, observó la fina rendija de luz proyectándose por debajo de la puerta. Era una noche fresca. El calor del cuerpo de LaRose impregnó la cama. La picazón y la capa de suciedad y los dedos asquerosos desaparecieron de su piel. La turbadora locura que le había causado su madre con su forma de masticar se disipó. Todo lo malo fue absorbido por el suave magnetismo de las sábanas. Se dejó llevar.

LaRose le acarició la punta del pelo en la almohada a su lado.

—Soy un animal roto —murmuró Maggie.

Iba a nevar, la primera nevada de la temporada. Romeo podía olerlo. Siempre podía

oler ese áspero frescor antes de que llegase, antes de que los presentadores del tiempo convirtieran la nieve en un drama en la televisión. Se lanzó a la calle, atravesó los montículos de tierra quebrada y tomó la carretera hasta el pueblo. Como era de esperar, mientras caminaba balanceándose, comenzaron a caer los primeros copos y tuvo la impresión, quizá a causa de las drogas que había ingerido, de que se encontraba de pronto atrapado. Estaba en una bola, petrificado sobre una cinta de caminar en una pequeña escena donde un hombre avanzaba hacia el Dead Custer, eternamente, a través de trocitos de papel blanco que caían o quizá una sustancia química que parecía nieve que se cernía una y otra vez, conforme algún niño ponía su mundo del revés en sus manos. Le gustaba tanto esa idea que tenía que recordarse a sí mismo que no era real. El movimiento inmóvil resultaba tan paralizante, y sus pensamientos... Sus pensamientos se centraron.

Casualmente Landreaux atravesaba este paisaje en coche, ajeno a todo, como siempre, pero la nieve revoloteaba a su paso y centró de nuevo los pensamientos de Romeo en su tema favorito: la venganza. Landreaux creía estar fuera del alcance y de las preocupaciones de Romeo. Pero no, no era cierto. Landreaux era un ser pagado de sí mismo, tan engreído que ni siquiera recordaba los tiempos que pasaron juntos. Años atrás, cuando eran unos muchachos apenas mayores que LaRose. Sí, aquello se remontaba a muy atrás y era profundo, invisible la mayor parte del tiempo, como una fisura en un hueso. Después, emergía o perforaba a Romeo desde dentro como aquellas terribles y falsas pastillas que las viejas aves carroñeras le habían hecho tomar con artimañas.

Unos copos de nieve se derritieron en el pelo ralo de Romeo. Era tan solo un golpe de suerte, quizá, pero había conseguido apuntarse en una lista de sustitución de operarios de mantenimiento en el hospital. ¡Tranquilo, no te emociones! Tantos frascos de medicinas que requerían receta y tan poco tiempo. Dado que sus hábitos eran imperceptibles para el personal sanitario de las ambulancias, escuchó por casualidad una frase que anotó en un trozo de papel. «Nunca alcanzaron la carótida». Se apropió de una caja de chinchetas de colores y clavó el papel en la pared. Atar todos los cabos. Sería el primero de los muchos indicios de lo que había sucedido en realidad el día que Landreaux mató a Dusty.

Lennie Briscoe, el fatigado sabueso, y Romeo, su astuto compinche, averiguarían toda la verdad.

Con la mente despejada, una vez que había pasado el coche de Landreaux, Romeo pensó en cómo la gente que poseía información hablaba despacio y en clave. Estaba aprendiendo a descifrar lo que decían. A veces no le quedaba más remedio que hacer conjeturas. Pero era consciente de que tenían en su poder información de vital importancia.

«Para llegar a la verdad, he de ser alguien de verdad. O al menos dar la apariencia de ser de fiar», decidió.

Por ello, Romeo se aseó. Solicitó un empleo serio a tiempo completo en el

hospital. Había pocas posibilidades de lograrlo. Y el papeleo siempre le hacía sudar. Pero allí, en el hospital, pensó que quizá podría ser importante otra vez. Los demás trabajadores de mantenimiento eran miembros respetados de la comunidad. Algunos de ellos incluso conducían la ambulancia, y la gente confiaba en todos ellos. Sterling^[18] Chance, por ejemplo, era realmente de toda confianza. Como jefe de mantenimiento, escuchó a Romeo con una mirada tranquila y receptiva, mientras este contestaba las preguntas de la entrevista.

«Autosuficiente», pensó Romeo. Admiraba a Sterling Chance. Por primera vez, bueno, desde que la señora Peace fuera su maestra, Romeo deseaba algo más que caminos seguros hacia la inconsciencia. Quería ese empleo. No solo un mísero trabajo intermitente y a tiempo parcial, sino un empleo a tiempo completo. Era cierto que sus motivos eran dudosos. Drogas y venganza. Pero ¿por qué ponerse quisquilloso con una ética de trabajo incipiente? No cabía la menor duda de que ese empleo haría que sus antiguas fuentes de suministro de drogas parecieran patéticas. Nunca más tendría que padecer la vergüenza de sufrir efectos secundarios por mezclar medicamentos. ¿Y la información? Si obtuviese información gracias a este empleo, sería una información que él guardaría hasta que la necesitara de verdad: triste información. Pero una información tan poco frecuente y escandalosa que quizá, quizá, podría utilizarse para chantajear a una persona de por vida. Lo cual era un pensamiento satisfactorio cuando uno no había sido capaz de matar a dicha persona.

Repeliéndola, mostrándose más astutos que ella, prendiendo fuego e incluso dejando comida para que la cabeza la devorase y aminorase el paso, así avanzaron la chica, Wolfred y el perro. Desgastaban las raquetas de nieve. La muchacha las reparó. Sus mocasines se deshilachaban. Ella forró las suelas con piel y rellenó el interior con piel de conejo. Cada vez que intentaban descansar, aparecía la cabeza, llorando en la noche y exaltada al amanecer. De modo que avanzaron sin cesar, hasta que, al fin, hambrientos y ateridos, terminaron por desfallecer.

Les llevó casi todo el día levantar la pequeña cabaña de corteza. Cuando se dispusieron a dormir, Wolfred colocó un leño en el fuego y cayó hacia atrás como si lo hubieran golpeado. Esa sencilla acción lo había mareado. La fuerza lo había abandonado y había fluido directamente de sus dedos a las llamas. El fuego desapareció rápidamente de su vista como detrás de alguna colina invisible. Comenzó a temblar más y más, y entonces cayó un muro negro. Se encontró atrapado en un templo de salas y ramificaciones. Se pasó toda la noche recorriendo a tientas estrechos pasillos y paredes sin puertas. Dobló esquinas a rastras y permaneció agachado. Era imposible mantenerse en pie, incluso en sus sueños. Cuando abrió los ojos, vio que la difusa bóveda de la cabaña daba vueltas tan violentamente que se le nubló la vista y se sintió mareado. No se atrevió a volver a abrir los ojos ese día, sino que se quedó lo más quieto posible; solo levantaba la cabeza, con los ojos cerrados,

para sorber un poco de agua que la muchacha dejaba caer entre sus labios con un trozo de corteza doblada.

Él le dijo que lo dejara atrás. Ella fingió que no lo entendía.

Lo cuidó durante todo el día; trajo leña, preparó un caldo y lo mantuvo caliente. Esa noche, el perro gruñó con virulencia delante de la puerta, y Wolfred abrió un ojo fugazmente para ver imágenes duplicadas hasta el infinito de la niña envolviéndose la mano con un trozo de manta para sujetar el mango del hacha y calentar después la hoja al rojo vivo. Notó cómo ella salía por la puerta y entonces comenzó un enorme murmullo de aullidos, maldiciones, alaridos, gruñidos desesperados y golpes, como si estuvieran talando árboles. Cada poco, se producía un silencio y luego se reanudaba la cacofonía. Aquello duró toda la noche. Con las primeras luces del día, Wolfred tuvo la sensación de que ella había entrado en la cabaña. Notó el calor y el peso de su cuerpo acurrucado contra su espalda, percibió el olor a piel chamuscada del perro, o tal vez del pelo de la chica. Más avanzado el día, la niña se despertó y él oyó cómo afinaba un tambor al calor de la hoguera. Atónito, le preguntó en ojibwa cómo había conseguido el tambor.

—Voló hasta mí —explicó—. Este tambor perteneció a mi madre. Con este tambor, ella traía a la gente de vuelta a la vida.

Debió de haberla entendido mal. Los tambores no vuelan. Él no estaba muerto. ¿O sí lo estaba? El mundo detrás de sus ojos cerrados resultaba todavía más extraño. Desde el templo negro con un sinfín de salas, había entrado en un universo de diseños quebrados. No había escapatoria de las implacables matemáticas. Los diseños se configuraban una y otra vez. Unos afilados triángulos se juntaban y rompían componiendo una geometría infinita. Si esto era la muerte, era visualmente agotador. Solo cuando ella comenzó a tocar el tambor, los dibujos fueron perdiendo intensidad paulatinamente. El movimiento fue disminuyendo a medida que ella entonaba un lamento desafinado, agudo y nasal, que se elevaba y caía en una sedante letanía, hasta que, al fin, las concatenaciones menguaron y pasaron a ser una simple mota de color. El tambor corrigió algún ritmo interior; una deliciosa relajación tiñó sus pensamientos y se durmió.

De nuevo esa noche escuchó la batalla en el exterior. De nuevo con las primeras luces del día sintió cómo ella se arrebujaba junto a él y percibió el olor a perro chamuscado. De nuevo, cuando ella se despertó, afinó y tocó el tambor. La misma canción lo transportó. Se llevó las manos a la cabeza. Ella había cortado su manta y lo había coronado con un cálido turbante de lana. Al caer la noche, abrió los ojos y vio cómo el mundo se detenía. Gozoso, susurró:

—He vuelto. He regresado.

—Harás otro viaje más conmigo —dijo ella, sonriendo, y comenzó a cantar.

Su canto lo arrulló y apaciguó de tal manera que cuando salió de su cuerpo, cogiéndola de la mano, no sintió miedo al despegar del suelo. Viajaron por el vasto aire. Por encima de los tupidos bosques, volaron a tal velocidad que no les pudo

alcanzar el frío. Abajo, ardían los fuegos, un pueblo a tan solo dos días de marcha de su cabaña. Satisfecha, ella los llevó de vuelta y Wolfred cayó de nuevo en su cuerpo, que no abandonaría más hasta que no cumpliera medio siglo de duro y despiadado trabajo.

Dos días más tarde, salieron de las tierras más inhóspitas y entraron en un pueblo. Unas chozas de corteza ojibwas, un centenar o más, se extendían a lo largo de los meandros de un río. Por una calle de nieve pisoteada había varias casas de madera, pulcramente arraigadas formando una hilera de ensueño. Se parecían tanto a las casas que Wolfred había dejado atrás en el este que, durante un momento de desorientación, creyó que habían atravesado los Grandes Lagos. Pensó que estaba de vuelta en su tierra natal y se acercó a la puerta de la vivienda más grande. Llamó y contestaron, pero no fue hasta que él se explicó en inglés que la joven que le abrió lo reconoció como a un hombre blanco.

Su familia y ella, misioneros, invitaron a la pareja a pasar a una cálida cocina. Les dieron agua y trapos para lavarse y, después, unas insípidas gachas de arroz salvaje hervido. Les permitieron dormir con mantas en el suelo detrás de la estufa. El perro, al que dejaron fuera, olfateó a la perra de los misioneros y la siguió hasta el establo donde ambos se aparearon al vapor del inmenso cuerpo de la vaca. A la mañana siguiente, dirigiéndose con toda seriedad a la muchacha, cuyo rostro limpio resultaba demasiado hermoso para mirarlo, Wolfred le preguntó si querría casarse con él.

—Cuando seas mayor —dijo él.

La chica sonrió y asintió.

Él le preguntó su nombre.

Ella se rio, no quería que él fuera su dueño, y dibujó una flor.

El misionero estaba enviando a unos cuantos jóvenes ojibwas a un internado presbiteriano que hacía poco tiempo que se había fundado. Era solo para indios. Estaba situado en el territorio que se había convertido en el estado de Michigan, y la chica podía viajar allí también, si quería recibir una educación. Solo que, como no tenía familia, estaría ligada a un contrato de servidumbre. Aunque no comprendía lo que eso significaba, accedió.

En la escuela la despojaron de todo. Perder el tambor de su madre fue como perder a Mink otra vez. Por la noche, pedía al tambor que volara de nuevo hasta ella. Pero nunca lo hizo. Pronto aprendió a dormirse. O dejar que se durmiera la parte de sí misma que llamaban «aborrecible», pensaba. Pero nunca sucedió. Todo su cuerpo era *anishinaabe*. Ella era pura ilusión. Era Espejismo. *Ombanitemagad*. O lo que la llamaban ahora: india. Como cuando le decían «No hables indio», si hablaba en su propia lengua. Era difícil dividir y separar partes de sí misma y soltarlas. Por la noche salía volando por el techo y planeaba como le habían enseñado. Almacenaba trozos de su ser en las copas de los árboles. Los recuperaría más adelante, cuando las

campanas enmudecieran. Pero las campanas nunca callaban. Había tantas campanas. Le dolía la cabeza, al principio, por culpa de las campanas.

—Mis pensamientos están hechos un lío —se dijo a sí misma en voz alta—. *Inbiimiskwendam*.

Sin embargo, había muy poco tiempo para examinar lo que estaba sucediendo.

Los demás niños olían a personas ancianas, pero se acostumbró a ello. Pronto ella también olió así. Su vestido de lana y el corsé le apretaban, y la ropa interior de lana picaba una barbaridad. Sentía un dolor punzante en los pies, que apestaban de tanto sudar en un rígido cuero. Tenía las manos agrietadas. Siempre tenía frío, pero ya se había acostumbrado a ello. La comida solía ser cerdo salado con col, en un guiso repugnante que convertía el dormitorio en un antro nauseabundo repleto de flatulencias, lo mismo que sucedía con la leche que les obligaban a tomar. Pero por muy cruda, podrida o extraña que estuviera la comida, tenía que comer, así que también se acostumbró a ello. Era difícil entender a las maestras o decir lo que necesitaba en su lengua, pero aprendió. Los llantos en las hileras de camas durante las noches la mantenían despierta, pero pronto ella lloró y expelió ventosidades también para dormir como las demás.

Echaba de menos a su madre, a pesar de que Mink la había vendido. Echaba de menos a Wolfred, la única persona que le quedaba. Conservaba sus cartas escritas con letra pulcra. Cuando se sentía débil o cansada, las leía una y otra vez. El hecho de que la llamase Flor la intranquilizaba. A las chicas no había que llamarlas así, ya que las flores morían muy pronto. Se las llamaba con nombres de cosas inmortales, formas de luz, de nubes, de estrellas, aquello que aparecía y desaparecía como una isla en el horizonte. A veces el internado parecía un sueño irreal y se dormía con la esperanza de despertar en otro mundo.

Nunca se acostumbró a las campanas, pero sí al vaivén de los otros niños. Morían de sarampión, escarlatina, tuberculosis y otras enfermedades sin nombre. Pero ya se había habituado a que muriese toda la gente a su alrededor. Una vez, tuvo una fiebre y pensó que ella también moriría. Pero en la noche acudió su espíritu azul pálido, se sentó en la cama, le habló con dulzura, le devolvió el alma a su cuerpo y le dijo que viviría.

Nadie se emborrachaba. Nadie rajaba a su madre en la cara y la nariz, destrozándola. Nadie sacaba una navaja y apuñalaba a un tío que te sujetaba el pie y se moría mientras se desangraba por la boca. Otra cosa buena, pensó mientras lloraban las demás niñas, era que el viaje hasta la escuela había sido arduo y lejano. Demasiado lejos para que llegase rodando una cabeza.

Wolfred contó la historia de la repentina enfermedad de Mackinnon y de cómo la niña y él se habían adentrado en un territorio inhóspito en busca de ayuda, algo que ya había sido notificado. Los indios ya habían encontrado a Mackinnon, diseminado por

los alrededores de la tienda, y relataron que, bajo los efectos de la fiebre, debió de salir a buscar nieve fría y morir allí, y, después, unos perros lo despedazaron. ¿Y la cabeza? Wolfred quería preguntar, pero el miedo paralizó su lengua. Wolfred fue autorizado a ocupar el puesto de Mackinnon, por lo que abandonó el asentamiento y viajó hacia el norte. Dejó el reloj de oro, la alianza matrimonial y el dinero de Mackinnon en su escondrijo. Le fue bien en el negocio, aunque el corazón del comercio había avanzado. A veces, por las noches, escuchaba la respiración ronca de Mackinnon. A veces percibía el hedor pestilente que solían desprender los pies de Mackinnon cuando se quitaba las botas. A menudo escribía a la muchacha en Michigan. «Flor mía, *chère LaRose*». Notaba la influencia de los descendientes franceses y métis de los viajeros que iba conociendo. Intentaban convencerlo para que la olvidara. Nunca, de ninguna manera, tomó esposa. Aunque no hacía ascos a los generosos encantos de las mujeres, no la olvidaba.

Seguía escribiéndole cartas para que ella recordara su promesa. Escribía sobre lo que habían experimentado juntos, pues mientras viajaban, él se había maravillado ante las habilidades de ella y su autoridad. Wolfred pasó periodos de tiempo más largos viviendo, cazando, hablando y compartiendo ceremonias con su pueblo. Ellos le dieron filtros para deshacerse de Mackinnon, que parecieron funcionar. Dejó de escuchar la ronca respiración por las noches y de percibir el olor a pies. Se estaba convirtiendo en un indio mientras ella se transformaba en una mujer blanca. Pero cómo podía él saberlo.

El día terminó por llegar, el día de la muerte. Había transcurrido un año ya. Landreaux y Emmaline no tenían ni idea de cómo los Ravich pasarían aquel día. LaRose estaba con la familia Iron, tal y como Peter había previsto. Hicieron lo que pudieron la víspera, reuniendo a los hijos para una ceremonia de la pipa en el salón, y todos hablaron. Se fueron pasando la pipa sagrada de uno en uno. Los niños giraron la pipa en cada dirección cuando les tocó el turno. Eran cuidadosos. Sabían cómo manejar la pipa. Hollis dijo que, como LaRose había ido con los Ravich, los había salvado. Willard comentó que echaba de menos a LaRose. Josette manifestó que lo que habían dicho sus hermanos era cierto, y que se alegraba de que él hubiera acercado a Maggie. Snow sostuvo que LaRose había salvado a ambas familias. Era un pequeño sanador. Emmaline no pudo hablar. Landreaux no dijo nada, pero una tristeza demoniaca se apoderó de él.

En el día del suceso, Landreaux descubrió que no podía levantarse de la cama. Toda energía y fuerza de voluntad habían abandonado su cuerpo. Un peso oscuro de sueño lo mantenía acostado. Los chicos llegaron a la puerta del pequeño dormitorio de sus padres, anexo a la cocina.

—Papá —llamaron—. ¿Papá?

Él oyó el susurro de los pasos al pie de la cama. Después, entraron las niñas. Le

tocaron el pelo y las manos. Mantuvo los ojos cerrados. Cuando se marcharon, le caían unas gruesas lágrimas por los surcos del rostro, la boca, el cuello y se fueron acumulando en el hueco de la clavícula. El calor de su cuerpo las secó. Le pareció que tenía un ardor inusual. Para su alegría, tenía fiebre. Estaba enfermo de verdad. Después de que los niños mayores se marcharan en el autobús escolar, Emmaline se sentó a su lado.

Pensó en recostarse junto a él, pero algo la abandonó. Buscó en su corazón y solo encontró un cansado cálculo de las dificultades que esta desgracia le iba a traer ese día.

—Tengo que ir a trabajar —dijo—. LaRose está aquí. ¿Puedes llevarlo al colegio en una hora?

—Sí, la aspirina hará efecto enseguida —respondió Landreaux—. Estaré bien.

Emmaline se sentó a su lado, le acarició y le apartó el pelo de la frente. LaRose estaba desayunando copos de avena con uvas pasas, dejándose las pasas para el final.

—¿Seguro que podrás hacerlo?

—Seguro. Solo me quedaré aquí tranquilo media hora. Luego me levantaré.

Oyó cómo ella decía adiós a LaRose, la puerta se cerraba y el motor rugía mientras ella se alejaba.

Un viaje infinito

El ciervo lo sabía, pensó Landreaux. Por supuesto que lo sabía. Lo sabía el año anterior. Landreaux había estado observando, a veces con el rifle y otras veces no. Muchas veces descubrió que el ciervo también lo observaba a él. Se detenía y sentía la mirada clavada en la nuca, y se daba la vuelta para verlo, inmóvil, con los ojos profundos y cristalinos. Si hubiera escuchado, o comprendido, o si se hubiera preocupado por saber lo que comprendía, jamás habría intentado cazar ese ciervo. Nunca. Habría sabido que el animal intentaba decirle algo de la mayor importancia. El ciervo no era una criatura normal, sino un puente a otro mundo. Un lugar donde Landreaux nunca dejaría de ver al hijo de su amigo entre las hojas, donde nunca dejarían de visitarlo pensamientos extraños en los momentos más inoportunos.

¿Cómo explicar ese disparo? Desearía haber dejado de existir para no tener que revivirlo una y otra vez. Pero lo único que podía hacer, lo más difícil y lo mejor, era seguir vivo. Asumir las consecuencias, con su familia. Asumir la vergüenza aunque ese nauseabundo peso lo aplastara.

A veces tenía miedo de venirse abajo y soltar de repente que había estado bebiendo ese día, aunque fuese mentira. Quizá fuese incluso peor. No lo pensó. No lo esperaba, o quizá había esperado demasiado por el ciervo, y cuando se presentó el momento le pareció que debía disparar. Pero había sido un momento de estupidez, en realidad, ¿no era cierto? Aun así, para Landreaux su crucial falta de concentración en

ese instante era algo tan malo como haber estado borracho. No había alma alguna que entendiera que fuera igual de malo, salvo Dusty. Él sabía, por supuesto, o lo sabía su espíritu. Se lo había dicho a Landreaux en un sueño.

Después, Zack Peace le había practicado a Landreaux esa prueba de control de alcohol y drogas. Se la habían hecho, de manera rutinaria, después de detenerlo. Zack había comprobado el resultado, después se había girado y mirado a Landreaux fijamente. La gente siempre sospecha que quienes trabajan con pacientes terminales se toman su medicación. Pero él llevaba semanas limpio. Limpio. Había dejado ese calmante. Las cifras eran normales, pero había algo en Landreaux y en sus reacciones, que intercalaban ataques de ira y calma, y un estallido de risa una vez. Quizá estuviese drogado. Pero no había rastro de sustancias estupefacientes en él. Y además Zack sabía que, tras un suceso como ese, nada parecía normal. Todo el mundo estaba desquiciado por el horror y la adrenalina. Había admirado a Landreaux desde la infancia y era el primo favorito de Emmaline. Zack incluyó el resultado negativo en el informe, que ayudaría a exonerar a Landreaux. Sin embargo, estaba preocupado. No habían vuelto a hablar de ello desde entonces. No habían vuelto a hablar de nada.

Ese día, un año después, Landreaux tenía que contarle la verdad a alguien. Le zumbaba la cabeza. Estaba harto de callarlo. A lo largo de todo el año anterior, se dio cuenta de que no había una sola persona adecuada. Por supuesto había dos personas con quienes era seguro contarle, con quienes podía compartir esa pesada carga. No obstante, no quería perder el respeto del padre Travis. Y no quería ver la cara de Emmaline después de pronunciar ante ella esas palabras. Por lo que no quedaba nadie. Zack, que lo sabía, no le hablaba. Necesitaba contarle y en ese momento entró LaRose en la habitación.

—Papá. —El niño se sentó en la cama—. ¡Arriba!

—Hoy estoy enfermo.

LaRose tocó la frente de Landreaux, igual que lo haría un adulto, e hizo sonreír a su padre.

—Pequeño doctor, ¿tengo fiebre?

—Necesitas una cabaña de sudación —dijo LaRose, porque quería encargarse de todos los preparativos.

—Vale —respondió Landreaux—, hagámoslo. Preparemos una cabaña de sudación, solo para los dos. Puedes saltarte el colegio, me imagino, para hacer una cabaña de sudación.

—Claro.

—Pero primero tengo que contarte algo.

LaRose guardó.

—Es un secreto, un gran secreto. Tenemos que jurar que será nuestro secreto, ¿de acuerdo?

LaRose se puso muy serio. Se dieron las manos cuatro veces.

—De acuerdo, confío en ti.

LaRose miró a su padre con los ojos muy abiertos, sin pestañear.

—Yo no, eh, tenía la cabeza en su sitio el día que maté a Dusty. No pretendía hacerlo, pero no sé, me falló la puntería. La cuestión es que ese día estuve torpe.

LaRose frunció el ceño y a Landreaux le dio un vuelco el corazón.

—¿Viste a Dusty allí? —preguntó LaRose—. ¿Viste al perro?

—¿Qué perro? —preguntó Landreaux.

—Dusty cayó de la rama de un árbol —explicó LaRose—. He visto el lugar. Una noche en un sueño lo vi todo. Dusty siguió al perro hasta el bosque. El perro te vio. Pregunta al perro.

Landreaux sintió un dolor en el cerebro.

—Siempre tuviste buena puntería. Mi otro padre también lo dice.

—Peter.

—Sí. Dice que le habrías dado al ciervo.

—Eso es verdad —respondió Landreaux—. El ciervo sigue ahí. Lo he visto merodear por el bosque.

—Dusty me dijo que lo mataste por accidente —dijo LaRose.

Landreaux abrió los brazos a su hijo y LaRose se acercó para pegarse contra su pecho. Respiraron a la vez. LaRose se relajó, soltó un hondo suspiro y se durmió, pero Landreaux permaneció despierto, mirando el techo. El cielo cayó sobre él, como sucedía a cada momento. Le cubrió la vergüenza. Vio que debía compartir a LaRose toda la vida porque el muchacho era demasiado bueno para un inútil como él. LaRose, otra vez. LaRose ya le había salvado antes. El día que el autocar partía hacia el internado, él solo tenía unos pocos años más que su hijo ahora. Parecía imposible que sus padres dejaran que se marchara. No se lo dijeron, pero se iban a vivir, y a morir, en Minneapolis.

Los padres de Landreaux lo habían dejado en la parada del autobús con sus cosas y se habían alejado en el coche de su abuelo. Solo tenía nueve años. La gente de la escuela se llevó el petate con la ropa y sus pertenencias cuando subió a bordo y esa fue la última vez que las vio. Se dirigía a una escuela gestionada por la Oficina de Asuntos Indios del Gobierno de los Estados Unidos, le habían explicado sus padres. Ambos habían ido a escuelas misioneras y no les habían gustado. Creían que la escuela del gobierno sería mucho mejor. Además podían ir a visitarlo. Podían tomar diferentes autobuses si se trasladaban a Minneapolis.

Los asientos del autobús de Landreaux eran verdes y duros, calientes porque todavía era agosto y el vehículo había estado esperando en el aparcamiento mucho tiempo. A mitad de camino hacia la escuela, estaba previsto un almuerzo, y así fue. Se detuvieron en un parque. Los niños mayores corretearon entre risas. Les entregaron paquetes envueltos con papel encerado. El emparedado era de un pan blanco y tierno. Llevaba mantequilla y el queso era de color naranja. Había una manzana. Su estómago resplandeció. Pidió más y le dieron otro sándwich igual que el

anterior. Se lo comió todo y bebió agua de una fuente que sabía a hierro.

Después de que subiera al autobús e hicieran el recuento, se dejó caer al suelo. Se metió debajo del asiento. El vehículo volvió a la carretera principal y Landreaux se puso cómodo debajo del asiento. Allí pudo divisar un nombre escrito muchas veces de manera enfática en el interior metálico del autobús.

«LaRose. LaRose. LaRose».

Unas niñas murmuraban detrás de él. Felices. Otros niños rompieron a llorar, levemente, en silenciosos hipos. Un niño de cuatro años vomitó sin hacer ruido. Algunos miraban por la ventana, fascinados. Otros reían y conversaban, expectantes. Otros niños se quedaban adormilados. Acurrucado debajo del asiento, Landreaux permaneció mirando ese nombre. Las letras aparecían escritas a lápiz, con trazo grueso que se había repasado una y otra vez. LaRose. Cabeceó y pronto se quedó profundamente dormido con el estómago lleno. No se despertó cuando le afeitaron la cabeza por los piojos y lo dejaron bajo la ducha mientras le buscaban ropa nueva sin bichos. Ni siquiera se despertó en la cama aquella noche, ni a la mañana siguiente tampoco. Nunca se despertó. Todavía seguía durmiendo en aquel autobús.

COGEDLO TODO
1967-1970

Romeo y Landreaux

El edificio donde se hallaba el dormitorio estaba fabricado con ladrillos rojos machihembrados. Era una construcción sencilla y cuadriculada; la entrada principal daba al centro. Cuando Landreaux empujó el apagado acero de las puertas principales, la presión del interior cambió y una ronca vibración de sonido se difuminó. Un leve suspiro, el fantasma de Milbert Good Road. Los suelos eran de baldosas de linóleo claro a las que habían sacado mucho brillo. A última hora de la tarde, el sol ya no calentaba y resplandecía por el pasillo central. Los pequeños se encontraban a un lado y los mayores al otro. Había grandes dormitorios divididos, semejantes a unos barracones, a ambos lados del pasillo. Había dos literas en cada habitación, para cuatro chicos. Los cuartos de baño y las duchas se encontraban a la mitad del pasillo y las oficinas con mostradores acristalados de las supervisoras se hallaban a ambos extremos para facilitar la vigilancia. Abajo en el sótano estaba la lavandería con hileras de lavadoras y secadoras resoplando día y noche.

Una de las supervisoras en el ala de los niños pequeños, rolliza y pecosa con un luminoso pelo blanco cortado a la taza, explicó a Landreaux el sistema de faltas. Su nombre fue añadido a una tabla en un libro encuadernado en su despacho. Si él no se lavaba o si mojaba la cama, si se quedaba dormido, si hacía ruido después de que se apagaran las luces o si replicaba con insolencia o si se salía de los límites de la escuela, o, sobre todo, si se escapaba, se anotarían las faltas junto a su nombre. La señora Vrilchyk le explicó que si tenía demasiadas faltas, se le castigaría sin recreo o sin excursiones al pueblo. Si se escapaba, sería mucho peor, dijo. Podría no recuperar sus privilegios. Landreaux había oído decir que obligaban a los chicos a llevar largos vestidos verdes de la vergüenza, les afeitaban la cabeza y los obligaban a restregar las aceras. Pero no, otro muchacho le dijo en el autobús que eso lo habían hecho en otra escuela, pero que ya habían dejado de hacerlo. La señora Vrilchyk seguía hablando. Fugarse era peligroso. Una muchacha había muerto hacía dos años. La señora Vrilchyk, a la que todos llamaban Cabeza Taza, decía que la chica había aparecido tirada en una zanja. «Hay gente mala ahí fuera. Así que nada de escapar», dijo. Su voz sonaba cruel, o amable, o solo neutra. Le dio unas palmaditas en el hombro y dijo que se había dado cuenta de que él era un buen chico. Que no se escaparía.

Cada vez que pronunciaba la palabra «escapar», Landreaux sentía un palpito con la palabra «fugitivo». La palabra reverberaba en él.

Cogió el hatillo de ropa y sábanas. Un supervisor permaneció en el dormitorio y enseñó a los chicos cómo debían hacer la cama. Era indio, como su tío, pero con ojos pequeños y un rostro duro y picado. El supervisor deshizo la cama que acababa de hacer y ordenó a los muchachos que la hicieran de aquel modo. Lo llamaron fuera de la habitación. Los chicos que habían de compartir cuarto comenzaron a soltar zarpazos a las sábanas y las mantas hasta conseguir darles forma.

Salvo un muchacho pálido y encorvado. Estaba sentado en el borde de su cama y

dijo en voz muy baja:

—Vete a la mierda, Pits.

De una patada tiró la ropa de cama al suelo y la pisoteó. Así que ese era Romeo. A los cuatro o cinco años de edad, lo habían encontrado vagando junto a la carretera en la misma reserva en que se crio Landreaux. Nadie sabía exactamente quiénes eran sus padres, pero claramente era indio. Estaba quemado, amoratado y hambriento, y se le consideraba un deficiente mental. Pero una vez que llegó al internado, resultó ser el más listo de todos. Gruñía para hacerse el tipo duro, pero no lo era. Estaba enamorado de la señora Peace y trabajaba en su clase para que ella se fijara en él y lo llevase con ella a casa. Para que lo adoptara. Ese era su objetivo, quizá una meta alta pero no imposible, ¿no? Al fin y al cabo, él había superado a los meones.

Romeo había dejado de orinarse en la cama porque dejó de beber agua. Solo tomaba un vaso por la mañana y otro al mediodía. ¿Que si tenía sed? Muchísima. Pero tras un mes soportando esa tremenda sed ya no había vuelto a ser más un meón y había valido la pena. Ni una sola gota entraba por sus labios después de la comida de las doce, aunque se marease al correr por ahí, aunque se le reseca la boca y le supiera a rata podrida. Valía la pena para no mearse en la cama.

Los oyó hablar en las otras literas.

—No puedes tener la litera de arriba, Romeo. Podrías chorrear.

Pero Landreaux miró a Romeo, le dirigió una sonrisa amplia y amistosa y dijo:

—Bah, parece que controla. Yo dormiré debajo.

Landreaux instaló su ropa de cama en la litera de abajo.

A Romeo lo invadió una sensación punzante que comenzó como una sorpresa, se convirtió en algo placentero y luego, si hubiera sabido cómo denominarlo, en alegría. Ningún niño había sonreído nunca a Romeo como si fuera a ser su amigo. No tenía hermanos ni primos en la escuela, ningún vínculo con su casa salvo una dudosa tía de acogida. Ese momento con Landreaux fue tan poderoso que su impacto le duró varios días. Y fue a mejor. Landreaux nunca vaciló. Como Landreaux decía que controlaba, Romeo controló. Landreaux enseguida se mostró conforme con sus andares encorvados y desgarrados y su débil confianza en sí mismo, y se comportaba con sencillez, como si Romeo siempre hubiera sido amable con él. Gracias a Landreaux, Romeo se sostuvo más erguido, se hizo más fuerte, comió más e incluso creció. Comenzó a beber agua por las tardes. Se mantuvo seco. Landreaux era muy bueno en tiro con arco y daba en la diana siempre. A Romeo se le daba bien el cálculo mental. Se hicieron famosos. Otros chicos los admiraban. En muchas ocasiones ese año, la señora Peace se los llevaba a casa con ella. Era madre de una niña llamada Emmaline, que parecía adorarlos por igual. Landreaux ignoró a Emmaline, pero Romeo la idolatraba. Se sentaba en el suelo con ella, jugaban con construcciones, muñecas, animales y le leía su libro ilustrado favorito en cuanto ella se lo ponía entre las manos. La señora Peace se reía y le daba las gracias porque, según decía, el libro era repetitivo. A Romeo no le importaba. La niña bebía cada una de sus palabras. Al

hacerse mayor, el amor de Romeo también creció, pero ella se olvidó de él.

El hogar de la señora Peace tenía un jardín con una cuerda con nudos que colgaba de un árbol bastante alto. Los muchachos se turnaban para colgarse del ovillo hecho con trapos que había al extremo de la cuerda. Se enroscaban el uno en el otro muy fuerte y luego se columpiaban, desenrollándose en grandes bucles hasta marearse. Una vez que se les asentaba el estómago, tomaban sopa de carne con panecillos fritos y mazorcas de maíz. La señora Peace les hacía leer *Los hermanos Hardy*, que había sacado de la biblioteca solo para ellos, y a veces en voz alta. Romeo leía mejor que Landreaux, pero lo disimulaba. Escuchaba a este último leer con gran esfuerzo, inclinando el cuerpo como si cada oración fuese una cuesta que costaba subir. Los amigos eran felices durante todo el otoño, todo el invierno y toda la primavera. Se quedaron durante dos veranos y se convirtieron en los mejores amigos. En torno al tercer año, sin embargo, Landreaux comenzó a hablar de su madre y de su padre. Nunca habían ido a visitarlo. Habló de ellos durante todo el otoño, y luego todo el invierno. Llegada la primavera, empezó a hablar de ir a buscarlos.

—Eso es escapar —dijo Romeo.

—Lo sé —contestó Landreaux.

—¿Esa chica? Se escapó reptando por debajo del autobús escolar y colgándose de alguna parte allí abajo. Se escabulló cuando llegó a la reserva. Volvió corriendo a casa. Sus padres decidieron que se quedara con ellos por el riesgo que había corrido. Tenían miedo de lo que sería capaz de hacer si la mandaban de vuelta al internado.

Los chicos conversaban en las literas entre susurros, pues ya se habían apagado las luces.

—No sé —dijo Landreaux—. Podrías caerte y que te arrastrase.

—O quedar aplastado como Wile E. Coyote.

—No merece la pena —opinó Sharlo St. Claire.

—Además eres demasiado grande. Hay que ser pequeño para eso.

—Yo podría hacerlo —dijo Landreaux. Eso pasó antes de que comenzara a comer y a desarrollarse.

—Yo también podría hacerlo —dijo Romeo.

—No.

—Sí.

—Pues habría que hacerlo rápido entonces. El autobús escolar regresa dentro de una semana. Nadie más nos va a llevar —sentenció Landreaux.

—No se está tan mal aquí en verano —dijo Romeo.

Le latía el corazón con fuerza. ¿Y si llegaba a «casa» y no había nadie esperándolo? Sin embargo, no habría ningún Landreaux aquí si Landreaux se marchaba. Eso era impensable. Romeo sabía de qué manera había salvado su vida y sabía que las cicatrices que cubrían el interior de sus brazos representaban algo atroz que no podía recordar. No quería abandonar el internado y no quería colgarse en los

bajos del autobús.

—Mira, Landreaux. En verano vamos al lago y nadamos y hacemos cosas así, ¿no? Eso es divertido.

—Te están vigilando todo el rato.

—Ya —dijo Romeo.

—Bueno —dijo Landreaux—. Yo estoy harto de que no me quiten el ojo de encima.

Incluso Romeo sabía que Pits la tenía tomada con Landreaux y que lo abofeteaba en cuanto tenía ocasión, así que se trataba de algo más.

Al día siguiente en el patio, Romeo se quedó mirando a Landreaux.

—¿Qué piensas?

Landreaux asintió.

Romeo vio la falta de brillo en sus ojos, la opacidad de espíritu —bueno, Romeo jamás lo habría llamado así, pero muchos años más tarde así es como lo llamaría el padre Travis al observar al hombre que agachaba la cabeza ante él—. Romeo solo sabía que, cuando se apagaba esa chispa detrás de los ojos de Landreaux, significaba que estaba dormido y que haría cualquier cosa, por muy peligroso que fuese. Le daba un aire muy interesante a Landreaux y eso ponía enfermo a Romeo.

Durante el fin de semana, se pusieron de buenas con Cabeza Taza, quien los dejó que llevaran un taburete roto al taller de carpintería. Los autobuses estaban aparcados justo un poco más allá. Después de entregar el taburete, se deslizaron sigilosamente por la esquina del edificio y luego reptaron hasta un autobús escolar y rodaron por debajo. Enseguida vieron de dónde podrían colgarse.

—Quizá —dijo Landreaux—, si fuese un puto loco. A lo mejor unos minutos. No durante horas y horas. Aunque cabe la posibilidad de aguantar más tiempo si se sabe que si te caes, te matas.

—No parece un plan muy divertido —dijo Romeo.

—¿No te crees lo de esa chica? —preguntó Landreaux.

Pero había algo irresistible en la impetuosa planificación de Landreaux. No podía dejar de pensar y hablar sobre cómo podrían atarse con los cinturones o con cuerdas. Cómo podría hacer mucho calor o mucho frío. En ambos casos necesitarían una chaqueta.

Llegó el día. Romeo y Landreaux se dirigieron sin prisa hacia la fila de los compañeros que volvían a casa y se detuvieron al final de la cola. Cabeza Taza aguardaba junto a la puerta abierta del autobús, comprobando la lista. Cada estudiante de la fila llevaba una bolsa de ropa. Landreaux y Romeo también llevaban bolsas. En el último momento, se agacharon, se deslizaron por detrás de la cola del autobús, rodaron por las sombras y luego se arrastraron hacia las entrañas del vehículo. Había una barra de unos treinta centímetros de ancho a la que podían sujetarse y que bajaba

por todo el centro, y junto a ella dos bandejas recogedoras para ayudarlos a mantener el equilibrio. Dejaron sus bolsas en las bandejas y se colocaron bocabajo, con los pies levantados, sujetándose a la barra por los tobillos y frente a frente.

Transcurrió una eternidad antes de que el autobús arrancara y el motor rugiera ferozmente. Avanzó a trompicones por las calles del pueblo. Los muchachos podían notar cómo entraban las marchas del motor, cambiaban de forma y transferían potencia. Cuando enfilaron la carretera principal, el autobús dio varias sacudidas y luego se estabilizó con suavidad en una marcha más larga.

Levantaron las cabezas, aturridos, en medio del enorme rugido del motor. Les dolían los oídos. De vez en cuando, alguna piedra o gravilla saltaba y les golpeaba como un perdigón. Parecía como si el asfalto agitara sus huesos. Sus cuerpos recibían descargas de adrenalina y un terror irreal también se apoderó de ellos. Bocabajo, con los pies levantados, agarrados a la barra por los tobillos, frente a frente, se mantuvieron en esa posición, aterrados.

El dolor se abrió camino en los tímpanos de Romeo, pero él sabía que si levantaba las manos, moriría al caerse. El dolor se fue agudizando más y más, hasta que algo estalló suavemente en su cabeza y el ruido disminuyó. Los muchachos intentaron con todas sus fuerzas no mirar hacia abajo. Pero la carretera los rodeaba por todas partes en una nebulosa fluida y feroz, y la única alternativa era mirarse el uno al otro.

Landreaux cerró los ojos. La oscuridad se apoderó de él hasta aturdirlo. Tenía que fijar la mirada en Romeo, a quien no le gustaba que lo mirasen y nunca miraba a nadie a los ojos, a no ser que una maestra le sujetara la cabeza y lo obligara. Era algo que no se hacía en la familia de Landreaux. Tampoco lo hacían sus amigos. Sacaba de quicio a las maestras blancas. En aquellos días, los indios raras veces miraban a la gente a los ojos. Incluso en estos tiempos, es algo incómodo, nada sincero sino invasivo. Debajo del autobús, no había otro lugar al que mirar sino a los ojos del otro. Incluso cuando ambos se hicieron mayores y recordaban esa terrible experiencia, esa mirada forzada quizá fuese lo peor de todo.

El pelo ralo de color rata de Romeo se aplastó y sus pupilas destilaron miedo. El rostro hermoso de Landreaux aparecía aplastado por el viento y su espesa mata de pelo volaba hacia atrás. Sus ojos quedaban comprimidos en unas alargadas hendiduras de gato, pero podía ver —oh, sí, podía ver— las motas castañas en los iris de Romeo, kilómetro tras kilómetro. Y se puso a pensar, a medida que pasaban los minutos, minutos interminables que se convertían en más de una hora, una hora interminable, que los ojos de Romeo serían lo último que vería en el mundo porque sus cuerpos iban perdiendo la fuerza necesaria para sujetarse a la barra. Brazos, hombros, estómago, muslos y pantorrillas: todo estaba tenso pero se iba aflojando más y más como si el ruido mismo los estuviera separando de la barra. De no haber sido ambos unos muchachos fuertes, ligeros y musculosos, capaces de trepar a postes, saltar vallas, agarrarse a una rama con una mano y balancearse hacia un árbol o por

encima de una tapia, habrían muerto. Si el autobús no hubiera reducido la velocidad exactamente cuando lo hizo y no se hubiera detenido, también habrían muerto.

Estaban mudos de dolor. Landreaux balbuceó unas palabras, pero descubrieron que no podían oír nada. Observaron cómo el otro abría y cerraba la boca sin percibir ningún sonido.

Lloraron mientras se soltaban de la barra a la vez que la sangre les volvía a los músculos. De debajo del vehículo, divisaron las gruesas y pálidas piernas de Cabeza Taza y los pantalones grises del conductor. Después, los tobillos huesudos de los otros niños y los pies arrastrándose. Esperaron en el suelo de alquitrán del aparcamiento a que todo el mundo se hubiera ido a los aseos y subido de nuevo al autobús. Las puertas se cerraron, el conductor arrancó despacio y ese fue el momento en que salieron rodando de debajo. Se tiraron de cabeza detrás de un contenedor de basura. Una vez que el vehículo hubo desaparecido, se dirigieron, tambaleantes, hacia una cortina de densas píceas azules en la linde. Durante media hora, se retorcieron bajo las ramas y mordieron palos. Cuando el dolor hubo remitido lo suficiente como para poder respirar, estaban sedientos y también hambrientos, y recordaron que se habían dejado las bolsas con sus pertenencias en los bajos del autobús. Recordaron dolorosamente el pan que habían escondido entre la ropa.

El área de descanso estaba vacía, así que abandonaron los matorrales y entraron. Bebieron agua del grifo, orinaron y se preguntaron si podrían esconderse y pasar allí la noche. Pero en los aseos no había dónde ocultarse. Rebuscando en la basura, Romeo encontró un resto de chocolatina. El chocolate consiguió devolverles un poco de energía. Al salir por la puerta, advirtieron que un coche salía de la carretera. Fueron por la parte de atrás y se escondieron entre los árboles. Una familia de cuatro miembros bajó del coche con dos bolsas de papel marrón. Los niños dejaron las bolsas sobre la mesa del merendero y, acto seguido, la familia al completo se dirigió a los servicios.

En cuanto desaparecieron, Landreaux salió disparado hacia las bolsas. Romeo corrió hasta el coche para ver si había más comida y vio que las llaves todavía estaban puestas. Hizo una señal a Landreaux, que se acercó a paso ligero, se deslizó detrás del volante, giró la llave y arrancó como si lo hubiese hecho toda la vida.

Romeo y Landreaux se desviaron de la carretera principal para enfilear un camino comarcal. Pronto el asfalto se convirtió en gravilla. Landreaux siguió avanzando. Se comieron los bocadillos, los huevos rellenos, todo salvo las dos manzanas, y guardaron la botella de limonada, los gorros y las chaquetas. Dejaron el coche aparcado junto a una carretera secundaria tras unos matorrales y retrocedieron hasta unas vías de tren que habían cruzado. Comenzaron a caminar hacia el oeste por las traviesas. Cuando anocheció, encontraron una hilera de árboles a modo de cortavientos y se pusieron las chaquetas y utilizaron las gorras como almohada. Se comieron las manzanas y bebieron un tercio de la limonada. Pasaron tres trenes

durante la noche, a demasiada velocidad como para poder subirse a ellos. Por la mañana reanudaron la marcha.

—Hay una cosa que me pregunto —dijo Romeo—, y espero no saberla nunca.

—Ah —respondió Landreaux.

—¿Cómo se corta el pelo Cabeza Taza? ¿Con una taza del tamaño exacto de su cabeza o qué?

—Ese pelo pasó de castaño a blanco en un día —dijo Landreaux.

El intenso brillo de su pelo era realmente notable.

Romeo no se creía que hubiese sucedido en un solo día, pero preguntó cómo.

—Lo que he oído es que volvió del comedor y vio a Milbert Good Road con el mismo aspecto que tenía después de haberse ahogado en aquella excursión de la escuela. Le preguntó por qué no corrió a rescatarlo cuando vio que se hundía en el agua. A ella el agua no le llegaba más arriba del ombligo. La gente dice que estaba «parasitada».

—Paralizada —murmuró Romeo.

—Llamó al señor Jalynski a grito pelado y él se tiró al agua. Ermine también se tiró y avanzó por el agua; todos los niños que sabían nadar se tiraron y todos los demás adultos también. No lo encontraron hasta más tarde. Dijeron que había sido un mocasín de agua.

Romeo no dijo nada, pero a veces tenía dudas acerca de Landreaux. Algunos chicos habían oído a un profesor de Luisiana mencionar lo letales que eran los mocasines de agua. Algunos chavales se inventaron que se trataba de un mocasín hecho de agua que se enrollaba en el pie y arrastraba a la gente hasta el fondo. Romeo sabía que era una serpiente y que Milbert se había ahogado porque no sabía nadar. Landreaux era guay, pero ¿«parasitada»? ¿Mocasines de agua? Esos lapsus irritaban a Romeo. No solo eso, le hacían daño en el cerebro.

—Ese tren no puede seguir eternamente, sin motivo —se quejó Romeo—. Debe de haber un silo en alguna parte.

Divisaron una granja a varios kilómetros de distancia. Un cuadrado verdoso en el horizonte rodeado de una llanura blanca. El sol estaba bajo en el cielo y se habían bebido toda la limonada, vigilándose mutua y celosamente. Pero Landreaux dio a Romeo el último sorbo, diciéndole «termínala» a regañadientes y apartando la mirada. Llevaban horas sin comer nada salvo las puntas jugosas de las hierbas altas que bordeaban las vías.

—Puede que lleguemos antes de que oscurezca —dijo Romeo.

—Segurísimo que habrá un perro —observó Landreaux.

Pero allá fueron.

Desde un bonito cortavientos formado por árboles de hoja perenne y viejos lilos escrutaron la casa: dos plantas, pintadas de blanco, una moldura de madera festoneada alrededor de toda la primera planta y cuatro sencillas columnas que

sujetaban un porche delantero, exiguo pero de aspecto digno. Una luz se encendió en la parte trasera. La contrapuerta se abrió con un chirrido y se cerró con un portazo. Un viejo perro negro con el hocico blanco salió al jardín, tambaleante y con paso rígido, seguido por una mujer mayor y bastante alta. Llevaba un vestido blanquecino, un jersey gris de hombre dado de sí y unas zapatillas de piel de oveja. Los muchachos se fijaron en las zapatillas porque pasó por delante de ellos en la linde del césped. El perro iba a la zaga y se detuvo ante ellos, olfateando, con los ojos opacos y con cataratas.

—Pepperboy, ven aquí —ordenó la mujer.

El perro permaneció delante de los chicos un poco más. Tras decidir que eran inofensivos, dio unos dolorosos y mecánicos pasos hacia su ama. Ambos continuaron dando una vuelta por el jardín. Dieron diez vueltas, aminorando el paso a cada vuelta, por lo que, a ojos del mareado Landreaux, la mujer y el perro parecían capturar los últimos rayos de luz que se filtraban entre los árboles, llevándoselos con ellos mientras arrostraban continuos embates de oscuridad. Al fin se hizo de noche y la mujer y el perro se tornaron casi invisibles. Cada vez que pasaban, el perro se detenía para medir a los muchachos y luego se reunía de nuevo con la mujer. En la última vuelta, los chicos escucharon sus pasos acercarse. Esta vez, cuando el perro se detuvo, la silueta oscura de la mujer apareció, amenazante.

—¿Tenéis hambre? —preguntó—. He preparado algo de cena.

No se atrevieron a contestar.

Se alejó. Al cabo de unos instantes, los chicos salieron de su escondrijo entre el susurro de la hierba y la siguieron hasta la puerta. Se quedaron fuera cuando ella entró.

—Ya que estáis aquí, será mejor que paséis —exclamó, con voz diferente, insegura, como si dudara de haberlos visto de verdad.

Los chicos entraron en la cocina y dieron un paso atrás, vacilantes, al ver a la anciana bajo la luz. Era impresionante: desgarbada y extremadamente alta, con la piel profundamente curtida por el sol; el rostro semejaba un abanico plegado de arrugas verticales. Una gruesa mata de pelo blanco le caía por la frente como una cresta. Tenía el pelo recogido hacia atrás en las sienes y le sobresalían las orejas, unas orejas caídas que parecían tortitas crujientes y quemadas a lo largo de toda una vida. Era más que anciana, era poderosamente vieja. El azul lechoso de sus ojos se fundía en tonos blancos de manera espeluznante, lo que le otorgaba la autoridad de quien se ha levantado de la tumba. La mujer no solo tenía un aspecto extraño, sino que había un teléfono en la cocina. ¿Cuánto tardaría en llamar al *sheriff*? Los chicos estaban tan nerviosos que pensaron en salir corriendo.

—¡Vaya, si lleváis ropa nueva! —dijo la mujer de pronto, y esbozó una sonrisa desdentada, con dulzura, como si los conociera.

Los muchachos se miraron la vieja y sucia ropa que vestían.

La mujer se dio la vuelta para abrir la puerta del frigorífico y comenzó a sacar

cazuelas y platos cubiertos con papel de aluminio. Se los tendió a los chicos, que dieron un paso adelante.

—Metedlos en el horno —ordenó.

Landreaux abrió el horno de una impoluta cocina de cerámica y entre los dos fueron dejando plato tras plato en el interior. El horno estaba frío. Romeo examinó los mandos y lo encendió. Los números llegaban hasta 500. Eligió 425.

—Bien —dijo la mujer, frotándose las manos—. Y ahora, ¿qué más?

Abrió un armario y sacó una caja de galletas saladas y una lata de sardinas. Dejó todo sobre la mesa. Ya había una jarra sudorosa de té helado.

—Coged unos vasos.

Señaló con la mano al escurrer platos y se sentó. El perro se levantó de una alfombrilla en un rincón y fue a tumbarse a sus pies. Mientras los muchachos trasegaban el té, ella despegó la llave de la lata de sardinas, insertó la pestaña con mano temblorosa en la rendija y comenzó a enrollar la tapa hasta la mitad.

—¿Tenedores?

Movió la cabeza hacia los cajones a la izquierda del fregadero. Landreaux trajo los tenedores. Romeo adivinó el armario correcto y puso sobre la mesa tres grandes platos amarillos con unas señoras con faldas con mucho vuelo y caballeros con sombreros de copa bailando por todo el ribete.

La mujer pinchó un trozo de sardina en la lata y lo aplastó sobre una galleta salada. Asintió con la cabeza a los muchachos, invitándolos a hacer lo mismo. Al principio la comida se les atragantaba, luego sus manos parecían servirse sin querer, comiendo una galleta salada tras otra. Engulleron todas las sardinas menos la última, que se la dejaron a la anciana. Ella se había quedado mirándolos, sonriendo con sus escasos y rotos dientes.

—Adelante, ya he tenido suficiente —dijo.

Los chicos compartieron el último bocado.

—El señor está muerto —les contó—. El corazón. El mío sigue con fuerza, pero no me importa si se apaga. ¿Cómo están tu madre y tu padre? —preguntó a Landreaux—. ¿Cavaron la bodega?

Landreaux miró a Romeo y enarcó las cejas.

—¿La cavaron? —preguntó Romeo.

La mujer asintió.

—Bien. Así es como se conserva la comida para el invierno. Se lo dijimos. Ese frío golpeó duro a los indios. El señor dijo que se estaban muriendo todos. Uno por día. Así que me alegro de veros, muchachos, me alegro de que consiguierais llegar hasta aquí. Tu familia es del buen tipo de indio. El señor siempre decía que cuando son buenos, son los mejores amigos que se pueda tener. Uno malo te roba y te deja sin nada, y se vuelven malvados cuando están borrachos. Vosotros, chicos, siempre habéis sido buenos. Buenos chicos.

Sonó el teléfono, lo que les sobresaltó. La mujer se humedeció los labios y se

levantó para contestar; era un teléfono negro colgado en la pared con los números del dial desgastados. Se llevó el auricular con gravedad a su enorme oreja.

—Muy bien —dijo.

Miraba la caja del teléfono como si quienquiera que llamase estuviera dentro.

—Todavía no he cenado —continuó con gesto inseguro, como si se tratase de una pregunta trampa—. Sí, el horno está apagado —dijo dócilmente—. Ahora lo sacaré. Sí, sí, tengo hambre.

Una mirada taimada cubrió su rostro y se volvió para guiñar un ojo a los chicos.

—¡Más hambre que nunca!... De acuerdo. Buenas noches.

Colgó el teléfono y farfulló:

—Hmmmfff.

Los cálidos aromas de la comida habían impregnado la cocina, pero ella no lo advirtió. Se sentó a la mesa otra vez y frunció el ceño al aire.

—¿Sacamos ya la comida? —preguntó Romeo.

La boca de la mujer se movió en silencio y luego se sobresaltó.

—Sacad los platos, por favor, chicos. ¡Vamos a comer!

Puré de patata, salsa, maíz con mantequilla, espinacas con nata, pollo guisado con guisantes y zanahorias y salsa de maíz asada por error hasta obtener un rico sabor. Una gruesa chuleta de cerdo, que los chicos compartieron, pan de maíz, zanahorias con mantequilla dulce, macarrones con queso, macarrones con carne y macarrones con atún. Un grueso filete de ternera con champiñón. Más salsa. Lo engulleron todo. Algunos platos tenían un sabor discutible, pero estaban calientes y buenos. En la encimera, debajo de un paño de cocina había una tarta de manzana, esponjosa y rebosante de un zumo espeso y dulzón, intacta.

La anciana se relajó, se recostó para maravillarse mientras miraba cómo los chicos comían y comían.

—Vosotros, chicos, siempre podéis comer, siempre —masculló.

Cuando terminaron, se recostaron en las sillas, abotargados, y ella continuó:

—No hay mucho que lavar salvo los platos y los cubiertos. Ceel dice que los deje en remojo. Dice que tendrá que fregarlos otra vez de todas maneras. Además, me imagino que vosotros tenéis que regresar con vuestra gente. Podéis llevaros un poco de esto con vosotros, las sobras. Les podría apetecer a vuestros hermanos y hermanas. Yo no lo necesito. No puedo dejar de cocinar para un montón de gente. Entonces ¿qué?, ¿os marcháis?

—Nosotros... no podemos volver a casa —dijo Romeo—. ¿Podemos quedarnos aquí? ¿Con usted?

La mujer miró a un chico y luego al otro.

—Nunca lo habíais hecho antes —dijo.

—Es que está muy oscuro —aventuró Landreaux.

La anciana se echó a reír.

—Tu padre dice que los indios pueden ver en la oscuridad, pero puede que tú

todavía no estés instruido. Claro. Hacedme un favor. Id a dormir arriba, a la habitación con la colcha verde. Revolvedla a gusto y no os despertéis hasta por la mañana. Me gusta poner la radio aquí abajo por la noche. Me gusta escucharla en el sofá hasta quedarme dormida. Es un buen sofá, pero Ceel siempre comprueba a ver si he dormido en él. Por mi espalda. Y un cuerno. ¡Venga! ¡Vamos!

Los envió arriba entre risas.

—Eso le arreglará la pierna a Ceel —dijo mientras giraba el dial de la radio hasta que sintonizó alguna música lenta tipo vals. Apagó la luz y se acomodó entre los almohadones.

Los muchachos, exhaustos y satisfechos, durmieron hasta bien entrada la mañana y se despertaron al oír voces en la planta baja. La voz del hombre joven era sonora y petulante y llevaba zapatos ruidosos. Podían oír el alboroto de pasos moviéndose y la voz del hombre desvaneciéndose, aunque seguía siendo audible. La voz de la mujer sonaba tenue y tranquilizadora, igual que cuando hablaba por teléfono. No podían discernir lo que estaban diciendo.

Oyeron cómo entraban y salían de la cocina, repitiendo la misma cantinela una y otra vez.

—¡No puedes haber comido tanto! ¡Vine a limpiarte la nevera y no puedes haber comido tanto!

El joven debía de haber rebuscado en la basura.

—Y no has tirado la comida a la basura. A no ser que la tiraras en el bosque.

La anciana contestó algo.

—¡Está bien, está bien! No harías algo así. ¿Has vuelto a dormir en el sofá, mamá? Dime. Te dije que no lo hicieras, ¿no? ¿Quieres destrozarte la espalda y obligarme a arrastrarte hasta el quiropráctico cuando tengo tantas cosas que hacer? ¿Eh? ¡No te hagas la sorda conmigo! No apartes la cabeza de esa manera.

Ella debió de admitir que había dormido en el sofá, porque el joven, su hijo, la regañó con más vehemencia. Los muchachos estaban estupefactos, escuchando. Aunque habían oído discusiones entre adultos, la manera en que el hijo trataba con sarcasmo y paternalismo a su madre alteraba el orden mismo del amor.

—De acuerdo —dijo el hijo de manera desagradable—. De acuerdo, gracias por ser sincera conmigo. Así no tengo que subir y recoger arriba.

Entonces los chicos comprendieron que la anciana se acordaba de que estaban allí.

Ella dijo algo más y debió de terminar de convencer a su hijo.

—Quizá yo pensaba que había más comida de la que había. Eh. Bueno, te dejaré esta bolsa. No lo cocines todo de golpe, ¿eh? Esto te tiene que durar toda la semana. Todavía tienes lo que hay en el congelador. Pero, oye, lo de la tarta. ¡Mamá, a mí no me mientas! No me mientas nunca. Tú haces esas malditas tartas y nunca comes tanto.

Oyeron cómo ella alzaba la voz para replicar:

—¡Yo recogí las manzanas de mi propio árbol! Las cociné y las congelé. Puedo hacer una tarta si me apetece, ¿no?

Y la pregunta recelosa del hijo:

—¡Solo quedan dos trozos! ¿Qué está pasando aquí? ¿Has tenido alguna visita?

La anciana debió de inventarse una historia sobre el perro, porque el hijo dijo a continuación:

—¿Vomitó? ¿En casa?

Ceel dio varios pasos sonoros más, buscando los restos del vómito, pero por lo visto el perro era demasiado viejo como para subir las escaleras, porque Ceel no subió a mirar. Se marchó. El motor de una enorme camioneta blanca rugió. Los muchachos se asomaron a una ventana y miraron cómo el hijo recorría una parcela de tierra hasta no ser más que una mota de polvo.

Bajaron las escaleras. La mujer se encontraba junto a la ventana con los ojos clavados en el lugar que había abandonado su hijo. Se dio la vuelta, con el rostro encendido de emociones que los chicos conocían bien: la rabia y la vergüenza de doblegarte ante una persona virtuosa que controlaba tu destino. Que te arrojaba su bondad a la cara. No era algo que ellos podían nombrar, pero les marcaría para el resto de su vida. Los chicos comprendían a la anciana de la misma manera que ella creía comprenderlos a ellos. Al fin, la mujer pareció desmoronarse. Se llevó la mano temblorosa al pecho.

—Me alegro de veros, muchachos —dijo con repentinas lágrimas en los ojos.

Se rio, aliviada, y pudieron constatar el miedo que tenía de que su hijo se diera cuenta de lo perdida que estaba en este mundo.

—¿Tenéis hambre otra vez? —preguntó con su esquelética sonrisa.

Más tarde, esa misma mañana, la mujer habló.

—Oh, esas sí que eran buenas tierras allá arriba. Comenzamos en el lago Devil. Una bonita extensión de tierra. Unos pastos inclinados, unas hectáreas llanas. Solo había que remover la tierra. Agua a tan solo cinco metros bajo el suelo. Teníamos un pozo. Pura. El señor compró el terreno directamente a tu madre y a tu padre en 1912, cuando tuvieron que pagar impuestos. Todos los granjeros compraron tierras a los indios a precio de ganga aquel año. Todos os trasladasteis a vivir con vuestro abuelo, pero allí teníais una granja miserable. Quizá recuerdes lo guapa que era tu madre por aquel entonces, con unas trenzas indias, y venía aquí a por un poco de comida, lo mismo que vosotros dos ahora, y yo siempre tenía algo para ella. Abrigos viejos, vestidos, mantas, trapos desgastados para retales. Incluso le di aguja e hilo. Me encantaba vuestra gente. Y siempre me traían un poco de cualquier cosa que cazaran, además. Murieron tan deprisa. Se desvanecieron sin más. Por una razón u otra, caían enfermos.

»Y vosotros, ¿adónde fuisteis? —Se enderezó en la silla y los miró con una intensidad frágil—. ¿Adónde fuisteis?

—Fuimos al internado —respondieron.

—Ah, sí —dijo ella—. Claro. Fort Totten. ¿Os daban bien de comer?

Hacía años que Fort Totten había cerrado.

Aunque siempre hubieran podido comer algo más, en la escuela habían tenido suficiente comida. Era una de las razones por las que a Romeo le encantaba. No, la comida no era el motivo por el que Landreaux se había fugado. Tenía más que ver con vivir sojuzgado por normas que le eran ajenas, y con sus abuelos que lo habían querido pero que quizá ya no existiesen, y con esa cosa que había visto en los ojos de la anciana: luchar por seguir siendo uno mismo. Siempre se le recordaba a Landreaux la sonrisa sabelotodo cada vez que hacía algo indio. Y Landreaux también sentía poderosamente la otra parte, la manera en que el hijo de la mujer había tratado a su madre, la desesperación de ella por saber qué realidad elegir.

—Nos ha dado de comer muy bien —dijo Landreaux.

La mujer los miró con su severo y arrugado rostro y sus ojos del mundo de los espíritus.

—¿Queréis algo? Cogedlo. —Señaló a su alrededor—. Coged lo que queráis, antes de que él se lo lleve. Quiere vender, las tierras, la casa. Todo por lo que hemos vivido. Y vosotros siempre habéis sido unos chicos tan buenos. Unos muchachos tranquilos. Con la cabeza gacha. Así, como lo estáis haciendo ahora —dijo a Romeo y a Landreaux—. Coged, cogedlo todo.

Tinajas de agua, dinero y bolsas de comida. Romeo y Landreaux caminaron de vuelta a las vías del ferrocarril y continuaron hacia el oeste. Cuarenta años después, las vías llevarían vagones salchicha de acero negro de más de un kilómetro de largo cargados con petróleo extraído por *fracking*; los trenes no se detendrían hasta que estallaran o llegaran a puerto. Pero cuando los muchachos se fugaron, solo circulaban trenes de mercancías que cargaban vagones de cereales en los silos de los pueblos. Solo después de caminar por las vías y recorrer cientos de hectáreas de trigales y maizales, se les ocurrió que no había razón alguna para que un tren cargara en un silo de cereales a principios del verano.

Se detuvieron junto a un bonito chopo, se sentaron y se atiborraron con los huevos duros, los sándwiches, el queso y los encurtidos. La vieja granjera les había dado un calcetín repleto de billetes enrollados. También intentó regalarles el reloj de su marido, un anillo con piedras blancas, una pulsera hecha con piedras amarillas y un reloj que, según les contó, era muy antiguo. Landreaux se habría llevado todas esas cosas, pero Romeo las rechazó educadamente.

—Tío, ¿te habías vuelto loco ahí en la casa? —dijo Romeo a Landreaux mientras comía—. Si la poli nos llega a pillar con las cosas de la granjera, nos meten en chirona.

Landreaux se encogió de hombros.

—Deberíamos contar el dinero.

Los billetes de arriba en el fajo eran de diez dólares y los billetes del interior eran de veinte, y también había un par de billetes de cien dólares, que miraron extasiados.

—Oh, no, no, no, no —dijo Romeo—. Me apuesto lo que quieras a que Ceel sabe todo esto. Seguro que va a la poli.

Landreaux estaba aturdido. Seguía contando. Más de mil dólares.

Los muchachos repartieron el dinero con cuidado. Levantaron las suelas de sus zapatos y escondieron allí los billetes de cien y de veinte dólares. Cada uno guardó setenta dólares a mano, en los bolsillos, y reanudaron la marcha, pisando la suela de dinero en los zapatos, hasta que llegaron a un pueblo. Era bastante grande y tenía una tienda Ben Franklin de todo a diez centavos. Entraron. La dependienta los siguió por la tienda; estaban acostumbrados. A Landreaux no le molestó, pero Romeo agitó con insolencia un billete de diez dólares ante ella. Landreaux compró palitos de regaliz negro. Romeo, espirales rojas. Pagaron y bajaron por la acera hasta el final del pueblo y dieron la vuelta, mientras Landreaux fingía que fumaba. En el extremo este pasaron por delante de un pequeño café donde había un cartel: «Autobús». A Landreaux le daba miedo comprar un billete. Además discutieron sobre adónde ir. ¿A casa? A casa, no.

—Podríamos ir a Minneapolis y buscarnos un trabajo —propuso Landreaux, porque había oído a la gente decir eso.

Romeo se quedó mirando a Landreaux.

—Nadie nos va a contratar —dijo—. Se supone que deberíamos estar en la escuela. Si nos ven, incluso nos puede detener la policía.

¿Cómo había podido llegar hasta aquí Landreaux, se preguntó, sin comprender cómo funcionaba el mundo? Pero Landreaux seguía hablando de ir a Minneapolis a trabajar hasta que Romeo se rindió y compraron los billetes; eran tan caros que Romeo supo con toda seguridad que aquello era una enorme estupidez. Cuando subieron al autobús, dijo:

—¿Qué vamos a hacer? Nos hemos jugado la vida para no subirnos a un autobús.

Pero el autobús arrancó con un ruido sordo y quedaron atrapados dentro de él. Al menos los asientos eran mullidos y podían reclinarsse. Tenían el estómago lleno. Dieron varias cabezadas hasta sumirse en un profundo sueño. Se despertaron en la parada para almorzar, compraron sopa y la engulleron a toda prisa. Al observar a Romeo tragándose la sopa, Landreaux pensó, como lo había hecho muchas veces, en cómo Romeo se parecía a una comadreja con esa cara afilada, ojos juntos y mandíbulas ávidas.

Atravesaron las llanuras de Dakota del Norte y luego las colinas salpicadas de granjas de Minnesota. Iban en silencio, fascinados por el bonito paisaje, los pequeños y ordenados pueblos de ladrillos y piedra. Después, enfilaron una autopista vacía. Landreaux la vio. Agarró a Romeo y lo empujó contra la ventanilla del autobús. Una mujer caminaba por el arcén, hacia ellos. Landreaux la había visto como un puntito a

lo lejos, pero algo le resultaba familiar en ella. Cuando estuvo lo bastante cerca, se dio cuenta de que era Cabeza Taza. Tenía el pelo blanco y sobresalía de la misma manera que el suyo. Se agacharon cuando el autobús pasó a toda velocidad delante de ella. Landreaux se dirigió al fondo para ver si ella los había reconocido. Se chocó con dos adultos que estaban besuqueándose debajo de una manta en el asiento de atrás. Cabeza Taza aparecía a lo lejos pero estaba corriendo, pensó; claramente corría tras ellos. Sabía que era lenta. La había visto perseguir a un niño llamado Artan. Aunque fuera lenta, era constante; nunca se detenía. Artan corría en círculos a su alrededor, pero aun así ella lo atrapó, porque aguantó más que él, nunca se rindió, nunca flaqueó en su propósito.

Estaba temblando cuando volvió a sentarse al lado de Romeo. Cuando Landreaux le contó lo que había visto, Romeo puso la mano en el brazo de Landreaux y le dijo que no era Cabeza Taza.

—Muchas señoras se le parecen, ¿no te has fijado?

Landreaux se tranquilizó, pero no podía evitar el extraño pensamiento de que Cabeza Taza era un espíritu, una fuerza, un elemento que había liberado el internado para perseguirlos hasta el fin de los tiempos.

El autobús los llevó hasta la ciudad.

Cuando subieron al autobús, el conductor les había preguntado quién les esperaba en Minneapolis. Se habían quedado mudos. «¿Vuestros padres? ¿Algún pariente?», había preguntado. Asintieron con alivio. Se disponían ahora a bajar delante del conductor, pero él los retuvo.

—Esperad. Os acompañaré hasta dejaros con vuestros padres —dijo—. ¿De acuerdo, muchachos?

Asintieron de nuevo. Cuando el conductor bajó para abrir el maletero, se escabulleron y entraron en la estación. Se mezclaron con un grupo de personas que escudriñaba la pequeña aglomeración que aguardaba a un lado de la acera detrás de una cuerda. Los muchachos se colaron por debajo de la cuerda, se precipitaron por las puertas acristaladas y enseguida se encontraron en la calle.

El ruido los agobiaba por todos lados y los empujaba hacia delante. Romeo intentó seguir las señales metálicas y mantenerse en la Primera Avenida. Solo habían visto semáforos unas pocas veces en su vida. Ahora había semáforos por todas partes. Copiaron lo que hacían los demás, se detuvieron para beber en una fuente pública, miraron escaparates o menús enmarcados delante de los restaurantes. Caminaban como si supieran adónde se dirigían. En una esquina, compraron en una pequeña tienda unas botellas de refresco y cajas de palomitas con mantequilla. De pronto llegaron al final de la calle que delimitaba el centro de la ciudad. Había un edificio de ladrillo rojizo y un cartel que rezaba: «Piel de ante Berman». Un aparcamiento de grava, cadenas y muros agrietados. Y más allá, una espesura de malas hierbas, maleza y árboles altos y delgados.

Se adentraron en la maleza. Un sendero bajaba, serpenteante, hasta un ancho río. Se abrieron camino por la ribera hasta el contrafuerte de hormigón que sujetaba el puente. Allí descubrieron señales de un campamento: algunos troncos recogidos del río y colocados alrededor de la mancha de una hoguera apagada, rocas ennegrecidas, mantas guardadas debajo de unas tablas de madera, dos enormes y hundidas cajas de cartón y bolsas llenas de latas y botellas vacías. Trozos de alfombras mugrientas aparecían extendidos donde el suelo era más uniforme. Se bebieron los refrescos de naranja y se comieron las palomitas. Añadieron las botellas a las demás, rompieron los envases de cartón en trocitos y los arrojaron al río. Contemplaron los remolinos de papel que flotaban hacia el este. Estaba anocheciendo.

—Subamos ahí arriba —sugirió Landreaux.

Alzaron la cabeza y miraron los entramados de hierro. Sobresalían unas puntas oxidadas de los hierros en los erosionados pilares de hormigón, lo suficiente como para apoyar las manos y los pies y poder trepar. Landreaux sacó una manta harapienta de debajo de las tablas, se la colgó del cuello y trepó. La manta apestaba a putrefacción y orina. Romeo cogió otra manta y la sacudió, pero el hedor casi lo asfixió y la dejó. La cima del pilar de hormigón era lo bastante grande para ambos, pero caía en picado hacia el río por un lado. Había un espacio de un metro veinte entre sus cabezas y las vigas de hierro que sujetaban el armazón de madera y los raíles. El tren pasaría por encima a un lado de ellos. Haría un gran estruendo, pero al fin y al cabo ya habían estado dentro del chasis de un autobús escolar.

Se despertaron y se retorcieron juntos cuando el tren pasó por el puente. Después, no pudieron volver a dormirse enseguida y permanecieron tumbados, despiertos, escuchando. Todo se fue apagando poco a poco: el ruido del tráfico y los latidos de la ciudad. Todo se quedó tan tranquilo que podía oírse el murmullo del río cobrando fuerza al llegar a un punto más torrencial, que lo mismo podía ser una presa o una cascada. Se quedaron profundamente dormidos otra vez. Cerca del amanecer, cuando comenzaba a clarear, Romeo oyó voces más abajo. Dio un leve codazo a Landreaux con cuidado, ya que Landreaux era capaz de dar muchas vueltas al despertar. Ambos alargaron el cuello y asomaron la cabeza por el borde de su nido para intentar escuchar lo que decía la gente más abajo.

—La hostia —dijo un hombre.

—De puta madre.

—Cojonudo, cojonudo.

—Ocho dólares, tío. Nueve dólares.

—Tiene buena pinta, muy buena pinta.

—Bueno, se ve que no era tu aliento —dijo una mujer.

—Es esa mala sombra de Red Lake.

—Aceite de mofeta chippewa —dijo la mujer.

—Y te encanta.

—No me encanta, pero podría revolcarme en ella.

—Oye, tranquila, tía.

Las voces estallaron en carcajadas, con gritos de alegría hasta que se quedaron sin resuello. Algo que debió de haber hecho la mujer. A lo largo de la siguiente semana, averiguaron que esa hora en concreto previa al amanecer era el único momento del día en que oirían las voces de la gente del campamento. La ciudad estaba dormida y el aire vacío. El agua desprendía una bruma que trasladaba el sonido hasta sus oídos. El resto del tiempo solo podían percibir las voces como un murmullo que subía y bajaba, salpicado por sonoros estallidos de risa y, en una ocasión, un frenesí de gritos y alaridos, una pelea que dio la impresión de terminar en nada cuando los miembros del campamento, siempre cinco y a veces seis, comían o dormían en sus lechos de alfombras o en las cajas, escondidos entre la maleza. La mayoría de ellos eran indios.

Romeo y Landreaux desarrollaron costumbres opuestas a las de los desaliñados habitantes del asentamiento. Alrededor de una hora después de que se hiciera de día, cuando los vagabundos dormían inconscientes, los muchachos bajaban. Rodeaban el círculo de la hoguera y también a los durmientes. A veces robaban algo de comida y saqueaban una bolsa de pan. Una vez se llevaron una lata abierta de alubias cocidas. Tomaban un estrecho sendero que bordeaba el río hasta que se acercaban a otro campamento, quizá uno rival, quizá el origen de la pelea. Los muchachos viraban bruscamente por la ribera para no acercarse demasiado. Una vez en la calzada, cruzaban el río por un parapeto sobre un viejo puente que estaba a punto de derrumbarse. Al otro lado del puente había un vecindario donde se repartía leche. De vez en cuando, se hacían con alguna botella. Cuando las tiendas abrían, compraban pan y medio kilo de mortadela. En un parque, una avenida, en los escalones soleados de una iglesia decrepita, se repartían el pan y el fiambre y se lo comían. Nunca se hartaban de ese desayuno.

Había tres salas de cine diferentes a las que podían ir a pie. Todos los días asistían a una sesión de tarde; después, reunían todos los envases de palomitas a medio comer y los guardaban junto a sus butacas para comerlas durante el siguiente pase. A veces, si la película era extremadamente buena, se escondían detrás de las cortinas de salida hasta que comenzaba la sesión de noche. Vieron *Bigfoot*, *Los aristogatos*, *Regreso al planeta de los simios*, *Aeropuerto*, *Sombras en la oscuridad*, *Hércules en Nueva York*, *Río Lobo*, *Un hombre llamado Caballo* (seis veces; los conmocionó profundamente) y *Soldado azul* (les afectó en lo más hondo, pero fueron invitados a abandonar la sala; no era para niños porque mostraba a una mujer llorando por el brazo amputado de un indio; se quedaron muy impresionados por esa escena tan atroz).

Como querían ver de nuevo esa película, se colaron en la sala de *Soldado azul*. Mientras esperaban a la escena del brazo, una mujer entró con la película empezada y se sentó un par de filas delante de ellos. Su cabello claro sobresalía de su cabeza. Se repantigaron en las butacas y miraron entre los respaldos de la fila que tenían delante. De pronto la mujer se giró. Sus dientes relucieron en la oscuridad. Su cabello peinado

tipo Cabeza Taza resplandeció y se elevó, separado del cuerpo. Levantó la mano. Los chicos creyeron que iba a arrastrarse por encima de las butacas hacia ellos. Pero otra persona fue a sentarse a su lado y ella volvió la cabeza hacia la pantalla. No había visto a los chicos. Se escabulleron sigilosamente. Romeo tenía los pantalones mojados con un poco de orina, pero Landreaux los tenía todavía peor y pensó incluso en que iba a vomitar.

—Lo ves —dijo Landreaux.

—Lo sé —respondió Romeo—. Pero tranquilízate. Se parecía a Cabeza Taza, pero no podía ser ella, tío. ¡No puede ser!

Aun así, estaban desconcertados y callejearon, desencajados, de vuelta hasta el río. Metieron la pata y entraron de lleno en el asentamiento, donde estaban sus habitantes, de los que se escondían y a los que robaban desde hacía casi dos semanas.

Un hombre hizo una llave de cabeza a Landreaux, pero olía tan mal que Landreaux vomitó de verdad y lo soltó.

Una mujer con una larga y desgredada melena agarró a Romeo por los tobillos y lo tiró al suelo.

Un hombre con gafas de sol habló.

—Sentaos —ordenó.

Golpeó el suelo con un largo palo blanco que llevaba colgado del hombro. Señaló la hierba pisoteada alrededor de la hoguera apagada.

Alguien dio una patada a Landreaux y este se desplomó.

Romeo se deshizo de la mujer con un movimiento de hombros y también se sentó.

—El misterio está resuelto —dijo el tipo de las gafas de sol soltando una risotada—. ¿Es que vosotros, capullos, no sabéis que no se roba a los ladrones? Somos ladrones. Robamos a la gente ciegamente, ¿entendido? ¡Ciegamente!

Los demás se echaron a reír como quienes ya han oído el chiste antes. Los muchachos nunca habían visto un bastón blanco de ciego, por lo que no entendieron la broma.

—Ahora hablad —ordenó el de las gafas oscuras—. ¿Qué hacéis aquí?

—Hemos venido a visitar a unos parientes —dijo Romeo.

Aquello le pareció extremadamente gracioso al hombre maloliente. Cuando se rio, los chicos vieron que tenía dos juegos de dientes en la boca, uno tras otro. Tenía la boca tan llena de dientes que parecía difícil poder abrirla. La cerró con cuidado. A pesar del miedo y los nervios, Landreaux mantuvo los ojos clavados en la boca del hombre con la esperanza de que volviese a abrirla.

—Os habéis fugado —dijo el hombre de las gafas oscuras.

—Sí —respondió Landreaux.

—Lleváis aquí bastante tiempo. Hemos advertido que faltaban cosas. Pero pensábamos que eran los vagabundos blancos del otro asentamiento. ¿Os habéis escapado del internado?

—Sí.

El de las gafas de sol asintió. Luego se quitó las gafas, se frotó los ojos azul campanilla y se las volvió a poner. El resto de su persona parecía indio, por lo que sus ojos resultaban sorprendentes. Muy hermosos y sorprendentes. Era un indio esbelto, fibroso de ojos azules con un bigote al mejor estilo kung-fu.

—De acuerdo, muy bien —dijo.

—Os podéis quedar —sentenció el apuesto hombre dentado que había agarrado a Landreaux.

Encendió un fuego con hierbas, luego ramas pequeñas y después ramas más grandes. El fuego llameó enseguida soltando un sonoro chisporroteo. Empujó unas piedras para formar un círculo y añadió trozos de madera, alimentando meticulosamente el fuego, mientras la mujer desgredada abría a duras penas una lata de tres kilos de estofado de ternera Dinty Moore con un destornillador corto. Clavó el destornillador en la tapa de la conserva con fuerza, una y otra vez, intentando unir los agujeros a fin de poder hacer palanca para abrir la lata. El fuego se había consumido hasta convertirse en brasas para cuando consiguió abrirla y los chicos terminaron de contar su historia al hombre de las gafas oscuras. Otra mujer deambulaba por el campamento en silencio, cargada con dos bolsas. Era diminuta como un pajarillo, de aspecto penoso y rostro cubierto de furúnculos. También había un indio callado, fuerte, vestido con ropa de *cowboy* engrasada. Se sentó retirado mientras observaba a los demás con unos pequeños e inquisitivos ojos enrojecidos. Tenía una cara que parecía pisoteada.

El hombre habló de repente con voz áspera y ronca y sacó un centelleante cuchillo de caza Bowie.

—Vosotros, capullos de mierda, ¿me habéis robado la manta?

Romeo y Landreaux se arrugaron contra el suelo. Se desplomaron como dos muñecos. Landreaux sollozó y Romeo soltó pequeños e irritantes chillidos de impotencia.

—Joder —dijo el hombre, limpiándose las uñas con la punta de la hoja—. Voy a matarlos.

Los demás estallaron en una carcajada, pero sin crueldad.

—Cállate —dijo la mujer desgredada—. Solo son unos chiquillos. Duermen ahí arriba. —Señaló el puente del ferrocarril con los labios—. Ni siquiera es un lugar seguro —refunfuñó—. Deberían tener a alguien que cuidase de ellos.

El poderoso indio de la cara pisoteada guardó el cuchillo.

—Siento haberos asustado, mequetrefes —dijo—. Mañana os conseguiré una bonita caja de cartón. Podéis dormir aquí abajo.

La mujer desgredada lanzó el palo con el que había estado removiendo la lata de estofado en la maleza y sacó unos pequeños utensilios de su camisa. Sirvió un poco del guiso en viejos moldes metálicos con restos de costras de tartas y se los tendió a los muchachos.

—Me devolvéis las cucharas cuando acabéis, ¿me oís?

Los chicos asintieron y comieron, con lágrimas cayendo en el guiso.

Esa noche treparon hasta lo alto del pilar y durmieron allí. Quizá fue el estofado, los ojos azules o el cuchillo lo que llevó a Landreaux a dar vueltas y más vueltas y a chillar tan fuerte que despertó a Romeo en mitad de la noche. Landreaux seguía durmiendo cuando comenzó a rodar fuera del pilar. Romeo lo agarró por los brazos y Landreaux se despertó de golpe. La luna brillaba en el cielo y ambos se miraron a los ojos fijamente como lo habían hecho debajo del autobús.

—Te tengo —dijo Romeo.

Landreaux soltó un grito desesperado.

—No temas —dijo Romeo mientras se arrastraba hacia el borde.

Se sentía sereno, tierno y poderoso. Ese momento se le quedaría grabado en la memoria. Sería la última vez que haría algo heroico. Romeo intentó afianzar los pies en el hormigón y ordenó a sus brazos que dejaran de temblar. Pero Landreaux pesaba más que Romeo. Cada vez que Landreaux balanceaba la pierna para intentar encontrar desesperadamente un agarradero, arrastraba a Romeo más cerca del borde. Al final, con un brusco movimiento, Landreaux recobró el equilibrio. Pero al hacerlo, lanzó a Romeo por encima de su cabeza hacia el vacío. Landreaux intentó sujetarse, pero cayó hacia atrás. Podían haber caído al agua y avanzar hasta la orilla, o quizá ahogarse, o golpearse en la base del pilar y matarse, pero en cambio cayeron sobre la tierra cubierta de malas hierbas. Romeo amortiguó la caída de Landreaux, y Romeo comenzó a gritar. Landreaux se desmayó en el acto. Cuando volvió en sí por la mañana, con dolor de cabeza, Landreaux salió de debajo de un trozo de tela para buscar a su amigo. Romeo se hallaba envuelto en un saco junto al fuego apagado y parecía estar muerto. La mujer desgredada surgió de entre la maleza y vertió un poco de *whisky* en la boca de Romeo, luego machacó una pastilla y la puso en un poco de estofado. Lo metió en la boca de Romeo con torpeza para que lo tragara. Romeo quedó inconsciente otra vez y de nuevo pareció estar muerto.

—¿Qué le pasa? —preguntó Landreaux, mientras tocaba el saco que lo envolvía con delicadeza.

—Lo encontramos así.

La mujer estaba totalmente ebria. Intentó dar una palmadita en el pelo de Romeo, pero fallaba siempre el golpe en la cabeza.

—No sabíamos qué hacer, así que lo hemos atado dentro del saco. Se queja del brazo y de la pierna.

Landreaux abrió con cuidado el saco para examinar la pierna de Romeo. No había sangre, pero la pierna tenía un aspecto tremendamente deforme. Incluso en los pantalones. Su brazo también estaba torcido. Sus zapatos habían desaparecido.

—Vamos a llevarlo a un médico —dijo Landreaux, nervioso.

Pero Romeo alzó la cabeza y chilló:

—¡No, no, no, no!

Landreaux retrocedió en cuclillas.

—Tenías razón. ¡Ella está aquí! —Romeo rechinó los dientes mientras sus ojos lanzaban destellos místicos—. Viene a por nosotros. Ahora la he visto.

—¿A quién?

—A Cabeza Taza, tío —susurró Romeo.

—¿Lo ves? —La mujer desgredada dio un paso atrás también, impresionada—. ¿Qué vas a hacer? —Agitó la botella de *whisky*—. Sonny sabe dónde conseguir más. Vamos a dejarlo aquí, bebido para combatir el dolor, ¿eh? Hasta que esté mejor. No queremos que la pasma meta las narices por aquí.

Landreaux reptó junto a Romeo y le palpó el rostro grisáceo. Romeo tenía la piel fría, húmeda y dura como una piedra. Landreaux esperó, observó hasta que cogió aire una vez, y luego otra. A Landreaux le ardían los ojos; sabía muy bien que Romeo había intentado salvarlo. La repentina vergüenza por haber causado las heridas de su amigo se le hizo insoportable.

—Voy a buscar una forma de llevarte al hospital. Espérame aquí —dijo, y salió corriendo, con el dolor de su amigo encogiéndole el corazón.

Landreaux subió corriendo el terraplén. Se detuvo donde se habían caído y cogió los zapatos de Romeo de entre las hierbas. Después, cruzó el puente a toda velocidad, presa del pánico. Aminoró el paso, sacó el dinero de las suelas de los zapatos de Romeo y guardó los billetes en sus propios zapatos. Se puso a recorrer el vecindario que conocían. Caminó durante horas en busca de un policía. Se encontraba tan exhausto que no advirtió el coche de policía que se detuvo en la carretera un poco por delante de él, ni al hombre que se bajó del vehículo, hasta que estuvo lo bastante cerca como para que lo agarrase alguien que sabía agarrar. Landreaux lo percibió. Resultaba tranquilizador que no pudiera escapar, y Landreaux se relajó. Comenzó a hablar. Le explicó al agente de policía todo acerca de Romeo y del asentamiento de los vagabundos y de cómo necesitaba ayuda y cómo su amigo parecía estar muerto.

El agente subió a Landreaux con cuidado en el asiento de atrás, que era de plástico duro separado por una pesada red metálica. Algún día habría plexiglás y Landreaux también llegaría a conocerlo. Había una radio con un micrófono de mano. El policía lo utilizó, hizo preguntas y transmitió la información. Después, volvieron al otro lado del río. Una ambulancia apareció y luego otro coche de policía. Landreaux se quedó en el coche patrulla mientras los demás se abrían camino por el terraplén. Al cabo de un rato la policía regresó.

—Se han largado —dijo un agente.

Landreaux se precipitó fuera del coche y echó a correr hacia los matorrales; se coló por unas mallas sueltas de una valla, se escabulló por una avenida, cruzó una calle y lo atraparon cuando intentaba atravesar un aparcamiento. El agente intentó calmarlo.

—¡Tenéis que encontrarlo!

Landreaux gritó, gimoteó, se quejó y al fin se quedó callado. Lo llevaron en coche hasta la comisaría y lo sentaron en una silla con un vaso de agua y un sándwich. Se quedó sentado allí durante un día entero, y luego otro medio día más. Pero aunque estaba cansado de esperar, se levantó cuando la Cabeza Taza original entró en la comisaría. Se le erizó el vello en la nuca y el estómago le dio un vuelco e intentó vomitar el sándwich. Sabía que estaba en lo cierto. Cabeza Taza era más de lo que aparentaba, incluso un ser sobrenatural.

Mucho más tarde, cuando Landreaux se emborrachó por primera vez detrás del depósito de agua, volvió a comprobar que tenía razón, que ella era el espíritu de los internados. Era bienintencionada y pretendía ayudarlo para que fuera un buen chico, pero un chico blanco.

Cuando Landreaux suplicó piedad a la policía, ella dijo que todos los fugitivos se comportaban de la misma manera. La mujer firmó unos papeles. Un policía acompañó al chico hasta el coche y este pudo ver que Pits se encontraba en el asiento del copiloto. El policía instaló a Landreaux en el asiento trasero del vehículo y le dijo que a partir de ahora estará bien. Landreaux se quedó petrificado, incluso fue incapaz de comerse el almuerzo que le compró Cabeza Taza en un restaurante, por mucho que ella lo apremiara y dijera que se le veía muy delgado.

Cuando estaban a la mitad del camino de vuelta, Pits dijo algo y Cabeza Taza aparcó el coche. Pits abrió la puerta trasera y sacó del coche a Landreaux a empellones, lo empujó por una zanja y lo arrastró hasta un bosquecillo de árboles más allá.

—Vete —espetó.

Landreaux no se atrevió a moverse. Oyó cómo Pits se estaba bajando la bragueta. Un instante después un chorro de orina caliente empapaba la parte trasera de los pantalones de Landreaux.

—Esto es por echar a perder a Romeo; era un buen chico —dijo Pits.

Landreaux se apartó y bajó de nuevo la zanja hasta el coche. Después de llevar un rato conduciendo, Pits murmuró algo en voz baja a Cabeza Taza. La mujer negó con la mullida cabellera cana; él no debería decir lo que había dicho de todos modos.

—¡Puaj! ¡Landreaux ahora es un meón!

El médico de urgencias en el centro médico del condado de Hennepin creía que el brazo de Romeo podría salvarse, pero que la pierna tenía que ser amputada. Estabilizó a Romeo y lo envió al quirófano. Allí el doctor Meyer Buell, cirujano, había estudiado enfermedades infecciosas y se mostraba más cauto a la hora de cortar piernas. Descubrió que Romeo era un indio norteamericano. Sabía que había una posibilidad entre diez de que Romeo descendiera de un indio con inmunidad preternatural, habilidad para la autosanación y que había sobrevivido a miles de plagas.

—Creo en este muchacho —declaró—. A pesar de que es el chico más escuálido,

más apestoso y quizá más feo que haya visto jamás, y en el peor estado posible, procede de una larga estirpe de supervivientes. Tiene alma de rata.

Aquello no era un insulto. Meyer conocía a las ratas, tanto de laboratorio como a las salvajes. De niño, lo habían enviado en barco desde Polonia a casa de unos parientes, justo después de la guerra. Respetaba a las ratas. Admiraba su ingeniosa fuerza de voluntad.

—Esta va a ser una operación muy larga —dijo a las enfermeras mientras lo ayudaban a prepararlo—. Voy a salvar esta triste pierna.

Cada mañana durante dos meses, Romeo esperaba al omnisciente, amable y conmovedor doctor Buell de ojos marrones. Entraba en la habitación, se detenía y decía con leve acento:

—¿Cómo está esa triste pierna hoy?

Con sus inmaculadas manos, sus sabias manos, el doctor Buell retiraba el vendaje y exploraba e incluso olfateaba las partes del brazo y la pierna de Romeo que podía examinar fuera de la escayola.

—Una parte de ti será frágil como un bebé cuando se te quite la escayola.

—Me duele todo, me duele mucho —dijo Romeo—. ¿Dónde están mis zapatos?

—No te preocupes por los zapatos —respondió el doctor Buell, por enésima vez, de la manera más afable posible.

No le dio a Romeo pastillas ni remotamente tan fuertes como las que había tomado. Pasarían años hasta que Romeo volviese a probar las sustancias que le había proporcionado la mujer desgreñada, pero cuando lo hizo, se sintió reconciliado con la única misericordia de este mundo.

WOLFRED Y LAROSE

El viejo ser

Era ancestral y había brotado de la tierra en ebullición. Había dormido, quedándose latente en la tierra y alzándose en la bruma. La tuberculosis había llegado como un torbellino vertiginoso para unirse a la cálida vida. Estaba en cada nuevo mundo y en cada viejo mundo. Primero amó a los animales, luego también amó a las personas. A veces aterrizaba en la cárcel de unos tejidos humanos o se desprendía de las nutritivas frondas del cuerpo. A veces saltaba, se liberaba, excavaba túneles en los huesos o agujeros en los intrincados pulmones hasta convertirlos en elegantes encajes. A veces se quedaba en nada. A veces se hacía un hueco en una familia o comenzaba su incansable recorrido por una escuela donde los niños dormían unos junto a otros.

Una noche después de la oración en la escuela misional, donde dormía la primera LaRose, la Flor, junto a otras niñas en hileras de camas, en un dormitorio frío e inhóspito salvo por el vaho de sus alientos, la tuberculosis salió volando de pronto de los labios entreabiertos de una delgada muchacha. En el gélido viento que se filtraba por una ventana de guillotina torcida, se deslizó por encima de Alice Anakwad. Planeó sobre su hermana Mary. Descendió en picado y se precipitó hacia el bulto inclinado de LaRose bajo una manta de lana, pero la corriente de aire se detuvo de golpe. El viejo ser murió sobre los barrotes de hierro de su cama. Después, una hermana, empujada de forma explosiva por una gotita de la tos de Alice, saltó por encima de los barrotes de la cama de LaRose y se desvaneció en la inhalación de su aliento.

Wolfred estaba esperando para recibirla cuando bajara de la diligencia que la traía a St. Anthony. Había abandonado la casa misional para ir a la escuela misional seis años atrás, tan solo con un vestido y una manta.

¡Y había que verla ahora!

Una ceñida chaqueta de viaje de lana marrón, guantes de cuero de cabritilla, una falda elegante y, debajo, unas medias y unos bombachos con un ribete de encaje que ella misma había confeccionado, un corsé de hueso y una camiseta interior. Le habían pagado durante años de duro trabajo con ropas viejas. Llevaba un sombrero de fieltro ladeado, también marrón, decorado con un lazo lila y el ala iridiscente de un pájaro añil. Sus zapatos presentaban un corte moderno en el tacón que por poco había dejado coja a la dueña de la casa.

Tal y como ella había esperado, Wolfred no la reconoció. Le dirigió una mirada de admiración; luego bajó la vista, decepcionado. Sus ojos volvieron a dirigirse poco a poco hacia ella. Después de un momento, su mirada se convirtió en una asombrada pregunta y dio un paso adelante.

—Soy yo —dijo ella.

Se sonrieron, nerviosos. El semblante de él reflejaba su sorpresa con una

humildad gratificante. Ella se quitó un guante y le tendió la mano. Él la sujetó como si de un pajarillo vivo se tratara. Cargó su baúl sobre el hombro. Caminaron por el borde polvoriento de la carretera. Wolfred le señaló su carreta, su carreta Red River, de dos ruedas y tirada por un buey pinto. Estaba fabricada totalmente en madera, sujeta con gran ingenio. Wolfred colocó el baúl en la parte de atrás y la ayudó a subir a la tabla que hacía las veces de banqueta a su lado. Chasqueó el látigo por encima de la oreja derecha del animal y este tiró del carruaje por la carretera, que se convirtió en un camino lleno de baches. Las ruedas chirriaron como millones de infiernos.

El camino conducía hasta Pembina, el centro del comercio de las Grandes Llanuras, y después continuaba hasta donde Wolfred había decidido probar suerte con una granja. Mientras ella viajaba en medio del desconcertante estruendo, que hacía inútil todo intento de conversación, la invadió un dulce placer. Primero se quitó el sombrero, ahuecó el lazo lila y lo dejó cuidadosamente en equilibrio sobre su regazo. Su piel estaba amarillenta por la falta de sol. Ahora la luz le azotaba los hombros y le quemaba el cuello. Cerró los ojos. Detrás de los párpados, notó una cálida pulsión de la sangre, una sombra rojiza y dorada. Se apoyó con una mano en el brazo de Wolfred para mantener el equilibrio. Las maestras de la misión creían que educar a las mujeres en el arte de llevar una casa con rigor y criar a los hijos con disciplina era esencial para erradicar el salvajismo. Se debía interponer una cuña entre una madre india y su hija, las nuevas maneras eliminarían toda enseñanza primitiva. Pero no habían comprendido la fuerza de la luz del sol en el cuello de una mujer.

El calor hizo revivir en LaRose el momento dorado antes de que su madre fuera destruida. Dirigió una mirada grave a Wolfred. Él parecía haberse convertido en un indio, era cierto. Las maestras le habrían cortado el pelo y lo habrían despojado de todo lo que llevaba puesto: una camisa roja de calicó con estampado de flores, unos pantalones de ante con flecos. Un sombrero de ala ancha, unos mocasines adornados con flores de abalorios y acabados con hilos de colores. La piel de Wolfred estaba bronceada y de un color nuez moscada, y había encendido una pipa. El olor era aromático, el tabaco había sido mezclado con salvia y corteza de sauce rojo. Él le guiñó un ojo cuando advirtió la larga mirada de reojo de ella. Ella intentó reír pero el corsé estaba demasiado apretado. ¿Por qué no reírse? Se metió las manos debajo de la blusa y se aflojó el corsé. Se quitó los zapatos de una patada y se soltó el pelo. El corsé y los zapatos habían sido lo peor: sin poder tomar ni una vez una honda inspiración y convirtiendo cada paso que daba en un lacerante dolor. ¿Quién estaba mirando? ¿A quién le iba a importar ahora si llevaba mocasines, quemaba el corsé y apostaba con los cincuenta botones que abrochaban la espalda de su vestido? Comería carne fresca y adiós a los nabos. Los dientes de Wolfred resplandecían. Cuánto había esperado, en cierta manera. Además no se había casado con ninguna de esas mujeres. ¿Era él ahora demasiado bruto para ella? Se lo preguntó, con emoción. Él aminoró el paso del buey. Detuvo la carreta. El viento tronaba y sin embargo reinaba el silencio en la tierra.

Wolfred se giró hacia ella y le sujetó el rostro con dulzura.

—*Giimiikawaadiz* —dijo.

De pronto, con total claridad, los vio a los dos desnudos sobre una roca junto al río bajo el sol, comiendo bayas hasta que el zumo les manchaba la lengua, los labios, hasta que le chorreaba por la barbilla y se acumulaba en el hueco de la clavícula. Vio sus vidas. Vio cómo sucedería. Atrajo a Wolfred hacia ella. Él la llevó en brazos y se tumbaron allí donde las altas hierbas ocultaban su desnudez. Se revolvieron en las bayas, aplastándolas como si fueran sangre, como en un parto. Todas las cosas sucederían. Serían uno solo. Serían todos.

—Quiero un vestido de novia como este —dijo a Wolfred, y le enseñó una imagen que utilizaban para pedir dinero para la escuela.

Salía su amiga en ella. Toda la ropa era prestada, pero su pelo era de verdad. LaRose había peinado el cabello de su amiga y lo había arreglado para que le cayera sobre los hombros. Más tarde lo había recogido en un moño de novia.

—Creo que murió de tuberculosis —dijo—. Como todas las demás que yo conocí. No he vuelto a saber de ella desde que se marchó a su casa.

Una tos se arremolinó en su propio pecho, pero respiró despacio y se dio pequeños golpecitos en el esternón hasta que la tensión aflojó. Se estaba poniendo bien. Podía notar cómo su fortaleza expulsaba la debilidad de su cuerpo.

Wolfred construyó la cabaña que terminaría convirtiéndose en el corazón de la casa que contendría las vidas de sus descendientes. La cabaña estaba hecha de tablas de madera de roble cortadas a hachazos y unidas con arcilla. Había una estufa de leña, una sartén de hierro fundido, ventanas con papel encerado y un buen suelo de tarima. Wolfred fabricó una cama con cuerdas y LaRose hizo un colchón con un relleno de hojas de roble y almohadas con espadañas. En invierno la estufa desprendía una luz y un calor rojizos. Hacían el amor debajo de una piel de búfalo.

Después, LaRose se lavaba en el agua helada a la luz de la luna. Extendía los brazos bajo la luz plateada. Su cuerpo estaba preparado para abrazar una vida ávida, libertina y voluptuosa. Volvía a la cama. Mientras se quedaba dormida en el agradable calor del cuerpo de Wolfred, notaba cómo se elevaba. Cuando abrió los ojos para mirar hacia abajo, ya se había alzado más allá del techo. Aleteó por el aire, para comprobar la zona en torno a su pequeña cabaña en busca de luces espirituales. A lo lejos las estrellas sisearon. Una dejó caer una mota de fuego. Titiló, vaciló y luego se precipitó directamente dentro de LaRose. Descendió de nuevo y se tumbó junto a Wolfred.

Y así trajeron un nuevo ser al mundo.

Ella cortó sus ropas elegantes para hacer edredones para el bebé. Desarmó el corsé y

examinó los extraños y flexibles huesos. Wolfred los moldeó hasta convertirlos en la capota del portabebés. Había cambiado los zapatos por semillas con la mujer de un colono. Entregaron las medias y el sombrero a un hechicero que había soñado un nombre para su hijo.

Los siguientes tres hijos llegaron durante unas tormentas. LaRose aulló cuando estalló el trueno. Ella notó cómo se recrudecía en ella la energía y así los partos fueron más fáciles. Cada hijo llegaba al mundo fuerte y excepcionalmente bien formado. Recibieron los nombres de Patrice, Cuthbert, Cleophile y LaRose. Era evidente que todos poseían la energía y determinación zalamera de su madre, la constante capacidad y curiosidad de su padre, y combinaciones de ambos.

Fregó los suelos de tarima de la casa y cosió unas cortinas de muselina. Sus hijos aprendieron a leer y escribir en inglés y a hablar inglés y ojibwa. Les corregía la gramática en ambas lenguas. En inglés existía una palabra para cada objeto. En ojibwa existía una palabra para cada acto. El inglés ofrecía más matices para las emociones personales, pero el ojibwa tenía más matices para las relaciones familiares. Dibujó un mapa del mundo en un tablón blanqueado con cal, de memoria. Todos hacían cuentas, copiando los números de su padre. Todos cosían y bordaban con abalorios, sobre todo en cuanto llegaba la nieve y se quedaban aislados. Los niños partían leña y mantenían la estufa alimentada. Wolfred les enseñó el misterio de elaborar la masa del pan, la maravilla de capturar levaduras silvestres invisibles para levantar el pan, el agradable placer de hornear hogazas entre las brasas y sobre el fuego. Las ventanas de papel encerado fueron sustituidas por cristales. La tierra se convirtió en tierra de la reserva, pero Wolfred reclamó que había ocupado esas tierras vírgenes como colono y los agentes y los clérigos los dejaron en paz.

Cuando su hija más pequeña cumplió un año, la apremiante tos de LaRose estalló más allá de su fuerza y un lacerante dolor le atravesó los huesos. Wolfred la obligó a beberse la nata de la parte de arriba de la leche. La obligó a descansar. La envolvió en mantas con cuidado y colocó piedras calientes en la cama. Ella mejoró y se hizo más fuerte. Fue ella misma durante años. Hasta que un día de primavera tuvo una recaída, desparramó un cubo de agua y permaneció tumbada en la hierba helada, rota de dolor, furiosa, vomitando sangre brillante de las arterias. De nuevo, sin embargo, se recuperó y se hizo más fuerte. Engañó al viejo ser y le arrancó otros diez años más de vida.

Al final, en su éxtasis por vivir, el ser se apoderó de ella. Clavó cuchillos de hierro candente en sus huesos. Recortó sus pulmones en tarjetas de San Valentín con encaje. Wolfred le daba de comer con una cuchara la grasa calentada de cualquier animal de caza menor que atrapaba. Todavía la obligaba a descansar, la arropaba con cuidado cada noche y colocaba piedras del lago calientes junto a sus pies. Todas las noches, ella se despedía, intentaba morir antes del alba y se sentía decepcionada al despertar. Él preparó una cataplasma de ortigas hervidas y machacadas entre tiras de

lona y la aplicó sobre su pecho. Ella mejoró, recobró un poco de fuerza, pero solo fue ella misma durante un mes. En un día fresco de finales de verano en que los insectos zumbaban en el campo de heno y los abedules susurraban un canto entre sus ramas, ella se derrumbó de nuevo en la hierba. Al alzar la mirada hacia un torbellino de cielo radiante, divisó un pájaro de mal agüero. Wolfred arrojó a LaRose con edredones y la acostó sobre un lecho de juncos recién cortados en la parte trasera de la carreta. Los niños habían amontonado en el suelo una gruesa capa de mantas. Habían cubierto las tablas de madera con dos gruesas mantas para caballos y luego sus propios edredones. LaRose vio el lecho que habían preparado para ella y les acarició el rostro.

—Recoged vuestras mantas —dijo ella, horrorizada ante la idea de que pudieran contagiarse de lo que la estaba devorando—. Oreadlas —gritó—. Ventilad toda la casa. Durante un tiempo, dormid en el establo.

Ellos la tocaron, intentando tranquilizarla.

—Tengo calor —dijo con una sonrisa, aunque no lo tenía.

Wolfred había escuchado que había un médico en la ciudad recién fundada de Saint Paul que tenía un tratamiento para la enfermedad. Llevó a LaRose en la carreta. Allí, después de un viaje de dos semanas que a punto estuvo de matarla, ella conoció al doctor Haniford Ames.

En una inmaculada sala de exploración, el apacible y pálido médico le tomó el pulso con unos dedos tranquilos, escuchó su respiración y explicó lo que había aprendido del médico sureño, el doctor John Croghan. En una gran cueva en Kentucky, había desarrollado la terapia de cueva para la consunción o la tisis. La pureza y la fuerza mineral del aire en las cuevas resultaban curativas. El doctor Haniford Ames había excavado y construido cuatro cabañas de piedra en las cuevas Wabasha de Saint Paul, y allí mantenía a sus pacientes; les daba bien de comer y se aseguraba de que el entorno permanecía limpio y resultaba beneficioso. Cuando conoció a LaRose, en un primer momento el médico estuvo en contra de llevarla al centro de cuidados. Dado que era india, estaba seguro de que no se curaría, pero Wolfred se mostró inflexible. Esperaron ocho días. Un paciente murió y Wolfred le entregó todo el dinero que poseían. Fue admitida. Su habitación blanqueada con cal era diminuta, con el espacio justo para un camastro y un aguamanil. La fachada daba a un extenso saliente de roca donde podía pasarse el día tumbada observando el indómito y torrencial río Misisipi. LaRose sonrió cuando Wolfred la depositó sobre el fresco y mullido lecho. Desde la cama podía ver más allá del río hasta el horizonte, hacia el este, donde las nubes rosadas se concentraban rápidamente.

Su mente hervía de fiebre; estaba emocionada y alerta. Pidió papel, plumas y tinta. Durante dos noches, Wolfred durmió al pie de su lecho, envuelto en una manta. Todos los pacientes dormían en ese alargado saliente de roca que servía de porche porque Ames creía que el aire nocturno también fortalecía los pulmones. LaRose escribió y escribió. Cuando regresó a casa, Wolfred se llevó los folios, que eran

historias, consejos y cartas a sus hijos.

Recibían sus mensajes en cuanto había un jinete de correos. Ella comía. Descansaba. El doctor Haniford Ames recurría a los últimos avances científicos para dirigir su tratamiento. Era juicioso con el láudano y estaba considerando la cirugía. El médico había perdido a una hermana y un hermano por la peste blanca. Aunque él había estado enfermo como ellos durante un tiempo, ahora estaba sano. Si hubiera podido diseccionarse a sí mismo para descubrir lo que le había hecho vivir, lo habría hecho. Cuando los médicos sureños le parecieron demasiado conservadores en su forma de pensar, empaquetó todo su laboratorio y se dirigió al oeste. Allí tendría la libertad necesaria para buscar una cura. Descubriría lo que lo había salvado mientras sus seres queridos habían muerto brutalmente. Hasta donde él sabía, no había nada especial en él. No era robusto. Su único ejercicio consistía en caminar, bajo todas las condiciones meteorológicas, para apaciguar sus pensamientos. Su dieta era descuidada: comía lo que encontraba y se atiborraba a caramelos. Incluso fumaba. No, no había nada fuera de lo normal. Todo en él era anodino e insulso. Debía de haber algo en su interior que no era capaz de cuantificar. Su hermano había sido un escalador de montañas, fibroso y de piernas y brazos largos. Su hermana había sido de una gran belleza, nadaba en las aguas del Atlántico en Cape Cod y montaba unos caballos indómitos. Ella había tenido una confianza mística en sí misma y se había sorprendido mucho al morir. Había sorprendido a Haniford también, y por eso mismo se había resignado a que él moriría igualmente. Seguir vivo todavía lo asombraba.

Cuando conoció a LaRose, se enfrentó a un nuevo enigma que condicionaría su vida. La enfermedad se propagaba con frenesí entre los suyos, y casi en cada caso resultaba letal. Él creía en la ciencia, no en aquella idea de destino manifiesto que no cesaba de salir en los periódicos. Le molestaba cuando los piadosos usurpadores de tierras afirmaban que la voluntad de Dios tenía algo que ver, de alguna manera, con la efectiva destrucción de los indios que se interponían en el camino del progreso.

—Es curioso lo muy a menudo que la voluntad de Dios pone un dólar en un bolsillo —decía el doctor Ames.

Algunos lo encontraban inofensivo. A él le daba igual. Tenía capacidad, tenía vida, y utilizaría ambas.

Como ningún indio se había curado nunca de la enfermedad, tenía dudas de que LaRose fuese a sobrevivir. Pero como llegó a conocerla y LaRose le recordaba a su hermana, decidió que la curaría pese a todo y se consagró en cuerpo y alma para lograrlo.

Desde su cama en el promontorio rocoso, LaRose contemplaba los cambios de tiempo. El doctor Ames había comido pescado en salsa de nata cuando había estado enfermo. LaRose comió pescado en salsa de nata. Él había caminado, así que ella caminó, aunque solo conseguía ir y venir por el corto pasillo de roca de la cueva. Cuando Wolfred se marchó, ya había mejorado. El doctor Ames escribió para decir

que estaba respondiendo bien al colapso experimental de uno de sus pulmones; estaba esperanzado. Las cartas de LaRose decían a Wolfred que se encontraba más fuerte, que tenía derecho a caminar dos veces al día ahora y que seguía comiendo pescado con salsa de nata. Entonces llegó una carta en la que contaba a Wolfred que había visto a Mackinnon.

Wolfred preparó comida para sus hijos a toda prisa y ensilló su caballo.

La cabeza de Mackinnon apareció al amanecer, al otro lado del gran río, como una mota que daba vueltas sobre sí misma todo el día, preparándose. Cada amanecer, día tras día, despertaba y descubría que la cabeza aguardaba, ansiosa, desprendiendo una nube de vapor. Una tarde, la cabeza se precipitó al agua. A veces desaparecía durante días. Pero siempre emergía otra vez. Las orejas hechas jirones, como remos, empujaban a Mackinnon con gran dificultad ante las corrientes traicioneras que surgían en remolinos y rápidos. Cuando el río volcaba o hundía la cabeza en una poza, ella se animaba. Pero siempre volvía a la superficie. Aguzó la vista y vio con claridad a lo lejos.

La cabeza subía y bajaba trazando círculos, la nariz olisqueando y retorciéndose hasta que se detenía cuando percibía la presencia de ella. Si ella se dormía, la cabeza se aproximaba. De modo que intentaba permanecer despierta. Inevitablemente el sueño se apoderaba de ella. Cada vez que despertaba, la cabeza aparecía más cerca. Pronto pudo ver que a lo largo de los años se había deteriorado: un ojo era blanco y ciego, el fuego había marcado y fruncido la piel y ennegrecido la picada nariz. Unos pelos se erizaban en las orejas con forma de remos y en las fosas nasales vacías. Conforme caía la noche, los pelos ardían como paja. Una luz genciana brillaba en las olas. Ella percibió el olor no a descomposición sino a fuerte salmuera. Mackinnon había conservado en salmuera su cabeza hacía mucho tiempo con sales y alcohol, y no había modo de matarlo.

La enfermera vino y envolvió a LaRose en unas sábanas, la cubrió con gruesas mantas calentadas con ladrillos y la arropó con esmero hasta que se durmió. Débil como el agua, fuerte como la tierra. Estaba tardando tanto tiempo en morir que resultó fortalecida por el esfuerzo. Estaba preparada. La cabeza trepó, entre gruñidos, por el acantilado rocoso. Ella no podía escapar de la cama, pero utilizó las enseñanzas de su madre. Se retorció hasta abandonar su cuerpo y elevar su espíritu. La cabeza de Mackinnon había estado mordisqueando las piedras, moviéndolas de un lado a otro. Gorjeando con ansias, se impulsó con los dientes por el borde del saliente y se abalanzó sobre ella. Demasiado tarde. Ella se liberó de su cuerpo y ascendió rápidamente en el aire, justo cuando Mackinnon le clavaba sus colmillos de cerdo en el corazón.

Wolfred llegó más tarde ese mismo día. Durante todo el camino, había notado los brazos y el peso de ella a sus espaldas en la montura. Había hablado con ella, le había

dicho que permaneciera en el cuerpo. Pero la fragancia a bergamota y su cálido aliento sobre sus hombros persistían. Aquello lo desesperaba. Había una diminuta sala de espera. Lo llevaron allí para darle a conocer las noticias, que le fueron comunicadas por una enfermera rolliza y rubicunda. Así era, por desgracia su esposa había fallecido. La enfermera no tenía tiempo para aportar más detalles. Le dio una palmadita en la mano y le dejó asimilar la noticia a solas.

Wolfred se había estado mentalizando para oír aquello visualizando todo lo que haría. Envolvería el cuerpo firmemente y lo llevaría hasta su caballo. Regresaría a casa sujetando las riendas con una mano y con ella en la silla delante de él. La cabeza de ella descansaría en su pecho y su pelo absorbería las lágrimas que se derramarían por su cuello. No podría quitarse la cabeza de Mackinnon de la mente. Pero al menos ahora ella estaba a salvo, fuera de su alcance. Sus hijos nunca tendrían que soportar lo que ella había sufrido. Él cuidaría de ellos con su vida. En sus pensamientos, le decía todo esto a ella; sus palabras cálidas en el aire buscaban su espíritu.

Se vio a sí mismo doblando la calle hasta su casa. Avanzaría a paso lento. Le daba pavor contárselo a sus hijos, aunque era posible que ya lo supieran, puesto que ella los habría visitado en sueños, pensó. Decidió que se apearía del caballo, giraría a su mujer en la montura y dejaría que descansara sobre la tierra.

Después, llevaría a los niños para que se dirigieran a ella. Cuando partió, había llovido durante la noche anterior a su marcha y el suelo seguía mojado en algunas partes. Cerró los ojos, se vio a sí mismo mezclando un poco de barro con los dedos. Le tocaría la cara y untaría el barro por sus mejillas, la nariz, la frente y la punta de la barbilla. Si tuviese un escudo de bronce, lo clavaría en la tierra a la cabeza de su tumba. Después de enterrarla, deambularía por el bosque, bebiendo de las colmenas de las abejas silvestres la miel amarga que había vuelto locos a los soldados de Jenofonte.

—LaRose —articuló en voz alta en la sofocante sala de espera.

¿Dónde estaba esa enfermera?

No quería que su bienamada fuera lastimada en la otra vida, por los hombres, como lo había sido en esta. Más tarde quemaría todas sus pertenencias para enviarlas junto a ella.

—Camina hasta el borde y espérame —dijo al vacío—. Ponte el sombrero con la pluma.

¿Dónde estaba la enfermera?

Wolfred apareció por la calle con paso firme, aturdido. Sus hijos corrieron hasta él. Habían estado vigilando. Ver desorientado a su padre, siempre tan racional, los desconcertó. Enseguida se volvieron suplicantes, ruidosos e insistentes. Wolfred se bajó del caballo y se tapó la cara con la mano. No preguntaron si su madre vivía, preguntaron dónde estaba. No habló hasta que entró en la cabaña, se sentó en una silla junto a la estufa, encendieron un buen fuego y cepillaron el caballo. Le llevó

mucho tiempo pronunciar palabra alguna. Su silencio alimentó la ansiedad de sus hijos hasta tal punto que se quedaron inmóviles. Y al fin sus palabras quebraron esa quietud.

—Vuestra madre ha muerto. Está enterrada. Enterrada lejos de aquí.

Los abrazó, los acarició y permitió que llorasen en su chaleco y sus brazos hasta que estuvieron exhaustos y, rotos de dolor, se metieron en la cama. Solo la más pequeña, LaRose, que se llamaba como su madre, permaneció acurrucada junto a él. En un momento dado, con los ojos clavados en las pavesas, su padre se recompuso. LaRose oyó que decía en un hilo de voz quebrada:

—Robada. Tu madre fue robada.

Hasta que creció la segunda LaRose, ella a veces se imaginaba que su madre, aunque fuese robada, quizá por Dios, podría estar viviendo en alguna parte. Sabía que no era verdad, por supuesto, pero la idea la acuciaba. Cuando al fin interrogó a su padre sobre ello, el hombre se derrumbó y cogió la botella de la estantería de arriba. Wolfred solo se tomaba un trago de vez en cuando. Nunca se convirtió en un borracho, por lo que cuando bebía *whisky* solo significaba que se preparaba para hablar de un tema difícil.

—Tú eres la única persona que pregunta —observó.

—Me dijiste que fue robada —dijo LaRose.

—¿Ah, sí?

Wolfred no se había vuelto a casar, aunque las mujeres se le echaban a los brazos. Durante muchos años, hablaba de su madre de manera incesante, para mantenerla viva ante sus hijos. Ahora hacía quizá un año que no hablaba de ella. Su hija, la segunda LaRose, había sido reclutada por un hombre llamado Richard H. Pratt, que había pasado por la reserva Madan Hidata Arikara y había recorrido todo el estado de Dakota del Norte así como Dakota del Sur. Había fundado un internado en Carlisle, Pensilvania. Ella quería ir porque sabía que su madre había asistido a un internado. Tenía una forma de ser como su madre, que había enseñado a su hija vívidamente y con desesperada insistencia todo lo que sabía.

Lo que ella aprendió

Antes de que muriera la primera LaRose, le había enseñado a su hija a encontrar espíritus guardianes en cada lugar por donde caminaban, a sanar a la gente con canciones y plantas, a saber qué líquenes podían comerse en caso de hambre extrema, a poner trampas, a pescar con anzuelos, atar redes, pescar con redes, prender fuego a partir de pequeñas ramas y virutas de corteza de abedul. A coser, cocer alimentos con piedras calientes, tejer alfombrillas con juncos y fabricar tarros con abedul. Le enseñó

a envenenar peces con plantas, a hacer flechas, un arco, a disparar un rifle, a utilizar el viento para cazar, a fabricar una coa, excavar algunas raíces, labrar una flauta, tocarla, a adornar con abalorios una bandolera. Le enseñó a conocer a partir del canto de los pájaros la dirección y el tipo de tiempo que se avecinaba, a saber partiendo del canto de los pájaros si ibas a morir o si un enemigo te seguía la pista. Aprendió a calmar a un recién nacido para que dejara de llorar, a divertir a un niño mayor, a saber qué dar de comer a cada niño según su edad, a atrapar un águila para quitarle una pluma, a hacer caer una perdiz de un árbol. A labrar la cazoleta de una pipa, a quemar el centro de una rama zumaque para hacer el caño, a elaborar tabaco, pemmican, a cosechar arroz salvaje, a bailar, a separar el grano de la paja, secarlo y almacenarlo, y a hacer picadura de tabaco para la pipa. A tallar grifos en los árboles, palpar los arcos, recoger la savia, elaborar sirope, azúcar, a poner en remojo una piel, a rascar la piel, engrasarla y curarla con los sesos del animal, conseguir que estuviera suave y sedosa, ahumarla, a conocer todos sus usos. Le enseñó a hacer manoplas, polainas, mocasines *makazinan*, un vestido, un tambor, un abrigo, un bolso de transporte con el estómago de un alce, un caribú, un bisonte de los bosques. Le enseñó a abandonar su cuerpo estando en duermevela o dormida y volar para investigar lo que estaba sucediendo en la Tierra. Le enseñó a soñar, a regresar de los sueños, a modificar el sueño o quedarse en él a fin de salvar la vida.

La Escuela India e Industrial Carlisle de Carlisle, Pensilvania, se hallaba bajo la supervisión de un antiguo capitán del Décimo de Caballería, alto y de nariz aguileña. Tras haber tenido éxito educando a presos en Marion, Illinois, haber trabajado con jóvenes siux en el instituto Hampton y haber doblegado a aquellos con ideas idénticas a las de Frank Baum, Richard Pratt convertía a sus estudiantes en compasivos reformistas y escribía que la esperanza y la salvación de la raza residía en «sumergir a los indios en nuestra civilización y en cuanto estuviesen inmersos en ella, mantenerlos allí hasta tenerlos completamente impregnados».

La segunda LaRose estaba impregnada. Era lista. Después de la agonía de acostumbrarse a los corsés, los apretaba con fuerza y llevaba guantes: porque su madre había llevado guantes en una ocasión especial. Aprendió a limpiar las casas de los blancos durante el programa de excursiones de Carlisle, levantando la suciedad incrustada de las esquinas con un cuchillo. Abrillantaba las venas grises de los suelos de mármol. Lustraba la madera. Sacaba brillo a los hervideros de cobre. Además escribía con una letra preciosa y hacía cuentas con millares. Se sabía el nombre de todos los ríos del mundo y todas las guerras que habían librado los griegos, los romanos y los americanos venciendo a los británicos y luego a los salvajes. Una lista de razas que debía aprender de memoria donde el hombre blanco ocupaba el primer puesto, luego iban el amarillo y el negro y, por último, el salvaje. Según el currículo, su pueblo estaba abajo de todo.

¿Y qué más daba? Ella llevaba sombreros y se abrochaba los zapatos. Se sabía de memoria la Declaración de Independencia y el capitán Pratt en persona le había hablado de la Guerra Civil y por qué se había librado. Recitaba poemas, incluido uno sobre el ángel en la cocina. Aprendió matemáticas y memorizó la forma de los países en el globo terráqueo. Aprendió la historia de Norteamérica y los niveles de civilización desde las antiguas hasta la moderna, que culminaba con hombres como el capitán Richard Pratt. Aprendió a sobrevivir con pan y agua, luego café, salsa y pan. Sobre todo aprendió a hacer las labores domésticas, a utilizar un escurridor de ropa, almidonar y planchar. Trabajó diez horas al día con cincuenta grados de temperatura. Aprendió a coser a máquina. A imaginarse su propia boca cosida y cerrada. Por hablar *anishinaabe*. Aprendió a soportar las palizas recibidas con una tabla de madera. A comer con un tenedor y una cuchara, a untar el pan de manteca correctamente con un cuchillo, a cultivar verduras, a robarlas, a fabricar jabón, a restregar suelos, restregar paredes, restregar recipientes, restregar el cuerpo, restregar la cabeza, frotar el suelo hasta que estuviera reluciente, también la tapa del inodoro, una despensa estante a estante, aprendió qué eran las ratas y a matarlas, a complementar su dieta robando en las granjas vecinas o recolectando nueces y bellotas y escondiéndolas en el escote. Durante esos primeros años, Carlisle vendía los productos de su granja y alimentaba a sus estudiantes con avena, avena y avena.

Aprendió a mantenerse de pie erguida, estrechar la mano con firmeza, ponerse y quitarse los guantes dedo a dedo. A caminar como una mujer blanca con zapatos rígidos. A utilizar y lavar apestosos paños menstruales cuando las mujeres ojibwas nunca olían a sangre vieja, ya que utilizaban musgo y espadañas que luego tiraban y se bañaban dos veces al día. Aprendió a oler mal, a sentir desazón, a hervir su ropa interior por los piojos y a lavarse solo una vez a la semana, una vez cada dos semanas, una vez cada tres semanas. Aprendió a dormir sobre suelos fríos, a soportar el olor de la gente blanca y a poner la mesa como es debido. Aprendió a ver morir a sus amigas rápidamente de sarampión, o ahogándose por una neumonía o chillando de dolor por una meningitis encefálica. Aprendió a cantar himnos fúnebres y los cantó para un muchacho siux llamado Amo LaFromboise, para un muchacho cheyene llamado Abe Lincoln, para Herbert Littlehawk, Ernest White Thunder, Kate Smiley y para un suicida cuyo nombre ella borró de su mente con cuidado. Aprendió a pasar hambre y a saciarse aunque significara comer corteza —las capas más internas del abedul—. Aprendió, como su madre, a ocultar que tenía tuberculosis.

Pratt también dijo: «Un gran general afirmó que el único indio bueno era el indio muerto, y que ese alto beneplácito de su destrucción ha sido un enorme factor a la hora de promover la matanza de indios. En cierto modo, estoy de acuerdo con esta opinión, pero solo en lo siguiente: todo lo indio que hay en una raza ha de morir. Matad lo indio en él y salvad al hombre».

No obstante, no habían comenzado la matanza lo bastante pronto con esta LaRose. Ella conocía *El himno de la batalla de la República*, y sin embargo su madre le había enseñado a utilizar feroces y sutiles venenos ojibwas. Sabía cómo atrapar y desollar cualquier animal que se le presentara. Su madre había cazado con una trampa la cabeza de un demoniaco hombre blanco y le había quemado los ojos. Su madre había llamado al tambor de su madre y curado a un hombre que deambulaba con vértigo negro. Su madre había fabricado un nuevo tambor para su hija. Nadie lo cogió porque ella lo había dejado con su padre. Ahora esta LaRose había visto el océano. Ahora su labor en el este había concluido. Su madre le había enseñado a guardar su espíritu para ponerlo a salvo cuando era necesario. Fuera de las copas de los árboles, recuperaba y absorbía las múltiples versiones de sí misma. Estaba completa. Podía irse. Bajo la balanceante pluma del sombrero de segunda mano con el que le habían pagado un mes de limpiar recipientes, avanzó con coqueta timidez por la plataforma de la estación de tren con un billete de vuelta a casa en el bolso.

Quería cambiarlo absolutamente todo cuando llegó a casa. Fue capaz de modificar algunas cosas muy levemente. Vivió con su padre, Wolfred. Se casó con un primo. Fue maestra y madre de una maestra. Su hija, que llevaba su mismo nombre, se convirtió en la madre de la señora Peace. Todas ellas aprendieron dos lenguas, cuatro niveles de matemáticas, el uso de las plantas y a volar sobre la tierra.

Su padre tomaba pequeños sorbos de su vaso de *whisky*. Todavía no había hablado, pero ahora una pila de papeles descansaba bajo la mano que no sujetaba el vaso de *whisky*.

—¿Me dirás, al menos, dónde está enterrada? —preguntó LaRose.

—No puedo decirte eso —respondió Wolfred.

—¿Por qué? —dijo, acercándose hasta tocarle el hombro.

—Porque no lo sé.

A pesar de sus pensamientos encontrados, LaRose siempre había intentado ser realista, imaginarse una tumba, una piedra con el nombre de su madre, un lugar al que poder acudir algún día. Lo que su padre decía no tenía ningún sentido.

—Eso no puede ser —dijo.

—Es la verdad —respondió.

Después repitió las palabras que ella había olvidado y recordado muchas veces desde que era niña.

—Fue robada. —Palmeó la pila de papeles y miró a su hija de hito en hito—. Hija, está todo aquí.

MIL PUNTOS DE ATAQUE
2002-2003

Las cartas

La señora Peace estaba sentada a su reluciente mesa cromada de la cocina. La superficie lacada aparecía cubierta de bandejas con abalorios, cajas de puros con más abalorios y pilas de papeles. Snow y Josette guardaban con sumo cuidado cartas muy antiguas en fundas protectoras. La mayor parte de los folios que había escrito Wolfred Roberts a lo largo de la década de 1860, y luego en la de 1870, eran gruesos y flexibles. Otros eran más quebradizos, pautados y arrancados de libros de contabilidad.

—Ese papel de antaño era de tan buena calidad —dijo la señora Peace—. Hoy día el papel se deshace en cuestión de pocos años.

Wolfred Roberts había escrito un buen número de cartas, que había enviado con el propósito de recuperar a su esposa robada, y había creado un archivo en aquella búsqueda. Las fechas aparecían en las cartas y había un registro de las fechas en que fueron despachadas, y fechas en las que recibió respuesta a las mismas, cuando la había.

—La copia de seguridad original —dijo Josette.

—Utilizó su formación como empleado de comercio de pieles —dijo la señora Peace—. Llevaba un registro de cada transacción. Mi tía me contó que guardaba estas cartas en una caja metálica, bajo llave. Ella era muy joven cuando él murió, pero recordaba esa diminuta llave. La guardaba en un viejo tarro de azúcar al que se le habían roto las asas. Le preocupaba que sus hijos jugaran con esos papeles. Esto era todo lo que le quedaba de ella, la prueba de que la había buscado.

La señora Peace guardó las fundas de plástico en un archivador de anillas. Las primeras cartas iban dirigidas al doctor Haniford Ames. Cada carta de Wolfred, y posteriormente de un abogado también, solicitaba los restos mortales de LaRose Roberts. Su incisivo partido, su cráneo fracturado y cicatrizado, heridas de una violenta patada de un disoluto negociante de pieles, así como sus huesos tísicos, deberían hacer que fuese reconocible. Sus cartas la buscaban, y luego siguieron más cartas. La hija de Wolfred, la segunda LaRose, continuó con la labor. También había cartas de su época en Carlisle. Y después, la actividad epistolar pasó a su hija y luego a la señora Peace. A lo largo de más de un siglo esas cartas habían buscado los huesos de Espejismo, la Flor, LaRose.

LaRose tuvo cierta utilidad, al principio, en la investigación del doctor Haniford Ames. Las cartas del doctor Ames, rechazando educadamente las peticiones de Wolfred, daban fe del valor de su cuerpo en el nombre de la ciencia. Sus huesos demostraban la susceptibilidad única de los indios ante esta enfermedad y también cuánto tiempo había luchado contra ella. Una y otra vez su cuerpo había formado un dique para contener la enfermedad. Había sido, según palabras del médico, un destacable espécimen de humanidad. Durante un tiempo también, LaRose se había convertido en embajadora para los curiosos. A juicio de los abogados, Ames no tenía

derecho a llevarse a LaRose por los caminos como ilustración de sus conferencias científicas sobre el avance de la tuberculosis. Ames había dejado en herencia todos los restos humanos en su posesión a la Asociación Histórica Ames del condado en Maryland, donde pasó su vejez. Los huesos estaban allí expuestos.

Después de las cartas de Wolfred, los huesos fueron depositados en un cajón junto a los huesos de otros indios, algunos arrancados de plataformas funerarias, otros desenterrados de montículos fúnebres, otros sacados de la tierra cuando se araron campos, construyeron autopistas y cavaron y levantaron los cimientos de viviendas, bancos, hospitales, hoteles y piscinas. Durante muchos años, la asociación histórica se negó a devolver los huesos porque, según sostenía el presidente, los huesos de la esposa de Wolfred eran una parte importante de la historia del condado de Ames.

Los huesos de LaRose volvieron a exponerse una vez más y fueron retirados bruscamente tras un robo con allanamiento que quedó sin esclarecer. Más tarde, los restos mortales de la primera LaRose, que había conocido los secretos de las plantas, que podía encontrar comida en cualquier lugar, que había luchado contra una cabeza rodante y había memorizado los versículos de la Biblia, esa LaRose que había destacado por su inteligencia y había sido condecorada con cintas cada año, que también había sido señalada como incorregible por dos de sus maestras en la misión, esa LaRose que se había despojado de sus corsés y se había reído cuando caminó de nuevo con mocasines y no con zapatos de tacón, esa LaRose a quien habían asistido espíritus azul claro y seres trueno cuando dio a luz a sus hijos, la LaRose que amaba la delgada cicatriz junto a la sonrisa de Wolfred, esa LaRose, lo que quedaba de ella en la tierra, para gran pesar del presidente de la asociación histórica, estaba de alguna manera perdida.

La luz de agosto entraba a raudales entre los árboles. Las garrapatas habían muerto. Las hierbas se derramaban en derredor de las zanjas y LaRose no podía contener sus pensamientos. Se sentía obligado a dormir en el punto exacto del suelo donde el muchacho al que sustituía había muerto. Esa directriz interior era tan apremiante que LaRose se tumbó ahí por primera vez en su vida a fin de cumplirla. Dijo a Emmaline que debía ir a casa de Peter y Nola para el fin de semana. Se inventó la existencia de un amigo de clase porque no conocía a niños de Pluto, le habló de una fiesta de cumpleaños e hizo que sonara creíble. Notó con un destello de asombro que le resultara tan fácil largar esa mentira y que se la creyeran enseguida. Peter lo iría a recoger mientras ella estaba en el trabajo, le había explicado. Emmaline se sintió decepcionada. A menudo llevaba a LaRose a trabajar con ella los fines de semana y el chico la ayudaba en la oficina y en las aulas. Al mediodía, iban a Whitey's y compraban a Josette palitos de *mozzarella* o un sándwich que sabía a pescado petrificado.

—No —objetó Emmaline al principio—. No, no puedes ir.

LaRose la miró a los ojos e insistió:

—Por favor...

Con esa mirada conseguía cosas. Estaba aprendiendo a manejarla. Maggie la había enseñado cómo.

Emmaline respiró hondo y suspiró. Frunció el ceño pero cedió. LaRose abrazó a su madre y se despidió dándole un beso en la mejilla. ¿Cuánto tiempo iba a durar aquello?, pensó Emmaline, echando atrás la mata de pelo que presentaba ahora. El ala negra colgaba sobre su ojo.

—Hasta la semana que viene, mamá.

Le dio otro abrazo, más cariñoso aún. Había algo en ese abrazo que hizo que ella diera un respingo. Lo sujetó por los hombros con los brazos extendidos y lo miró de hito en hito.

—¿Estás bien?

El chico asintió. Ya lo había pillado.

—Es que me siento un poco mal pero un poco bien —dijo. Lo que no significaba nada pero también era verdad, así que pudo decirlo con gran convicción.

Emmaline todavía estaba indecisa, pero llegaba tarde a la reunión de emergencia habitual. En cuanto su madre se marchó, LaRose regresó a su habitación y sacó una manta del armario. La enrolló y se la puso debajo del brazo. Abrió la cremallera de su mochila repleta de figuritas de acción y añadió un repelente antimosquitos. En la cocina, abrió el grifo y llenó un tarro de cristal con agua.

En todos estos gestos, LaRose era meticuloso y prudente. Se estaba convirtiendo en un ser humano eficaz. Había aprendido de su familia de nacimiento cómo cazar conejos con trampas, preparar estofados, pintar uñas, pegar papel pintado en las paredes, dirigir ceremonias, prender hogueras bajo una lluvia torrencial, coser a máquina, cortar retales para edredones, jugar a Halo, recolectar, secar y hervir diversas infusiones medicinales. De la gente mayor había aprendido a moverse entre mundos dejándose ver y sin ser visto. Peter le enseñó a utilizar un hacha, una sierra mecánica, a manejar con seguridad un calibre 22, a conducir un cortacésped, un tractor e incluso un coche. Nola le enseñó a pintar paredes, criar animales, plantar y cultivar cosas, freír la carne y asar. Maggie le enseñó a disimular el miedo, fingir dolor, golpear con los nudillos. Ir a por los ojos. Enganchar los dedos en la nariz de alguien desde atrás y amenazar con arrancarle la nariz de la cara. No había hecho ninguna de esas cosas todavía, ni tampoco las había hecho Maggie, pero ella siempre andaba buscando alguna oportunidad.

Cuando llegó al lugar, extendió la manta junto a las cintas con saquitos de tabaco, el cedro, los objetos que se desintegraban, las hojas y los palos. Era un día caluroso sin nada de viento; la única brisa soplaba en la copa de los árboles. Los mosquitos no suponían la furibunda nube de la primera ola de calor del verano, y una vez que se vaporizó con el repelente, revolotearon a su alrededor, pero sin tocarlo. Al principio,

solo eran un sonido. La quietud, el silencio demasiado intenso, le puso nervioso. Pero entonces los pájaros comenzaron a piar, aceptándolo en su territorio, y él se sentó sobre la manta. Se dio cuenta de que había olvidado traer algún tipo de ofrenda; se suponía que uno debía hacerlo. Desde luego que había que llevarla si uno se adentraba en el bosque. Había que ofrecer algo a los espíritus. Él se llevaba a sí mismo, el paquete con las figuritas de acción, la loción antimosquitos, la manta, una canción y el tarro de agua. La canción era la canción de las cuatro direcciones que había aprendido de su padre. Levantó el tarro de agua como se lo había visto hacer a su madre, ofreciéndolo a cada dirección. Entonó la canción y vertió el agua en el suelo. Cerró con cuidado el tarro vacío. Después, se tumbó bocarriba y contempló las ondulantes copas de los árboles y los pequeños trozos de cielo. Los árboles cubrían casi todo el cielo, pero lo que alcanzaba a ver estaba azul, un azul intenso, aunque ahí abajo el aire era cálido pero no ardiente. De no haber sido por los mosquitos que se le metían por un oído o por la nariz y, ocasionalmente, le picaban a pesar del repelente, habría estado muy cómodo.

El parloteo de los pájaros, el suave zumbido de los insectos. Permaneció tumbado escuchando los rugidos de su estómago, a la espera de que sucediera algo. A última hora de la tarde, su estómago se rindió y el viento llegó barriendo el suelo. Les costaba más a los bichos prenderse en él. Se durmió. Cuando se despertó, había anochecido por completo. Tenía sed y se arrepintió de no haberse traído una linterna o unas cerillas. Pero era posible que sus padres divisaran una luz, se dijo. Había hecho lo correcto. Estaba nervioso y pensó en volver. Pero descubrirían que había mentido y no volverían a confiar nunca más en él. Jamás volvería a tener esa oportunidad. Así que permaneció tumbado sobre la manta escuchando el murmullo de las hojas mecidas por pequeños animalillos y los latidos de su corazón en los oídos. Los grillos de finales de verano cantaban. Unas pocas ranas croaban. Había búhos. Sus padres hablaban del *manidoog*, los espíritus que habitaban en todas las cosas, sobre todo en los bosques.

—Solo soy yo —murmuró a los ruidos, y su naturaleza cambió.

De pronto se convirtieron en un coro susurrante, dispuesto a aceptarlo. Se quedó dormido al fin. Durmió tan profundamente que no recordaba haber soñado cuando los sonoros pájaros le despertaron por la mañana. Ahora tenía más sed aún, y más hambre, pero también estaba deliciosamente débil. No le apetecía nada moverse. Su cuerpo necesitaba comida; estaba creciendo. Todo el mundo decía que estaba dando el estirón. Sería tan fácil presentarse temprano en casa de Nola y decir que lo habían llevado en coche. Había hecho lo que necesitaba hacer, esa sola noche. Pero decidió quedarse porque se encontraba extrañamente a gusto. Tenía la garganta tan seca y áspera que le dolía al tragar, pero no le importaba. El calor del día apretaba y se abría paso a través de él.

Al cabo de un tiempo, LaRose escuchó, o percibió, que alguien se aproximaba, pero estaba demasiado inmovilizado por la cálida letargia como para moverse. No

sintió miedo. Lo más probable era que fuese su padre. A Landreaux le gustaba vagar por el bosque también. Pero no era él, de hecho no era una persona. Era un grupo de gente. La mitad eran indios y la otra mitad eran quizá indios, algunos tan pálidos que podía ver la luz brillar a través de sus cuerpos. Llegaron y se pusieron cómodos, sentándose en torno a él; había gente de todas las edades. Unas veinte personas al menos. Nadie lo saludó, ni siquiera lo miraron, y cuando comenzaron a hablar, supo que no eran conscientes de su presencia. Lo supo porque hablaron de él de la misma manera en que lo hacen los padres cuando no saben que estás escuchando. Supo enseguida que hablaban de él por lo que dijo uno de ellos:

—El que se llevaron por Dusty.

Y otro preguntó:

—¿Sigue jugando con Seker y las otras figuras de acción?

Lo que por supuesto seguía haciendo, y que había intentado ocultar. De pronto uno de ellos señaló:

—¡Está aquí!

Lo miraron y se comportaron como parientes que acaban de fijarse en ti.

—Vaya, qué grande está.

La mujer que pronunció aquello llevaba una ceñida chaqueta marrón, una falda ondulante y un sombrero ladeado adornado con el ala de un pájaro. Había otra mujer con ella, sujetándole la mano, que se le parecía mucho. Señaló a LaRose y hablaron entre ellas. La mujer mayor hablaba en ojibwa. Se percibía aprobación en su tono, pero también había algo en ella rápido, formidable y salvaje. Se inclinó hacia él, lo miró detenidamente y lo examinó de arriba abajo.

—Volarás como yo —dijo.

Había algunos indios que parecían sacados de la historia y vestían la antigua indumentaria. Hablaban en ojibwa, que LaRose sabía reconocer pero no comprendía muy bien. Parecían discutir algo acerca de él porque asentían con la cabeza mirándolo mientras hablaban. Estuvieron de acuerdo en algo y la mujer que sabía inglés le habló. Lo hizo con dulzura y posó sus ojos en él con enorme cariño. Cuando el chico observó sus rasgos finos y marcados, reconoció a su madre. Lo invadió una sensación de inmensa placidez.

—Te enseñaremos cuando llegue el momento —dijo.

En la presencia de uno de ellos pudo observar rastros de la fotografía del niño de cuatro años que había visto algunas veces en la mano de Nola. Era Dusty, ahora de su misma edad.

—¿Estás bien? —preguntó LaRose al chico.

Dusty se encogió de hombros.

—No —respondió—. No mucho.

—¿Puedes volver? ¿Te acuerdas de cómo solíamos jugar juntos?

Dusty asintió.

—He traído unos héroes y cosas.

—¿Ah, sí?

LaRose abrió la mochila. Sacó las figuras de acción y Dusty las examinó. Comenzaron a jugar, en silencio porque los adultos seguían ahí.

—Si vuelves, puedes ser Seker.

A Dusty se le iluminó el rostro y agachó la cabeza.

Poco después, se levantaron todos y se marcharon. Se alejaron en todas direcciones sin más, entre murmullos y risas. LaRose se sentó y siguió con la mirada a la mujer del sombrero. Dobló la manta en dos, luego la enrolló otra vez. Se colgó la mochila, se puso la manta bajo el brazo y echó a andar. Se sentía muy bien. Tomó el sendero que conducía a la casa de Maggie y entró por la puerta trasera antes de que Nola pudiera advertir siquiera que estaba en casa. Fue al cuarto de baño y puso la boca bajo el grifo. Y dejó que entrara la maravillosa agua.

—¿LaRose?

—Entré por la puerta de atrás —gritó desde arriba.

—No he oído ningún coche.

—Me dejaron en la carretera.

Se tumbó en la cama. El repentino bienestar lo llevó a sumirse inmediatamente en un profundo y placentero sueño.

Después de que su maestra favorita de la infancia y las demás señoras le hubieran engañado, Romeo nunca podría volver a drogarse con la misma convicción. Su traición torció su camino. Los apaños que había hecho toda su vida con fluidez, los timos y robos de poca monta, no salían de forma natural. Para empeorar las cosas, o mejorarlas, no estaba seguro, consiguió el trabajo al que se había presentado. El trabajo de verdad. Lo eligieron para ese puesto por encima de los demás. Al principio, la sorpresa lo volvió diligente. Después se interesó por las historias que ocurrían a su alrededor. Hacía horas extras porque era como existir en un drama televisivo en vivo y en directo. Para acceder a las diferentes salas, y así descubrir nuevas informaciones, hizo más que inclinarse sobre su carrito de la limpieza. Vaciaba cubos de basura sin cesar, sobre todo durante las reuniones de trabajo. Enceraba los suelos con una enorme enceradora eléctrica porque a la gente le gustaba el suelo lustroso. Confiaban más en él después de que encerara los suelos. Barría, fregaba, recogía vómitos y sangre siguiendo el protocolo marcado. ¡Le comenzó a gustar seguir normas! ¡Le encantaba llevar guantes de goma! La gente empezó a pensar que había dejado de beber, y él dejó que lo creyesen. Acudía con más regularidad a las reuniones de Alcohólicos Anónimos en la colina, con el padre Travis. Todo el mundo era un fracasado allí. Ahora él era el protagonista de una de las historias de éxito.

Después, un buen día, alguien dijo que iba a llevarse a cabo un control para

detectar el consumo de drogas y alcohol en el trabajo. Incluso para los encargados de recoger la basura. Algún día, no enseguida. Pero pronto. Romeo gruñó, tiró la escoba al suelo y se fue caminando hasta el pueblo. El trabajo también le resultaba soportable porque se revitalizaba. Y, sin embargo, había transcurrido mucho tiempo desde que sus viejas heridas habían sido tratadas oficialmente. Tal vez podría aprovecharse del sistema y conseguir que le prescribieran algo más fuerte y legal. Su humor mejoró. Sus pasos lo condujeron hasta el Dead Custer, aunque, incluso con su trabajo, no le gustaba gastarse el sueldo bebiendo en los bares. Quizá se encontrara con alguien conocido, con dinero, alguien con ganas de juerga y ansioso por tener un compañero de borrachera.

En cuanto sus ojos se acostumbraron a la penumbra, Romeo paseó la vista rápidamente en busca del cura. Quería hablar con el padre Travis, no acerca del control de drogas, sino de las últimas noticias. Pero el sacerdote no estaba. Se sorprendió al descubrir a su hijo en un extremo de la barra.

Se sentó al lado de Hollis.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Es mi cumpleaños —respondió Hollis—. Nací en agosto, ¿recuerdas?

—Claro, claro —dijo en voz alta Romeo con sorpresa.

Hollis había ido tarde a la escuela porque, cuando era niño, siempre andaban en alguna misión que implicaba dormir muchas noches en el asiento trasero de un coche, fiestas en casas de gente que no conocía y menús Happy Meals. Romeo se había olvidado de enviarlo a la escuela, pero solo durante los dos primeros cursos. Hollis ahora cumplía los dieciocho años antes de cursar el último año en el instituto. Sacó el carné de conducir de la cartera para mostrárselo a Puffy, el camarero.

—¡Me estoy pidiendo mi primera cerveza!

—Invítame a una a mí también, hijo.

—¿Por qué no me invitas tú para variar? —dijo Hollis—. Ya que es mi cumpleaños.

—Me encantaría convidarte, pero estoy sin blanca —se desplomó Romeo.

Hollis pidió dos cervezas.

—¿Para qué están los hijos? —dijo Hollis con voz cansada—. Pero no intentes timarme, papá.

—No no, jamás haría eso.

—Bien.

—Solo que tengo este brazo... —Romeo entrecerró los ojos y movió el hombro.

—Tu brazo y tu pierna.

Hollis bajó la vista hacia la pierna. La última vez que había visto a su padre, esa pierna estaba encerrada en un pantalón de vinilo negro de imitación de cuero. Ahora vestía el recio tejido marrón de mezcla de algodón y poliéster de un trabajo respetable.

—¿Sabes cómo me lo hice? ¿Que fue Landreaux?

—Sí. Me lo has contado un montón de veces.

—Desde ese día, no ha dejado de ser una pierna triste —dijo Romeo riéndose, no podía evitarlo.

Se sentía conmovido ante la idea de tomarse una cerveza con su hijo. Su hijo no había salido por la puerta. Romeo agachó la cabeza, la balanceó y sonrió a la cerveza.

—Me gusta sentarme contigo, hijo.

—Me graduó este año, ¿sabes?

—¡Uau! —exclamó Romeo.

—Me voy a alistar en la Guardia Nacional. Ya tengo cita.

Sin mediar palabra, Romeo hizo un gesto a Puffy para que trajera las cervezas rápidamente.

—Mi país me ha tratado bien.

—¿Qué? —Romeo estaba escandalizado—. ¡Eres un indio!

—Lo sé, por supuesto, nos barrieron del mapa a casi todos. Pero aun así, las libertades, ¿vale? Y tenemos nuestras escuelas y hospitales y el casino. Cuando la jodemos ahora, casi siempre la jodemos nosotros solitos.

—¿Estás loco? Eso se llama trauma intergeneracional, chaval. No es culpa nuestra si nos mantienen oprimidos; atacaron despiadadamente nuestra cultura, nuestra estructura familiar y sobre todo necesitamos recuperar nuestras tierras.

Hollis tomó su primer trago legal de cerveza.

—Sí, es cierto. Pero sigo pensando cómo podría salvar a gente en una inundación. Sacarlos en un pontón, con los niños con su chaleco salvavidas. Los perros saltando a la embarcación en el último momento. Lo veo constantemente. A ver, la Guardia Nacional. Seguramente no abandonaré el estado.

—Espero que no —dijo Romeo, abatido. Esto de la aceptación formaba parte de lo de ser padre, supuso. Y era más difícil de lo que se había imaginado. Tuvo un pensamiento celoso—. ¿Y qué hay de Landreaux? ¿Te dijo él que te alistaras? ¿Por la operación Tormenta del Desierto y todo eso?

—No te creas —dijo Hollis—. Él estuvo en el lado de los suministros. Médicos. Nunca salió a la Carretera de la Muerte, solo preparaba las cosas para los tíos, revisaba los equipos de salvamento y esas cosas. Pero hay mucho más en la decisión que he tomado. Aprenderé a soldar, construir puentes y quizá a conducir camiones. Maquinaria pesada. Quiero ahorrar algo de dinero, y además están las prestaciones. E ir a la Universidad de Dakota del Norte más adelante. Tal vez viajar hasta el Gran Cañón o Florida. Salir del estado en todo caso.

Romeo asintió, sudando.

—No he sido el mejor —masculló—, así que ¿quién soy yo para decir nada?

—No pasa nada, papá. Sé que fuiste al internado. La gente dice que eso te jodió la vida y...

Romeo echó la cabeza hacia atrás.

—¿Dice? ¿La gente dice? No tienen ni idea. Dejar el internado fue lo que me

jodió la vida. Me encantaban mis profesores y todos decían que yo tenía potencial para ir a la universidad.

«Ya», pensó Hollis. No odiaba a su padre, conocía a padres peores. En general le exasperaba y tenía que alejarse de Romeo. Tampoco tenía nada en contra de su madre, solo quería saber quién era y dónde podría estar. Encajaba bien con los Iron, quizá demasiado bien, porque se encontraba pensando constantemente en lo maravilloso que sería que le gustara a Josette y que tal vez algún día se casaría con él.

—¿Tienes novia?

Romeo le hizo la pregunta con voz trémula de perrito, temiendo que su hijo le respondiera con algo sarcástico. Cuando Hollis no contestó, pensó que lo había ofendido.

—Sé que no he sido un buen padre para ti —continuó Romeo—, pero ahora puedes contar conmigo.

Hollis miró a su padre, tan escuálido, tan necesitado de cariño, y bajó la mirada, incómodo.

—Tú también puedes contar conmigo, papá —dijo.

Romeo frunció el ceño con los ojos clavados en el fondo de su cerveza y pestañeó para contener las lágrimas.

—Eso es algo para recordar —dijo.

Alargó la mano para el apretón de almas, y Hollis solo pudo soltarse para pedir otra cerveza para ambos. Hollis pidió a Puffy que cambiara el canal de la televisión que dominaba la barra y sintonizara la CNN, pero Puffy lo mandó callar. Romeo se enderezó en el asiento y observó con atención la pantalla.

Al cabo de unos minutos se repantigó de nuevo y se inclinó hacia Hollis con aire de confianza.

—¿Así que es posible que ese secuestrador Atta se reuniera con un iraquí en Praga? Hará un año en abril.

—¿De qué va eso? —preguntó Hollis sin mucho interés.

—A mí me parece que Rummy^[19] está esparciendo migas —dijo Romeo—. Rummy espera que los periodistas las vayan recogiendo. Pero vamos a ver, ¿y los servicios de inteligencia checos?

Romeo atusó su bigote de kung-fu como un sabio que estuviera reflexionando.

Hollis se encogió de hombros.

—Quieren cargarse a Sadam —continuó Romeo—. Sadam es un tío codicioso y loco, pero no tanto como Ojos Lánguidos. ¡Eso es seguro!

Ojos Lánguidos era el apodo que Romeo le había puesto a Bin Laden.

Hollis dejó que su mente divagara mientras su padre se explayaba con sus especulaciones sobre los motivos de este u otro personaje público o político. No percibió el miedo nervioso que sentía por él en la voz de su padre. Hollis apuró la cerveza sorbo a sorbo, sin querer marcharse porque una vez en casa tendría que encontrar el libro para la lectura de verano, *Un mundo feliz*. No recordaba siquiera si

tenía un ejemplar. Josette y Snow tenían montones de libros de bolsillo, seguramente este también. Cogería el libro de su librería. Lo leería a toda velocidad. Quizá Josette lo ayudaría a escribir su trabajo. Hollis se vio a sí mismo mirando la pantalla del ordenador con Josette inclinada por encima de su hombro. Frunciendo el gesto con mirada crítica. Su aliento en el oído. Feliz cumpleaños. Esa voz dulce que empleaba con LaRose.

«¡Cállate, cerebro!». Hollis tiró de su propio pelo para recomponerse. Ahí estaba él con su padre verdadero, en su propio cumpleaños verdadero. A Hollis se le antojó que podría preguntarle por su madre, otra vez, aunque siempre ocurría lo mismo: la canción de la pérdida de memoria, la danza de los velos ebrios. Últimamente se lo preguntaba sobre todo para escuchar los ingeniosos escaqueos de su padre.

—Oye, papá, hoy cumpla dieciocho años. Así que, dime. Mi madre, ¿cómo era? ¿Cómo se llamaba?

—¿Cómo se llamaba? La señora Santa Claus. Te trajo, ¿no? En serio, hijo. No lo recuerdo. Aquellos eran días de locura. Pero en serio, te lo digo otra vez, era guapa del carajo. Era entrar en cualquier establecimiento y todas las cabezas se giraban hasta caerse del cuello. Se la comían con los ojos como una manada de perros callejeros hambrientos. Putos salidos. Me alucinó que permitiera que se le acercara alguien como yo. —Romeo sacudió la cabeza, movió el dedo en el aire—. Ah, pero verás... Eran las drogas. Le nublaban el entendimiento. Espero que siga viva, hijo, pero la evidencia de sus adicciones siembra dudas sobre ello. No te acerques a las drogas ni nada porque...

—Espera, papá. —Hollis pidió otra cerveza para su padre—. Espera, pero según lo que me cuentas, yo no existiría si el entendimiento de mi madre no hubiera estado nublado por las drogas.

—*Ergo* —dijo Romeo riéndose; su sonora risotada continuó hasta que volvió a agitar el dedo—. *Ergo sum*.

—¿Y eso qué significa?

—«Luego existo».

—Ella tomaba drogas, luego yo existo.

—¿A que la vida es extraña? Pero aun así, por favor, evita mezclarte con ese tipo de sustancias.

—Está bien, papá —asintió Hollis, sin el menor sarcasmo—. ¿Así que no me vas a decir su nombre ni siquiera el día de mi cumpleaños?

Hollis notó cómo la alegría se esfumaba y decidió sacrificar su cerveza y escabullirse por la puerta antes de perder los nervios. No perder los nervios era una póliza de vida para Hollis.

Pagó a Puffy y empujó su cerveza hacia Romeo.

—Que la disfrutes.

Hollis salió del local y Romeo lo siguió con la mirada, zaherido. Ahí estaba, un padre cariñoso de nuevo en la silla del rechazo. La cerveza estaba buena, en todo

caso, como consolación, y gratis. Pero cuando la puerta se cerró, Romeo visualizó de pronto a su hijo de sangre dirigiéndose hacia el hogar de los Iron. Y entregando a Landreaux su lealtad filial. Landreaux, que era responsable de su brazo maltrecho y de la pierna que le dolía y a veces le temblaba. Pensar en eso llevó a Romeo a apurar las dos cervezas de golpe. ¡Una leve recaída! Podría hablar de ello en la próxima reunión. Abandonó el taburete del bar, intentó mantener el equilibrio y se dispuso a irse a su casa en medio de un agradable mareo. Para cuando llegó a su habitación y sacó un analgésico suave de su botín, casi estaba llorando de la contradictoria alegría de haber celebrado el decimoctavo cumpleaños de su hijo y saber que Hollis prefería la familia y la casa de Landreaux al apartamento de su propio padre. Con un árbol de Navidad que estaba puesto todo el año.

Cuánta traición. Cuántas mentiras. Aunque Romeo no conseguía recordar si en realidad había pedido a Hollis alguna vez que se fuera a vivir con él.

¡El resentimiento es suicida! Ese eslogan de grupo a menudo ayudaba a interrumpir una cadena de pensamientos salvajes.

Romeo se balanceó en su butaca con reposabrazos de la furgoneta, disfrutando lo que había forjado. Ahí estaba, una visión centelleante. El perenne árbol de Navidad de imitación animó el corazón solitario de un padre. Aun así, no conseguía pensar en positivo. ¡Cambia el chip! Romeo miró con furia las paredes en las que aparecían clavados objetos especiales. ¡Qué bonitos atrapasueños sagrados con plumas de gallina! Hablaba con la imagen vacilante del televisor donde Cabeza Cuadrada intentaba engatusar al entrevistador. ¡Cuánta sutileza! ¡Y qué aplomo más arrogante!

—No es alguien a quien se trata a la ligera, Boca Ranura. Ni yo tampoco. Ni yo tampoco, viejo amigo, viejo amigo Landreaux Iron. Según mis excesivos y detallados recuerdos de nuestra supuesta fuga —dijo Romeo a un atrapasueños azul celeste con hilos irisados—, la razón por la que me masajeo mi triste pierna con la pomada Icy Hot... ¡Tú, Landreaux Iron, tienes mucho que responder por ello, cosas por las que nunca has dado la cara!

La pomada penetró en la piel y enseguida notó calor en la pierna. El dolor se derritió en la lujosa butaca. Sin embargo, las cosas no sentaban nada bien cuando pensaba en cómo Landreaux evitaba asumir su pasado mutuo.

—¡Putas guerra! —vociferó Romeo con alegría al despertar un rato más tarde ante la entrevista de Rummy, con el sonido quitado y la luz resplandeciente del árbol fosforito que olía a mango.

Después de haberse dejado llevar, se encontraba ahora a gusto con el resentimiento que había reprimido antes. «Quizá Landreaux no debería haberse comportado con tanta petulancia hasta el punto de robarme el cariño de mi hijo Hollis. ¡Incluso incitando a mi hijo a alistarse en el Ejército! Landreaux fue quien me arrastró en su plan y no debería haber fingido a lo largo de toda su vida que no se acuerda. Landreaux debería haber compartido a partes iguales las cosas que podía

adquirir. Landreaux no debería haberse imaginado que la gente tenía poca memoria o se olvidaría. Porque la gente tenía mucha memoria y nunca dejaba de hablar por estos lares». Romeo los había oído y Romeo lo sabía. Landreaux no debería haberse figurado que esto había terminado, porque un hombre tenía oídos, aunque fueran pequeñas orejas gachas que se levantaban cuando la gente susurraba. Un hombre tenía un cerebro que descifraba conversaciones secretas entre profesionales. El corazón de un hombre, una uva pasa arrugada, ciruela pasa de soledad, almeja quemada, comprendía lo que significaba salir perdiendo en el amor. Y perder a favor de un mentiroso redomado. Romeo apostaba que su lívido y oscuro corazón sería capaz de reventar el holgado saco del corazón de Landreaux. Si tan solo pudiera averiguar algo sólido sobre Landreaux para hundirlo.

La silla verde

El tedio de finales de verano envolvía a Maggie como un desfallecimiento irritante. Trece años, pero vivía en su cuerpo de niña. No tenía pecho. Ni el periodo. Demasiado mayor para comportarse como una niña, demasiado sin desarrollar para sentirse una adolescente, divagaba. Se preparó un sándwich, cogió una lata de refresco y se marchó. Había viejos caminos por el bosque, abiertos en tiempos remotos cuando la gente todavía iba andando hasta los sitios, se visitaban unos a otros, o se desplazaban en autostop al pueblo, la iglesia y la escuela. Había nuevos caminos trazados por niños con bicicletas de montaña y todoterrenos. Si no había ningún camino, Maggie entraba y salía de la maleza, deslizándose en zonas de paz o intranquilidad. Cuando se salía de los caminos, podía suceder cualquier cosa, pero nunca pasaba nada malo. Nadie se daba cuenta. LaRose estaba a veces con su otra familia, y Peter en el trabajo.

¿Cuándo había dejado su madre de preocuparse por ella? ¿De vigilarla? ¿De espiarla?

Maggie se sentó en un árbol y observó lo que ella decidió que era una casa donde se vendía droga; había unos fornidos perros negros encadenados en el porche. Se quedó observando durante toda una semana para ver si entraba o salía algún drogadicto. Al final llegó un coche. Una mujer que reconoció se bajó. Era su maestra de la escuela infantil, la única maestra a la que había querido. Los fornidos perros se pusieron a retozar bocarriba para que la señora Sweit les rascara la tripa. Cuando entró en la casa, los perros la siguieron como niños. Maggie deseó intensamente poder seguirle los pasos, pero tuvo que alejarse sabiendo que en el interior de la vivienda la señora Sweit daba de comer a los perros leche con galletas. Les leía cuentos. Los perros y ella recortaban farolillos de papel para manualidades. Maggie se fue a casa.

Al día siguiente vio a un oso que parecía desenterrar raíces cerca de una ciénaga. En otra ocasión, un zorro dio un gran brinco dibujando un arco entre la hierba y se alejó con un ratón. Unos ciervos caminaban con todos sus sentidos alertas, deteniéndose para aguzar el oído y olfatear el aire, antes de salir al descubierto. Observó la tierra que levantaba un tejón que cavaba una madriguera. Unos ratones con patas blancas y unos ojos adorables, golondrinas azules que partían el aire, águilas que planeaban místicamente, cuervos que bajaban de golpe llevados por fuertes corrientes de aire como si se hallaran en unas barras de equilibrio invisibles. Comenzó a sentirse más en casa fuera que dentro.

Un día estaba sentada en lo alto de un árbol despedazando una garrapata. Algo grande fluyó sobre ella en un silencio fantasmal. Se pegó contra la corteza y se agarró fuerte. Notó cómo unos dedos pasaban levemente entre su cabello, luego aquello se elevó sin hacer el menor ruido y desapareció como absorbido por las hojas. Ella no se asustaba con facilidad, pero se quedó sin aliento. Bajó hasta la mitad del árbol y se

pegó al tronco. Estaba tras ella, lo notaba. Un búho con enormes ojos dorados se posó en la rama que tenía delante, castañeteó con el pico y la miró fijamente con un ansia sobrenatural. Ella le devolvió la mirada. En ese instante, su corazón se abrió de par en par y permitió que el búho entrara en su cuerpo. Entonces se desplegó. Ella levantó los brazos con rapidez y el animal dejó pequeños cortes en la parte interna de sus muñecas. Aunque los gritos de Maggie lo impresionaron, se mantuvo a cierta distancia mientras ella bajaba lo que quedaba del árbol. El ave descendió en picado de nuevo y a Maggie se le erizó el pelo mientras se abría camino entre la maleza.

Aminoró el paso al aproximarse a su casa. Cuando salió del bosque, vio que el coche de su madre estaba aparcado en la entrada. Entró en casa, pero seguía sin haber nadie. Fuera, en el jardín trasero, vio que el perro estaba sentado muy alerta delante del establo, mirando fijamente la puerta. El perro percibió su mirada y volvió la cabeza. Corrió hasta ella, gimió y luego volvió corriendo hasta el establo para mirar detenidamente la puerta otra vez con angustia.

Maggie no llamó a su madre por su nombre ni hizo el menor ruido, ahora sentía el búho dentro de ella. Siguiendo un camino sin marcar que conducía a un lugar de paz o intranquilidad, Maggie se dirigió al establo. El silencio más absoluto seguramente salvó la situación. Con todos los sentidos alertas, abrió la pequeña puerta lateral y entró. Allí estaba su madre iluminada por un rayo de luz. Nola estaba subida a la vieja silla verde con una cuerda de nailon alrededor del cuello.

Nola llevaba puesto su vestido de punto violeta con el cinturón con el broche de plata, zapatos de tacón granates y unas medias con un delicado dibujo. El pecho de Nola presentaba vueltas y vueltas de collares, los dedos estaban cubiertos de anillos y las muñecas de pulseras. Quizá Nola había hecho esto mismo de forma periódica durante semanas o años. Quizá esta vez se había quedado subida a la silla toda la mañana, intentando reunir el valor para poder apartar la silla de una patada.

Todavía podía hacerlo. Maggie no tenía fuerza suficiente como para sujetarla ni la rapidez necesaria para cortar la cuerda. Nola todavía podía hacerlo delante de ella. No tenía sentido echarse a correr hacia ella. Maggie no se movió, pero la rabia le inundaba el pecho.

—Por Dios, mamá. —Su voz salió como un graznido, lo que la puso todavía más nerviosa—. ¿De verdad vas a utilizar esa cuerda barata? A ver, esa es la cuerda que usamos para atar el árbol de Navidad.

Nola echó un pie hacia atrás y la silla se tambaleó.

—¡Para!

Nola bajó la vista hacia su hija desde el otro lado de las cosas.

La madre de Maggie atisbó en los ojos de su hija la autoridad del búho. En los ojos de Nola, Maggie vio la autoridad del yo y nada más que el yo.

Levantó el pie otra vez. Junto a Maggie, el perro se estremeció en posición de firmes.

—Está bien —dijo Maggie—. Por favor, para.

Nola vaciló.

—No se lo diré a nadie.

La vacilación de Nola se convirtió en una pausa.

—Mamá. —A Maggie se le nublaron los ojos. La palabra, su voz la avergonzaba —. Si te bajas ahora, no se lo contaré nunca a nadie.

El pie de Nola volvió a apoyarse y se quedó inmóvil. El aire estaba resplandeciente y cálido, opresivo como un secreto entre ambas. La complicidad llevó a Nola a quitarse la soga del cuello y a bajar de la silla. La claustrofobia llevó a Maggie a vomitar.

Estuvo dos días vomitando, cada vez que veía a su madre y entraba de nuevo en la hermética caja metálica de su secreto. Nola sujetaba la fuente de cristal y limpiaba el rostro de su hija con un paño de cocina blanco y húmedo. Las lágrimas anegaban los ojos de la madre mientras guardaba la toallita y el cuenco. Madre e hija. Se abrazaban como dos seres aterrorizados. Se aferraban la una a la otra como dos niñas asustadas, encerradas en un sótano.

La armería de la Guardia Nacional era vieja y agradable, pero estaban construyendo una nueva instalación en las afueras de la ciudad. El material estaba usado e incluso algo desgastado, pero pronto recibirían una remesa con lo último en armamento, artillería de alta tecnología. El espacio para oficinas estaba abarrotado y las carpetas se amontonaban, pero pronto llegarían nuevos archivadores, ordenadores, escritorios y fotocopiadoras. Hollis estaba sentado a una mesa ajada frente a Mike, que lo trataba como a un viejo amigo de toda la vida. Mike tenía la cabeza cuadrada, era robusto con pequeños ojos azules y espabilados y unos finos labios rosados. Llevaba el pelo rubio corto, pero no rapado como los marines. Hollis se había resignado a perder su larga y rebelde melena y apuntarse directamente al entrenamiento básico, pero Mike le dijo que existían muchas opciones. Se las expuso. La Guardia Nacional quería que Hollis afianzara su educación y lo acompañaría en cada fase. Parecía algo tan adulto, tan responsable, examinar todas esas formas que podría adoptar su futuro, tomar decisiones, exponer un plan, firmar papeles y por último dar un apretón de manos.

Después de firmar papeles, estrechar manos y presentarle a los demás en la armería, invitaron a Hollis al simposio juvenil por la tarde. Mike lo nombró tío honorario de su hijo de tres años y le presentó a Jacey, su mujer, que se parecía a su marido de un modo desconcertante. Todo el mundo se dividió en su grupo familiar y cada grupo intentó construir una torre con nubes y espaguetis crudos. Resultó que a Hollis este juego se le dio muy bien. Planificó una base elaborada utilizando los espaguetis y las nubes como frágiles juguetes de construcción Tinkertoy. Mientras el retoño comía Cheerios y pedía nubes a gritos, Mike y Jacey rompían con cuidado los espaguetis con el largo que había pedido Hollis. Extendió cinco quebradizas varillas

juntas para que se reforzaran mutuamente, como si fuera una viga de pasta. Había trabajado ese verano en la empresa de construcción de Wink atando barras de acero. Su torre resultó ser la más alta de todas y ni siquiera se tambaleaba. El sargento Verge Anderson eligió su torre de nubes como la más valiosa y la mostró al resto de grupos familiares al final de la sesión. Destacó la doble construcción, el refuerzo, la alineación y la precisión. Mike presentó a Hollis, le atribuyó todo el mérito y todo el mundo aplaudió. El sargento Anderson dijo que Hollis tenía madera para convertirse en un ingeniero de combate, si así lo decidiese, o para tener la carrera que se propusiese, y que su país lo necesitaba y su presencia era un honor para la familia de la Guardia Nacional de Dakota del Norte; gente que trabajaba unida para garantizar la seguridad de sus compatriotas.

Hollis volvió a casa con un horario de entrenamientos, un horario para los cobros, un horario para adquirir el uniforme y el material de estudio, un horario por cada paso para convertirse en un miembro de la Guardia Nacional. Mientras conducía, pensó en Landreaux, que le había dicho que era fácil acostumbrarse al ejército y que a uno le resultase natural después de haber pasado por un internado. Pensó en las veces que había ido de caza con Landreaux, antes del accidente. Le había explicado que en el entrenamiento básico, su instructor había ordenado a los muchachos del oeste que dieran un paso al frente, a los chicos de las poblaciones rurales de Wyoming, Montana y las dos Dakotas. Los apartaba para trabajar con ellos de manera individual, porque sabía que serían sus mejores tiradores. El abuelo de Landreaux le había enseñado a cazar a una edad tan temprana que todo le vino de nuevo a la mente, dijo. Landreaux no había disparado a nadie en la operación Tormenta del Desierto; había trabajado en la retaguardia, en el sector de apoyo. Rellenaba informes médicos, llevaba a cabo exámenes médicos de rutina, trataba heridas leves y fomentaba la salud general. Hollis estaba bastante seguro de que él tampoco tendría que dispararle a nadie. Haría todo lo contrario. Salvaría a la gente. En una situación de crisis, Hollis sabría qué hacer y sería la persona en quien confiar. De un modo impreciso, comprendía que salvar a la gente podría ser igual de peligroso si se veían implicados en una situación real.

Cuando entró en casa, percibió un aroma a conejo frito con cebolla y beicon. Notó un olor a salvia quemada y descubrió a Snow y Josette que se estaban embadurnando por alguna misteriosa razón. Emmaline lo abrazó con sus delgados brazos. Coochy le dio un puñetazo y luego otro más fuerte cuando comprobó que no le hacía el menor caso. Hollis sintió que el corazón no le cabía en el pecho de amor, así que hizo una llave de estrangulación de mentira al niño. LaRose protestó.

—¡Sacad eso fuera! Estoy haciendo una *hogan*^[20].

Estaba pegando trozos de papel de manualidades en una caja de zapatos. Fabricaba un diorama de viviendas de los indios norteamericanos para la oficina de Emmaline.

Josette dejó de abanicarse con humo, miró por encima del hombro y meneó la

cabeza de arriba abajo.

—Asegúrate de poner un cactus ahí dentro.

—No —objetó Snow—. Una oveja. Y una casa móvil prefabricada FEMA.

—Y una cancha de voleibol —dijo Josette—. Esas chicas navajas son la bomba.

—Chicas navajas —dijo Snow—. Creo que en realidad viven en barrios superchulos. Tienen carretera de acceso y sistema de regadío por aspersión.

—¿Sistema de regadío por aspersión?

Josette pareció perturbada.

—No, tienes razón. No malgastarían el agua.

—¡Exacto! ¡Phoenix les está robando el agua! He leído algo sobre ello. Aspiran con enormes tuberías el agua de los navajos. LaRose, puedes utilizar pajitas de beber.

LaRose levantó la vista, miró a Hollis y dijo:

—Hermano, ¿puedes llevártelas fuera de aquí?

LaRose estaba con su familia Ravich en la cueva de los lilos. Maggie se deslizó en su escondite verde y sombreado y se sentó junto a él. Habían forrado el sitio con hierba seca, como un nido.

—Tengo que contarte algo —dijo Maggie.

LaRose había llevado un helado doble para comer, de esos que se parten en dos polos individuales. Le dio una mitad, aunque a ella no le gustaba el sabor a plátano.

—¿Cómo es que siempre son estos los que quedan?

—Porque no te gustan.

—Ya, son asquerosos —dijo Maggie.

Lamió el inmundo sabor y observó a LaRose. Tenía las pestañas tan largas y tupidas que proyectaban sombras en sus mejillas. Pero no era un niño guapo. Era blando y aguileño.

—Mataría por tener tus pestañas.

—Josette y Snow ya han dicho también que matarían por mis pestañas. ¿Por qué no me las arrancas y te las pegas en tus ojos? No me importa.

—Bueno, vale —dijo Maggie—. Pero verás, mamá ha intentado matarse.

LaRose mordió directamente en el polo de plátano y el frío se le clavó entre los ojos. Maggie puso la mano en su zapato y le habló mirándole a la cara.

—Mamá estaba subida a una silla en el establo; tenía una soga alrededor del cuello. Iba a ahorcarse.

LaRose frunció el ceño con la mirada clavada en sus zapatillas deportivas. Dio un mordisco más pequeño y luego terminó el resto del helado con los ojos cerrados cuando el dolor estalló de nuevo en su frente. Depositó el palo en el ordenado montón que estaba guardando para construir un fuerte para sus figuritas de acción. Maggie dejó su palo en el mismo montón.

—¿Puedes ayudarme?

Los ojos de Maggie se llenaron de lágrimas, pero parpadeó para enjuagarlas. Encogió las piernas y se abrazó las rodillas. Dejó caer la cabeza y el pelo le cubrió el rostro.

—Sé lo que hay que hacer —dijo el chico, aunque no lo sabía.

Maggie apoyó la mano en el suelo, con los dedos extendidos hacia la suya. Al cabo de un tiempo, LaRose buscó en el bolsillo y sacó una pequeña piedra gris y lisa. Depositó la piedra en la mano de ella.

—¿Qué es esto?

—Solo una piedra.

—Siempre estás recogiendo piedras. A ver, ¿qué puede hacer esta piedra? —Y la tiró al suelo—. ¡Tenemos que vigilarla! ¡Tenemos que detenerla!

—Lo sé —dijo LaRose. Abrió la mano de Maggie y volvió a depositar la piedra en ella—. Es una piedra vigilante. Tú me das la piedra si yo debo vigilarla. Yo te doy la piedra si la tienes que vigilar tú.

Maggie abrió la mano. Ahora la piedra estaba fresca y le quitó la mitad del peso de encima. Maggie estaba cansada de sollozar hasta ponerse enferma y de hipar hasta solo vomitar bilis. Era la única manera de conseguir que su madre estuviese pendiente de ella. Ahora LaRose parecía muy seguro de sí mismo. Parecía saber lo que había que hacer.

—Pero si solo eres un niño —repuso Maggie—. ¿Cómo puedo confiar en ti?

—Tengo espíritus que me ayudan.

—Ya, vale.

Él la hizo reír hasta que tuvo hipo. Levantó la cabeza y la movió para apartarse el pelo de la cara. Era tan bonita con sus preciosos rasgos de niña y esos dientes bien alineados.

—¿Me prometes que me ayudarás?

—Todo irá bien —dijo LaRose—. Sé lo que hay que hacer.

Lo dijo con firmeza, aunque todavía no sabía exactamente qué hacer además de vigilar a Nola. Sam Eagleboy le había recomendado quedarse sentado muy quieto y abrir la mente en caso de tener un problema. LaRose volvería al nido de hierba esa misma noche, después de que Maggie se hubiera marchado. Se concentraría en el problema. Aunque no podía verlas, preguntaría a las personas que había conocido en el bosque. Averiguaría lo que requería la situación.

Dos noches más tarde, LaRose se despertó de golpe. Se metió con sigilo en el cuarto de baño y encendió la luz. Tiró de la cadena del váter. Mientras el agua corría, abrió el botiquín. Había todo tipo de pastillas. Píldoras en frascos de plástico ámbar. LaRose no sabía cuáles podría estar tomando ella, pero al día siguiente las anotaría y le pediría a Maggie que indagase cuáles eran veneno. Peter solía afeitarse con una máquina eléctrica, pero para las ocasiones especiales tenía una maquinilla de seguridad de doble hoja. Amontonados detrás de un desodorante había dos paquetes

de hojas de doble filo Shark. Los llevó a su habitación y los escondió debajo de sus tebeos. Al día siguiente, LaRose guardó los paquetes de hojas de afeitar en el bolsillo y salió. Encontró una vieja lata de café y se adentró en el bosque para enterrar el bote con las hojas de afeitar.

Mientras Nola estaba fuera, entró en la cocina y retiró el cuchillo cocinero. La siguiente noche, bajó las escaleras y limpió la caja de aparejos de pesca de Peter, quitando los cuchillos fileteros de hoja delgada y extremadamente afilada.

—¿Dónde está mi cuchillo cocinero? —preguntó Nola al día siguiente.

Nadie lo sabía. Excepto LaRose. Solo dejó a Nola los cuchillos de pelar sin filo. Cavó un agujero con la pequeña pala de jardinería de Nola y enterró los cuchillos envueltos en un paño, al lado del bote de café. Una lista crecía en su cabeza.

Una vez que todo el mundo se hubo marchado, LaRose llevó una escalera de aluminio a la casa y la abrió junto al armero. Subió los peldaños, buscó a tientas por la parte de arriba del mueble y encontró el sitio donde Peter había guardado la llave. Despegó la llave de detrás de una moldura decorativa, bajó la escalera y abrió las puertas del armero. Todas las armas que Peter guardaba cargadas estaban sujetas en unos casilleros incrustados.

LaRose hizo exactamente lo que Peter le había enseñado. Sacó el .22 y sujetó el cañón con la mano izquierda y la culata con la derecha. Descorrió el cerrojo y ahuecó la mano derecha para recoger las balas a medida que iban saliendo. Había tres cartuchos en el interior. Siempre tres, era una norma de Peter. Si no puedes matarlo con tres balas, no deberías estar disparando con un arma. LaRose depositó con delicadeza cada cartucho sobre una almohada. Corrió y descorrió el cerrojo varias veces, miró en la recámara para asegurarse de que quedaba vacía y luego guardó el Remington en el sitio exacto donde estaba. LaRose repitió la operación con cada uno de los otros rifles, manejando con sumo cuidado el arma favorita de Peter. LaRose cerró el armero con llave y subió la escalera para volver a pegar la llave con cinta. Guardó las municiones en un tarro de cristal estanco, por si acaso tenía que desenterrar balas, cartuchos y municiones para usarlos. Comprobó que había dejado los rifles exactamente en el mismo orden y que no había dejado huellas dactilares en el cristal. Salió para enterrar el tarro en uno de sus muchos escondrijos. Estaba satisfecho.

Se deshizo de los pesticidas y matarratas, sustituyó las píldoras, de las que, según Maggie, Nola podría tomar una sobredosis, por otras parecidas que eran vitaminas. Retiró todas las cuerdas. Había tantas cuerdas por todas partes, aquí y allá. En el almacén con las provisiones para el fin del mundo de Peter. LaRose lo metió todo en pesadas bolsas que dejó en la parte trasera de la camioneta cuando sabía que Peter se disponía a ir al vertedero. Mientras lo hacía, aprovechó para añadir un par de recios zapatos que había comprado y que Maggie odiaba.

Una semana más tarde, se despertó pensando otra vez en el horno. ¿Era de gas o eléctrico? ¿Y cómo funcionaba exactamente eso de meter la cabeza dentro para

matarse? Quizá el peligro fuera leve, pero luego ¡estaba la lejía! Un veneno, ¿verdad? ¿Cómo es que no había caído antes?

LaRose se levantó de la cama y se deslizó en la lavandería con sigilo. Vertió la botella con la calavera y la cruz por el desagüe del fregadero y dejó la botella vacía en el garaje. Volvió a la cama y durmió profundamente.

Maggie era la que tenía problemas para dormir. En vastas escuelas de aulas infinitas, en cada cruce de carretera, en cada pueblo que se extendía entre los mundos, ella buscaba a su madre. Se despertaba sobresaltada con la certeza de que su madre estaba atrapada detrás de una puerta cerrada con candado, perdida en una carretera remota o deambulando por una ciudad sin luz. Una noche, Maggie se pasó horas mordiéndose y rascándose la laca de uñas. Por la mañana tenía la cara cubierta de motitas verde claro. Cuando bajó las escaleras para desayunar, su madre le quitó una de las escamas verdes de la cara y la observó.

—¿Qué es esto?

En vez de marcharse sin contestar, furiosa porque su madre se atreviese a tocarle la cara y hacerle una pregunta, Maggie solo respondió:

—Laca de uñas.

La respuesta normal y nada sarcástica agradó a Nola. Ahora quería a Maggie con todos los desgarrados pedazos de su corazón. Nola se volvió hacia la tabla de cortar y comenzó a serrar tomates con un cuchillo de carne. Las cosas estaban desapareciendo. Estaba perdiendo cosas por todas partes, quedándose sin ellas, sin reponerlas, olvidando. Pero estas cuestiones no eran tan importantes como otras personas creían. No eran cruciales. De hecho, no importaban lo más mínimo.

Cada día después del amanecer gris o del amanecer azul, Hollis se dirigía con paso firme y aletargado al polvoriento Mazda de color verde mohoso con el guardabarros caído y la puerta abollada. Había comprado ese automóvil por seiscientos dólares. Ese coche llevaría a Hollis, Snow, Josette y Coochy a la escuela en una semana. Los fines de semana, lo llevaría hasta sus primeros entrenamientos en la Guardia Nacional. Mike y él habían optado por un programa de ingreso retrasado —entrenamiento de combate retrasado—. Escuela. Entrenamientos un fin de semana al mes durante un año. Después de graduarse, vendría el entrenamiento básico y el entrenamiento avanzado individual. Entonces se centraría en su puesto de trabajo en la Guardia, quizá como ingeniero de combate. Todavía no estaba seguro. Y en reunir el dinero para mudarse, se figuró, aunque no quería irse aún. Estaba feliz en el colchón hinchable. Aunque su culo tocara el suelo en mitad de la noche, le encantaba el rincón donde dormía. Quería seguir viviendo con los Iron después de graduarse, quizá para siempre. Además, Hollis siempre estaba hambriento. Emmaline y las chicas cocinaban enormes, sabrosos y contundentes guisos de carne, espesas sopas de

maíz y patata y panecillos fritos. A la vez, esa chispa de interés estival tiempo atrás había prendido en Josette. Ella lo había ayudado de verdad con su lectura de verano e incluso había escrito la mayor parte de su trabajo. Él era quien se había inclinado sobre el hombro de ella para contemplar cómo tecleaba en el ordenador con gran seguridad. Ahora notaba una sensación de bienestar. Más que de bienestar, de hecho. A veces de fuego ardiente.

Era el primer día de clase. Hollis se vistió y bajó torpe y lentamente a la cocina, donde esperaba que quizá aquel fuese el día. Quizá confesara su loco y desesperado amor por la gloria loca y desesperada de Josette.

Como siempre, en cuanto entró en la habitación, ella comenzó a servirse cereales.

—Hola.

—Hola.

Era fuerte, tenía un endiablado saque de mano alta de voleibol y unas curvas poderosas. Era capaz de poner mil matices en ese saludo matutino, lo mismo que Hollis. La sombra que había en su «hola» decía: «¡Me gustas!». Raramente se decían más que «hola» y «hola». Pero la manera en que se lo decían permanecía en el otro a lo largo del día. Sus «holas» eran una luz roja que podía encenderse si Josette apartaba los ojos de los copos de maíz que caían en el cuenco.

Si aquello sucediese, Hollis se imaginaba que se sostendrían una mirada donde la tensión animal se volvería insoportable. Pero quizá no estaba bien que fuese acogido por una familia tan buena y que luego él se llevara a la hija de la casa. Que era más joven. Así que cogió su cuenco de cereales y se lo llevó al cuarto de los chicos, y esperó a que las chicas avisaran de que estaban listas para ir a clase.

Esa misma mañana, Emmaline se despertó con el corazón en un puño sin poder respirar apenas. ¿Cuándo? Preguntó a la colcha con la estrella que colgaba de la pared, y luego se contestó a sí misma. Ahora. LaRose tenía previsto regresar a casa de los Ravich, pero cuando Emmaline acarició su espesa cabellera castaña, lo supo con toda seguridad. Esto se tenía que acabar y había llegado el momento. Con la puerta cerrada de su habitación, marcó el número de teléfono de los Ravich. Peter contestó.

—Ya no puedo más —dijo.

Peter sintió cómo le daba un vuelco el corazón como si fuera una pesada plancha de hierro. Esperó, pero se había quedado pegado en el lado equivocado del pecho.

—Por Dios, por favor, Emmaline.

—Ya no puedo más. No estaba previsto que durara tanto, ¿no? —Comenzó a temblarle la voz. Se recompuso, se enderezó y se colocó el pelo detrás de las orejas.

—Escucha —dijo Peter, dando un paso a un lado para mirar por la ventana—. Empiezan las clases. Todo irá mejor.

—Lo he inscrito aquí. Con otros indios.

Nola ya se había levantado. Se encontraba fuera arreglando un viejo gallinero, pintándolo. Su delgado brazo se movía arriba y abajo.

—Por favor, continuemos así un poco de tiempo más. —Peter se calló. Estaba a punto de suplicarle por LaRose. Eso lo irritó. Estaría lleno de odio si se viese empujado a eso—. Nola está mucho mejor —dijo—. Por fin está superando lo de Dusty. Se está... integrando. Ahora mismo está pintando el gallinero.

Ese detalle zahirió a Emmaline. ¿Pintaba un gallinero? ¿Cómo podía ser eso una especie de paso adelante?

—Va a hacer casi tres años que no me habla —dijo Emmaline—. Somos hermanas. Se comporta como si ser medias hermanas no fuese ser hermanas de verdad. Es mi hermana y no se habla conmigo. Pero esa no es la cuestión, no. Lo he matriculado aquí, en la escuela de la reserva, donde va su familia. LaRose ahora está con nosotros.

—Ay, Emmaline —dijo Peter.

Su tono vulnerable conmovió a Emmaline, porque Peter era un buen tipo; era sólido y nunca le había hecho daño a nadie. Confiaba en la bondad de Peter y estaba segura de que en el pasado había contenido a Landreaux con sus modales tranquilos, llevando a su amigo por el camino de tierra inocente de una vida al estilo Peter.

—Comprendo —dijo Peter con prudencia. Tenía que mantener el control. Sabía muy bien que no debía escalar esa pendiente, no caer en la emoción—. ¿Por qué no te lo quedas unos días más? Se lo explicaré a Nola.

—No lo entenderá —dijo Emmaline.

—No.

—Por eso. Voy a recuperarlo —insistió Emmaline—. Ya es hora.

Salió de la habitación y habló con los demás, que ya estaban casi listos: les explicó que iba a llevar a LaRose a su escuela.

—Vas a ir a clase con tus hermanas —dijo a LaRose con alegría—. Sorpresa.

El chico miró a Snow y a Josette, que abrieron los ojos como platos en un mensaje mudo. «Lo dice mamá». LaRose volvió al cuarto de los chicos para vestirse. Ahora estaban hablando en la cocina. Las cosas siempre eran así. Aunque LaRose estaba acostumbrado a ir allí donde se suponía que debía ir, y a hacer lo que se suponía que debía hacer, a veces le tenían reservadas aquellas enormes sorpresas.

—Podría habérmelo dicho con algo más de tiempo que hace un minuto —masculló.

Se puso ropa limpia, unos vaqueros y una camiseta. Olfateó los calcetines de la vispera, los tiró al suelo y sacó un par limpio de la pila de calcetines de Coochy.

Peter se quedó petrificado, con el teléfono zumbando en la mano, la mirada clavada en el jeroglífico de mujer que estaba pintando ahí afuera un gallinero con restos de pintura blanca y pegajosa. Aunque no se hablara con Emmaline, su mujer estaba mejor, pensó. Tal vez. Tal vez los hombres creen que las mujeres están mejor si

tienen relaciones sexuales con ellos, pero aun así. Hacía un par de noches, ella había puesto sus manos sobre él, lo había acariciado sin pronunciar una sola palabra extraña. Y se habían amado con una absoluta paz. Él volvió dentro de su cuerpo. No podía habitarse a sí mismo sin ella. Él tenía esa apaleada coraza esclava y debajo un corazón tierno y cremoso. Lo había protegido con cuidado de Nola. No había nadie más para él sino esa mujer; aunque la odiara a veces, iría hasta el mismísimo infierno por ella y salvaría sus tartas.

Dos días más tarde, intentó tener la conversación con ella.

—Es que me cae mal, Peter, me cae mal, porque es una puta mojigata.

—¿Por qué dices eso?

Peter había leído artículos en revistas que recomendaban qué preguntas formular cuando uno quería desviar un patrón de pensamiento en otra persona. O para frenarlo.

—¿Por qué? —preguntó de nuevo, y luego aventuró—: Es tu hermana. Podrías intentarlo.

—Está bien, te diré por qué no puedo intentarlo. Para empezar, tiene esa actitud de directora de programa. A ver, aquí está Emmaline. Posando detrás del escritorio. Lalalá. Hace que escucha. Escucha con las manos juntas y la cabeza ladeada. ¿Sabes? Emmaline se pone la máscara de escuchar y detrás de esa máscara te está juzgando.

Estaban fuera, en el extremo del jardín. Nola arrancó una brizna de hierba y se metió la punta en la boca. Entrecerró los ojos y se quedó mirando al horizonte, la línea al final de los maizales, entre las ondulantes copas de los árboles.

Para enfatizar, ladeó la cabeza a ambos lados. Derecha. E izquierda.

—Juzgándome a mí.

Tiró la brizna de hierba.

—Bueno, supongo que podría... Hablar con ella... Si nos devolviese a LaRose.

Peter miró al suelo, disimulando su esperanza.

—Han pasado cuatro días. Lo he entendido —dijo Nola—. En serio.

—No he dicho nada.

—Pero lo pillo.

Peter asintió, animado.

—Quiero decir, está mal, pero lo entiendo. Lo está reteniendo como rehén porque quiere mi atención. Quiere que yo me ponga en plan: «Oh, Emmaline, ¿cómo estás? ¿Cómo va tu proyecto, tu negocio, tu esto y lo otro, tus chicas a las que Maggie tanto quiere? ¡Qué generosa eres, Emmaline, qué gran persona tradicional eres para entregar a tu hijo a un hombre blanco y a una hermana casi blanca que es tan patética y que está completamente chiflada! Se parece tanto a su madre, esa Marn que tenía las serpientes». La gente de por aquí nunca olvida. Y jamás olvidarán esto tampoco. Emmaline Iron será la buena y fuerte, cómo se llama... *Ogema-ikwe*. La mujer que permaneció para siempre al lado de esa pesada carga de Landreaux e incluso lo enderezó a fin de que pudiera, de que pudiera... Solo te digo que yo lo mataría por ti.

Lo veo en tu cara cuando partes la leña. Lo mataría por ti si no fuera por LaRose. Así que su maldito e increíble plan obró milagros porque ahora estoy mejor.

Peter lo ponía en duda, pero no dijo nada.

—Y nadie va a matar a ese enorme monstruo. Es demasiado alto.

—Solo mide un metro noventa —murmuró Peter—. Yo mido un metro ochenta y ocho.

—Ojalá nuestro hijo no sea tan alto. Ojalá LaRose no se convierta en un asesino.

—Ha pasado ya mucho tiempo —dijo Peter.

—Sí, los años han pasado volando, ¿verdad? —respondió Nola. Levantó el labio superior en una mueca nerviosa que a veces hacía estremecer a Peter de deseo.

—Ven aquí —dijo.

—¿Por qué?

Arrancó otra brizna de hierba y se la metió entre los labios. Maggie estaba en casa de los Iron, como siempre. Estaban solos.

Peter le quitó la brizna de hierba de la boca y le acarició suavemente la mejilla con ella. Le dirigió una mirada inquisitiva. La besó hasta que ella respondió a su beso. Nola señaló la casa con la cabeza. Él la cogió en brazos y la llevó hasta el establo.

—Allí no —dijo ella.

La llevó dentro a pesar de todo. Pasaron por delante de las viejas bridas colgadas de unos ganchos, el refrigerador destartado, la silla verde y los compartimentos vacíos. Tiró al suelo unas pacas de heno en el último y una lona encima. Flotaba ese agradable aroma a establo viejo donde los animales habían comido, defecado y respirado, un antiguo y limpio establo repleto de heno y sol. Desató los cordones de sus zapatillas deportivas manchadas de pintura y desgastadas y se las quitó. Le bajó lentamente los ajustados pantalones vaqueros y deslizó cada pie fuera de las perneras arrugadas en los tobillos. Se arrodilló ante la paca de heno, la acostó suavemente y le dobló las piernas.

Ella miró por encima del hombro de Peter. La viga transversal de roble negro. La cuerda había desaparecido. Desaparecido. Nola levantó de golpe los brazos por encima de la cabeza. Sus pechos se balancearon.

Él colocó los pies de Nola a cada lado de su torso, apoyó las manos en sus caderas, la atrajo hacia él y se balanceó dentro de ella. Entonces ambos se volvieron atrás, muy atrás, hasta el principio, cuando no existía otra cosa, cuando no había hijo al que llorar la muerte, ninguna pérdida, ningún peligro, donde unas pocas avispas zumbaban pero sin posarse en el culo de Peter, y los rayos de sol iluminaban el polvo que caía sin cesar.

¿Y por qué ella no podía ver sencillamente la paz y el regocijo que había en ello? ¿Por qué tenía que pensar en todos los muertos y un buen día imaginarse a ella misma entre ellos flotando por un aire claro? Ella no lo haría. ¡La cuerda había desaparecido!

No preguntes. No, claro que no. Ahora no. LaRose le había dicho lo mucho que la necesitaba. Maggie la vigilaba. Lo notaba. Tenía una nueva vida. Aun así, tenía que pensar en ello a veces, solo un poco. No había nada de malo en ello, ¿verdad? Simplemente caer sin cesar y elevarse eternamente sobre suaves corrientes de aire cálido removido por los cuerpos de los vivos. No había nada de malo en abandonarse al etéreo desvanecimiento, la nada. No había nada de malo en tener más en común con el polvo que con su marido, con Peter, ¿verdad?

—Pensé que podría llamar por teléfono —dijo Nola al aparato—. Solo porque es un día lluvioso. Me preguntaba cómo está LaRose...

Después oyó a LaRose que se reía al fondo. Quizá había contestado una de las chicas. No era Emmaline. Nola se quedó con la voz hecha un nudo en la garganta. Colgó el teléfono y se llevó la mano a los ojos.

—¿Estás bien? —Maggie entró en la cocina—. Mamá, estás mirando el teléfono fijamente. ¿Han llamado?

Maggie todavía conservaba la piedra que LaRose le había deslizado en la mano cuando se marchó. La tenía en la mesilla de noche. No quería tenerla ahí, ni en ningún sitio. Era enteramente responsable de Nola, y estaba cansada.

—No.

Nola abrazó a Maggie. La estrechaba demasiado fuerte y lo sabía.

—Cielo —dijo—. Tienen a LaRose en contra de su voluntad.

Maggie solo abrazó a su madre más fuerte. «¿Qué se puede decir, a ver?».

—Ajá —exclamó Nola—. Te estás poniendo fuerte.

Maggie se rio, animada.

—Bueno, tú también. ¡Me estabas apretujando!

—No lo dejan volver conmigo. Es mi único hijo. ¿Estoy demasiado loca, Maggie? ¿Hay algo malo en mí? ¿Es por eso? Lo quiero tantísimo. No tengo nada más en la vida.

Nada más. Vaya. Maggie se apagó. Habló con voz fría y comedida:

—Papá te quiere. Yo te quiero, mamá. Nos tienes a nosotros.

Nola entrecerró los ojos y miró hacia delante como si Maggie se encontrase al final de un largo túnel. Quizá al final estaba LaRose y otra persona, porque por un momento no reconoció a su hija. Rozó la cara de Maggie con la mano de un modo tan suave que Maggie se estremeció, pero esta no se movió. Mantuvo el dominio de sí misma.

—¿Sabes lo que necesitas? —Maggie mantuvo un tono de voz bajo y normal—. Hace un día frío y lluvioso. Necesitas un chocolate caliente.

—Necesito hablar con Emmaline.

—Primero el chocolate caliente, con nata montada.

Nola asintió, pensativa.

—No tenemos nata.

—Pues entonces con nubes. Yo también —dijo Maggie.

—De acuerdo —accedió Nola.

Mientras vertía el chocolate caliente sobre las nubes, Maggie oyó cómo su madre pulsaba las teclas del teléfono y volvía a colgar. Nola entró en la cocina y se sentó junto a Maggie.

—Está muy caliente, no...

Pero Nola ya había tomado un trago. Abrió los ojos como platos a medida que el ardiente cacao traspasaba su paladar y seguía su camino como un torrente abrasador. Maggie se levantó rápidamente y le sirvió un vaso de leche fría. Nola tomó un sorbo y suspiró. Después, cerró los ojos y se llevó la mano a la boca.

Maggie apretó los dientes para contener sus palabras. No dijo que lo sentía, pero lo cierto era que lo sentía. Sentía no poder hacer lo correcto. No poder hacer lo que su madre necesitaba. Sentía no poder sanarla. Sentía, a veces, haberse encontrado con su madre en el establo. Sentía haberla salvado. Sentía ser mala. Sentía no estar agradecida a cada minuto por la vida de su madre. Sentía que LaRose fuera el favorito de su madre, aunque también era el de Maggie. Sentía pensar lo mucho que lo sentía y perder el tiempo con tantas lamentaciones. Antes de lo de su madre, Maggie nunca había lamentado nada. Cuánto deseaba volver a ser como era antes.

Maggie fue a buscar a Snow y a Josette. Para ellas era después de clase. Las clases de ella comenzaban el lunes. Al menos, podía ir y venir y verlas y estar con LaRose. Las chicas se encontraban fuera. LaRose había ido al pueblo con Emmaline, dijeron. Ella debía ayudarlas con la tarea que estaban haciendo. La hierba, o la maleza, había sido arrancada y amontonada al fondo del jardín. El suelo estaba duro y pisoteado. Las chicas habían montado una vieja y destartada red de voleibol. Maggie las ayudó a pintar con un espray naranja las líneas del campo en la tierra. La pista ya estaba lista. Mientras charlaban, se lanzaban el balón de un lado a otro. Maggie solo había jugado en las clases de gimnasia. Josette le enseñó a golpear el balón y a pasarlo. Snow remató. Practicaron los saques.

—Ni se te ocurra intentar un golpe bajo —dijo Josette—. Fíjate.

Josette adelantó el pie izquierdo, echó hacia atrás el codo derecho, como si se dispusiera a tirar con arco. Golpeó el sucio, tenso y aterciopelado balón en sus manos cuatro veces, después lo lanzó al aire lo más alto que pudo. Mientras descendía, dio un salto y lo golpeó con la palma de la mano. El balón dibujó una trayectoria baja y veloz por encima de la red y botó justo donde nadie se lo esperaba.

—¡Punto de saque!

—Marca de la casa.

—Quiero aprender a hacer eso.

—Madre mía —exclamó Josette, después de que Maggie intentara sacar.

Maggie falló seis veces y para cuando consiguió dar al balón, este cayó sin fuerza, sin ni siquiera pasar por encima de la red.

—Tienes que hacer muchas flexiones si quieres tener algo de fuerza.

—Al suelo, diez marchando —ordenó Snow.

Maggie hizo cuatro.

—La chica necesita ponerse cachas —apuntó Snow.

—Sí, necesitas trabajar la parte de arriba.

Josette palpó el brazo de Maggie con ojo avezado.

Coochy salió afuera.

—¿Os lo estáis pasando bien con vuestro juegucito de niñas? —se burló, dando un paso atrás y fingiendo un servicio sin ninguna gracia.

Cuando se dio la vuelta para marcharse, Snow sacó con fuerza hasta darle en la nuca. Debió de dolerle, pero siguió caminando. Estaba fortaleciendo el cuello para jugar al fútbol.

—Dos puntos —dijo Snow.

Josette hizo botar el balón en el pie y lo guardó bajo el brazo.

—Pegarle un porrazo a Coochy son dos puntos —le explicó a Maggie—. Si solo le das es uno.

—Quiero dar porrazos —dijo Maggie—. Vuelve a enseñarme ese saque.

Una vez en casa, Maggie echó un vistazo a su madre, que estaba durmiendo la siesta; esperó junto a la puerta de la habitación hasta que divisó un leve movimiento. Después, se dirigió al garaje. El portón estaba abierto y el viento revolvía unos papeles en el suelo. Su padre tenía el capó de la camioneta levantado. Estaba cambiando el aceite y los filtros de aire, y vaciando los residuos fangosos.

—Hola —dijo Maggie—. ¿Puedo cambiarme de instituto?

—No —respondió su padre.

Pero los mayores siempre decían no antes de preguntar por qué.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por LaRose?

—Tengo que ir a la misma escuela que mi hermano, ¿no? Además, hay otras razones. Los chicos de mi instituto me odian.

—Nunca habías comentado nada.

Maggie se encogió de hombros.

—Puedo manejarlo, por eso. Pero preferiría cambiarme.

—¿Así que quieres ir al instituto de la reserva? —Se echó a reír—. Es todavía más duro allí.

—Papá, ahora tienen más actividades extraescolares. Pluto es un pueblo muerto. Nuestro estado es tan tacaño. Sabes que lo más probable es que fusionen centros y tendremos que hacer una hora más de autobús.

Lo que dijo probablemente fuese cierto, pero a Peter no le gustaba pensar de esa manera, solo que debía hacerlo.

—La reserva está consiguiendo dinero del estado federal además de dinero del casino.

Peter se limpió las manos en un viejo trapo rojo y cerró el capó. Bajó la vista hacia Maggie, un cuerpo atlético y fibroso con una mirada intensa.

—¿Dónde has oído eso?

—Te lo he oído decir a ti, papá.

—¿Yo he dicho que nuestro estado era tacaño? Yo jamás diría eso. Además, su casino tiene deudas.

—Dijiste que los granjeros de esta parte del estado no tienen dinero. Dijiste que hoy día hay más dinero en la reserva. Dijiste...

—Está bien. Eso no es verdad. Yo estaba, ya sabes, cielo, estaba frustrado.

—Los adultos siempre dicen eso cuando pierden los estribos.

—Ahora eres una experta en adultos.

Maggie supo que había llegado el momento de cambiar de estrategia.

—Puedo ir allí por mamá. Por ser descendiente y todo eso. Y, verás, yo quiero ir al instituto con Josette y Snow. Estar en su equipo.

—Pero si tú odias el deporte.

—Ya no. Me gusta el voleibol.

—Eso no es un deporte de verdad.

A veces los adultos no entendían las cosas. Pensaban en el voleibol como en un pasatiempo tranquilo que se jugaba en los jardines traseros los días de barbacoa, o como en una asignatura de educación física. No tenían ni idea de cómo se había convertido en un deporte feroz y guay, y cómo las chicas lo habían hecho suyo. Maggie decidió que era el momento de presionar un poco más a su padre.

—No me imagino que Emmaline vaya a quedarse con LaRose todo el tiempo.

—¿De veras?

—Si él va a esa escuela, es una deferencia. Una concesión. Y si ese es el trato, no deberíais dejarme fuera. Debería ir allí yo también. Él debería tener a toda su familia en la misma escuela.

—Hay chicos conflictivos en ese instituto. Alcohol y drogas.

—Hay drogas en todas partes. Además, ¿recuerdas? Soy una marginada. Me odian a rabiar.

Ahora Peter se echó a reír. Maggie no era capaz ni de fingir autocompasión. No había la menor lástima en ella. Estaba orgulloso de ella y ella lo sabía.

—Ay, papi, venga. Snow y Josette tienen valores tradicionales y todo eso. Son estudiantes de sobresaliente. Ellas me respaldarán. Además de su hermano mayor, Hollis. Y está Coochy, quiero decir Willard. Deberíamos estar todos juntos, papá. Eso ayudaría mucho a LaRose.

Peter seguía limpiándose las manos. Las grietas en las palmas y en las arrugas de los nudillos absorbían el aceite y sus manos semejaban antiguos bocetos. Sus cansados ojos azules se posaron sobre Maggie con ternura. Conocía a su hija. Recordó los años de reuniones con sus profesores. Los profesores se equivocaban. Ella no estaba perturbada. Efervescente. Eso era. Era demasiado efervescente para las

insípidas expectativas que tenían para una chica. ¿Podían ir las cosas a peor? Quizá tuviese razón. Tener a LaRose era una especie de último intento para Emmaline. Tal vez permitir que los chicos de ambas familias fueran a la misma escuela ayudaría a Emmaline a superarlo. Las cosas se equilibrarían. A pesar de lo que había sucedido, Snow y Josette se habían convertido en hermanas para Maggie. Eran medias primas. Primas y hermanas. Cayó en la cuenta de que esa era la primera vez desde la muerte de Dusty que Maggie quería algo de verdad y le pedía ayuda. Así que accedió. Y sí, intentaría convencer a Nola.

—Ese viejo Rummy, otra vez insinuando cosas. ¿Lo veis?

El padre Travis observaba la piel grisácea de la cabeza grisácea del busto parlante. Estaban sentados en el Dead Custer una mañana de septiembre de un inusual calor.

—No es normal que haga este calor —se quejó Romeo.

—Es lo que hay —dijo Puffy.

Romeo bufó, exasperado. Todo el mundo decía «es lo que hay», como si fueran palabras sabias. Lo decían alzando la mano levemente. Lo decían para salir del paso. Lo decían cuando les daba pereza terminar un trabajo. O a menudo viendo las noticias.

—Y no es lo que no hay —repuso Romeo.

El padre Travis no captó el comentario. Simplemente transpiraba estoico con una jarra del té helado especial de Puffy. La víspera se había sumergido en el torbellino de energía, la abertura negra, el silencio. Antes de los gritos, se hallaba de repente con Emmaline, desnudo, sus cuerpos moviéndose y deslizándose, resbaladizos de sudor. El padre Travis se pasó la jarra fría por la frente.

Romeo miró la pantalla del televisor y entrecerró los ojos, asintiendo.

—Ahí está la pista. Armas químicas. Han mostrado unos diagramas. Unas fotografías borrosas y grises de reconocimiento obtenidas por satélite. Están preparando argumentos —balbuceó.

El padre Travis ladeó la cabeza y miró de reojo hacia las formas que salían en la televisión. El 11 de septiembre había visto cómo se desintegraban las Torres Gemelas y había pensado: «Han aprendido». Después de aquello, una y otra vez, caía tamizado con los demás en el suelo, su cuerpo desollado por la aceleración de la masa del edificio. Vio las noticias, zapeando de un canal a otro. Era como si el bombardeo de los barracones nunca hubiese ocurrido. Nadie estableció la relación. ¿Cuál era esa relación? Le dolía pensar en ello. Sentía que se desintegraba. Una noche de aquel mes de septiembre volvió a beber. Se tomó la botella de *whisky* escocés de malta que le había enviado un viejo amigo de los Marines. Se quedó en la cama a la mañana siguiente, enfermo por primera vez en su vida de sacerdote. Le había parecido que era lo que tenía que hacer.

—Oiga, padre —dijo Romeo—, ¿puedo preguntarle algo?

—No.

—¿Cómo es que ha renunciado ya a intentar convertirme?

Aquello era una invitación a que el padre Travis dijera algo levemente insultante; ambos fingirían que era una chanza sabiendo que en el fondo era verdad.

—No me apetecía bautizarte —respondió el padre Travis.

—¿Y eso?

—Tendría que ser tu padrino. Comprometerme a interponerme entre el diablo y tú. Pero no hay hueco, no hay espacio.

—Jajaja. —Romeo se pavoneó, encantado—. ¡No hay espacio! ¡Entre el demonio y yo!

El padre Travis sabía que ese comentario se difundiría. Romeo se lo repetiría a todo aquel con quien se cruzara por los pasillos del hospital. Consciente de ello, el padre Travis solía pensarse mucho lo que le decía a Romeo. Pero en aquel momento le estaba costando. No podía estarse quieto. Necesitaba salir del Dead Custer. Necesitaba salir de todas partes. Necesitaba salir de su propia piel.

—Tengo que irme.

—¿Por algo que he dicho? —bromeó Romeo. Siempre era por algo que él decía. Agarró al cura por el brazo—. Espere. ¿Qué le diría a un chico que se alista en la Guardia Nacional?

—¿Qué chico? —El padre Travis consiguió sentarse.

—El mío, Hollis, el que tienen Landreaux y Emmaline, ya sabe.

—Le diría que aprenderá un montón de habilidades muy útiles y saldría de Dodge por un tiempo...

—¿A qué se refiere con que saldría de Dodge?

—Iría al campamento Grafton o a los centros de entrenamiento de Bismark o Jameston, dependiendo de lo que él quiera hacer.

—Entonces ¿no es como la guerra?

El padre Travis se sorprendió. Prestó más atención.

—No creo que nunca se haya llamado a filas a la Guardia Nacional en una guerra. Pero L. B. J.^[21] estuvo a punto de hacerlo en Vietnam, ¿no? Aunque instauró una llamada a filas, puso a prueba la voluntad de la gente.

—Que dijo «y una mierda».

—Sí, y estoy seguro de que el Pentágono aprendió algo de eso —dijo el padre Travis, pensativo.

—Si Bush enviara a la Guardia Nacional...

El padre Travis se calló. Había votado a ese presidente porque su padre había sido un hombre decente y juicioso. Bush padre había comprendido que salirse de una guerra era, al igual que en un matrimonio, mucho más difícil que entrar en ella.

Romeo apuró su saludable té helado y el padre Travis le dio una palmada en el hombro mientras se levantaba para marcharse.

Los pueblos pequeños y las reservas casi siempre tenían una escuela de taekwondo, aunque no hubiese ni pasase por allí ningún coreano. El Gran Maestro Moo Yong Yun de Fargo había instaurado la disciplina en tres estados. El padre Travis había estudiado en Texas con el Gran Maestro Kyn Boon Yim. Se ganó su cinturón negro tercer dan antes de entrar en el seminario. Unos pocos años después de establecerse en su puesto de trabajo, con el permiso de sus maestros, abrió un *dojo* en el gimnasio de la escuela misionera. Había aprendido que él mismo no podía mantenerse en su nivel si no lo enseñaba a su vez. Llegó a varios acuerdos con diferentes y prósperas escuelas para que le enviaran uniformes que les quedaban pequeños y donaran cinturones de colores. Sus clases ocuparon el lugar de las habituales clases de catequesis de los sábados. Ahora solo repartía folletos sobre la doctrina de la Iglesia. Era mucho más satisfactorio enseñar combinaciones, practicar técnicas y gritar números en coreano mientras daba puñetazos al aire con vehemencia.

Durante las clases, Emmaline esperaba a LaRose en una silla naranja con una mancha de café con forma de cintura de avispa. Siempre se llevaba trabajo: abría un ordenador portátil o repasaba una pila de papeles. A veces lo dejaba todo, contemplaba la clase y esbozaba una sonrisa antes de reprimirse. Después de las clases, el padre Travis siempre encontraba algunas palabras que decir a LaRose. Que estaba mejorando, por ejemplo.

Emmaline ladeó la cabeza y enarcó una ceja.

—Se está haciendo más fuerte —dijo el padre Travis.

—Está bien, ¿verdad?

—Lo has hecho muy bien.

LaRose cogió la mano de su madre. Los ojos de Emmaline estaban clavados en el padre Travis.

—Esta vez me lo he quedado.

El padre Travis asintió e intentó no pensar en Nola todavía.

Emmaline preguntó, de repente:

—¿Cómo está usted?

A los curas no se les suele preguntar eso, ni de la manera en que ella lo hizo. El hombre arqueó las cejas. Se rio, con una extraña alegría, quizá de un modo inquietante.

—No preguntes —respondió con brusquedad.

—¿Por qué no?

—Porque no.

Su corazón se desbocó de alegría, latiendo con fuerza contra sus costillas, de un modo casi ridículo. Se llevó la mano al pecho para calmarlo.

—Está preocupado por alguien —dijo Emmaline.

—No, estoy bien.

—¿De veras? Porque parece angustiado —insistió Emmaline—. Discúlpeme.

—No, en serio. Lo siento. Estoy bien.

Su estratagema era muy endeble. Se arrepintió.

Emmaline dio media vuelta. LaRose y ella se marcharon cogidos de la mano. Los pensamientos se ralentizaron. ¿Por qué le había hecho esa pregunta? ¿Por qué había dado media vuelta cuando él había evitado el tema y se había salido por la tangente? Eso era exactamente lo que se esperaba de los curas. Mantener su personalidad subordinada a su labor pastoral. Soportar todo cuanto Dios les mandara sin una sola queja. ¿Acaso un cura no podía encontrarse bien alguna vez? ¿Quién podía saberlo?

El padre Travis los siguió con la mirada mientras se alejaban. Había analizado sus sentimientos hacia Emmaline. Aquello no tenía que ver con sus votos. Tenía que ver con la familia de ella, con la propia Emmaline y Landreaux, con el hecho de que los hubiera aconsejado, casado y bautizado a sus hijos. Confiaban en él para que fuera todas las cosas, excepto, de hecho, un ser humano. «Ser todo para todos, para salvar a todos».

«Gracias san Pablo. Mejor casarse que arder, y aquello ardía. Pero ella es la única mujer a la que he querido nunca y ya está casada. ¡Así que aguanta el ardor! Vive con ello, pobre estúpido», se dijo a sí mismo.

Ella le había preguntado cómo estaba, le dijo que parecía angustiado. Qué patético que una pregunta tan corriente y una observación tan sencilla le desbocaran el corazón.

El padre Travis apagó las luces del gimnasio. Era su turno para la Adoración del Santísimo Sacramento. Echó el candado a la puerta, se encaminó hacia la iglesia y entró por el sótano lateral. Cruzó el comedor a oscuras hasta el leve resplandor de las escaleras. Popeye Banks cabeceaba en el banco de la iglesia y se sobresaltó cuando el padre Travis le sacudió el hombro. Se levantó, tambaleante, bostezó, se calzó el sombrero en la puerta y se despidió. El padre Travis se sentó en uno de los cómodos cojines viscoelásticos que había comprado para las personas que celebraban la Adoración veinticuatro horas al día, siete días a la semana. Luego el lúgubre silencio, la bóveda, la hilera de velas titilantes, y sus pensamientos. Pero primero sus manos temblorosas. Tenía el pecho agarrotado. La respiración entrecortada. Se llevó la mano al pecho y cerró los ojos.

—Ábrete —dijo.

Siempre tenía dificultades para abrir su corazón. Esa noche de nuevo estaba atascado. Era un arca de madera afianzada por unas tiras de hierro cerradas con llave. Un petate militar con la cremallera oxidada. Armarios de cocina con las puertas pegadas. Un tabernáculo. Un escritorio. Un armario. Tenía que forzar las puertas y las tapas. Siempre se sentía decepcionado al descubrir un interior parduzco o amenazante. Convertir su corazón en un lugar acogedor suponía un trabajo

mentalmente escurridizo. A veces implicaba hacer limpieza, reorganizar las cosas. Tenía que quitar el polvo. Deshacerse de los viejos trastos para hacer hueco. Resultaba todo tan tedioso, pero se esmeraba en ello hasta que consiguió meter dentro a toda la maldita familia de Emmaline y pudo cerrar la puerta de golpe, exhausto, con Emmaline en el centro y a salvo de él.

Emmaline y LaRose subieron al coche y enfilaron la carretera de vuelta a casa. Los niños siempre dicen lo que están pensando cuando uno conduce.

—¿Cómo es que me has cambiado de escuela?

—¿Te gusta la señora Shell?

—Sí, claro, pero ¿cómo es que sigo contigo?

—¿Te refieres a que no vuelves a casa de Peter?

—Y Nola, y Maggie. ¿Por qué?

—Porque sí —dijo Emmaline con cautela—. Porque quiero que te quedes ahora con tu familia, con nosotros. Te echo demasiado de menos. —Miró a LaRose de reojo—. Tu padre, tus hermanos y tus hermanas también te echan de menos. Saben que me quedo contigo.

LaRose miraba fijamente por el parabrisas con la boca entreabierta, paralizado.

—¿Te parece bien, hijo?

Tardó un momento en responder. Estaba pensando en cómo plantearlo.

—Me estáis pasando de mano en mano —dijo—. Me parece bien, pero se hace pesado. El problema es Nola. Se va quedar muy triste. Puede suponer la muerte para ella si se pone demasiado triste. Me lo dijo Maggie. Además, Maggie y yo somos así. —Juntó dos dedos, como lo hacía Josette—. Mantenemos en pie a su madre cuando no puede levantarse de la cama y esas cosas.

Todo lo que le contó LaRose conmovió a Emmaline. «Es todo un hombrecito», pensó. «Ha crecido».

—Así que tengo que volver allí, mamá. Me cae bien la señora Shell. No es nada tiquismiquis. Pero necesito volver con la familia de Dusty.

—¿Te acuerdas de él? ¿De Dusty?

—Sigue siendo mi amigo, mamá. Soy responsable de su familia también. Así que, ¿puedo volver?

—¿Eso quieres, hijo?

Emmaline pensó que haría mejor en detener el coche y vomitar. Además, de repente le dolía la cabeza porque su hijo se acordaba de Dusty, hablaba de él con tal naturalidad y mostraba tal grado de responsabilidad... Era demasiada carga para él, pero ahí estaba.

—Sí, mamá, es demasiado tarde para echarse atrás en la palabra que diste.

Al final detuvo el coche, pero solo hundió la cara en las manos y se sintió demasiado abrumada para llorar. Además ella nunca lloraba. Eso era cosa de Landreaux. Él lloraba por los dos. Emmaline intentó llorar, intentó que se le anegaran

los ojos en lágrimas para sentir algo de alivio. Pero era Emmaline.

LaRose le dio una palmada en el brazo y el cuello.

—Tranquila, lo conseguirás —dijo—. Si vas poco a poco, te sentirás mejor. Pasito a pasito. Día a día.

LaRose estaba acostumbrado a la desesperación de las madres y esas eran las palabras que Peter empleaba con Nola.

Landreaux llevó a su hijo en coche hasta la casa de los Ravich. Se dio cuenta de que el cambio de rutina había puesto nervioso a LaRose y restablecer el antiguo orden era lo correcto. Aun así, a Landreaux le costó dejar marchar al niño. Abrazó a su hijo justo antes de que el chico saliera rápidamente del vehículo con la mochila al hombro.

—Todo está bien —masculló Landreaux.

Él no estaba bien, nunca lo estaría; sin embargo había pequeños resquicios de conformidad.

Landreaux siguió con la mirada a LaRose mientras subía corriendo los escalones. Maggie esperaba en la puerta dando brincos. LaRose entró a toda prisa. Ni Maggie ni Nola habían saludado nunca con la mano a Landreaux ni le habían dedicado un gesto de reconocimiento. Era necesario ser invisible a sus ojos, pero no a los de su hijo. En el último momento, LaRose asomó la cabeza por la puerta y se despidió de su padre con la mano.

Las pequeñas cosas que conmueven. Landreaux ahogó una sonrisa.

—Él estará bien —balbuceó mientras arrancaba el coche y salía del camino de acceso.

Era una frase que repetía como un mantra cuando las cosas no estaban bien. Al cabo de un rato le hacía sentirse mejor y después de un tiempo funcionaba.

Maggie sujetaba la pila de los cuadernos de clase nuevos en el regazo. Estaba sentada en el asiento del copiloto. LaRose iba detrás. Nola los llevaba en coche al colegio porque no estaban en la ruta del autobús escolar. El año anterior podrían haber ido a pie hasta la casa de los Iron, justo al otro lado del límite con la reserva, y cogido el autobús con ellos. Pero ya no tenía parada allí porque Hollis conducía. Maggie esperaba que Hollis se comprase un coche más grande para que LaRose y ella pudiesen ir con ellos. Estaba tensa. Sentada al lado de su madre a ciento cinco kilómetros por hora, intentaba no hiperventilar. Maggie aguantaba la respiración cada vez que se cruzaban a toda velocidad con un coche que venía por el carril contrario. Soltaba el aire cuando el peligro había pasado. Había desarrollado unas fuertes convicciones desde que se había encontrado a su madre en el establo; por ejemplo, si aguantaba la respiración al cruzarse con otros coches, su madre no daría un volantazo

matándolos a todos. O si Maggie aguantaba la respiración incluso durante más tiempo, Nola podría dar un volantazo pero LaRose y ella sobrevivirían milagrosamente al accidente. En ese instante, con todo el material escolar en el coche y su madre tan contenta de haber comprado rotuladores de punta fina, paquetes de folios, etiquetas e incluso un espejo magnético para el interior de la puerta de la taquilla, Maggie sentía que el riesgo de un asesinato-suicidio era bastante bajo; aun así aguantó la respiración.

Maggie estaba mareada cuando se detuvieron delante de la entrada del centro educativo. Las puertas se abrieron de golpe y los niños entraron hablando. LaRose se fue en una dirección y ella en otra. Josette y Snow habían lanzado una moneda al aire para ver quién iba a ser su mentora del primer día. Solo los alumnos con las mejores notas optaban a ese honor. Recibían automáticamente autorización para llegar tarde a sus propias clases, porque debían enseñar el centro al nuevo alumno y acompañarlo en los cambios de clase para asegurarse de que encontraba el aula.

Ganó Snow. Esperaba alta y serena en el vestíbulo, con un chaleco de punto rosa chillón sobre una ajustada camiseta morada y con un horario y un candado para la taquilla de Maggie en la mano.

—No te agobies —dijo.

Maggie pensó que quizá parecía nerviosa, así que levantó la cabeza y sonrió.

—Hola, Cheeks —saludó Snow a un chico de aspecto histriónico, lleno de tatuajes y pendientes—, te presento a mi hermanita.

»Hola, Sean —dijo Snow a un muchacho con pantalones anchos, chaqueta holgada y una camiseta Hooters totalmente inadecuada—. Te presento a mi hermanita. Sean, van a echarte si vas con esa camiseta.

—Lo sé —respondió Sean.

—Hola, Waylon —dijo Snow a un tipo corpulento que daba miedo, con unas tupidas cejas y unos labios carnosos, y aspecto de jugador de fútbol—. Te presento a mi hermanita. Estáis en la misma clase.

El chico extendió la mano para saludarla, muy formal.

—Encantado —respondió.

Una chica a sus espaldas se rio.

—¡Apártate de ella, Waylon!

Era tan alta como Snow, con los párpados pintados de un azul intenso, el pelo hasta la cintura, una camisa ablusada y unos vaqueros ajustados.

—Ella es Diamond.

Las tres chicas se dirigieron a la primera clase de Maggie. Se trataba de física con el profesor Hossel, un joven extremadamente delgado con unas manos rojas y cubiertas de cicatrices.

—Es enigmático —dijo Snow.

Dejaron sola a Maggie; entró y tomó asiento. Todos los ojos se posaron sobre ella, podía notarlo, y aquello sentaba de maravilla. Nadie la conocía. Nadie la odiaba

todavía. Ligera, se sentía ligera. Libre de una responsabilidad insoportable. Sin que Nola estuviera a su cargo durante todo el día. No había nada que ella pudiera hacer. Nada para detener a su madre. Ninguna forma de saber. Y LaRose a salvo en su propia aula, de modo que no hallaría muerta a Nola quedándose aterrado para el resto de su vida. Maggie sonrió cuando dijo su nombre al resto de la clase y sonrió cuando los oyó murmurar. Sonrió cuando el profesor se presentó y sonrió cuando la clase movió los pies. Sonrió a su nuevo cuaderno cuando el profesor fue repasando las tareas del día recordando a los alumnos las normas que incluían la prohibición de maquillarse durante las clases. Dos chicas bajaron sus máscaras de pestañas. Maggie sonrió beatamente al señor Hossel mientras él le explicaba lo que necesitaba llevar a clase. Desconcertado, se fijó en su sonrisa y pensó que quizá fuese un poco rara o estuviese drogada. Pero la clase comenzó a cuchichear, así que él pasó a intentar centrar su interés en las leyes del movimiento.

Los poderes

Las pruebas para entrar en el equipo tenían lugar ese mismo sábado.

—Venga —gritó Josette desde la camioneta.

Snow conducía. Maggie subió al asiento supletorio abatible de atrás. Condujeron hasta el instituto y aparcaron cerca de la puerta del gimnasio. El polideportivo era inmenso y tenía tres canchas con las redes enrolladas en las vigas metálicas del techo, de modo que podían jugarse varios partidos al mismo tiempo.

Las dieciocho chicas que se presentaban a las pruebas para formar parte del equipo llevaban el pelo recogido en una coleta en el medio de la cabeza, una gruesa y elástica diadema, cada una de un color. Algunas parecían indias, otras parecían quizá indias y las demás parecían blancas. Diamond sonrió a Maggie. Con su metro ochenta y maquillada a tope, bailaba emocionada y mascando chicle. La coleta de otra joven, recogida todavía más arriba en la cabeza, le llegaba casi hasta la cintura. Era reina o princesa de *powwow*. Se llamaba Regina Sailor. Snow medía un metro setenta y ocho y su coleta también era muy larga, hasta la mitad de la espalda. Maggie decidió dejarse crecer el pelo. Diamond tenía el cuerpo musculado y la princesa de *powwow* tenía unas piernas extremadamente elásticas, que le permitían tomar un enorme impulso. Maggie decidió hacer más ejercicio. El entrenador era un hombre bajito, rollizo y sonriente, tal vez un indio blanco. Llevaba una gargantilla de abalorios. Su pelo ralo estaba recogido en una coleta canosa. Era el señor Duke.

El entrenador Duke ordenó a las chicas que comenzaran con unos ejercicios de calentamiento. Josette se puso de pareja con Maggie y Snow con Diamond. La princesa *powwow*, arrebatadora con unos pómulos cautivadores y una compleja doble trenza francesa, dirigió a Maggie una mirada de gélido desprecio y dijo:

—¿Qué es eso?

—Es mi hermana —respondió Josette—. Y es defensa también. Mira.

El entrenador fue llamando a las que iban a ir de uno y de dos para un partido de entrenamiento. Josette y Snow iban de dos. Maggie intentó colocarse en un puesto donde podría jugar de dos, pero fue elegida para jugar de uno. Estaba en el mismo equipo que Diamond y la princesa. Parecían saber dónde jugaban y ocuparon sus posiciones. Diamond pasó el balón a Maggie y le dijo:

—¡Saca!

A Maggie se le reseco la garganta. Dejó caer el balón al suelo, no botó torcido como en el jardín. El balón botó directamente hasta su mano como si le cayera bien. Lanzó el balón alto en el aire.

—Espera.

El entrenador todavía no había pitado.

—Ahora —anunció, y pitó.

Maggie lanzó el balón al aire otra vez y lo golpeó contra la red. Pero las demás solo aplaudieron y se pusieron manos a la obra. Tenía el rostro acalorado, pero no parecía que le importase a nadie. Tocó el servicio contrario. La princesa lo devolvió. Josette golpeó el balón y Snow se lanzó, con las piernas en el aire, y remató a la izquierda de Maggie, tal y como había hecho en los entrenamientos. No había tiempo para deslizarse debajo, así que Maggie se tiró en plancha con los puños fuera, bloqueó el balón a una mano, lo devolvió hacia arriba y rodó por el suelo. Diamond lo golpeó con fuerza pero Josette ya estaba ahí con una rubia elástica, que de nuevo pasó el balón a Snow, que a su vez lo remató hacia Maggie.

—¡Ravich! —gritó.

Maggie lo salvó de nuevo con un golpe de antebrazos y tirándose en plancha a la desesperada.

—¡Jopeta! —exclamó la princesa de *powwow*.

Otra chica pasó el balón y la princesa remató con fuerza, más allá de los brazos en alto de Snow, hasta dar en el punto perfecto del suelo contrario donde nadie podía llegar.

—¡Punto de ataque!

Maggie no conseguía sacar o saltar. No daba ni una. No era ágil, pero llegaba allí donde caía el balón, fuese donde fuese, y lo salvaba. A veces lo cogía al vuelo, otras veces saltaba como una rana, otras brincaba como un ciervo para lanzarlo hacia delante o hacia atrás, si una compañera lo mandaba fuera del terreno de juego. Y su colocación era buena. Salvaba el balón de la manera más disparatada, permitiendo que siguiera el juego. Entregaba todo —cada movimiento nervioso, cada contracción de las entrañas, cada miedo—, se liberaba durante un par de horas, hacía reír al entrenador y conquistaba a su equipo con sus recuperaciones bufonescas.

—Vale, puede que chupes banquillo al principio. No te preocupes —dijo Josette, cuando supieron que había sido aceptada en el equipo del instituto—. Es posible que

juegos más en el equipo infantil. Pero te necesitamos.

—¡Eres una suicida en la cancha!

Snow se echó a reír. Iban en el coche de vuelta a casa. Ninguna vio la cara de Maggie, que se quedó petrificada al oír esa palabra, ni cómo sus ojos se desdibujaron. De pronto estaba en el establo con su madre en pie en la silla en ese resquicio de luz. Zas. Rebotó de vuelta en el coche. Le daba miedo sentirse demasiado bien, demasiado feliz, y que aquello hiciera que su madre se sintiera todo lo contrario. Observó la carretera con ansiedad mientras las hermanas parloteaban. Snow conducía muy rápido, pero, aun así, necesitaba llegar a casa.

Randall tenía un amigo que había heredado un permiso para extraer piedra para pipa en la cantera de Dakota del Sur, donde existía esa arcilla roja. Ese amigo le regalaba sin reservas a Randall esa piedra, quien se la daba a Landreaux, que fabricaba pipas para él. Pero esta era una pipa para la propia familia de Landreaux. Todos se llevaban las pipas a la cabaña de sudación siempre que acudían allí. Trataban las pipas de los niños como a personas. Se entregaba una a todos los niños a temprana edad, pero no podían fumar hasta ser mayores. LaRose era el único de sus hijos que no tenía una pipa, así que Landreaux le estaba haciendo una. Utilizaba una sierra eléctrica, luego una lima para trabajar la piedra rojiza. Después, una escofina, limas más finas y una lima redonda para dar la forma redondeada a la cazoleta. Utilizaba papel de lija de diferentes grosores. Y, por último, empleaba telas y luego pulía la cazoleta con las palmas de las manos y los dedos durante semanas. El aceite de sus propias manos intensificaba el color. Era una pipa sencilla. Landreaux no creía que las pipas debieran presentar la forma de la cabeza de un águila, una nutria, un oso, las garras de un águila, una cabra montesa, una tortuga, un caracol o un caballo, como las había visto. Se suponía que eran objetos humildes para rezar con humildad.

A Landreaux le parecía que trabajar en la creación de una pipa era una forma de plegaria, pero una plegaria con multitarea. A menudo se llevaba la cazoleta de una pipa para trabajar en ella cuando acompañaba a sus pacientes mientras realizaban distintos trámites, aguardaban a que les realizaran unas pruebas o veían la televisión en la sala del hospital o en sus casas.

Ese día se llevó la pipa para trabajar en ella cuando acudió a la casa de Ottie y Bap. Primero se encargó de la higiene de Ottie. Duchó a Ottie y protegió con cuidado la fístula que todavía estaba cicatrizando y que ayudaría a acceder a venas más gruesas en su pecho. Landreaux también bañó al perro de Bap, porque la mujer se alegraría de ello. Bap había ido a visitar a su hija en Fargo. Ottie acercó la silla de ruedas al televisor, señaló el mando a distancia que se había quedado sin pilas y fue cambiando de canales mientras Landreaux le preparaba un sándwich nada sabroso. A veces Ottie decía que ansiaba tanto comerse una naranja que le entraban ganas de llorar. Llevaba una dieta baja en líquidos. Ottie encontró el programa de cocina que le

gustaba y comieron mientras veían cuchillos centelleantes, primeros planos de batidoras mezclando masas, el chisporroteo de sartenes y bocas que probaban los platos con gesto crítico. Pero Ottie todavía estaba agotado por la diálisis del día anterior y fue incapaz de terminarse el sándwich, y pronto el programa dejó de captar su interés. Aunque quería hablar. Apagó la televisión y preguntó a Landreaux qué tal le iban las cosas. Su voz sonaba débil y tenue.

—Supongo que he de decir que toda la situación ahora está estable, pero maldita sea —dijo Landreaux a Ottie, que le sonrió con ojos apagados. Landreaux sujetaba la pipa en las manos, pero no lograba serenarse—. No debería blasfemar mientras trabajo con esta pipa. Randall dice que podría ofenderse. Se supone que debemos tratar la pipa como si fuera una abuela o un abuelo.

—Eres demasiado reverencial, eso es todo. El abuelo pipa no se va a cabrear —dijo Ottie—. Los abuelos tienen compasión. Además, este no es un objeto sagrado todavía. Hay que bendecirlo.

—Es cierto —repuso Landreaux.

—Blasfema todo lo que quieras —continuó Ottie.

—Lo siento —dijo Landreaux—. A veces puede conmigo.

Ottie sabía que Landreaux podía recaer en la bebida y las drogas.

—Oye, me estaba preguntando... —Ottie se devanó los sesos para cambiar de tema—. ¿Cuándo os conocisteis Emmaline y tú?

Se sorprendió a sí mismo. Quizá fuera una pregunta poco habitual para hacérsela a un hombre. Le habían metido tubos por todas partes. Morir tan despacio era un aburrimiento.

—¿Y bien?

—En un funeral —respondió Landreaux—. Fue en el funeral de Eddieboy, su tío. Durante el velatorio, mientras Eddieboy yacía allí con su mejor aspecto, Emmaline se levantó y habló en su honor. Las cosas que recordaba: como ese mapache que domesticó y se sentaba en su cabeza como un sombrero. La manera con la que dejaba que los niños fueran sus pesas y los levantaba y bajaba con los brazos. Los zapatos de plástico verde. Esas cosas lo trajeron a la vida, ¿sabes?

—Recuerdo a Eddieboy.

—La gente sonreía y asentía a los recuerdos de Emmaline como estás sonriendo y asintiendo tú ahora —prosiguió Landreaux—. La cerveza Schlitz que Eddieboy se tomaba cada mañana, y no tomaba nada en ningún otro momento. Esas camisas hawaianas suyas. Cómo solía decir «yabadabadú» al final de sus chistes. Contemplé a Emmaline y pensé que alguien capaz de generar esas imágenes mentales en un momento tan triste y hacer sonreír a la gente era una buena persona. Además de guapa.

—Desde luego —dijo Ottie—. Apuesto que hubo un buen festín para Eddieboy.

—Ensalada de patata y conchas de pasta. Pura ambrosía. Por supuesto comimos juntos; después me marché. Yo trabajaba en Grand Forks en el turno de noche.

Conseguí su dirección y le escribía cada noche en el papel con membrete del Motel 6. Ella guardó todas mis cartas.

—¡Yo también escribía a Bap! ¿Qué le decías en tus cartas?

Landreaux ahora sonreía.

—Que moriría por ella, comería tierra, caminaría por el desierto ardiente, ese tipo de cosas. Tal vez le dije que bebería el agua de la bañera, espero que no.

Ottie seguía expectante, así que Landreaux prosiguió.

—Bueno, ya sabes. Supongo que nos pusimos a prueba el uno al otro. No, era más bien como si cada uno hubiera desaparecido en el otro durante un tiempo. Nos esfumamos del mundo corriente. Para ser sincero, durante una época, le dimos fuerte a la bebida y tomamos algunas drogas. Luego recobramos la sobriedad. Queríamos tener un hijo y entonces nació Snow, tan pequeñita que tuvimos que apoyarnos el uno en el otro para asegurarnos de que nuestra niña sobreviviera. Emmaline estaba estudiando. Salimos adelante. En esos días llegó Hollis. Y con él vino Josette. ¡Tres kilos seiscientos! Regresamos aquí y adoptamos las costumbres tradicionales, al principio para mantenernos sobrios, luego para bendecir a nuestra familia. Ahondamos en ellas, nos casamos por el rito tradicional ante los niños y después nos casó el padre Travis. Vino Coochy y luego LaRose. Una cosa llevó a la otra de manera positiva hasta...

—No te adelantes —dijo Ottie—. Tuviste suerte con Emmaline, pero quizá no fuese solo suerte. Tú también eres un buen hombre.

Ottie se había incorporado durante el relato de Landreaux, pero ahora una poderosa ola de cansancio se abatió sobre él. Súbitamente se quedó dormido; el aire siseó entre sus labios. Landreaux acomodó una almohada de viaje en el cuello de Ottie para que pudiera dormir cómodamente en su silla. El pasado estaba removiendo a Landreaux. Había transcurrido mucho tiempo desde que evocara cómo eran Emmaline y él en los inicios. Ahora, incluso recordar le dolía y le procuraba placer a su mente al mismo tiempo.

Hasta que conoció a Emmaline, había estado viviendo como dormido. Se mantenía en pie aletargado, aunque hacía mil cosas. Y entonces ella lo había sacudido violentamente y, cuando se atrevió a mirarla a los ojos, lo vio: juntos estaban despiertos. Ella comenzó a habitarlo. Él sentía demasiado. Tenía pensamientos extraños. Si ella lo abandonase, se volvería ciego. Sordo. Se olvidaría de hablar y de respirar. Cuando discutían, él se convertía en aire. Sus átomos, moléculas, fuese lo que fuese de lo que estaba compuesto, comenzaban a disgregarse lentamente. Él podía notar cómo iba perdiendo solidez. ¿Cómo había conseguido ella aquello? A veces, por las noches, cuando ella abandonaba la cama y él se quedaba anclado en un estado de seminconsciencia y no podía moverse, una sensación de pavor crecía en él, una opresiva angustia que rebosaba miedo y ansiedad, y que solo amainaba cuando percibía que ella se movía de nuevo a su lado. Si Emmaline no lo hubiese amado firmemente a su vez, habría muerto por la misma experiencia de enamorarse. Era

como si hubiese nacido en una cueva, se hubiese criado como un niño lobo o un mono con una botella atada a un alambre por madre. Sentir era casi más de lo que era capaz de soportar.

Landreaux pensó en los parches de fentanilo que había en el fondo del cajón del cuarto de baño. Eran para los incurables muñones de Ottie.

«Quieto», se dijo Landreaux a sí mismo.

Aferró la cazoleta de la pipa y observó cómo sus nudillos palidecían hasta que la necesidad pasó a un estrato inferior, que era un momento peligroso porque uno cree que ha dominado la necesidad pero esa parte artera suya es capaz de esquivar esa convicción. El deseo, la vergüenza y el miedo que le cortaban la respiración se disipaban. Le habían infectado unos sentimientos y su cuerpo los mantenía como si fueran un virus vivo. Pero él podía apagarlos, volver a dormirse y hallar la seguridad en una inconsciencia impuesta a sí mismo. Se llevó la piedra a la frente hasta que se sintió seguro. Respiró hondo. Esa cosa errática en su interior se había apaciguado. Lo serenó otro poco más.

—Ahora quédate ahí. Déjame en paz —le dijo.

Landreaux manipulaba la pipa con cariño. Era la sangre de los antepasados a través de quienes Emmaline y sus hijos existían en este precario mundo.

Maggie acompañó a LaRose a casa de sus hermanos un fin de semana de octubre. El viento había arrancado las hojas refulgentes la noche anterior y se pegaban a las suelas de sus zapatos. Maggie se quedó en casa de los Iron para hacer los deberes con las chicas, y porque la habían invitado a su *spa* de belleza. Josette y Snow iban a convertir la cocina en un relajante espacio de cuidados para la piel y el cabello.

Los tratamientos podían elaborarse con lo que había en la despensa y el frigorífico. Azúcar facial. Sal exfoliante para los pies. Exfoliante para labios de canela y miel. Mascarilla de clara de huevo para aportar firmeza a la piel. Rodajas de pepino para los ojos. Y bolsitas de té helado también para los ojos. Enjuague de limón para el pelo. Mascarilla capilar hidratante de mahonesa. Decidieron que comenzarían con eso primero.

Snow puso un tarro de mahonesa sobre la mesa con un rollo de film transparente. Vertió un cuarto de taza de aceite en un cuenco. Maggie se sentó en una silla de la cocina con una toalla en los hombros y Snow fue masajeando mahonesa y aceite de colza en la coronilla de Maggie, y luego siguió bajando por cada mechón de pelo. A Maggie, le entraban ganas de reír. El olor era molesto, pero el masaje de Snow era tan agradable que contuvo la risa. Cerró los ojos y apretó los labios. Resultaría raro reírse. Snow envolvió la cabeza de Maggie dando vueltas y vueltas sobre ella con el film transparente. Remetió los extremos en los bordes y luego ajustó una toalla sobre el envoltorio de plástico para hacer un turbante.

—Ahora puedes ir a sentarte en el sillón reclinable de papá y Josette te hará el

tratamiento de bolsitas de té helado en los ojos y del exfoliante de sal en los pies. Después, Josette me hará el tratamiento capilar de mahonesa y luego las tres nos haremos la mascarilla de clara de huevo.

—Yo también quiero una —dijo Emmaline cuando vio a las chicas pintándose la cara con las claras de huevo, y también a LaRose.

Se tumbaron en el sofá o sobre unas toallas extendidas en el suelo. Escucharon la radio mientras esperaban a que seicara la clara de huevo. Mientras se endurecía, empezó a tirarles la piel.

—¿Lo notas?

—Sí —respondió Maggie con los ojos cerrados debajo de unas bolsitas de té Lipton que se derretían.

—Duele un poco —dijo Josette al cabo de un momento.

—Eso es porque te estimula el colágeno.

Emmaline se enderezó.

—¿Puedo quitármela ya?

Maggie se quitó las bolsitas de té de los ojos.

—La mía está seca.

—¡Ay! No me hagas reír —dijo Josette. Pero se rio. La clara de huevo seca en la cara de Snow se agrietó dibujando una fina telaraña.

—¡Quítatela!

Se aclararon la cara y todas admiraron la suavidad de la piel de unas y otras. Deshicieron los turbantes, se lavaron el pelo y no consiguieron quitarse la mahonesa. Maggie se miró en el espejo y vio que el té había dejado marcas de mofeta alrededor de sus ojos. Dentro de las manchas, sus ojos brillaban febriles. Parecía misteriosamente enferma. Examinó el acabado de porcelana de sus mejillas.

—Vaya —dijo Emmaline—. Tengo la cara totalmente reseca. Tengo la sensación de que se me va a pelar toda la piel.

—Yo también —dijo LaRose.

Se observó en el espejo y comenzó a frotarse Oil of Olay en la frente.

—¡Ahora las manicuras!

Josette sacó una bandeja con lacas de uñas.

—Me voy al pueblo a buscar a Coochy. Haced los deberes —ordenó Emmaline a las chicas—. ¿Y esta mascarilla de clara de huevo? Es como si hubiera envejecido diez años. —Su piel todavía estaba tensa y extraña.

—Voy contigo —dijo LaRose.

—Tú eres de los tiempos de antes —dijo Josette de pronto, inclinándose para abrazar a LaRose—. Tienes un espíritu antiguo.

—Es esa clara de huevo —replicó LaRose.

—¿Sabéis lo que dijo? Pero ¿sabéis lo que dijo? Dijo que lo que ahora utilizamos como televisión en los tiempos de antes eran historias.

—Venga —dijo Emmaline.

—¡No, en serio! ¡Dijo eso!
—No lo digo más: nos vamos.

Maggie y Snow subieron rápidamente al coche para que las acercaran al pueblo. Querían comprar canela para el tratamiento de labios y necesitaban más champú.

—Olemos como puñeteros sándwiches —dijo Snow.

—¿De quién fue la idea de la mahonesa?

—Mía.

—¿En serio?

—En realidad, de Josette, pero es muy sensible, ¿sabes?

Maggie no había pensado en Josette como una persona sensible.

—Mi madre es sensible —observó Maggie, y deseó no haberlo dicho.

Además estaban las dos en el asiento trasero del coche, donde Emmaline no podía oírlas. Snow estaba callada, pero Maggie se dio cuenta de que estaba pensando qué decir. Al cabo de un rato, comentó:

—Tu madre va bien. Me refiero a que lo ha llevado bastante bien, ¿no te parece?, considerando todo lo que pasó.

—Es difícil entenderse con mi madre —dijo Maggie. Se contuvo de mordisquearse la uña recién pintada. De color azul cielo.

Snow no le contó cómo Josette y ella habían rehuido la malaventura que Nola desprendía esos primeros años. Dijo que a Josette le gustaban las flores que plantaba Nola.

—Le ha dado por ahí —dijo Maggie.

El que a Snow le pareciera bien algo que hacía su madre tuvo un efecto extraño en Maggie. Su estómago pareció flotar dentro de su cuerpo. Sin embargo, notó un escozor de celos en el cerebro. Miró a Snow, a la forma elegante que tenía de erguir la cabeza que olía a mahonesa, la mínima tensión de los hombros y las perfectamente conjuntadas y superpuestas camisetas. Necesitaba que Snow lo entendiera.

—En realidad mi madre no me quiere, ¿sabes? —dijo Maggie—. Quiere a LaRose.

Las cejas de Snow se juntaron y sus labios se separaron. Miró a Maggie a los ojos. Justo cuando Maggie se disponía a irse de la lengua, decir unas palabras duras para impedir que lo que veía en los ojos de Snow se convirtiera en lástima, Snow alargó la mano para rodear los hombros de Maggie y dijo:

—Mierda, chica, tenemos que estar unidas. Mira.

Estiró el cuello hacia el asiento delantero e hizo una mueca para señalar a LaRose y Emmaline.

—Ahora ya ni siquiera tiene que pedir sentarse delante —se quejó Snow—. ¿Adivina a quién le toca sentarse siempre atrás cuando mamá pasa tiempo con LaRose?

Maggie tartamudeó; era como un regalo inesperado que le había caído del cielo

directamente a las manos.

—No tenía ni idea.

—Es una triste realidad —dijo Snow—. Se lo echamos en cara todo el rato. Pero ella no se entera. Hollis y Coochy están unidos. Y Josette y yo nos tenemos la una a la otra. Y oye... —La atrajo hacia ella con un balanceo cómico—. Te tenemos bajo nuestra protección a ti también.

Después de que se marcharan, Josette se puso a cavar la tierra compactada que había junto a los escalones de la puerta de entrada de la casa. El resto del jardín estaba húmedo, pero esa parte permanecía seca a causa del voladizo. Quizá no fuese el mejor lugar para plantar algo debido a eso, pero su visión requería llevarlo a cabo. Sus padres no tenían la menor sensibilidad para la jardinería, para embellecer el hogar. Estaban centrados en el aspecto humano de las cosas: médico, social, humanitario y todo eso. Pero a lo largo de todo el último año, cada vez que iba a buscar a LaRose, Josette había visto cómo Nola conseguía que floreciera una nueva planta casi cada semana. No eran solo flores corrientes, y Josette no sabía cómo se llamaban. De alguna manera florecían una tras otra, a lo largo de todo el verano e incluso hasta bien entrado el otoño. Entre esas plantas poco habituales se encontraban las constantes caléndulas y petunias, que sí conocía. Nola también cultivaba hortalizas detrás de la casa y unas parras que crecían como enredaderas por unos gallineros. Hileras de plantas separadas por caminos de paja donde picoteaban las gallinas. A Josette todo aquello le parecía una casa de revista. Por supuesto, Nola tenía un trabajo a tiempo parcial. No como su madre. El trabajo de Emmaline era interminable. Josette se encargaría.

La víspera había traído unas semillas y unas pequeñas y alicaídas caléndulas de la tienda de comestibles. Estaban en un expositor que rezaba «Gratis». Esa era su visión. Habría un estallido de colores con flores junto a la puerta de la casa en lugar de una bicicleta destartalada y un escúter oxidado que no podía utilizar un chico en un camino de grava. Había arrastrado esos trastos de vuelta al bosque.

La tierra, sin embargo, no se parecía a la tierra de la casa de Maggie. Estaba llena de diminutas piedras y era de color grisáceo. El agua solo lo convertía en un mejunje.

La tierra es tierra, ¿no?

Josette se sentó sobre los talones.

Enterró las semillas, sacó con sumo cuidado las caléndulas de las bandejas alveolares de plástico. Colocó cada plantón en un agujero con delicadeza y echó lentamente la tierra gris de debajo del alero sobre las raíces. Lo regó todo, y a punto estuvo de arrastrar las plantas con el agua hasta que aprendió a salpicar el agua de un cubo. Se echó de nuevo hacia atrás sobre los talones.

—Creced, florecillas, creced.

Le encantaba la fragancia de las plantas, penetrante y cálida. Oyó el coche de Hollis acercándose a la casa a duras penas. El motor sonaba quejumbroso, pero

paciente ante la leve colina. Enseguida aparcó en el camino de acceso y se bajó del coche.

—Hola —dijo.

—Hola —respondió ella.

—¿Qué es eso?

—Oh, solo estoy haciendo un jardín —explicó Josette—. He pensado en alegrar un poco las cosas.

Lo admiró desde cada ángulo. Alabó las caléndulas. No le dijo que la primera helada las mataría y no volverían a salir al siguiente año. Ni que sembrar semillas era inútil en otoño. Pero se sorprendió de que ella no lo supiera. ¿Cómo es que no había adquirido ese tipo de conocimientos en su vida? El aire calentaba, pero los plantones larguiruchos con las hojas que ya amarilleaban estaban condenados.

—Bueno —dijo cuando ella se levantó, se limpió la tierra y lo miró—. ¿Qué hay para comer? ¿Queda algo de sopa?

Entraron en casa y rebuscaron en el frigorífico: levantaron las tapas de las ollas, encontraron galletas escondidas y restos de panecillos *bannock*. Josette desprendía un penetrante olor a algo que le abría el apetito a Hollis. Se propuso prepararse un sándwich, pero no había mahonesa. Josette tostó unos panecillos en la sartén de hierro. Se sentaron a comer.

Hollis espolvoreó una cucharada de azúcar en su pan. Josette intentó charlar.

—El viejo azucarero, ¿sabes? Pertenece a esta casa desde tiempos remotos. Mi tatata etcétera abuelo lo utilizaba para guardar una llave dentro.

Aunque Hollis ya conocía la historia del azucarero sin asas, no dijo nada. Josette siguió hablando.

—Era algo de la primera LaRose. Ella vivió aquí cuando aún era una choza. Lo único que nos queda de ella es este pequeño azucarero, supongo, además de unas cartas y documentos. Los tiene la abuela.

—Tu familia viene de muy lejos, eh.

Josette observó a Hollis por cómo había dicho aquello, con voz dulce, dirigiéndole una mirada peculiar y seria. Recordó lo que Snow había dicho sobre que ella le gustase a Hollis. Lo cual resultaba perturbador. Una sensación vertiginosa por lo extraño del momento se apoderó de ella y soltó un graznido que sobresaltó a Hollis.

—¡Todas las familias vienen de muy lejos! No te jode. Regresa al futuro, tío.

Josette se echó a reír y su risa le pareció un gruñido peligroso y sexi, y él la miró con total asombro.

Vieja historia 1

Los ancianos estaban aparcados alrededor de la habitación en sillas plegables y sillas

de ruedas. La abuela de LaRose, la cuarta LaRose, freía panecillos. Sacaba cada esponjosa masa de pan dorado de la grasa y la depositaba en una fuente con papel absorbente. Emmaline servía los panes en los platos y los repartía a cada anciano. El niño LaRose recorría la habitación con la mantequilla y la jalea de cereza silvestre. Dispuso las tazas de café: la taza de la universidad tribal, la taza «De mierda hasta el cuello», la taza desconchada del casino y la taza nueva del casino con el dibujo de frutas de una máquina tragaperras. El café de la cafetera seguía goteando en la jarra de cristal. LaRose lo contempló. Estaba engordando un poco antes de dar otro estirón. Malvern Sangrait lo observaba con los ojos entrecerrados y asentía cada vez que el niño hacía algo.

—Ay, ese muchacho, ese muchacho —susurraba—. Está hecho de buenos ingredientes. Tal vez, después de todo, tu Emmaline le puso los cuernos a Landreaux.

—Cállate, mala pécora —dijo la señora Peace.

Los últimos y pocos años agradables junto a Sam Eagleboy no habían restado ni un ápice de maledicencia a Malvern. Observó cómo la señora Peace iba sacando con pinzas los panecillos fritos e intentó no hacer el menor comentario sobre su técnica. Aun así, las palabras salieron de su boca:

—¿Esa jalea es tuya o de tu hija?

—La hicimos juntas —respondió Emmaline.

—¿Cómo es que no estás viviendo con tu madre? ¿Es que es él, Landreaux, el que se opone? ¿Cómo es que tu madre no está viviendo en su propia casa?

—Ya me has preguntado lo mismo cientos de veces —respondió la señora Peace—. Y te he explicado que me gustan mis costumbres. Me gusta vivir aquí, sola, salvo por ti y tu lengua viperina.

Ignatia llegó con su silla de ruedas y su bombona de oxígeno.

—Dios salve a la reina —soltó Malvern.

—*Naanan* —dijo Ignatia levantando su diminuta mano con los dedos encogidos para que LaRose fingiera chocarla.

El rostro de Ignatia resplandecía como el de una joven cuando decidía sonreír.

—Tengo una buena historia para ti —dijo a LaRose—. A mitad de la noche me acordé de todas las piezas. Además, esta historia me viene de mi propia abuela, puede que de cuando yo tenía tu misma edad. De eso hace mucho tiempo. Me olvidé por completo de esta historia hasta la otra noche.

—Cuéntanosla entonces —dijo Malvern, con un mohín de envidia.

—No puedo —contestó Ignatia con un pequeño y orgulloso movimiento de la mano.

—¿Por qué no? —insistió Malvern, inclinándose más con los ojos entrecerrados.

Ignatia se enderezó y sacó la barbilla para transmitir su enseñanza.

—No hay nieve en la tierra. Los seres sin piernas no duermen aún.

—Uy, sueñas igual que una india de antaño, vaya —dijo Malvern. Se le iluminaron los ojos de perfidia. No había nada peor a que otra anciana te retara en la

tradición sagrada.

—Sabes que hemos de esperar a que la nieve cubra la tierra —dijo la señora Webid.

—Lo sé perfectamente —contestó Malvern, ahora furiosa—. Fui yo quien recordó esa norma en su origen e Ignatia la que intentó quebrantarla. Los seres que pueden arrastrar nuestras historias hasta los niveles más bajos de la tierra, los leones subacuáticos o las serpientes gigantes y otros seres malignos, han de hallarse congelados en la tierra, dormidos.

—Queda un último panecillo frito —dijo Emmaline.

—Deja que se lo coma ella, que cuenta las historias fuera de temporada —dijo Ignatia mientras fruncía los labios a Malvern con ira.

—*Gawiin memwech* —dijo Malvern—. Vamos a dárselo a la que intentó robarme a mis maridos, a los seis, uno tras otro. Intentó llevarse a los padres de mis hijos ¡meneando sus encantos ante ellos! ¡Qué poca vergüenza!

—No vieron nada que no quisieran ver. —Ignatia ahogó un gruñido—. Tú eras tan mezquina que los espantabas. No te soportaban. Venían por mí como moscas.

—*Giiwanimo!*

—¡No me llames mentirosa! ¡Sus pantalones echan humo de tanto embuste!

Emmaline partió el panecillo frito por la mitad y lo untó con mantequilla y jalea. Puso un trozo en la mano de sendas mujeres. Las antagonistas dieron pequeños mordiscos, echando chispas que se iban apagando y, por un momento, pareció como si pudieran apaciguarse. Entonces Malvern espetó bruscamente:

—*Giiwanimo! Giin!* ¡Tus bragas echan humo! ¡Mira que tener el chocho caliente a tus años! ¡Qué vergüenza!

Ignatia lanzó su panecillo untado con mantequilla a Malvern y se le quedó pegado al pecho, más o menos a la altura del pezón. Bajó la vista y bufó.

—A ver, deja que te ayude, querida —dijo Sam Eagleboy.

Despegó el trozo de pan, luego escupió en su pañuelo y frotó su pecho servilmente. Malvern hizo como si quisiera apartarle la mano. Sam se metió automáticamente el panecillo frito en la boca.

—¡Sam ha comido comida de hombre blanco! —La señora Webid se inclinó con excitación hacia Malvern—. Debe de quererte muchísimo, ¿eh?

—Un hombre capaz de hacer eso es capaz de cualquier cosa —dijo Ignatia—. Si lo sabré yo. —Su rostro se arrugó hasta dibujar un guiño.

—¿Turno de noche? Sí, creo que sí... Estoy seguro. Estaré. Encantado con ese horario —balbuceó Romeo, casi anonadado de emoción.

Sterling Chance tenía una cara redonda, cansada y solemne. Tenía las manos quietas entre unas pilas de papeles encima de la mesa.

—Estás trabajando realmente bien aquí, Romeo. No es algo que se vea

habitualmente. Nosotros no solo limpiamos y arreglamos las cosas, ¿sabes?, somos una especie de fuerza guiadora aquí. Si no hacemos nuestro trabajo, nadie puede hacer nada para curar a la gente, ¿no es cierto?

Hasta el momento Romeo había tratado de reparar y acelerar un generador de emergencias. Había hecho un puente en una ambulancia. Había forzado con suavidad unos archivadores e incluso la puerta de un despacho cuando las enfermeras se habían olvidado las llaves. Había bombeado a mano el respirador de un niño con asma durante un apagón. Había arreglado ventanas atascadas, extraído fluorescentes de bombillas quisquillosas, desatracado váteres y limpiado de pelos unas cuantas duchas. Y todo ello sin soltar una sola palabra malsonante que pudiera escucharse más allá del santuario de su cabeza.

—Eres educado —continuó Sterling Chance con gravedad—. Eso también cuenta.

Conforme Romeo salía de la oficina de mantenimiento, sus perspectivas se habían ampliado.

Además de no estar solo en casa por las noches, que se había convertido en algo tedioso, habría seguramente una supervisión laxa en el hospital. Sin duda las normas se relajarían. Durante la primera semana de trabajo, descubrió que tenía razón. Por todas partes alrededor de Romeo y a lo largo de esas caóticas horas se oían conversaciones. Los cotilleos imperaban en el turno de noche. No eran cotilleos malévolos, como en la residencia de ancianos, sino valiosas puestas al día. Había que hablar para mantenerse despierto. También había que moverse para mantenerse despierto, así que Romeo podía aprovechar para trabajar. Continuó normalizando un comportamiento servicial para estar cerca de las conversaciones; cualquiera de ellas podría resultar útil. Incluso se dejó ver puliendo el suelo a cuatro patas.

—Sabes, tenemos una máquina abrillantadora —le dijo alguien.

—Gracias, pero tengo mis exigencias de calidad —respondió.

El equipo de urgencias tenía una pequeña mesa plegable abierta delante de la puerta del garaje. Por supuesto, tenían cuestiones de vida y muerte en la cabeza, pero, de verdad, ¡qué gente más desconsiderada! Romeo tenía que recoger los trozos de papel que arrugaban, las colillas de cigarrillos, claro, y los envoltorios de chocolatinas y sándwiches que salían volando cuando comían. Lo recogía todo incluso después de que se pusiera el sol, mientras ellos se sentaban bajo los focos. Después, lentamente, muy lentamente, tenía que deshacerse de toda esa basura. Alisaba y amontonaba cada desecho antes de depositarlo con respeto dentro del cubo de basura. Romeo se colocaba cerca del equipo de urgencias, cerca de la sala de urgencias, en cualquier sitio donde pudiera aproximarse a los técnicos de emergencias sanitarias que estaban de guardia o a las enfermeras que pudieran darle algo de información, o a los médicos. Se fundía con el mobiliario del hospital con sus trajes de color mineral. Llevaba un jersey de cuello vuelto beis para disimular las calaveras azules y negras que tenía en el cuello. Sus pantalones vaqueros grises y elásticos eran

del color del agua sucia después de fregar los suelos. Seguramente eran pantalones de mujer. Le daba igual. Él nunca contaba sus propias historias, solo animaba a los demás a que contaran las suyas. No se hacía notar de ninguna manera. Llevaba unas deportivas de goma negra que había encontrado abandonadas en la carretera principal. Por las mañanas, de camino a casa, con la cabeza rebosante, entraba en su santuario de inválido y se vaciaba los bolsillos de papeles: pósits garabateados, papeles rescatados de la basura e incluso copias de nuevos expedientes que se habían quedado sin archivar durante la noche. Guardaba sus notas en pilas. Se metía en el bolsillo otra caja de chinchetas de colores. Y seguía clavando las anotaciones pertinentes en las placas de yeso reblandecido de las enmohecidas paredes.

De esos retales de conversación, Romeo aprendía cosas: había una especie de enfermedad en la que uno se comportaba como si estuviese borracho, pero en realidad era el propio cuerpo el que fabricaba alcohol. Comerse la comida con la punta afilada de un cuchillo había derivado en el aviso a una ambulancia para Puffy Shields. Un bebé había nacido con vello por todo el cuerpo. Otro bebé había nacido sujetando un penique que su madre se había tragado. El viejo Pyaoose tenía un hijo que tomaba metanfetaminas. Ese hijo le había robado el dinero al viejo y mientras el chico estaba colocado, se había metido una zanahoria por el mismísimo culo, lo que lo llevó a urgencias. Una señora, cuyo nombre intentó captar, había utilizado pequeñas piedras redondas del lago para fortalecerse la vagina. Un miembro de la tribu, que reparaba tejados, tenía varios clavos en los pulmones y no dejaba que los médicos se los sacaran. Había demasiada sal en todo, incluido el aire. Una niña murió de frío porque no pudo entrar de nuevo en casa, donde su madre había perdido el conocimiento. Aunque fue declarada muerta en el lugar de los hechos, un médico le practicó las maniobras de reanimación cardiopulmonar, le calentó la sangre y la trajo de vuelta del mundo de los espíritus. Ahora la muchacha sabía cosas, como ese otro muchacho, LaRose. Un adolescente murió de frío al dormir bajo el porche de la casa de su padre. Con cierta esperanza intentaron reanimar al chico, pero fue en vano. Una anciana se perdió al sacar la basura pero no llegó a morir de frío porque se enterró bajo la nieve.

Pero un momento. Romeo avanzó fregando el suelo hasta la puerta del control central, donde el personal de las ambulancias a veces realizaba tareas administrativas o simplemente charlaba. Escuchó el nombre de Landreaux. Aguzó el oído, se acercó un poco más, aguantó la respiración e intentó descifrar las palabras.

—La femoral no —dijo alguien.

—¿Seguro?

—Esa tampoco.

—¿Qué día era?

—¿Un miércoles? ¿Un martes?

—Puede que me engañaran.

Después, se pusieron a hablar de la zanahoria otra vez.

Romeo se estrujó los sesos exhaustos por tanto trabajo. Intentó memorizarlo. Cuando tuvo que continuar, anotó rápidamente lo que había oído en unas páginas arrancadas de una revista de la sala de espera. En una carpeta recuperada de la basura deslizó todo lo que había logrado averiguar. Posibilidades. Posibilidades creativas. Se sentía orgulloso de cómo organizaba su propia realidad.

Maggie se desliza sigilosamente en la habitación de LaRose y se acurruca en el extremo de la cama.

—Creo que la cosa va bien. Creo que ella es más feliz —dice Maggie.

—Yo también lo creo. Ya no hace las tartas.

—Y es posible que vaya a trabajar en Cenex con mi padre. Los he oído comentarlo.

—Tienes que seguir siendo buena con ella.

—¿Estás diciendo...? —dice Maggie con un hilo de voz—. ¿Estás diciendo que ella quiso ahorcarse porque yo me porté mal con ella?

—Claro que no. Pero te portaste mal.

—Fui una auténtica zorra. Soy una zorra. Así llaman a las chicas que son como yo. No ahora, me refiero, en esta escuela. Hay zorras más zorras allí. Pero ya llegará.

LaRose se incorpora.

—No, tú solo eres una tía dura. No te queda más remedio.

—Deja que te enseñe lo dura que soy.

Se sienta de pronto, rebota en la cama y le asesta un golpe con la almohada. Él se abalanza sobre ella y pelean hasta caerse al suelo. Dejan de reírse cuando sus cuerpos se golpean con estruendo. Nola vocifera. Maggie sale por la puerta a toda prisa y se mete en su cuarto como un rayo.

La puerta de la habitación de los padres chirría. La voz de Nola flota por el pasillo.

—Se han caído unos libros —dice LaRose desde su cama—. No pasa nada, mamá. Puedes dormirte. Me estaré quieto.

—¿Maggie?

—¿Qué, mamá? —responde desde su habitación, fingiendo que está atontada y gruñona—. Todo está tranquilo. Me estaba durmiendo.

Maggie piensa en LaRose. Piensa en él todas las noches. Él la sosiega. Es su tesoro especial, no sabe muy bien qué es; es suyo para quererlo.

De pronto aparece ahí, a su lado, con el dedo en los labios. Nunca había hecho aquello antes.

Ella se gira hacia él.

—¿Puedo preguntarte algo? —dice.

—Adelante.

—¿Quiénes eran esos chicos, ya sabes, en la otra escuela? Cuando fuera. Esos que te atacaron. ¿Quiénes te hicieron eso?

Maggie mira los escuálidos brazos infantiles de LaRose y su mata de pelo tan espesa que es indomable. Su pregunta le provoca náuseas. Creía que lo había superado, pero resulta que ha estado escondiendo un charco de fango dentro de su cuerpo. Ahora le rezuma por todos los poros, como una fina película. ¿Hay lágrimas? Se limpia la cara. Maldita sea. Todavía le afecta. Y esos tíos se acuerdan. El año pasado Buggy le había dicho, haciéndose el inocente: «Oye, Ravich, ¿todavía te apetece? ¿Todavía te apetece como la otra vez?». A cualquier hora, mientras lo veía acercarse por el pasillo, Buggy se llevaba la mano a la entrepierna. Al menos se encogía cuando ella se disponía a propinarle una patada.

Se lo dice:

—Tyler Veddar, Curtains Peace, Brad Morrissey y Jason «Buggy» Wildstrand.

—Creo que he visto a esos tíos —dice LaRose.

—Además está la hermana de Wildstrand, Braelyn, solo un año mayor que yo. Es mala como ella sola, finge ser sensual y lleva un montón de maquillaje encima. Se depila las cejas con forma de medialunas. La odio. Me alegro tanto de que nos hayamos cambiado de colegio. Siempre me miraba mal. Me hacía la peineta. ¡Por nada! Sé que Buggy le contó algo, le dijo a Braelyn que todo era culpa mía.

—No he olvidado lo que me dijiste aquella noche —dice LaRose.

—¿Ah, no? —Deja de moquear. Sus dedos asquerosos y fisgones dejan de manosear su piel—. ¿Te acuerdas? ¿Qué dije?

—¿Un santo puede matar?

—¿Un santo?

—Te referías a mí. Aunque yo no soy ningún santo.

—LaRose. Mierda. No me refería a que tuvieras que matarlos.

—Tranquila. No voy a matarlos exactamente, pero sí, ahora soy más fuerte.

—No, no lo eres —insiste—. ¡Por favor!

—Tyler hace lucha libre en el instituto. Curtains es desgarrado y torpe, pero corpulento. Brad Morrissey juega al fútbol. Buggy es débil, cruel y muy listo.

—Se acabó. ¡Se acabó! Ya no me afecta. Además, son unos bestias. Unos capullos malnacidos. Prométeme que vas a dejarlos en paz.

—No te preocupes. —LaRose baja la voz con discreción—. Sabes que entreno con el padre Travis. Ya soy cinturón verde.

—Dios mío, ¡ni se te ocurra intentar nada!

—Chisss.

LaRose desaparece.

La materia del tiempo

Peter llevó a Nola a su puesto de trabajo en Cenex y comenzó a trabajar junto a él unos días por semana. Ella llevaba los registros, abastecía las estanterías y los refrigerados y mantenía impolutos los aseos. No había un solo artículo fuera de sitio y todas las etiquetas estaban visibles. La mesa del café resplandecía como un altar. Mientras trabajaba, la ración diaria de tristeza de Nola se disolvía en miles de pequeños artículos: las tarrinas monodosis de leche, las pajitas en sus envoltorios de plástico, los ganchos ajustables de las chocolatinas, la máquina de granizados y el expositor de donuts. A veces se quedaba mirando fijamente durante largo tiempo el asador de perritos calientes que daba vueltas sin cesar hasta que unas gotas doradas de grasa perlaban la piel de las brillantes y letales salchichas. A veces leía y sopesaba los ingredientes que aparecían en los envoltorios de los poco consistentes tentempiés. Cuando contaba las rasquetas quitahielo o reemplazaba los manómetros que habían sido robados o estudiaba la colocación de las revistas, parecía que al enderezar las menudencias de la vida conseguía retomar el control de la suya, quizá a nivel molecular, ya que ella estaba hecha de todos esos trastos, ¿no? Los palitos de ternera que masticaba cuando volvía a casa en coche, las tazas de café con leche a la vainilla con espuma química de la máquina de café. Se servía una taza extragrande para ella sola cada mañana y la iba tomando a pequeños sorbos a lo largo del día, mientras el sabor se hacía más áspero y la acidez la corroía por dentro.

Entonces Peter también se puso a beber cafés con leche de la estación de servicio. Se reían juntos ante su adicción a los cafés con leche. Su risa manaba de la garganta de Nola, rasposa y oxidada. Se disolvía al alcanzar el pecho de Peter. Nola lo vio. Aquella noche, apoyó la cabeza allí y cerró los ojos.

Caía una lluvia fría, todavía no era aguanieve ni nieve. Gruesos goterones azotaban la cara de Nola cuando volvía a casa una tarde. LaRose estaba en la planta de arriba, con la puerta de su habitación entornada. Al pasar junto a ella, Nola lo oyó hablar, o más bien, mantener una conversación. A menudo hablaba mientras jugaba en su mundo de acción. Utilizaba piezas de Lego, de construcción, imanes y un viejo juego metálico Erector, el juego de construcción Tinkertoy, tornillos sueltos y restos metálicos, incluso un envase de mantequilla y cajas de galletas saladas, para crear una elaborada ciudadela. Ese edificio mágico estaba siendo atacado y lo defendían miembros de alianzas que se movían y se configuraban en sus manos cuando jugaba con las numerosas criaturas que había encontrado en la caja de juguetes de Dusty o que le habían regalado. Tetralimoninfernal, Vontro, Amenaza Verde, Rayo, Barro, Socar, Maxmillones, Jabalí, Simitrón, Xor, Tor, Hiki y el Maestro.

Era vergonzoso con sus juegos. Nunca jugaba cuando había gente cerca, solía cerrar la puerta por completo y a veces hablaba entre susurros. Pero ese día LaRose estaba tan absorto en la historia que se había imaginado que no oyó a Nola mientras

se acercaba ni percibió que estaba escuchando.

—Conectemos los puños y los misiles sobre los dinosaurios.

»¡No puedes empujarme!

»Repito.

»La nave de plasma nos cubre la espalda. Estamos a salvo.

»¡Sacad a Xor! ¡Rápido! ¡Está perdiendo fuerza!

»¡Triceratops le ha dado en la mandíbula!

»Bien hecho, Hiki. Al Maestro le gusta.

»No uses ese, Dusty.

»Perdió sus poderes ayer. Se está recuperando en la cámara.

»¡Amenaza Verde detendrá la plaga!

»El ciclo ha comenzado y hemos de completar el universo.

»Maxmillones. Llevaos a Maxmillones.

»Sí, tú eres Socar. Mantén pulsado el botón de control.

Luego explosiones con la boca. ¡Bchbchbch! ¡Pfuuuush! Y el suave traqueteo de las figuras de plástico luchando.

Nola se dejó caer lentamente pegada a la pared junto a la puerta entreabierta. Tenía el rostro sereno y los ojos apesadumbrados; sus labios se movían levemente, como si repitiera un nombre o una plegaria.

Lo oyó todo. La batalla épica entre la luz y la oscuridad. Formas que atravesaban la materia del tiempo. El personaje que subvertía el espacio. El encuentro y el reencuentro. Formas de seres desconocidos que se mezclaban inextricablemente con lo conocido. Mundos que se fusionaban. Dimensiones que se desmoronaban. Dos niños que jugaban.

Al día siguiente, Nola vertió gasolina sobre la leña podrida, los antiguos certificados de impuestos y recibos del banco que había ido acumulando en una hoguera. Hacía un día soleado, suave y sin viento. Arrojó al hoyo unos papeles arrugados prendidos. Sonó un ruido sordo. Cuando el fuego ya ardía con fuerza, añadió la silla verde.

—Todo eso se acabó —dijo en voz alta.

Siempre que se hallaba sola, se le humedecían los ojos. No le había ayudado ninguna pastilla, ni siquiera le había ayudado LaRose al principio. Pero después de escucharlo jugar con Dusty la víspera, se había despertado por la mañana y se había levantado antes de ser consciente de ello. Esta vez no se había sentido atrapada en la cama, con angustia, como presa del fango, como solía pasarle. Después, ya avanzada la mañana, su antiguo ser se removió. Algo desconocido dentro de ella se había enderezado. Se sintió acompañada. Como si el mundo interior y exterior estuvieran alineados, como en las operaciones de las figuras de acción. Porque el tejido entre las realidades, la viva y la muerta, no solo era poroso para ella. Ese paso de una a otra existía. LaRose también iba allí. Ella no estaba loca después de todo. Quizá tan solo fuera más consciente, al igual que lo era LaRose, como todo el mundo decía que era.

Especial. Hacía algo bueno para ella cuando jugaba con su hijo desde el otro reino.

Se le ocurrieron muchos planes. Compraría gallinas especiales, no solo las viejas de siempre. Gallinas rock barradas, wyandotte y orpington, y algunas gallinas polacas con esas extravagantes crestas de plumas. Ampliaría el jardín y lo arreglaría. Ya tenían a ese perro feo que no la dejaba tranquila. Así que un viejo y bonito caballo. Flores, arbustos, murciélagos ahora que los murciélagos eran buenos, abejas ahora que las abejas eran buenas. Comederos de pájaros. Atraparía los gatos salvajes. Pero luego, ¿qué harían con ellos? No. Era mejor dejarlos y que cazaran ratones y mantuviesen la granja bien limpia. Una vaca, quizá dos. Solo por la leche. Aborrecía las ovejas. Nada de ovejas ni cabras. Conejos, aunque en una pila de conejeras, y de vez en cuando se imaginaba que Peter sacaría uno para matarlo para la cena. Ella le haría desollarlo también, y despedazarlo. Ella lo freiría, por supuesto, pero ¡un momento! Los ojos. ¡Enormes y dulces ojos! Demasiado. Era demasiado, demasiado pronto. Si uno era capaz de comerse un conejo, era capaz de comerse un gato. Si uno era capaz de comerse un gato, era capaz de comerse un perro. Y así seguía. No, solo tendría gallinas, pensó, con los ojos clavados en las llamas. Esa era toda la dosis de muerte que sería capaz de soportar. «Ve más despacio», se aconsejó. «Ahora tienes tiempo para vivir». Miró a su alrededor, a sus espaldas y hacia el bosque.

—¿Lo ves? —susurró—. He quemado la silla.

Buenos deseos

Buenosdeseosbuenos Buenosdeseos Buenoseyaheybuenosayhey. Los ojibwas tienen una canción para todo. Esa era la canción de abrir cerraduras de Romeo. La canturreaba en voz baja mientras abría el archivador del hospital con un clip desdoblado.

«Es realmente maravilloso», piensa, «que alguien pueda creer que una información tan valiosa esté a salvo cuando está protegida por una cerradura tan mala y barata como esta, que puede forzarse con tanta facilidad. O sencillamente buscar una llave para estas cerraduras genéricas si así lo quisiera. O serrarla». Pero tiene tiempo y la querencia para abrir la cerradura, que hará invisible su visita.

Durante diez silenciosos minutos, Romeo juguetea con las entrañas del cierre, mientras tararea y murmura su canción de abrir cerraduras hasta que los tambores se alinean y el mecanismo cede.

En el archivador, su movimiento de dedos de secretario obtiene la copia de un expediente que sería difícil conseguir de otra manera, encontrándose seguramente el original en la jefatura de la policía tribal. En una zona cuya entrada le está prohibida a no ser que acceda en calidad de detenido. Es curioso la confianza que reside en él como alcohólico redimido. A todo el mundo le encanta esa mierda de superación, se dice, mientras extrae el documento que necesita y deja la carpeta en su sitio, por si

acaso a alguien se le ocurriese buscarla, aunque nadie lo hará, ya que aquello se consideró un trágico accidente y el caso quedó cerrado.

Guarda el documento en una fina bolsa de tela, otro regalo fruto de limpiar tras la conferencia de seguridad tribal, donde fue testigo de cómo los agentes de policía tribal utilizaban sus becas de la Seguridad Nacional para dedicarse a ensayar a esposarse unos a otros en el suelo. El lote también incluye diez paquetes cerrados de sopa de fideos caducados, del tipo que trae penetrantes sabores en pequeños sobres de aluminio. También se llevó tres yogures de arándanos del frigorífico del personal del hospital. Romeo se dirige hacia la escuela católica para ver si encuentra restos del almuerzo. Ha tenido suerte antes. Si pudiera encontrar alguna fuente de proteínas como complemento a los fideos, y tal vez alguna zanahoria marchita, se tomaría una reconfortante sopa. ¡Una cebolla sería la bomba!

Romeo encuentra un pepino alicaído y algo de pollo que se ha quedado tan seco que casi se deshace en copos, pero la sopa lo ablandará. Y no hay nada malo en el pepino hervido. De vuelta en casa, enciende la televisión y el hornillo. Con humor casero, friega el cazo esmaltado en el lavabo del cuarto de baño. Abre tres paquetes de fideos, los riega con abundante agua y condimentos y trocea el pepino, cortándose en el pulgar. A sus espaldas, la CNN parece atascada en el pastel amarillo.

—Pastel amarillo —canta—. Eyoheyoh eyoheyoh. Pastel amarillo. Pastel amarillo. Que sufra ese diente goloso mío.

Después, al recordar todos los bizcochos que ha devorado en funerales y siempre con ese glaseado de chocolate que formaba pequeños rizos elevados, se pone nostálgico. Se acomoda delante del televisor y vuelve atrás, hasta la época remota en que iba a visitar a la señora Peace, hace ya tanto tiempo, y aceptaba un trozo de tarta de las manos de la pequeña Emmaline. Si le hubiese declarado su amor cuando ya eran adultos, ¿habría importado? ¿Habría salido ella con él y no con Landreaux? Cada año se alejaba más de él, cada vez más arriba y más fuera de su liga. No es que le importase estar en alguna liga, ya no, en lo que se refería a las mujeres. «Mi pene es penitente», se le ocurrió. LOL^[22]. Había aprendido lo de «LOL» en el trabajo. En otro tiempo, había existido una posibilidad. Cuando se le consideraba un chico listo. Cuando un trozo de tarta en un pequeño plato florido pasaba de las manos de ella a las suyas. Puede saborearlo, la cucharada de vainilla que se derrite y se funde con la dulce masa del pastel. Lo mismo que el cariño de ella penetraba en su corazón poroso. No está colocado, solo vive con ese recuerdo.

No solo es para bajar a Landreaux de donde está, piensa de pronto, mientras contempla su muro de detective. Hay algo más. Quizá algo verdadero. «No soy solo un paria lleno de costras. La gente debería saberlo».

La sopa instantánea de fideos Ramen sisea, hierve y comienza a derramarse. Romeo se esfuerza en rescatar su cena. Prepara la cuchara, un viejo y pesado cucharón de cocina de la escuela del gobierno. Coge un trapo para sujetar el cazo,

lleva la sopa y la deposita sobre una toalla doblada en el suelo junto a su silla. Mientras espera a que se enfríe, Romeo centra su atención en las noticias. Más polvos de uranio «pastel amarillo». ¿Qué italiano? Inteligencia militar. ¿Qué? Por lo visto Sadam ha comprado en Níger polvos de uranio, polvos de uranio «pastel amarillo», que se parecen a como suenan: polvos de pastel amarillo utilizados en armamento nuclear. Entonces aparece McCain y Romeo deja la cuchara. McCain dice que Sadam supone un claro e inminente peligro y que su afán por conseguir armas de destrucción masiva conduce a McCain a tener muy pocas dudas acerca del hecho de que Sadam las usaría llegado el caso.

Romeo asiente y sorbe la sopa de fideos, junto con esas palabras. McCain ha sufrido y ha sobrevivido. McCain sabe de lo que habla. A Romeo le encanta pronunciar ese nombre, tan de vaquero. McCain jamás pondría a la juventud norteamericana en una situación de peligro sin un verdadero motivo. Romeo apura la última gota del fondo del cazo y se bebe los posos de la sopa.

El expediente que puso tanto empeño en robar se encuentra todavía en la bolsa de la conferencia de la seguridad tribal. Justo antes de sumirse en un estado de soñolencia artificial, Romeo se acuerda. Coge la bolsa por encima del colchón y enciende la lámpara torcida. Extrae el documento y ojea el informe del forense sobre el accidente ocurrido hace unos tres años en la reserva, a tan solo unos pocos metros de la línea divisoria. Bizquea. Le cuesta seguir las letras. De todos modos ya sabe lo que pone, lo sabe por las conversaciones que ha ido juntando en su tablón de noticias, sabe exactamente lo que sucedió, puede ver lo que pasó, si lo desea, en su cabeza. Pero no quiere. ¿Quién podría? Aparta el documento, la bolsa negra, la responsabilidad que ha asumido. Aparta el hecho de que su país suena a guerra. Entonces, de pronto, a punto de quedarse dormido, lo entiende.

Hay mucho más de lo que se atreven a decir. Más que la carótida y la femoral, más que esos tubos y pasteles. Condoleezza, sus ojos refulgen cuando pronuncia la palabra «tontear» como en «tontear con los terroristas». La imagen de Sadam tonteando mientras se destruyen las torres sagradas. Saben algo que no cuentan a la opinión pública. No quieren que cunda el pánico. McCain sabe de qué se trata. McCain debe de pensar que las torres no eran más que el principio. Detrás de los inconsistentes retazos de aparentes verdades debe de haber una verdad tan terrible que causaría el hundimiento de la bolsa. Pero ¿y si esa verdad fuera una especie de verdad burbuja? ¿Y si detrás de la verdad no hubiese nada salvo un montón de orgullo o dinero o solo patrañas?

Romeo ha visto el caos que puede llegar a organizarse cuando los productos de todo tipo se estropean y la gente necesita consumirlos rápidamente: en la cafetería, la extraña cantidad de apio, el exceso de tapioca; en el dispensario médico, las medicinas, tan útiles pero de efecto limitado después de cierto mes. ¿Y si?

¿Y si hubiese una fecha de caducidad en un montón de cacharros de la guerra?

Las fracturas

Acostado en su cama individual con la cabeza reposando sobre una dura almohada de poliéster, el padre Travis intenta dormir. Bajo una manta de lana de Pendleton, un modelo Jefe Joseph turquesa chillón, que le había regalado la familia Iron cuando bendijo los votos de Landreaux y Emmaline, se rinde. Abre los ojos y mira la suave oscuridad tamizada, que parece elevarse y precipitarse en la habitación.

Sin el boato de la autoridad, sin línea directa con Dios, intenta rezar. Ha pasado ya por tantas definiciones de su Dios que tiene que rebuscar para encontrar uno a quien dirigirse. Primero estaba el ferviente protector de su infancia, el Dios de la bondad. Luego hubo un espacio en blanco donde no pensó en Dios y entrenó su cuerpo para servir a su país. Dios regresó como la fuerza inescrutable y severa que permitió que una bomba se llevara la vida de sus amigos pero dio a un muchacho delgado el poder de rescatar a Travis. Después, estuvo el Dios que habló una noche sobre la misericordia fracturada, aguas de ser, vocación de resplandor. Lo invitaron a una conferencia a la que asistieron seres inmortales que le hablaron y revistieron sus brazos de cintas de colores. Cintas escarlatas y azules pasaron zumbando y otras amarillas rasgaron el aire, derramando luz por toda la sala. Eso fue dolor en Alemania Occidental. Pero él se hallaba en otra parte, de vez en cuando, observando el cuerpo familiar en las sábanas blancas. «Oh, deberías haber sido cura». Estaba seguro de haber oído esas palabras de la boca de Dios, en el hospital, pero más tarde comprendió que podría haber dicho eso su madre mientras rezaba a su lado antes de que volviese a la vida, antes de que entrara en una agonía cotidiana más gris y monótona.

¿Había un dios polaco? El dios de la salchicha y de los *pierogi*^[23]. Un dios místico, astuto y terrenal que siempre adoptaba una postura firme. El dios de sus padres, aquel con quien lo habían dejado poco después de que se ordenara. Tras ver cómo volvía a la vida, sintieron que ya podían marcharse, supuso, porque pim pam, un derrame cerebral, una enfermedad mortal y estuvieron fuera de la existencia.

—Deberías dejar de fabricarte dioses, imaginártelos como un ser humano se imaginaría a un dios —se repite de nuevo—. Dirige tus oraciones a la nada, al poder no figurativo, abstracto e indiferente, al poder superior tan útil. Habla con lo inescrutable. El inefable autor de todas las formas.

El padre Travis termina cabeceando, pensando en todos los árboles, todos los pájaros, todas las montañas, todos los ríos, todos los mares, luego en la tierra del mundo arremolinándose y cayendo, la quietud de las aguas antes de que todo comenzara.

El padre se incorpora de golpe y se desploma con la cabeza entre las manos.

Se acabó, piensa.

Por la mañana habrá una llamada del reverendísimo Florian Soreno, Su Excelencia el obispo Soreno, que le dirá al padre Travis lo que él ya sabe.

Los Cuatro Temibles todavía se reúnen, solo que ahora realmente son temibles. Se juntan en el garaje de Tyler. Tienen otra guitarra eléctrica para competir con la antigua. Su sonido es más ruidoso y fuman hierba, beben cerveza, comparten cigarrillos y charlan. Tienen novia, pero solo la de Buggy le deja hacer todo lo que él quiere. Él les cuenta todos los detalles con pelos y señales y los otros chicos almacenan las historias en sus cabezas. No se han olvidado de Maggie, pero es diferente con ella. ¡Ella les dio una paliza! En aquel momento ellos la respetaron. Ahora cuando piensan en ello, les gustaría dominarla. Enseñarle. Ellos se han hecho fuertes y ella sigue siendo larguirucha. Así va la cosa. Pero claro, ella es impredecible y rápida. Sus patadas en los huevos ahora son leyenda. Buggy tuvo que someterse a una cirugía ambulatoria. Sus padres pensaron en enviar las facturas a Peter y Nola Ravich. Pero Buggy no quería que nadie se enterase. Además, la familia de Maggie ahora se ha asociado con esos Iron de la reserva. Maggie tiene a sus peligrosas hermanas indias, Josette y Snow. Los cuatro temibles son muy conscientes de la situación. Sí, esas chicas van a otro instituto, pero podrían presentarse con una cuadrilla, tenderles una trampa y partirles el culo, sin mayor problema, y también están sus hermanos, Coochy y el que trabaja en la construcción, Hollis, unos tíos cachas. Por muy jodido que sea, Maggie es terreno vedado a no ser que uno de ellos se coja un colocón. Apenas hablan de ella, salvo en algunas ocasiones, en voz baja, cuando se preguntan si ella le habrá contado a alguien lo que le hicieron.

—Tampoco me pasé mucho.

—En realidad no fue nada. No llegamos a traspasar el límite.

—Eso seguro. No cruzamos ninguna línea. ¿A que no?

—Tío, apenas la tocamos. ¡Ella se puso como loca sin ninguna puta razón!

—¿Queréis dejarlo, tíos? Eso pasó hace la tira de tiempo. Nadie se acuerda. A nadie le importa.

—Además —dice Buggy—, a ella le apetecía y todavía le apetece.

Los otros chicos se quedan callados mientras asimilan ese razonamiento. Todos asienten, excepto Brad, que desvía la mirada al vacío como si no los hubiese oído. Aunque ha oído perfectamente lo que han dicho, es cristiano, y aquello no suena nada bien.

Bloqueo. Golpe. Patada lateral. Golpe de mano cuchillo. Bloqueo. Golpe, golpe. Patada azotada. Bloqueo. Bloqueo. Pobre muchacho, piensa Emmaline. LaRose tiene la nariz de Landreaux, que en un adulto queda bien, pero resulta demasiado grande en la cara de un crío. Sin embargo es un niño atractivo. Y esas pestañas. Las ha sacado de Landreaux, un desperdicio de nuevo. Unas cejas expresivas. Sus hermanas no deberían pintarle, pero lo hacen. Dentro de un año ya no las dejará. Quizá Emmaline debería detenerlas ahora.

El padre Travis está en pie junto a ella. Se levanta de la silla.

No pensaba hablar de ello. Iba a anunciarlo sin más. En la siguiente misa del domingo. O el domingo siguiente. Pero...

—Me trasladan.

—¿Se marcha?

—Sí.

La mirada de ella está clavada en él.

—¿Cuándo?

—Ayudaré al próximo párroco durante unos meses. Después me iré.

—¿Adónde?

—Todavía no lo sé.

Se ríe, incómodo. Balbucea algo acerca de una nueva línea de trabajo.

Emmaline aparta la mirada y cuando se vuelve de nuevo hacia él, el padre Travis se siente perturbado al advertir que ella puede echarse a llorar. Es difícil estar seguro, porque habla a la vez que las lágrimas se agolpan y desaparecen sin derramarse. El padre Travis sabe que Emmaline no llora con facilidad. Cuando lloró aquel espantoso día en su despacho, era un alma destrozada que goteaba en silencio, eclipsada por los sollozos desgarrados de Landreaux. Ella intenta hablar pero es incoherente, lo cual lo desarma. Incluso cuando se emociona, siempre es coherente. Emmaline se sacude el pelo de la cara, frunce el ceño, se muerde los labios, intenta reprimir las palabras hasta que suelta una retahíla sin ningún sentido. El padre Travis la escucha con atención, intentando comprenderla, pero está trastornado por la emoción que ella demuestra. Emmaline se detiene.

—¡Estoy lloriqueando! Me está costando asimilar esto. Siempre ha estado aquí y ha hecho tanto bien aquí. Los curas pasan por aquí en un suspiro, pero usted se ha quedado. La gente lo quiere...

Baja la vista hacia los pañuelos de papel hechos un ovillo en su mano, sin saber cómo la bola ha ido de su bolso a su mano, aturdida ante ese flujo de palabras que ha manado de su boca y... ¿qué había dicho?

—¿Qué he dicho?

—No lo sé, pero me he enamorado de ti —dice el padre Travis.

Ella se deja caer en la silla de plástico.

Detrás de ellos, LaRose sigue practicando sus formas. Golpea el aire con creciente virulencia, para no oír. Se ha ido todo el mundo, así que nadie ve cómo el cura se arrodilla ante ella y le ofrece un gran pañuelo blanco que lleva encima para casos de emergencia fuera de la oficina. Emmaline se lleva el pañuelo blanco a la cara, a las sienes y llora en él. Ahora no cabe la menor duda. Está llorando de verdad por debajo del pañuelo. El padre Travis espera una señal. Eso mismo había empezado a hacer cuando era soldado. Eso es lo que lleva haciendo desde que se hizo cura. Arrodillarse, a la espera de una señal, se ha convertido en algo tan natural para él que apenas lo advierte. Se concentra en no desdeñarse ni disculparse por lo que acaba de

confesar. Lo deja todo en manos de Emmaline.

—Eso no es justo —dice Emmaline desde debajo del pañuelo.

LaRose sigue peleando contra rivales invisibles. Da patadas al saco de entrenamiento con tal fuerza que se balancea. Este va por Tyler, luego Curtains Peace, otra patada trasera para Brad. LaRose se gira para golpear a Buggy. Se cae hacia atrás bajo la fuerza de su ataque. Caen al suelo anonadados, retorciéndose en las alfombrillas e intentan alejarse dando tumbos. Uno se acerca sigilosamente por detrás. ¡LaRose puede ver a su espalda! Pam. Zas. Noqueados.

¿Cómo consigue un niño de ocho años averiguar por dónde salen los chicos del instituto? ¿Y los chicos blancos? ¿Y en un pueblo fuera de la reserva? Hay una larga carretera entre ellos y una ausencia de accesos tan profunda como un barranco. Se lo pregunta a Coochy, pero su hermano no sabe quiénes son. Se lo pregunta a Josette, pero ella no se molesta en contestar. ¿O acaso enarca las cejas por algún motivo particular? Lo mismo hace Snow, las dos mantienen las cejas arqueadas, mirándolo con gesto inquietante como si se hubiesen quedado petrificadas, hasta que retrocede fuera de la habitación.

Se lo pregunta a Hollis.

—¿Esos capullos? ¿Para qué?

LaRose no tiene respuesta.

—¿Uno de esos tíos te ha hecho algo?

—No.

—Da la sensación de que ha pasado algo.

—No.

—Vamos. Puedes contármelo.

—No ha pasado nada.

—Entonces ¿por qué lo preguntas?

—Por saber.

—Vale, así que no ha pasado nada. Entonces no hay nada que necesitas saber sobre esos tíos salvo que mejor no te acerques a sus culos.

—Claro.

—Hablo en serio.

Hollis observa a LaRose detenidamente mientras sale de la habitación. Es muy raro que un niño pequeño pregunte por esos tipos, por Curtains, ese puto gilipollas que intentó tirarle los tejos a Snow preguntándole si quería salir a dar una vuelta en su furgoneta oxidada. O Buggy, ese mamón que odia a los indios y que se acercó a Waylon después de que le metieran una paliza al equipo de fútbol de Pluto, y llamó mamón a Waylon y este se rio y apoyó el martillo en Buggy y Buggy llamó a sus amigos a voz en cuello. ¡Me arranca la cabellera! ¡El taparrabos me arranca la cabellera! Y dado que podría haber matado a Buggy y acabado en la cárcel, Waylon

lo arrojó lejos y se subió al coche.

Y así más. Tyler, ¿o era Buggy?, uno de esos tipos llamó a Josette *squaw*^[24], de modo que Josette ya está decidida a matarlo, o a todos ellos, o a cualquiera de ellos. Pero Hollis quiere anticiparse.

Conseguir un buen bloqueo o atacar desde cualquier lugar dependía del salto, algo esencial si una no era demasiado alta.

Eso era lo que le había explicado el entrenador Duke a Maggie.

En el establo, Peter marcó con tiza el poste de un compartimento. Al principio la altura que ella era capaz de saltar, extendiendo los brazos en alto, solo superaba en unos centímetros una red imaginaria. Pero cada semana ganaba una diminuta fracción. El entrenador Duke lo advirtió.

—Oye, Ravich, ven un momento —dijo después del entrenamiento—. Has mejorado tu salto en unos centímetros. ¿Te estás entrenando?

Maggie le habló del poste con marcas de tiza. El entrenador le mandó ejercicios de salto.

Le enseñó a hacer sentadillas, saltos de tobillos, *step ups* y, su favorito, el no va más, el salto al cajón. El corazón del entrenador Duke se estimulaba. Se enardecía cuando las chicas se esforzaban por superarse. El hecho de que Maggie se hubiese marcado esas metas personales, mejorando su salto para ganar más altura, alegró tanto al entrenador Duke que telefoneó a sus padres esa misma noche.

Peter contestó y, cuando el entrenador dijo quién era, se le hizo un nudo en el estómago, convencido de que iba a expulsar a Maggie del equipo. Pero no, era una llamada positiva. La primera llamada positiva acerca de Maggie que sus padres recibían.

Ahora, cada noche después de clase, tenía permiso para no poner la mesa. Peter y LaRose ponían la mesa siempre y cuando Maggie fuese al establo a entrenar y practicar los saltos; el perro se sentaba en el marco de la puerta, con la mirada concentrada en sus brincos con saltador. Al principio le costaba saltar durante cinco minutos seguidos. Después durante diez. Luego, quince y veinte. Anocheció pronto. Encendió la luz del establo y se masajeó las piernas. Comenzó a hacer frío. Se puso una parka y un pantalón de chándal para mantener las piernas calientes, para no tener calambres. Sus músculos se convirtieron en unos fuertes muelles. Practicó servir y correr, saltar, a la altura de su salto golpear el balón hacia el perro, que educadamente se apartaba y nunca recibió un balonazo.

Una vez, mientras saltaba hacia el perro, pensó que si tuviese un cuchillo lo bastante afilado y con la altura que ahora conseguía, podría haber alcanzado y cortado la cuerda. Su madre cayéndose, entre arcadas, y Maggie propinándole patadas, desesperada. Maggie lo vio todo. Después, escuchó la voz de su madre que la llamaba.

—Apaga las luces. Ven a casa. Ven ya, Maggie. Ya está la cena. Se te enfría la comida.

Vieja historia 2

—*Mewinzha, mewinzha* —dijo Ignatia en cuanto cayó la primera nevada y un suave manto blanco separó a los vivos de los muertos—, hace mucho tiempo. Todo esto sucedió antes del principio de los tiempos. En aquellos días todas las cosas podían hablar y la gente tenía poderes. En aquellos tiempos había un hombre que vivía en el bosque con su mujer y sus dos hijos pequeños. Vivían bien con lo que tenían; se las arreglaban sin problema. Hasta que el hombre advirtió, un día que se disponía a salir a cazar, que su mujer se estaba poniendo su vestido de piel más blanco, sus pendientes de plumas y huesos y sus mejores prendas. La primera vez pensó que se acicalaba para él, pero cuando regresó con carne en el trineo, vio que vestía sus viejas ropas otra vez. Se puso celoso. La siguiente vez que se preparó para salir a cazar, ella volvió a ponerse sus mejores galas de la misma manera. Entonces él volvió sobre sus pasos. Se ocultó y, cuando ella dejó a los niños atrás y se adentró en el bosque con su ropa elegante, él la siguió sigilosamente.

»La mujer de este hombre trepa a un árbol. Él la observa. Ella golpea el tronco tres veces. Del árbol sale una serpiente. Muy grande. Sí, una serpiente muy grande. Entonces la mujer y la serpiente comienzan a amarse. El hombre ve a su mujer con la serpiente, juntos y, ay, ella disfruta con esa serpiente mucho más de lo que ha disfrutado nunca con su marido.

—¡No digas cochinadas!

—Oh, cállate, Malvern.

Las dos mujeres intercambiaron una mirada de reprobación y al fin Malvern señaló a LaRose con la cabeza y movió los labios para indicar algo que Ignatia interpretó.

—Verás, LaRose, la serpiente y la mujer quieren darse la mano pero las serpientes no tienen manos. Quieren besarse, pero la serpiente no tiene labios. Solo pueden enroscarse una con la otra.

Ignatia movió los brazos para mostrar a LaRose cómo podía hacerse.

—¿Qué clase de historia es esta? —preguntó LaRose.

—Una sagrada —respondió Ignatia.

—Vaaaleee.

LaRose ha aprendido a decir un «vale» escéptico de un niño de ocho años en una serie sabionda de chicos de ocho años.

—Yo conozco esta historia —dijo Malvern—. Es una historia espantosa. No es una buena historia para contar a un niño pequeño.

—Puede ser —respondió Ignatia—. Pero es una historia de la existencia. Este

muchacho puede conocerla; es lo bastante valiente.

Continuó narrando la historia.

—El hombre estaba muy celoso de la serpiente. Así que al día siguiente salió a cazar y, cuando regresó, le dijo a su mujer que había matado a un oso. La mandó a buscar la carne. En cuanto ella salió, el hombre se puso una falda y se dirigió al árbol de la serpiente. Golpeó el árbol tres veces y la serpiente apareció. Entonces clavó su lanza en la serpiente, matándola en el acto. Se llevó la serpiente de vuelta a la cabaña, la troceó y convirtió al animal en una sopa.

—¿Una sopa de serpiente?

—Sí, hijo.

—¿Se tomaba sopa de serpiente en los viejos tiempos?

Las mujeres se miraron y fruncieron el ceño.

Ignatia dijo que en los viejos tiempos los niños no tenían televisión. Solo se callaban, escuchaban las historias y no interrumpían.

Malvern dijo que era una buena pregunta y que la respondería.

—Solo se tomaron sopa de serpiente en aquella ocasión.

—Vale —dijo LaRose—. A ver, tenía que preguntar. No es algo habitual.

—Para seguir con la historia —continuó Ignatia—, cuando la mujer al final regresó, dijo que no había ningún oso muerto allí donde él le había pedido que fuera. No había carne. Había buscado, pero no había encontrado nada. Su marido le dijo que no se preocupara porque él había preparado una sopa.

—Espera —interrumpió LaRose—. Había hecho la sopa con la serpiente que ella...

—Amaba, sí —dijo Ignatia.

—Eso es como...

—Esa es la cuestión de la historia —dijo Malvern.

—¿Ella se la tomó? —preguntó LaRose, mirándolas con gesto afligido.

Ignatia asintió.

—Oh —exclamó LaRose—. Esto se pone peor.

—Esto no es vida —comentó Ottie en el coche—. Pero algo es algo.

—Esto de la diálisis vuelve loca a la gente —dijo Landreaux—, pero vas aguantando bastante bien.

—Habría tirado la toalla si no fuera por Bap.

—Ella te quiere.

La gente con una enfermedad crónica o bien se embrutecía y veía la televisión o bien iba al grano de sorprendentes maneras, opinaba Landreaux. Los embrutecidos eran los más sencillos. Pero Ottie había estado haciendo todas esas preguntas y resultaba tan agradable e indulgente que era casi posible decir la verdad.

—Estamos enamorados. Lo bueno ha perdurado —dijo Landreaux—. Para mí.

—Lo entiendo —dijo Ottie.

—Soy como tú, Ottie. Seguramente habría tirado la toalla de no ser por ella. Pero eso no es mutuo —dijo riéndose, pero era una risa descorazonada.

Emmaline no tiraría la toalla si él lo hiciese; ella sobreviviría por los niños. Por ella misma. Además, lo bueno estaba en entredicho. A Landreaux le parecía que Emmaline había levantado un muro. Incluso lo visualizaba: de ladrillos con algunos huecos, incluso con ventanas. A veces ella alargaba las dos manos, relajada, y Landreaux se apresuraba en asirlas desde el lado solitario. Entendía el muro como un reproche por lo que había sucedido. No comprendía cuando ella decía que él estaba dormido. Tenía los ojos abiertos. Estaba conduciendo. Estaba aparcando delante de la casa de Ottie.

Landreaux entró en casa de Ottie y se acomodó junto a la ventana, donde Bap había puesto un comedero para pájaros. Landreaux salió y rellenó el comedero vacío. Podía oír el murmullo del invierno en la aguda reprimenda de los carboneros. Después de subir al coche, pensó en las dos pastillas de oxicodona que tenía en el bolsillo. Se las llevó de uno de los frascos de las nuevas recetas médicas que había rellenado para Ottie. Solo dos. Se habría deshecho de ellas. Pero no lo hizo. Condujo hasta casa. ¿Esa noche debía llevar a alguien en coche a alguna parte? No. Sacó una pastilla. Se la tomó. Solo una, apenas nada. Le sosegaría un poco.

Uno se resiste y se resiste y se resiste hasta el agotamiento. Pues durante todos esos años había permanecido limpio de sustancias, pero últimamente, bueno, ese verano, el deterioro de sus pacientes y la impotencia mientras esperaba recibir una caricia de Emmaline terminaron por menoscabarle aún más. Aquello era una excusa. Debería ser más fuerte. Había hecho el vía crucis la primavera anterior y se preguntaba por qué la tortura de Jesús se llamaba la Pasión. Jesús sufrió libre de drogas. Él había visto cómo Emmaline había superado partos sin drogas. Ella quería drogas, pero solo tuvo suerte con Josette. Dos veces el respetado y competente anestesista no se encontraba en el hospital del Servicio de Salud Indio. Ella no quería una precaria anestesia epidural ni una que durara para siempre ni un dolor de cabeza. Sin ella, el dolor lo acaparó todo, dijo. Cuando iba a visitar a amigas a la sala de maternidad, el olor del lugar le disparaba la tensión y le provocaba temblor en las manos. Mareada, tenía que sentarse. Alguna memoria física. Pero todo había merecido la pena, sostenía, como todas las mujeres.

Quizá Jesús también lo pensara, se dijo Landreaux mientras se dirigía hacia la casa. O tal vez miraba a todos los pobres desgraciados a los que había salvado, como Landreaux, que no podían soportar el dolor y preguntaban: «¿Por qué?».

Landreaux decidió tirar la otra pastilla por el váter. Oyó unos gritos. Cuando entró por la puerta, Snow y Josette se estaban dando de bofetadas con la mano abierta y deteniendo los golpes. Al menos no se estaban dando puñetazos ni tirándose de los pelos. Se quitó las botas de una patada y se interpuso entre ellas.

Enganchó a cada chica por la muñeca, pero ellas consiguieron rodearlo moviendo

la mano libre. Al fin desistieron, soltándose de mala gana, y accedieron a hablarse cada una desde una esquina opuesta de la habitación. Josette sacó el labio inferior y se dejó caer al suelo con los brazos cruzados. Agitaba el pie. Snow se sentó y se abrazó las rodillas con los ojos clavados en su laca de uñas naranja fosforito.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Landreaux.

—Snow dice que estoy por Hollis.

—Bueno, él está por ti.

—¿Y qué?

—Es mi hermano. Es asqueroso.

Josette levantó el brazo y apretó el puño. Había una cara dibujada en su puño. Los labios estaban donde el dedo pulgar se juntaba con su dedo índice torcido. Una nariz y unos ojos también. Snow levantó el brazo y apretó el puño. También apareció una cara en su puño. Mantuvo los dientes apretados y apenas movió los labios.

—No compartís nada de ADN. Os habéis criado juntos y tú le gustas, con tus greñas, tu mal aliento y tu ropa interior vieja y gris en el cuarto de la colada. Es un milagro.

—Yo nunca he dejado que vea mi ropa interior —dijo Josette con enorme dignidad—. Y no está gris.

—Basta —suplicó Landreaux. Le zumbaba suavemente la cabeza.

Josette se recompuso.

—Supongo que podemos hablar de esto como personas adultas, ¿no? —dijo.

—Solo hay una en la habitación —repuso Landreaux.

—En primer lugar —dijo Josette—, sé que Hollis está enamorado de mí. Eso es irrelevante.

—Me vais a volver loco —dijo Landreaux.

—Porque yo no estoy enamorada de él —continuó Josette—. Quién sabe, igual soy lesbiana.

—Como si no lo supieras —dijo Snow.

El corazón de Landreaux se encogió. ¿Lesbiana?

—Vosotros a mí no me conocéis —siguió Josette.

—Vale —replicó Snow—. Nadie te conoce. Eres tan misteriosa.

—Tú me conoces —dijo Josette a su puño cerrado—. ¡A ti puedo contártelo todo!

»Te quiero como eres —respondió su puño pintado.

—Fuera de aquí —ordenó Landreaux—. Me estáis volviendo loco^[25]. Quiero prepararme un café y leer el periódico.

—¡Como haces siempre! —Josette y Snow, de nuevo un equipo, se levantaron rápidamente y se abalanzaron sobre él—. Eres tan previsible. ¿Por qué no puedes soltarte? ¿Beber té? ¡Leer un tebeo! ¡Vamos, papá, sé creativo!

Sabían que podían hacerle reír, y cuando lo hizo, lo atacaron, lanzándose sobre él, fingiendo que lo tiraban al suelo. Él simuló la caída, amedrentado en un gesto teatral de «me rindo» con las manos arriba.

—¡Piedad! ¡Nos ruega piedad! No te apiades de él —bramó Snow, y comenzó a darle puñetazos de mentira, así que él fingió caerse de espaldas sujetándose el estómago, riéndose a carcajadas hasta que las chicas lo dejaron en el suelo.

—Está bien, papá, intenta recomponerte. Vete a dar un paseo. O aquí tienes el periódico lleno de anuncios. O de noticias soporíferas. Pero no vengas a contarnos todas las cosas aburridas que pasan en el área de los tres estados. Vamos a prepararte ese insulso café que tanto te gusta tragar. También vamos a cocinar. Tenemos albóndigas. Fideos. Crema de champiñón. Vas a flipar.

Landreaux se sentó de nuevo en la silla. Le dolía la espalda de levantar a Ottie, moverlo, bañarlo y sentarlo. Luego dejó de dolerle. El dolor desapareció. Los latidos de su corazón se sosegaron. Ahora ya nada le importaba. Era la primera vez en mucho tiempo que se dejaba llevar y hacía el tonto, dejando que las chicas lo tumbaran. Se sentía más liviano, casi feliz, y no necesitaba la otra pastilla; pero cuando Snow le trajo la taza de café, notó cómo sus dedos la sacaban del bolsillo. Luego se le escapó de entre los dedos y cayó al suelo. Una persona mejor que él intentó pulverizarla con el talón, pero el talón estaba envuelto en un calcetín y la píldora estaba recubierta de un agente endurecido y se resistió hasta que Landreaux se dirigió a la entrada, cogió su bota y golpeó la pastilla hasta convertirla en polvillo. Incluso entonces, sobre la losa de vinilo, había una perfecta mancha blanca, que, si se agachaba en una postura de yoga, con la nariz pegada al suelo, podría inhalar. Pero ¿qué imagen daría a las chicas, con el culo en pompa? Volvió a sentarse y movió el pie dibujando círculos por el polvillo blanco hasta que quedó totalmente absorbido en el suelo, de modo que el hombre desesperado tendría que pegar la nariz al tercio anterior del calcetín y esnifar el polvillo con intensas inhalaciones, y estaba a salvo, sí a salvo, porque Landreaux había llevado ese proceso demasiado lejos incluso para él.

Un día, LaRose se acercó a ellos. Había anotado los nombres de los Temibles y había estrechado sus probables paraderos con una guía telefónica. Volvió a mentir y consiguió que Peter lo llevase en coche y lo dejase en Pluto para visitar a un amigo del que LaRose se despidió al cabo de una hora. El pueblo era pequeño, algunas manzanas habían quedado despejadas de viviendas en ruinas por las excavadoras. Vacío. No le costó mucho dar con las diferentes casas después de todo, pero estaba buscando la que tenía el garaje que Maggie le había descrito una vez. Cuando divisó el garaje de los Veddar y miró por la ventana, supo que había encontrado el sitio. Entró por la puerta lateral. No había nadie, así que decidió esperar. Se quedó dormido en el sofá roto. Cuando abrió los ojos, lo estaba sacudiendo Tyler.

LaRose deja que su puño salga disparado; ha estado soñando con ello.

—¡Ay! —Tyler da un paso atrás, desconcertado, mientras se frota la mandíbula—. ¿A qué viene eso?

LaRose se pone en pie en el sofá rápidamente. ¡Están todos allí! Encauza los

zarpazos de Maggie, escucha el grito del padre Travis en clase: «¡Un fuerte *kiap!*». Un fuerte *kiap*. Para infundir miedo al enemigo.

LaRose lanza su entrecortado grito de guerra. ¡Kiap! Luego otro, con más seguridad. Posición de pies paralelos. Con el corazón desbocado y el pulso acelerado.

—¿Por qué has hecho eso? —Tyler se vuelve hacia los demás—. ¡Me ha golpeado!

—¡Por Maggie!

Buggy ha abierto una cerveza. ¡Maggie! El odio deforma su rostro. Es el más cruel. Brad Morrissey es el más corpulento, pero ya no es nada malévolo, salvo en el fútbol. Ahora tiene ciertos códigos de honor, por lo de Jesús y el fútbol. Solo mata a gente en el fútbol. Y Curtains solo está confuso.

—¿Cómo te llamas, chaval?

LaRose se abalanza sobre la espalda de Curtains, trepa por su camisa e intenta un agarre de cuello.

—¡Quitádmelo de encima!

Sin querer y no tan sin querer, Buggy golpea a LaRose con tanta fuerza que sale despedido de encima de Curtains y aterriza bocarriba. Cuando LaRose choca contra el suelo con un fuerte ruido, sale despedido de su cuerpo. Sus pulmones se cierran. Planea por encima de sí mismo, mirándose desde arriba con asombro.

Brad se inclina escrutando a ver si respira. Libertad, flotación, descanso. Ah, sí, y debe respirar antes de que Brad le practique el boca a boca. En cuanto se llena los pulmones de aire, LaRose es aspirado de nuevo dentro de su cuerpo con un suave chiss. Permanece quieto hasta asegurarse de que está intacto. Se levanta, se sacude los pantalones, recoge la mochila y se marcha. Tiene la intención de volver a casa caminando, pero Brad Morrissey insiste en llevarlo en coche. No intercambian una sola palabra hasta que llegan al camino de acceso a la casa de los Ravich.

—La manera en que has defendido a tu hermana es la leche —dice Brad.

LaRose se vuelve hacia él y le asesta un golpe de mano cuchillo en la nariz, haciéndole sangrar. Luego se baja del coche.

—Deberías apuntarte al fútbol algún día —vocea Brad limpiándose la nariz mientras LaRose se aleja.

LaRose entra en casa y sube las escaleras hasta su cuarto. Necesita estar solo. Ha ocurrido algo.

Hay cinco LaRose. La primera fue la que envenenó a Mackinnon, fue a la escuela misionera, se casó con Wolfred, enseñó a sus hijos la forma del mundo y viajó por ese mundo como un juego de huesos robados. La segunda fue su hija LaRose, que fue a Carlisle. Esta tuvo tuberculosis como su madre, y al igual que la primera LaRose, la mantuvo a raya una y otra vez. Vivió lo suficiente como para convertirse en la madre de la tercera LaRose, que fue a Fort Totten y dio a luz a la cuarta LaRose que, con el

tiempo, se convirtió en la madre de Emmaline, la profesora de Romeo y Landreaux. La cuarta LaRose también se convirtió en la abuela del último LaRose, entregado a la familia Ravich por sus padres a cambio del hijo muerto en accidente de caza.

En todos estos LaRose existía una propensión a volar por encima de la tierra. Podían volar durante horas cuando se tocaba el tambor y se entonaban las canciones adecuadas. Esas canciones aguardaban ahora en las hojas, medio perdidas, pero el retumbar del tambor de agua nunca se perderá. Esa capacidad para volar se remontaba a la primera LaRose, cuya madre le había enseñado a hacerlo cuando todavía se llamaba Espejismo, quien lo había aprendido de su padre, un hechicero *jiisikid*, que envió volando su espíritu alrededor del mundo en 1798 y regresó para contar a sus atónitos tocadores de tambor que era inútil, que los hombres blancos cubrían la tierra como piojos.

Vieja historia 3

—«¿Qué sabe tan bien?», preguntó la mujer al marido.

»“La sangre de tu amante, la serpiente. La he convertido en un caldo”, contestó el marido.

»La mujer se puso furiosa y salió corriendo hacia el árbol donde vivía la serpiente. Dio tres golpes, pero no apareció y supo que la había matado. Mientras ella estuvo fuera, su marido ocultó a sus dos hijos en el suelo para ponerlos a salvo.

—Eso no suena muy seguro —observó LaRose.

Esta vez Ignatia no contestó y solo prosiguió con el relato.

—Cuando la mujer regresó corriendo a la cabaña, el hombre le cortó la cabeza. Después se elevó en el aire para huir por el cielo.

—¿Cómo pudo hacer eso? —preguntó LaRose.

—En aquellos tiempos —explicó Ignatia—, recuerda, antes de que esta tierra existiera, esa gente tenía todo tipo de poderes. Podían hablar con todas las cosas y les respondían.

—Ya, pero ¿cómo pudo cortarle la cabeza? —dijo LaRose.

Pero Ignatia había decidido ignorar todas las preguntas.

—Al cabo de un tiempo —continuó Ignatia—, la cabeza de la mujer abrió los ojos.

—Qué yuyu —dijo LaRose con respeto.

—La cabeza preguntó al plato dónde estaban sus hijos. Preguntó a todos los enseres de la cabaña, pero no le respondieron. Al fin, una piedra le contó que su marido había escondido a los niños en el suelo y que ahora estaban huyendo bajo tierra. La piedra dijo que les había dado cuatro cosas: poder para crear un río, fuego, una montaña y un bosque de espinos.

»Entonces la cabeza comenzó a seguir a los niños. Voceaba: “¡Hijos míos,

esperadme! ¡Me hacéis llorar al abandonarme!”.

La voz de Ignatia sonaba perversa y adulatora. LaRose parecía espantado, pero se acercó más.

—Da mucho yuyu —dijo—. Sigue.

—El niño iba a lomos de su hermano mayor, quien seguía diciendo al pequeño que la cabeza no era su madre en realidad. «¡Sí lo es! ¡Sí lo es!», chillaba el hermano pequeño.

»“¡Hijos míos, mis queridos hijos, no me dejéis atrás!”, gritaba la cabeza. “¡Os lo ruego!”.

»El hermano pequeño quería regresar con su madre, pero el mayor cogió un trozo de yesca y lo lanzó a sus espaldas, mientras gritaba: “¡Que haya fuego!”. Unas llamas ardieron a lo largo y ancho del sitio donde estaban. Pero la cabeza seguía rodando y avanzando a través del fuego y comenzó a ganarles terreno.

»El muchacho arrojó un espino al suelo. Enseguida brotó un bosque de espinos y, esta vez, cortaron el paso a la cabeza rodante. Entonces la cabeza llamó al hermano de la serpiente, la Gran Serpiente, y esa serpiente abrió un camino a mordiscos entre los árboles de espinos. Así consiguió alcanzarlos.

»El chico tiró una piedra al suelo y se alzó una gran montaña. Sin embargo, la cabeza rodante pidió a un castor con dientes de acero que royese esa montaña y continuó persiguiendo a los niños.

»Los hermanos ya estaban muy cansados y tiraron al suelo un odre de agua para hacer un río. Por error no cayó detrás de ellos sino delante. Ahora estaban atrapados.

LaRose asintió, cautivado por la historia.

—Pero la Gran Serpiente se apiadó de ellos y los dejó subir a su espalda. Cruzaron el río. Cuando la cabeza rodante alcanzó la orilla, suplicó para que la llevaran al otro lado. La Gran Serpiente permitió que la cabeza rodara sobre su espalda, pero a la mitad del camino, la serpiente la volcó.

»“Te llamarás Esturión”, dijo la Gran Serpiente. Y la cabeza se convirtió en el primer esturión.

—¿Qué es un esturión? —preguntó LaRose.

—Es un pez muy feo —respondió Ignatia—. Esos peces fueron los bisontes de nuestro pueblo una vez. Todavía están en los lagos y ríos grandes del norte.

—Vale —dijo LaRose—. ¿Y acaba así?

—No. Los dos muchachos deambularon por ahí, hasta que, por accidente, un día el pequeño quedó atrás. Estaba solo.

»“Ahora tengo que convertirme en un lobo”, dijo el muchachito.

—Qué interesante —dijo LaRose—. Convertirse en un lobo.

—Cuando su hermano mayor lo encontró, ambos caminaron juntos. El hermano mayor se convirtió en un ser capaz de hacer muchas cosas. En algunos lugares se le conoce como Wishketchahk, en otros como Nanabozho, y tiene otros nombres. Era un poco insensato, aunque también muy sabio, y su hermano pequeño, el lobo,

siempre andaba a su lado. Él hizo a las primeras personas, *anishinaabeg*, los primeros seres humanos.

—¡Bah! —dijo LaRose—. ¿Y cuál es la moraleja de la historia?

—¿Moraleja? ¡Nuestras historias no tienen moraleja!

Ignatia infló los carrillos con fastidio.

—A esta se le llama una historia de los orígenes —explicó Malvern, también molesta, pero queriendo puntualizar.

—Como... eh... el Génesis —añadió Ignatia—. Pero pasan muchas más cosas, también hay una pequeña rata almizclera que crea la tierra.

—Y nuestro Nanabozho es como su Jesús —dijo Malvern.

—Más o menos como Jesús —matizó Ignatia—. Pero siempre tirándose pedos.

—¿Así que la cabeza rodante es como su madre María? ¿Y toda esta historia es como la primera historia de la Biblia?

—Se podría decir.

—Así que nuestra María es una cabeza rodante.

—Una cabeza rodante malvada —puntualizó Ignatia.

—¡Cómo molamos! —dijo LaRose—. Aun así, que te persigan de esa manera. Que casi te pillen. Que te golpeen quizá contra el suelo. Dejándote sin aliento.

—Trata de la persecución —explicó Ignatia dando una fuerte succión a su bombona de oxígeno—. Llegamos a esta vida tras ser perseguidos. Los católicos creen que nos persiguen los demonios, el pecado original. Nos persiguen las cosas que padecemos en esta vida.

—A eso se le llama trauma —dijo Malvern.

—Gracias —dijo Ignatia—. Somos perseguidos por lo que les hacemos a los demás y a su vez por lo que ellos nos hacen a nosotros. Siempre estamos mirando a nuestra espalda, o estamos preocupados por lo que vendrá a continuación. Solo tenemos este minúsculo instante. ¡Ups, ya se esfumado!

—¿Qué se ha esfumado?

—Ahora. Ups, se ha esfumado otra vez.

Ignatia y Malvern se ríen hasta que Ignatia se queda sin aliento.

—¡Ups! ¡Ups! ¡Resbaladizo!

—¿Qué se ha esfumado?

—Ahora.

—Ups —se ríe LaRose—. Visto y no visto.

Y entonces, de buenas a primeras, Ignatia murió. Les dirigió una mirada radiante y estiró los pies. La cabeza le cayó hacia atrás. Su mandíbula se relajó. Malvern se inclinó y con una garra de enfermera tomó el pulso a Ignatia en el cuello. Malvern desvió la mirada, frunció el ceño, esperó y al fin apartó la mano del cuello de Ignatia, cerró la mandíbula de la mujer y le bajó los párpados. Entonces meció la mano de Ignatia.

—Cógele la otra mano —ordenó Malvern—. Ahora emprende su viaje. Recuerda

todo lo que yo diga, LaRose. Un día te tocará hacerlo.

Malvern habló a Ignatia, le indicó las direcciones, cómo dar los primeros pasos, cómo mirar hacia el oeste, dónde encontrar el camino, y que no se molestara en llevarse a nadie con ella. Le dijo que todo el mundo, incluida ella, Malvern, que nunca se lo había dicho, quería mucho a Ignatia. Sujetaron la mano de Ignatia durante mucho tiempo, en silencio, hasta que sus manos ya no estaban calientes. Aun así, LaRose notaba su presencia en la habitación.

—Seguirá por aquí todavía un rato más —explicó Malvern—. Voy a buscar a sus amigas para que también puedan despedirse. Tú vete a casa ahora.

LaRose dejó la mano de Ignatia en el reposabrazos del sillón. Se enfundó el abrigo, salió y enfiló el pasillo. Cruzó las puertas estancas, luego salió por las dobles puertas de la entrada hasta encontrarse en el aire azul marino con el halo de escarcha. Había quedado con su madre en la escuela, así que fue por el camino de grava y cruzó la carretera hasta alcanzar el bordillo de la acera. El frío fluía a su alrededor y le bajó por el cuello del abrigo. Le dolían los oídos, pero no se puso la capucha. Agitó los dedos, metidos en los bolsillos. Tenía tantas sensaciones en el cuerpo que no podía percibirlas todas a la vez, y cada una de ellas, en cuanto la experimentaba, se escurría en el pasado.

El diagrama en la pared de Romeo iba tomando forma poco a poco, con fragmentos de información que avanzaba o situaba más atrás. El televisor de Romeo se había quedado sin sonido, pero daba igual. Solo miraba el movimiento de los labios y leía los subtítulos. Era mejor así porque, si no, las voces, el énfasis que ponían en ciertas palabras, podían distorsionar sus pensamientos. Le seguía gustando la expresión «pastel amarillo» y el misterioso lugar del que venía. ¡Níger! Pero ya habían superado aquello. Conforme el luminoso octubre se convertía en el oscuro, frío y desnudo noviembre, comenzaron las alusiones más aterradoras sobre armas de destrucción masiva.

¡Por favor! Todo el mundo en Dakota del Norte vivía al lado de un arma de destrucción masiva. Un poco más abajo un misil Minuteman^[26], almacenado bajo tierra en un silo, solo aparecía señalizado por una pequeña zona cuadrada de grava vallada con unas cadenas. Uno pasaba por delante y se preguntaba quién estaría allí abajo, en un sitio tan profundo y solitario, seguro que un chiflado mirando fijamente la pantalla, como lo hacía él ahora a los labios de Condoleezza Rice y sabiendo, como solo sabía Romeo, que aquella era una mujer hambrienta que controlaba estrictamente sus apetitos. Era una mujer con una inteligencia tan superior a la de cualquiera de los hombres que la rodeaban que movía sus hilos con sus manos de pianista con la misma habilidad que tocaba *Chopsticks* al piano. Incluso Cheney Cejas Protuberantes con su horripilante dentadura —y tenía millones, así que ¿por qué no se arreglaba la boca?—, incluso Cheney era su esclavo mental. No lo sabía,

pero lo era. Los ojos de la mujer centelleaban. Su boca era de un intenso color rojo sangre. No sentía afecto por ningún hombre. Ella se los comía. Hablaba de varas. De pistolas humeantes.

A Romeo le encantaba.

De todos ellos, era la más lista y la más presidencial. ¿Podían verlo?

Vació sus bolsillos con lo recaudado durante la noche sobre una bandeja de cafetería. Examinó el contenido meticulosamente, apartó unas diminutas pastillas azules, unas píldoras blancas, gruesas y planas, unos comprimidos verdes y redondos y unas grageas ovaladas y rosas. Estaba convencido de que se escondía otro indicio en la historia que había escuchado esa misma tarde sobre cómo alguien que solo tenía heridas superficiales había muerto desangrado. Aquello encajaba con sus averiguaciones. Un rumbo. Una ubicación. Un hilo que ataba la frase con su posible significado. Volvería a diagnosticarse para luego medicarse. Lo que estaba haciendo era hermoso, como un proyecto artístico.

Maggie atosigó a su madre para que le enseñara a conducir hasta la escuela. Enseguida Nola se acostumbró a ello. Cada mañana, después de que su padre se marchara, Maggie salía y arrancaba el Jeep. Nola se ponía un abrigo largo y acolchado por encima de la bata y calzaba sus pies desnudos y dormidos en las forradas botas Sorel de Peter. Con una taza térmica de café en la mano, se acomodaba en el asiento del copiloto. LaRose se instalaba detrás. En la media hora que duraba el recorrido en coche, el trabajo de Nola consistía en dejar escapar pequeños sonidos para animarla y sintonizar las diferentes emisoras de la radio, hasta encontrar la cadena Hallelujah. Diatribas apremiantes. Música pop alegre e informes agrícolas. Despertaban a Nola, la liberaban de las pegajosas telarañas de las benzodiazepinas. La radio y su caos familiar encendían una tecla de placer en el cerebro de Maggie. Como tenía a salvo a su madre abrochada a su lado y a LaRose en el asiento de atrás, como estaba al mando, se sentía ligera y aliviada. Tarareaba y tamborileaba con los dedos en el volante. En la nieve, en el oscuro hielo, en la lluvia resbaladiza y fría, Maggie era una conductora prudente y muy segura de sí misma.

Cuando llegó al centro escolar, su madre le dio un beso difuso, luego rodeó el coche para sentarse al volante y regresar a casa. Maggie dejó que se marchara. Dejó que LaRose también se marchara. Cruzó el pasillo del instituto, se echó el pelo hacia atrás y saludó a muchas chicas. Telefonó a casa varias veces, desde el despacho de la dirección, solo para escuchar la voz de su madre. Por un lado, Maggie era ahora una hija estable, cariñosa y sobreprotectora, que se adaptaba lentamente al agobiante miedo de la fragilidad de su madre. Por otro lado, seguía siendo una buena pieza.

Una buena pieza disciplinada.

Era guapa al estilo de los primeros años de la supermodelo Cheryl Tiegs^[27], solo que ella tenía el pelo negro, los ojos dorados o negros, y además su mirada oblicua

mostraba un intenso desprecio. Se propuso estudiar a los chicos. Cómo funcionaban sus cabezas, sus corazones y sus cuerpos. No quería salir con ninguno, pero sí que se veía controlando a uno. Quizá a cada uno de los llamados Cuatro Temibles, dar con ellos y ensartarles el corazón. Comérselos, aunque intentaba hacerse vegetariana, porque era bueno para la piel. Era muy estricta consigo misma.

De alguna manera, Waylon el gigantón consiguió librarse de todo eso. Esperó junto a la taquilla de Maggie y observó cómo cambiaba de libros, los de la mañana por los de la tarde.

—Entonces ¿estás bien aquí? ¿Nadie se mete contigo?

Le pareció sorprendente que le hiciera esa pregunta y más extraño todavía que ella respondiera que sí. Aunque nadie se había metido con ella en absoluto.

Los rasgos lozanos e interesados de Waylon prestaron atención. Tenía una cara a lo Elvis, que Maggie solo conocía porque a Snow le gustaba esa clase de música. Era un chico corpulento y ancho de espaldas, con una piel suave sobre unos despiadados músculos de jugador de fútbol. Sus manos eran inocentes, expresivas y casi de profesor. Su corte de pelo militar de los entrenamientos de fútbol de verano estaba creciendo hasta semejar una espesa gorra con visera de peluche. Era más alto que Josette, pero no tanto como Snow. Maggie escrutó su pelo detenidamente hasta que decidió que le gustaba, y mucho.

La mirada de Waylon se había ensombrecido.

—¿Quién? —preguntó al fin.

—¿Qué?

—¿Quién se mete contigo?

—No son de aquí —respondió Maggie—. Eran chicos del otro colegio.

Asintió con gesto grave, sin decir una palabra. Dejó que hablara su semblante, frunciendo el ceño para darle a entender que estaba esperando que continuara. A Maggie también le gustó aquello.

—Hay unos tíos, se llaman a sí mismos los Cuatro Temibles.

Waylon torció la mandíbula, descubriendo sus afilados dientes que mordieron el labio inferior. Ladeó la cabeza y entrecerró sus ojos soñolientos.

—Ah, sí —dijo con voz cansina—. Conozco a esos tíos.

—Esos tíos se metieron mucho conmigo —dijo Maggie con una agradable y radiante sonrisa—. Sobre todo Buggy. ¿Quieres acompañarme hasta clase?

Waylon se balanceó levemente mientras caminaba, como si su pesado cuerpo necesitara recomponerse después de cada paso. Con Maggie a su lado, tan guapa y decidida, la gente mirándolos, un tímido placer le hizo sonrojarse.

Siempre que Nola y Peter asistían a una reunión con los profesores de Maggie en el colegio de Pluto, solía ocurrir lo mismo: deberes sin hacer, problemas de comportamiento en el aula, malas contestaciones, posiblemente escribía palabrotas en los aseos. Sin embargo, las notas de los exámenes siempre eran excelentes. Eso

significaba que era lo bastante lista como para modificar su comportamiento, si quisiera. Era evidente que lo hacía todo adrede, sostenían los profesores. Peter siempre abandonaba el aula de Maggie sin resuello e intentando recomponerse. Nola se quedaba callada, aferrada a su brazo, moviendo los labios. Caminaban inseguros por el pasillo. Después de que LaRose comenzara a estudiar en Pluto, sin embargo, los profesores de LaRose habían borrado de manera regular los angustiosos informes de Maggie.

¡Ah, LaRose! Quizá no fuera un estudiante sobresaliente, pero era trabajador, tranquilo y muy amable. Respetuoso, sencillo, agradable, un poco tímido. ¡Qué pestañas! Qué chico más majo. A veces un poco soñador. ¡Y tenía un don! Era capaz de dibujar lo que se propusiese. Cantaba, desentonando pero con personalidad. El favorito para un concurso de talentos con canciones de Johnny Cash, el chico vestido de negro. Un amor, decían los profesores con entusiasmo, hacía que todo lo demás mereciera la pena. Ellos sabían que los profesores se referían a que merecía la pena tratar con Maggie, que la lucha por su alma merecía el esfuerzo en cuanto estaban con LaRose.

Quizá las cosas serían diferentes ahora que Maggie se encontraba en noveno curso. Ahora que tenía más libertad. Ahora que toda su otra familia —Hollis, Snow, Josette, Willard y LaRose— también iba a su nuevo colegio.

Peter y Nola comieron una insípida galleta de las fuentes dispuestas en el pasillo. Tomaron sorbos de café quemado mientras esperaban a que el primer profesor acabara con los padres que estaban antes que ellos. Al fin entraron en el aula.

—Si está intentando hacerse un hueco aquí dando patadas a las puertas, no es una elección acertada —dijo Germaine Miller, la profesora de Inglés.

—Hago todo lo que puedo para no defraudarla, porque me doy cuenta de que es una niña lista —dijo la de Ciencias Sociales.

—¡Si tan solo hiciera los deberes! —Cal Dorfman negó con la cabeza mirando las notas de matemáticas.

Nola explicó que Maggie hacía sus deberes de matemáticas todas las noches. Peter añadió que él incluso intentaba echarles un ojo, pero que ella era muy independiente. Los tres se miraron unos a otros, desolados. El profesor suspiró y dijo que seguramente no entregaba las tareas porque se organizaba mal. A partir de ahora pararía la clase todos los días hasta que ella presentase un trabajo. Y así todo.

Hasta que llegó el turno de la asignatura de Física. El señor Hossel esbozó una pálida sonrisa cuando se presentaron. Pero el señor Hossel ya estaba hablando de qué hija más trabajadora tenían y de lo orgullosos que debían sentirse de sus habilidades deductivas, su mente lógica, su enfoque disciplinado para entregar los deberes y lo bien que trabajaba en proyectos en grupo. Parecía fascinada por las leyes del movimiento, por ejemplo, y era excelente calculando velocidades.

Nola se quedó boquiabierta y Peter se sonrojó. El señor Hossel se animó.

—Es extremadamente elocuente describiendo el espectro electromagnético —

exclamó.

—Somos los padres de Maggie Ravich —recordaron al señor Hossel.

—Ojalá más alumnos fueran como Maggie en lo que se refiere a la participación en clase. Lo que más me impresiona es que no le tiene miedo a nada. No la intimida equivocarse. Eso no es habitual; los jóvenes suelen tener pavor a que se rían de ellos. Ya saben, a esa edad... Pero Maggie juega con una idea. Lanza algo para provocar un debate. ¿En qué momento exacto se convierte la inercia en cantidad de movimiento? ¿Podemos medir ese momento? Va al corazón del asunto —dijo el señor Hossel con un pensativo resoplido.

De nuevo repitió las palabras de oro:

—Deben estar muy orgullosos de su hija.

Después les enseñó el sobresaliente.

Peter y Nola salieron radiantes del aula del señor Hossel. Cruzaron el aparcamiento cogidos de la mano, unidos por las contradicciones.

—Al fin un profesor que la entiende —dijo Peter.

—Realmente estaba... —Nola vaciló—. Realmente estaba hablando de Maggie, ¿verdad?

—Quizá en la escuela solo le muestra su verdadero rostro a él —respondió Peter—. Confía en Hossel como confía en nosotros. Yo veo todas esas cosas en ella, la valentía, ya sabes. La disciplina. Este profesor solo le ha abierto una puerta. No lo entiendo, cariño, pero con esta experiencia ¡el cielo es el límite! Siempre lo ha llevado dentro de ella, ¿verdad? Siempre.

—No estábamos equivocados.

Nola le apretó la mano con más fuerza. Subieron al coche y volvieron a casa en silencio; Nola aferraba la rodilla de Peter.

Cuando aparecieron en el camino de acceso a la casa, Maggie abrió la puerta, saludando con una sonrisa feliz. Normalmente su saludo alegre después de las tutorías con los profesores eran un intento de mitigar el disgusto que sabía que infligía a su padre. Hasta ese año le daba igual si apenaba a Nola. Pero ahora sí le preocupaba. Quería evitar hundir los ánimos de su madre. No quería provocar una recaída. Mientras estuvieron fuera, preparó una sopa de rabo de buey con verduras, además de los panecillos fritos que Josette le había enseñado a hacer. A Maggie le encantaba, o al menos fingía que le encantaba, hacer sopa y panecillos fritos. LaRose robaba de un modo encantador alguno mientras se enfriaban, pasándoselo, caliente y aceitoso, de una mano a la otra. Maggie lo perseguía alrededor de la isla de la cocina. Nola se reía al verlos, embelesada. Peter debería sentirse embelesado también, pero algo en aquella escena lo perturbaba. Era como si los dos estuvieran montando un número para Nola, ofreciéndole un cálido destello de unas travesuras normales entre hermanos. Echaban un vistazo a su madre de vez en cuando, ansiosos por cerciorarse de que ella estaba contenta.

Aquel fin de semana, para celebrar el sobresaliente en Física de Maggie, Nola quiso hacer una tarta con el nombre de su hija. Maggie le dijo que las tartas le daban diarrea.

—Pero si a ti te encantan las tartas —dijo Nola.

—Mamá, quiero hacerte feliz. Pero nada de tartas.

Maggie había leído acerca de las conductas obsesivo-compulsivas en la revista de la biblioteca y había decidido impedir que su madre se embarcara en aficiones adictivas, además del hecho de que odiaba las tartas por culpa de todas las que había hecho después de la muerte de Dusty y la aparición de LaRose. Las tartas le traían malos sentimientos, sobre todo las que llevaban un nombre escrito. No quería tartas en casa.

—¿Por qué no vemos una película antigua, una de los ochenta, y comemos palomitas?

Gracias al expositor de ofertas de Cenex, tenían varias cintas VHS que no habían visto aún. Películas relajantes de las de antes, como *Todo en un día*, *Dieciséis velas* y *El club de los cinco*. Maggie contó a Nola cómo todavía se identificaba con esas películas de su adolescencia a pesar de que ocurrían en aquella época ahora impensable, en la que solo había teléfonos móviles en los coches y eran tan grandes como cajas de zapatos. Sí, hablaron. O, más bien, una versión de Maggie habló como si fuera Molly Ringwald asumiendo las complejidades de la vida. Y Nola le habló como una madre corta de entendederas pero cariñosa al fin y al cabo. Peter llegó a casa y las descubrió repantigadas sobre unos cojines, una profundamente dormida y la otra sonriendo tontamente a la nada.

Se sentó al lado de Nola, la sonriente, y le preguntó en voz baja:

—¿Qué está pasando?

—¿A qué te refieres?

Nola seguía sonriendo sin mirarlo. Espeluznante.

—¿Qué estáis viendo?

Peter señaló la película en la pantalla.

Nola abrió la boca y agitó la cabeza, embelesada por un diálogo entre dos adolescentes. Apoyó la cabeza en su hombro y Maggie se removió en los cojines, se acurrucó contra su madre, de modo que los tres estaban conectados ahora, sentados ahí como tres personas normales.

—Quizá sea esto —dijo Peter—. Me siento raro porque todo es tan normal. Yo soy el bicho raro, el único al que no le cabe en la cabeza que ahora vayamos a estar bien.

—¿Qué estabas diciendo? —preguntó Nola en cuanto pasó el momento intenso de la película.

—Nada —respondió Peter—. Solo soy yo.

Las guerras

Los chicos de Pluto^[28] eran los Planetas, así que las chicas eran las Damas Planetas. Sus colores eran el morado y el blanco. Su mascota era un planeta redondo con piernas, brazos y una cara alegre. El equipo de la reserva eran los Guerreros, pero las chicas no eran las Damas Guerreras, sino solo las Guerreras. Sus colores eran el azul y el dorado. No querían tenerse a sí mismas de mascota, así que optaron por un escudo ancestral con dos plumas de águila. Lo llevaban impreso en la equipación. Las camisetas de voleibol eran ceñidas y de nailon, de manga larga para que no se les magullaran los brazos al golpear el balón con los antebrazos, aunque a menudo tenían moratones a pesar de todo. Llevaban pantalones cortos ajustados y rodilleras. El entrenador Duke les hacía llevar cintas de pelo y coletas porque, por muy disciplinadas que fueran, las chicas siempre se distraían y se tocaban el pelo. Las jugadoras habían llegado a idolatrar al entrenador Duke y su rala coleta. Las Guerreras habían ganado todos los partidos de la temporada salvo el primero contra las Damas Planetas de Pluto. Las noches se tornaron cada vez más gélidas hasta que, de pronto, estuvieron ganando 8 a 1 y tenían pendiente la revancha. Esa noche jugaban contra el equipo de Pluto otra vez, dispuestas a vencer.

—No me gusta que los puntos se llamen «puntos de ataque» —dijo Nola—. Nada debería morir.

Peter le cogió la mano.

—Nada muere —dijo Peter—. Solo son palabras.

Estaban apretujados en las gradas, con las rodillas de otros padres clavadas en la espalda y las espaldas de otros padres pegadas a sus rodillas. Nola había preparado una pequeña nevera portátil llena de sándwiches. Un bloque de hielo en el lateral mantenía fríos los refrescos colocados alrededor. Incluso había comprado uvas verdes, tan caras en esa época del año. Peter la ayudó a quitarse el abrigo o al menos a bajárselo. No había sitio donde ponerlo, así que se ató las mullidas mangas en la cintura. El ambiente en el polideportivo estaba caldeado y solo había un graderío, de modo que los padres de los equipos rivales tenían que sentarse juntos. Intentaban agruparse según el equipo que habían venido a apoyar, pero se mezclaron sin querer.

Los equipos calentaron, primero estirando y luego haciendo series —pase, colocada, remate, pase, colocada, remate—. Después, cada jugadora saltó y remató el balón tras lanzarlo el entrenador. Por último, ambos equipos tuvieron tiempo para practicar los saques. La estrategia de las Guerreras consistía en parecer débiles ante el equipo de Pluto. Incluso fingían discutir entre ellas.

—Ravich —siseó Josette—, ¿estás despierta?

Un guiño invisible. Elaborado mohín de Maggie. Muchos golpes de balón. Ni una sola sonrisa entre ellas. Entonces las chicas se pusieron en fila.

—Es tan pequeña —murmuró Nola, siempre asombrada por el contraste entre

Maggie y sus compañeras de equipo.

—Y las Planetas son... —empezó Peter, pero se contuvo.

Iba a decir colosales o astronómicas. Eran chicas grandes, robustas e imponentes. Maggie les había dicho que se fijaran en Braelyn.

—Ya la he visto —dijo Nola—. ¡La que lleva mucho delineador en los ojos!

Peter la rodeó con el brazo y le susurró al oído:

—¡Acuérdate! Los otros padres.

Hacía mucho que no veía a los padres de Braelyn, pero estaba seguro de que estaban sentados detrás de ellos.

—¡Oh! —exclamó Nola, y cerró una cremallera imaginaria en los labios.

Landreaux y Emmaline llegaron, encontraron un sitio y se acomodaron entre un grupo de padres de las Guerreras. Las Guerreras saludaron primero a sus padres, luego al entrenador y a continuación desfilaron ante el equipo rival fingiendo que se chocaban la mano a través de la red y deseando suerte a cada jugadora Planeta.

—Suerte, suerte, suerte, a ti te apetecía —dijo Braelyn a Maggie con amplia sonrisa. Pasó rápidamente con la mirada al frente.

—¿La has oído?

Snow iba justo detrás de Maggie.

—¿Oído el qué?

«A ti te apetecía», pensó Maggie. Buggy se lo había contado a su hermana. «Olvídalo». Maggie hacía un pequeño gesto, un suave contoneo, para quitarse de encima un mal presentimiento o un golpe fallido. Era una sacudida general e instantánea casi imperceptible. Pero Josette lo conocía. El equipo formó un círculo y se cogieron por los hombros. El entrenador Duke tenía la carpeta sujetapapeles en una mano. Con la otra cortaba el aire con cada deliberada oración. Les dijo que el voleibol era solo un juego, salvo en ese momento en que se convertía en algo más que un juego. Les recordó lo de la intensidad relajada. La concentración. Las acciones audaces. Saber cuándo tomarse tiempo para preparar un remate. Les habló de mantenerse relajadas y concentradas. Eran una familia, hermanas, guerreras que vencerían al equipo contrario, restableciendo así el honor.

—Olvidaos de todo lo demás salvo de estar aquí ahora mismo —dijo—. Y usad la voz. Pedid el balón. Dad palmadas en el suelo y sed positivas.

Diamond era la capitana del equipo. Miró a cada una de ellas, una por una. Se pusieron en pie en silencio y cada una levantó tres dedos en el aire. Todo el mundo pensó que señalaban a la Santísima Trinidad, pero era su gesto especial, una «W» por Guerreras^[29]. Luego rugieron «¡Guerreras! ¡Guerreras! ¡Guerreras!», dieron un salto y se chocaron las manos.

Josette era la primera en sacar. Le encantaba ese momento cuando el equipo se desprendía de su falsa imprecisión cursi y se convertía en una máquina.

—¡Saca fuerte, nena! —La voz de Emmaline quedó silenciada por las voces de los demás padres.

Josette saltó y lanzó con fuerza. Pero Gwenna, una de las gemelas pelirrojas de las Planetas, lo recibió en un antebrazo. Un golpe fallido, pero una colocadora consiguió darle y Braelyn lo puso sobre la línea. Snow hizo un pase alto y tendido con aire despreocupado, Diamond lo colocó con un pase preciso con la punta de los dedos a Regina, y ya estaba. Regina era capaz de dar con el balón en una moneda de diez centavos. Una moneda de verdad. Para divertirse habían preparado tiros para ella con veinte monedas en el suelo. Se quedaba con cada moneda a la que daba y se llevó dos dólares.

Una rubia de mediana estatura llamada Crystal, muy guapa, se retorció para devolver el siguiente saque de Josette y lo lanzó fuera. Y así continuó. Josette consiguió marcar seis saques antes de que las Planetas pidieran tiempo muerto.

—Ahora van a atacar con ganas —dijo el entrenador Duke—. Maggie, eres nuestra arma secreta ahora mismo. No te han puesto a prueba. Así que estate preparada. Josette, van a intentar devolver tu próximo saque por todos los medios, así que dale duro. Regina, si tienes la oportunidad...

—No lo diga, entrenador.

—Ataque sorpresa —dijo Diamond.

—Vamos a llamarlo un ataque sorpresa con mano izquierda, ¿de acuerdo? Y os recuerdo a todas que una asistencia vale tanto como un punto de ataque.

Maggie no estaba de acuerdo. Después de cada partido sumaba los puntos de ataque en una hoja de papel que tenía pegada en la pared de su habitación. Las anotadoras también llevaban la cuenta y, si una chica alcanzaba los mil puntos, conseguía un trofeo dorado de treinta centímetros. Maggie quería uno. El titular del periódico: «Chica de los mil puntos de ataque». Había trabajado su salto hasta la altura de una bailarina y había perfeccionado una colocada deslizada. El mínimo toque, nunca empujar, una desviación de la trayectoria que a veces ocurría tan rápido que resultaba asombroso. Podía marcar sin recordar cómo había llegado hasta ella el balón. A veces incluso sentía su sombra y se imaginaba la sombra de su mano sobre el suelo del campo contrario. Cuando rotaban y ocupaba la posición de atacante delantera, el otro equipo siempre quería darle una lección a la niña bajita. Con sus colocadas y bloqueos deslizados, extravagantes y altos, Maggie les daba una lección.

La racha de servicios de Josette se vio alterada por la interrupción, tal y como buscaba el entrenador de las Planetas, y Maggie notó que la energía en la cancha había cambiado de bando. Las Guerreras se agacharon, motivándose unas a otras, diciéndose «pídela, pídela, pídela» para acordarse de hablar entre ellas. Braelyn sacaba. De espalda cuadrada, fuerte mandíbula, ojos góticos, no miró a Maggie ni parecía apuntar hacia ella, pero Maggie estaba preparada de todas maneras. Braelyn marcó un punto de saque directo. El balón había vacilado, juraría Maggie, y había cambiado de rumbo. Se sonrojó. Pero una vez que comprendió el truco de Braelyn, podía controlarlo. Observó cómo el balón se despegaba de la palma de la mano de Braelyn esta vez y vio dónde caería. Maggie estaba allí, pero el balón no. Fueron dos

puntos. Puntos de saque directos de espalda contra espalda. Los padres de las Planetas vociferaban con ganas. Sus padres estaban tensos y callados. Maggie se meneó y volvió al juego.

No despegó los ojos del servicio y salvó con dificultad un balón del suelo, que Josette, de rodillas, podía pasar a Diamond. Pero las Planetas devolvieron el golpe y entonces comenzó un largo, áspero, disputado y frenético voleo, con salvadas milagrosas y golpes improbables que se convertían en controlados y abruptos movimientos del balón, que rozaban la red volviendo locos a los padres. Saltaban alto, entre resuellos y gritos, pero era una algarabía amistosa. Para cuando Regina al fin ganó una justa con Crystal, todo el mundo estaba de buen humor. Excepto Crystal, que siseó a Regina, una gatita con pecas deslumbrante. Regina se volvió y dijo:

—Friqui.

Las jugadoras se pusieron rápidamente en formación y, si bien las Guerreras mantenían su ventaja de cinco o seis puntos, tuvieron que pelear duro para mantenerla. La suerte estuvo de su parte en jugadas que les salían bien de milagro, lo que provocaba refunfuños en los padres contrarios. Las Guerreras ganaron los dos primeros juegos. Entonces las Planetas metieron presión y la suerte se puso de su lado. Así como en los dos siguientes juegos. Ahora comenzaba el quinto juego para el desempate.

La mayoría de los partidos de voleibol eran competitivos pero afables; todo el mundo se esforzaba por hacer gala de la mejor deportividad. El entrenador Duke incluso había enviado a casa un código de buena conducta que la jugadora y sus padres habían de firmar. Pero durante el cuarto juego, hubo golpes duros, miradas todavía más duras, algunos gritos burlones y petulantes, choques de manos cada vez que marcaban un tanto. Al llegar al quinto juego, una energía desagradable había contaminado el gimnasio. Nola sabía qué padres iban con qué equipo. No hubo ningún comentario conciliatorio, como «Bonita jugada» cuando el equipo rival marcaba un tanto; ningún gesto amistoso. Nola había gritado, pero contenía su júbilo, tal y como aconsejaba el folleto del entrenador, cuando el equipo contrario fallaba. Intentó no cuestionar ataques sobre la línea. Procuró no chillar «¡Fuera!» cuando creía que sabía mejor que la jugadora dónde iría a parar el balón. Intentó, tal y como les había rogado el entrenador, no deshonorar el deporte del voleibol.

Nola se comió una uva disimuladamente. Resultó decepcionante, con la piel dura e insípida y la pulpa aguada y química. Probó otra. Maggie no sacaba siempre, pero el entrenador no la apartó de la alineación. Ahí estaba, arriba. Las Guerreras habían perdido los dos primeros puntos. Ese servicio debía cortar la racha de las Planetas. ¡La presión! ¿Por qué Maggie? Peter gritó para animarla, pero Nola se quedó callada. Dirigió una mirada vehemente a su hija, intentando infundirle suerte a fuerza de amor.

Maggie estrelló el saque contra la red. Desolada, su madre dejó caer las manos en el regazo como dos guantes vacíos.

Los padres de las Planetas con las rodillas inquietas en la espalda de los Ravich, los Wildstrand, cacarearon de gusto. Peter detuvo a Nola cuando esta se daba media vuelta y la rodeó con el brazo.

—No vayas por ahí, cielo —le dijo hundiendo la boca en su cabello.

Las Guerreras estaban relajadas y concentradas en el siguiente servicio. El entrenador les había indicado que respiraran desde las entrañas, se concentraran y que chocaran los cinco después de cada juego aunque acabara en un punto en contra. Su filosofía se fundamentaba en desarrollar lo que él llamaba «fusión mental del equipo», donde cada jugadora debía visualizar exactamente dónde se encontraban sus compañeras en la cancha y qué jugadora tenía la fuerza de todo el equipo dentro de ella. Pero Nola solo vio que Maggie estaba atrapada. En plena línea de fuego. Un sollozo de angustia oprimió el pecho de Nola. Y ahora un calor mantecoso se extendía por los hombros de Maggie.

Maggie se veía tan pequeña y vulnerable, con su complexión de sílfide y sus piernas larguiruchas. Podía haber estado sola en la cancha. Dobló las rodillas con los brazos extendidos. Crystal sacó directo hacia ella y Maggie la colocó para el ataque sorpresa izquierda de Regina. Un punto. Siguiendo servicio, ahora le tocaba a Snow. La otra pelirroja golpeó el balón hacia la izquierda de Maggie, pero Maggie consiguió meterse debajo y levantarlo muy alto. Josette asistió a Diamond, que consiguió un rápido remate. Otro punto. Y otro. Empate. Braelyn dio un paso adelante y las fulminó con su mirada feroz de arpía. Las entrañas de Maggie hervían. Braelyn botó el balón dos veces en el suelo, impasible y con gesto glacial y rabioso. Con un fuerte golpe, dirigió a Maggie su trampa especial. Se suponía que debía pasar justo por encima de la cabeza de Maggie y caer detrás de ella, pero Maggie ahora conocía el brazo de Braelyn y, con un arrebató de exuberancia, despegó del suelo. Remató el balón con un giro hacia el centro del campo. Punto de ataque.

Nola había estado en pie todo el tiempo. Un padre tocó a Peter y él intentó que se sentara.

—¡Punto de ataque! —gritó Nola en un momento de silencio—. ¡Punto de ataque! ¡Punto de ataque! ¡Punto de ataque!

Maggie la oyó y la mantequilla se derritió por su corazón. Peter rodeó los hombros de Nola, le susurró al oído, pero ella se hallaba en otra parte. Y aquello, curiosamente, lo llenó de alivio. Porque no era algo fingido ni irreal, no había ningún sentido oculto. Esa era la Nola que él conocía, no la que sonreía demasiado. Esta es la dinámica de la familia, no la familia feliz fabricada sin agravios, sin ira, sin una voz más alta que la otra, sin dolores consentidos, en la que él se sentía solo.

Ahora desde luego no estaba solo porque Nola se estaba volviendo completamente loca.

—¡Siéntate, maldita sea! —Era la señora que estaba detrás de ella.

Nola oyó la orden con una uva en el carrillo. Se giró, abrió la boca para cantarle las cuarenta, indignada, y entonces la uva salió disparada, exactamente como una

bola de moco verde, y aterrizó en la nariz ancha y sonrosada de la otra madre. Un silencio de conmoción. El padre se levantó, un hombre cuadrado como un oso con los hombros caídos, un bigote de morsa y una gorra de camionero que rezaba «Arenas y gravas de Dakota». Alargó los brazos para sentar a Nola, pero tras haber perfeccionado el movimiento con el padre Travis, se inclinó hacia delante y colocó sus pechos en sus manos. Gorra de Camionero aulló.

—¡Quíteme sus manazas de encima! —chilló Nola.

Peter solo vio las manos. La señora de Gorra de Camionero todavía se estaba limpiando la uva de la cara cuando Peter dejó escapar el puño. Sentaba tan bien soltar la furia... y enseguida lo invadió un remordimiento cuando Gorra de Camionero se dobló por la mitad con la cara entre las manos. Nola, sin embargo, se quedó paralizada de placer. El partido se interrumpió y el delgado y aprensivo señor Hossel se vio en la obligación de sacar a los cuatro padres de la grada. Nola salió como en una ensoñación, aferrada al brazo de Peter. Ninguno de los dos vio que su hija acababa de lanzar un balonazo a Braelyn justo cuando el silbato pitaba para interrumpir el encuentro. Distraída, Braelyn había bajado la guardia y recibió el balonazo en plena cara. Ahora le sangraba la nariz, que chorreaba por todo el suelo.

El árbitro sacó una tarjeta amarilla y Maggie tuvo que salir bajo los abucheos de las madres y los padres de las Planetas. Las Planetas, con el corazón desbocado, jugaron con energía vengadora, pero perdieron el control, cometieron faltas, fallaron jugadas fáciles, intentaron feos ataques cortados sin pasar el balón y terminaron perdiendo por ocho puntos. La Guerreras chocaron los cinco e hicieron una salida discreta. No se sentían como si hubieran obtenido una victoria; era más bien como si algo más grande y más oscuro acabase de suceder.

«No saben ni la mitad de lo que ha pasado», pensó Maggie, tranquila y repleta de gozo a la vista de la sangre de Braelyn en el suelo.

Cuando escoltaron a Peter y a Nola fuera de la grada, Landreaux y Emmaline los siguieron. El padre de Braelyn, con aspecto de oso con la nariz irritada, y su mujer, que era bajita y fornida con un apreciable corte de pelo a lo Príncipe Valiente, se dirigieron hacia su camioneta. No había nadie en el aparcamiento para asegurarse de que los padres no comenzaran otra refriega, pero la pelea se había acabado para los Wildstrand. Y los padres de Maggie estaban avergonzados de verse escoltados por el profesor de Ciencias de Maggie. El señor Hossel les dirigió su mirada de alma herida, se disculpó con un gesto de sus manos ajadas y dio media vuelta. Nola hiperventilaba.

—¿Y si le quita el sobresaliente por nuestra culpa?

—Podemos llevar a Maggie a casa —le dijo Emmaline a Peter—, si quieres llevarte a Nola a casa ahora.

—No, no, dejadme sola —respondió Nola con voz entrecortada.

Pero Emmaline no se alejó ni se inmutó. Aunque le castañeteaban los dientes,

Nola se negaba a subirse al coche. La niebla había helado. Unas auras blanquecinas destellaban de cada luz halógena, ocultando los coches, cubriendo de escarcha los cristales y el asfalto de un manto resplandeciente como una paz de otro mundo.

Emmaline señaló con la cabeza a la camioneta aparcada con el motor encendido. ¡Los padres de Braelyn! La señora ni siquiera debería haber ido a los partidos. El año pasado acabó suspendida.

Antes de que Nola pudiera moverse, Emmaline la rodeó con los brazos y la soltó tan de repente que el abrazo terminó antes de que Nola pudiera reaccionar siquiera.

—Deberíamos quedarnos aquí hasta que las chicas suban a nuestros coches —dijo Peter.

—No fue culpa de Maggie —dijo Landreaux—. El árbitro pitó cuando ella tenía la mano en el aire.

Los cuatro patearon el suelo y dieron palmas para luchar contra el frío.

—Vamos —dijo Peter—, podemos esperar a Maggie sentados en el coche.

Engatusó a Nola y la convenció para que subiera al coche.

Nola dirigió una larga mirada a Emmaline mientras se alejaba. Era algo, la forma en que Emmaline la había abrazado. No le había gustado ni disgustado. No sabía lo que había sentido. Tal vez le había sentido normal.

Snow y Josette escoltaron a Maggie por la puerta del polideportivo. Braelyn pasó delante de ellas, pero la fulminaron con la mirada y ella apuró el paso hasta la camioneta de sus padres.

—¿Por qué te la tiene jurada?

—Es de mi antiguo colegio. Le di una patada en los huevos a su hermano Buggy.

—¿Y eso? —preguntó Josette.

Maggie agachó la vista hacia sus pies y se encogió de hombros.

—Ah —dijo Josette.

—Supongo que siguen cabreados —dijo Maggie.

—No me jodas. La tía iba a por ti —dijo Snow.

Observaron cómo la camioneta con Braelyn dentro salía del aparcamiento.

—¡Dios mío! ¡Joder!

Diamond las alcanzó.

—¿Sabes que tu padre le pegó un puñetazo al padre de Braelyn? ¿Y que tu madre le escupió a su madre? Tienes una familia chungu —dijo Diamond.

Maggie subió rápidamente al asiento trasero del coche.

—¿Mamá? ¿Papá?

—¿Maggie?

—Buen partido —dijo Peter.

El padre Travis daba vueltas a las palabras de Emmaline.

«Injusto. No respeta las reglas». ¿Era eso lo que ella dijo cuando hablaron después de la clase de taekwondo? Seguía imaginándose que le había respondido con las mismas palabras que dijo él... Pero Emmaline le había devuelto bruscamente el pañuelo y se había marchado con LaRose. De manera notoria, su semblante no se había sonrojado, no había dejado traspasar la menor emoción, no había dado la menor señal de que hubiera hablado con vehemencia. Tampoco había respondido a su declaración.

«¿Qué hice? ¿Por qué le dije que estaba enamorado de ella?». Cada vez que el padre Travis se hacía esa pregunta después de aquel encuentro, se sentía todavía demasiado enardecido como para responderla. Pero conforme transcurrían las semanas y ella no aparecía por las clases, enviaba a una de las hermanas o hermanos mayores a acompañar a LaRose, comenzó a arrepentirse de sus palabras. Empezó a dudar de que las hubiese pronunciado incluso, o de que ella las hubiese comprendido, o quizá lloraba por alguna otra razón.

Una noche en que Snow entró en la clase con LaRose, el padre Travis pisó el suelo con demasiada fuerza. Su pie se hundió en el suelo como si hubiera cedido un apoyo bajo la madera. Se le dobló la rodilla. Cayó sorprendido, pero se enderezó y dio la clase con absoluta concentración. Eso era lo que le gustaba del taekwondo en primer lugar: no había cabida para ningún otro pensamiento más que el siguiente paso.

Después de que cada uno aplaudiera al otro y él diera por terminada la clase, LaRose se acercó a él. Le gustaba el muchacho, sus maneras valientes y confiadas, y cómo se esforzaba. A pesar de que no tenía talento, LaRose ejecutaba las formas con tosquedad hasta memorizar los ejercicios. Sus patadas y golpes de mano raras veces tenían convicción; solo eran movimientos realizados en el aire.

LaRose se mantenía en posición de firmes ante su maestro.

—Señor.

—¿Sí?

—Tuve una pelea, y perdí.

—No te estoy enseñando a pelear, ya lo sabes. Te estoy enseñando a defenderte.

—Alguien hizo daño a otra persona, así que yo fui allí para pelearme con los malos.

—Eso que alguien ha hecho, ¿ocurrió en ese momento?

—No. Fue hace unos años.

—Entonces eso no es defenderse. Eso es vengarse.

—Ese es el aspecto que tiene la venganza, ella lo dijo.

—¿Quién?

LaRose no respondió.

—Esos tipos le hicieron algo muy malo. Yo fui a su garaje. Di un puñetazo a uno de ellos, pero entonces otro me noqueó y casi se me cortó la respiración.

El padre Travis llevó a LaRose a una esquina del gimnasio, donde se sentaron

sobre una pila de alfombrillas.

—¿Cuántos años tenían esos tipos?

LaRose dijo que ahora iban al instituto y que Brad, uy, uno de ellos, lo llevó a casa en coche después y le dijo que debería apuntarse al fútbol.

—Brad, ¿eh? Morrissey. Conozco a esos chicos. Así que fuiste a darles una paliza. Eso es exactamente lo que os explico en clase que no debéis hacer jamás. Has roto la disciplina. Debería retirarte el cinturón.

LaRose agachó la cabeza. Su pelo suelto cayó hacia delante.

—Le hicieron mucho daño —susurró LaRose.

El padre Travis respiró hondo y aguantó la respiración hasta que pudo controlar la voz.

—Has dicho la verdad, así que te has ganado recuperar el cinturón —dijo—. Y ahora debes contármelo todo.

—No sé exactamente lo que pasó —dijo LaRose—, solo que ella se dio un montón de duchas después, para sentirse limpia. Hicieron que se sintiera como una muñeca rota.

El padre Travis intentó no apretar los puños llevándose dos dedos a la sien y cerrando los ojos. Lo invadió un acceso de ira.

—¿Padre Travis?

—Hablaré con ellos —dijo el padre Travis, abriendo los ojos—. Tendré unas palabras con ellos. No una pelea, ¿lo entiendes?

Waylon, Hollis y Coochy decidieron ir en coche hasta Hoopdance a por una hamburguesa, a la cafetería del área de descanso de camiones. Por si acaso se topaban con Buggy o cualquiera de sus amigos, llevaban con ellos unas medias cortas y unas piedras. Las piedras estaban en la guantera y las medias en el posavasos. Si las cosas se ponían feas, meterían las piedras en las medias y saldrían haciéndolas girar. Pero en la cafetería del área de descanso de camiones, la mayor parte de las mesas estaban ocupadas por granjeros mayores que hablaban en voz muy alta y le hincaban el diente al plato del día. Los chicos hicieron caso omiso del mostrador de comida caliente y la pequeña mesa de ensaladas. Se sentaron a una mesa con bancos corridos al fondo de la sala. Habían ayudado a Bap y Ottie a vaciar el garaje y tenían dinero en el bolsillo. Cuando ya habían dado buena cuenta de la mitad de la hamburguesa, apareció Buggy, solo. No reparó en ellos. Dio una vuelta y se sentó en la barra; luego se levantó otra vez en cuanto hubo pedido. Los chicos apuraron el resto de la comida, llamaron por señas a la camarera, dejaron dinero en la mesa y salieron por la puerta. Buggy estaba hablando con el cocinero de comida rápida. Se acomodaron en el coche de Hollis a esperar a que saliera.

Unos minutos más tarde, el padre Travis estacionó al lado de ellos con su furgoneta blanca de la parroquia. Los vio al bajarse del vehículo, los saludó y entró en el local. Vieron cómo se sentaba al lado de Buggy en un taburete en la barra.

Cuando Buggy se levantó para marcharse, el padre Travis puso una mano amistosa en su esquelético hombro y Buggy se sentó de golpe.

Los chicos vieron la escena perfectamente.

—¿Qué hace?

—Quizá Buggy tiene vocación.

Observaron a los dos hombres en la barra. Buggy hablaba y gesticulaba, inclinándose hacia delante hasta que por poco hundió la cara en sus tortitas de patata. De vez en cuando, Buggy se giraba, oteando en todas las direcciones por si alguien estaba escuchando, aunque la mayoría de las personas sentadas a las mesas eran casi sordas, ajustaban el volumen de sus audífonos o se servían otra taza de café insípido. Al final, el padre Travis entregó unos billetes al cajero y salieron del local juntos. Buggy se movía nerviosamente, de pie al lado del padre Travis, hasta que Curtains llegó en su coche. Cuando Buggy se subió al vehículo, Hollis puso el motor en marcha. Estaba saliendo cuando el padre Travis se acercó, se interpuso en su camino y apoyó la mano en el capó abollado. Hollis apagó el motor. El padre Travis dio la vuelta hasta situarse en el lado del conductor y Hollis bajó la ventanilla. El cura dio un paso atrás y les indicó que bajaran. Obedecieron y permanecieron en pie, incómodos, sin querer mirarlo a los ojos.

—Lo comprendo —dijo el padre Travis al fin—. Pero no lo hagáis.

Los chicos intercambiaron fugaces miradas.

—A Buggy ahora no podéis intimidarlo. Se está viniendo abajo, pero todavía es peligroso, así que no os acerquéis a él. Sus padres lo han echado de casa. Le hizo algo a su hermana. Solo le queda un amigo. Creo que es mejor que dejéis las cosas tal y como están. Si lo perseguís, podríais terminar con cargos por agresión, y eso constaría en vuestros expedientes. Y os perjudicaría cuando solicitéis ir a la universidad.

Waylon no había pensado en serio ir a la universidad y le alegró que el cura pensara que pudiera hacerlo.

En cuanto se marchó el padre Travis, los chicos subieron al coche de Hollis, hablaron durante un rato y luego salieron en busca de Buggy Wildstrand, pero ya había desaparecido.

Dos semanas más tarde, un día cálido, Coochy se enteró de dónde andaba Buggy y se dirigieron allí en coche. El lugar era un largo camino de tierra para tractores que se convertía en apenas un surco de barro después de atravesar una ciénaga. Al otro lado, un bosque se espesaba y Hollis comentó:

—¿No es aquí donde vive esa maestra de infantil? ¿La señora Sweit?

Era notorio que la mujer había huido del pueblo el año anterior.

Waylon y Coochy no contestaron porque divisaron la casa. Estaba abierta. Las ventanas que no estaban rotas aparecían forradas con unas mantas mugrientas. Tres bolsas de basura negras, ya arrugadas, se amontonaban en el derretido fango

pedregoso y en la porquería cubierta de nieve del jardín. A medida que los chicos se acercaban con sigilo olieron y luego vieron que las bolsas eran los cuerpos muertos y hundidos de unos perros, extendidos al final de unas cadenas.

—Esto tiene mala pinta. No entremos —dijo Hollis.

Coochy y Waylon ya estaban en el porche. Hollis subió las escaleras detrás de ellos. En el aire flotaba un olor penetrante a productos químicos y a muerte. Se levantaron la camiseta para taparse la nariz y se quedaron de pie en la entrada.

El lugar estaba hecho un asco. Los armarios de la cocina estaban arrancados. Cualquier superficie aparecía repleta de jarras de plástico, trozos de tubos enroscados o de plástico fundido. Mugre petrificada caía del techo y se desprendía de carbonizados paneles de yeso. El suelo frío estaba cubierto de montones de ropa soldada entre sí por restos de comida, minada con vajilla rota, latas aplastadas y botellas hechas añicos. Avanzaron con cuidado entre la basura suelta y metida en bolsas, cajas de *pizza*, restos de *pizza* que semejaban pedazos de piel de reptil, refrescos pegajosos, huesos roídos y excrementos humanos. Pegado a la pared de enfrente de lo que podría haber sido un salón no se apreciaba movimiento alguno, pero a Hollis le dio la sensación de que había algo vivo y se le erizó el vello en la nuca. Waylon arrancó una manta de la ventana más cercana. Divisaron a dos personas, una atrapada en la basura, tal vez dormida. La otra se levantó trastabillando. Reunió algo de fuerza y pudieron ver a alguien que solía ser Buggy.

Sus ojos parpadearon como dos luces de neón en su cráneo amarillo; su boca era un agujero negro. Apretaba y relajaba los puños. Una mano palpó su brazo sangriento lleno de costras.

—Habéis venido a matarme —dijo Buggy.

—No —contestó Hollis.

—Ahora nos vamos —dijo Waylon.

Coochy dio un paso atrás.

Buggy los embistió; agitó los brazos sin mediar palabra y se puso a golpear a Coochy al tiempo que lo tiraba al suelo. Waylon intentó quitarle a Buggy de encima, pero este se enderezó y dio un cabezazo a Waylon antes de pegar otro puñetazo a Hollis con tanta agresividad que se derrumbó sin aliento en la suciedad resbaladiza. Buggy les propinaba patadas y golpes con tal brutalidad que a duras penas lograron salir de la casa y llegar hasta el coche. Todo sucedió en un horrendo silencio. Hollis pisó el acelerador marcha atrás; Buggy salió disparado tras ellos a zancadas. Se abalanzó sobre el capó del coche, aplastó la cara en el parabrisas, con los ojos desorbitados, y pasó la lengua por el cristal. Hollis tuvo que meter un acelerón, frenar en seco y dar marcha atrás para poder apartar a Buggy del coche. Cayó al suelo en un ángulo extraño, lo que lo aturdió. Pero conforme se alejaban, Coochy miró hacia atrás y vio cómo Buggy se ponía a cuatro patas como si fuera a salir tras ellos, como si tuviera un resorte semejante a un monstruo salido de una película de terror.

Condujeron durante más de un kilómetro cuando Hollis dijo que Buggy iba a

graduarse con las mejores notas del curso.

—Puede —opinó Waylon—. Ahora será segundo.

—Segundón —dijo Coochy.

Hollis le dio al limpiaparabrisas para intentar quitar el escupitajo de Buggy. Pero el coche se había quedado sin líquido y el salivazo dejó una larga estela.

—Igual que un bicho —dijo Waylon.

Pero nadie rio la gracia.

En marzo se desencadenó la guerra. El padre Travis comenzó a ver la Operación Conmoción y Pavor y apagó el televisor. Temblaba por dentro, no podía pensar. Apagó las luces, se arrodilló junto a la cama e inclinó la cabeza entre sus puños cerrados. Intentó rezar pero su cuerpo era presa de una rabia pegajosa, caliente y al rojo vivo. El aire de la habitación se tornó espeso y dio vueltas con caprichosa energía. Saltó de la cama, se puso la ropa de deporte y se dirigió a toda prisa hacia un campo cerca del colegio y del hospital donde podía correr en círculos durante toda la noche si quería. No era un terreno muy grande y solo había completado un par de vueltas cuando vislumbró una luz encendida en el despacho de Emmaline.

Se dijo que no lo haría, pero se encontró dirigiéndose hacia allí. Se dijo que solo se cercioraría de que ella no estaba allí, o si estaba, de que se encontraba bien. Se dijo que si ella estaba allí, si la veía, se marcharía de inmediato. Pero cuando ella abrió la puerta del edificio vacío, no se marchó. Cuando él entró, supo que ella lo había estado esperando desde aquella conversación. Todos los demás estaban en sus casas a esa hora viendo la guerra, de modo que Emmaline y él estaban a solas.

Ella caminó directamente hasta su despacho y él la siguió. Una vez allí, ella no cerró la puerta. La luz resultaba agresiva. Ella se sentó a su escritorio y le señaló la otra silla.

No dijeron nada durante casi cinco minutos, ni tampoco intercambiaron mirada alguna. Él escuchó la respiración de ella y ella lo escuchó respirar a él. Él se movió levemente en la silla y se inclinó hacia delante. Ella dejó escapar un leve y lánguido suspiro, casi inaudible.

La señal del televisor de Romeo era tan mala que estaba seguro de que no se había consultado a Condoleezza antes de anunciar el inicio de la guerra. Había unos destellos verdes. Un cielo asqueroso. Wolf Blitzer^[30] repetía las palabras «intenso bombardeo» y una lista de tres mil tipos de precisamente precisas armas de precisión guiadas y dirigidas solamente contra los búnkeres del enemigo, que corría agitando sábanas blancas en desbandada. Se estaba produciendo una completa desbandada salvo quizá por esa colina. Seguían hablando de la colina, donde la inteligencia iraquí se había concentrado, y cómo habían rebajado esa colina casi un metro. ¿Rebajado?

Con misiles, artillería, disparo tras disparo, ¿y qué quedaba después? Utilizaron napalm para acabar con cualquier resto de vida que hubiese o pudiese haber alguna vez. Luego, las tropas terrestres y el espectáculo de luces. Aunque con la tranquilizadora noticia de que ningún hogar había resultado dañado, ni se habían producido daños colaterales, ni siquiera a edificios, solo a tanques destruidos y otros armamentos por encontrar. Las noticias de última hora que aparecían en la parte baja de la pantalla aseguraban que la gente estaba siendo repelida con violencia en la puerta de las embajadas de Estados Unidos en todo el mundo. Qué inútil, pensó Romeo. No se puede impedir que la gente amante de la guerra haga lo que más le gusta hacer. Además, frugalidad. Esas bengalas gigantes seguramente iban a caducar en una semana.

Romeo miró a su alrededor, a su vida, a su cena. Estaba comiendo restos de *pizzas* sustraídas del frigorífico del hospital. El *pepperoni* se había secado hasta convertirse en rígidos discos. El queso estaba duro. No sabía mal, pero Romeo deseó, por el bien de su digestión, haberse llevado una vegetariana. Ahora tenía algunas pagas ingresadas en su cuenta bancaria, pero no le gustaba ir a las tiendas. No le gustaba sentir que pagaba él mismo las cosas. ¿Para qué ahorraba?

La misma secuencia una y otra vez. ¿Para qué acumular el dinero? El mundo podría estar acabándose allí, o aquí.

¿Para qué ahorrar?

No lo sabía. La suma de dinero solo seguía creciendo. Tal vez algún día Hollis mirase la cuenta bancaria de la que también era titular y dijera algo. Quizá pensara que Romeo no era un padre tan mierda después de todo.

—Por eso —dijo Romeo a la CNN—. Por él estoy ahorrando. Por eso me estoy comiendo este queso petrificado y esta *pizza* de cartón. Por eso no tengo sonido en la televisión.

La guerra estaba puesta en la casa de los Iron. Josette gritó:

—¡Putos cabrones! ¡Putas mierdas! ¡Putos cabrones! ¡Es todo por el puto petróleo!

Hollis había salido con un amigo y llegó tarde. Quizá algo bebido.

En casa de los Ravich solo Peter vio la tele. Dijo que LaRose no debería verlo, así que Nola subió arriba con él. Maggie no estaba interesada. El perro descansaba la cabeza en la pierna de Peter y cerró los ojos bajo su mano, hipnotizado por las voces que se encadenaban con vanidosa excitación.

De pronto Peter lo apartó y el perro anduvo en círculos antes de dejarse caer con un gruñido errático. Peter pasó las páginas de una delgada guía telefónica y marcó un número.

El hombre al que había propinado un puñetazo en el partido de voleibol de Maggie, el padre de Braelyn y Buggy, contestó.

—Wildstrand al habla —dijo la voz.

—Hola —dijo Peter—. Soy Peter Ravich. Lamento haberle pegado. Espero que

su hija también esté bien.

Peter colgó el teléfono.

—¿Por qué hice eso?

Se lo preguntó al perro. Los ojos entre negros y marrones del animal brillaron como si supiera por qué. Unos minutos después sonó el teléfono. Peter descolgó.

—Wildstrand al habla. Nunca tuve intención de tocar a su mujer.

—Lo sé.

Esta vez colgó Wildstrand.

Peter dejó salir al perro y luego lo dejó entrar; comprobó que todo estaba cerrado en la planta baja y revisó las puertas.

Llamó al piso de arriba. Nadie respondió.

—Dusty se ha ido —dijo.

Se agachó y el perro se estiró en sus brazos.

Peter subió las escaleras y los encontró, cada uno en su cama, con el rostro alumbrado por el resquicio de luz del pasillo. LaRose era un bulto oscuro en la litera de abajo, con el rostro hundido en la almohada. Maggie tenía pilas de vaqueros y ropa interior amontonadas en el suelo, libros abiertos, papeles y cuadernos tirados. En cambio, encima de la cómoda los frascos de lacas de uñas formaban un perfecto arcoíris. Entró en su propio dormitorio, de Nola y suyo. Jabón y sueño viciado. Bocarriba, Nola semejava una reina de piedra en un ataúd. Ni se inmutó cuando él se metió en la cama y se acomodó con cuidado. Por la mañana, la gravedad y su mayor peso harían que ella rodara hacia él y él despertara con ella dormida entre sus brazos.

Emmaline preparó sus cosas para ir a dar una conferencia en Grand Forks. No se llevó nada distinto de lo habitual para pasar una noche fuera de casa: una muda, su neceser de maquillaje y unos zapatos para caminar si se iba de compras al centro comercial de Columbia. Mientras conducía hasta allí, podía haber puesto las cintas de música que había en el coche, pero cada álbum o compilación le recordaba otros tiempos. No escuchó nada y tampoco se planteó un problema en que pensar, como a menudo hacía cuando emprendía estos viajes. Simplemente condujo sin más. El viento del noroeste soplaba seco y amargo. La nieve salía de las masas como dunas que llenaban las cunetas a lo largo del camino y azotaba la carretera. Emmaline solo echaba un vistazo de vez en cuando a las continuas y fugaces estelas de nieve. Un conductor podía quedarse hipnotizado por su belleza.

Cuando llegó a Grand Forks, se dirigió directamente a la Universidad de Dakota del Norte. Pronunció su conferencia y habló con varios colegas. Pronto se excusó y fue a registrarse en el hotel. Había reservado una habitación en un hotel corriente al otro lado del río, donde era poco probable que se hospedara nadie de la conferencia. Dio sus datos, firmó en el registro y subió a la habitación. Se quitó la chaqueta, los zapatos y las medias. Después, se tumbó en la cama. Enseguida se levantó. Pero

estaba cansada y al final apartó las sábanas y volvió a acostarse, todavía vestida. Se acurrucó de costado y se quedó dormida hasta que sonó el teléfono. Su mano planeó sobre el aparato hasta el tercer timbre, luego descolgó y le dijo el número de la habitación.

Lo dejó pasar y él cerró la puerta despacio. Permanecieron de pie el uno frente al otro. Por supuesto él iba vestido como una persona normal. No hablaron. Al cabo de un momento, ella alargó la mano y tiró de la manga de su chaqueta. Él se la quitó. Ella tocó su camisa. Él se la quitó también. Las cicatrices zurcían su pecho como una telaraña y se hacían más densas allí donde desaparecían. Ella esperó y él palpó la camisa de ella. Ella desabrochó los pequeños botones de concha. Él apartó la tela de sus hombros. Ella se encogió de hombros y la camisa cayó. Una vez que aquello sucedió, todo fue sencillo y se deslizaron juntos como la nieve por el camino, cruzando sin cesar la superficie azabache de la carretera.

Esa primavera se anunciaban fotografías de familia a precio de ganga el sábado por la mañana en el aparcamiento de Alco. Maggie insistió en ir. Peter dijo que era una cursilada. Que ya tenían muchas fotografías. Estanterías llenas de fotos enmarcadas.

—Pero ninguna hecha por un fotógrafo profesional —sostuvo Maggie.

Peter señaló las hileras con fotografías escolares.

—Todos nosotros, papá, en una foto. A mamá le haría feliz.

—Ella está bien, ¿no?

—¡Venga, papá!

Peter vaciló. No se había hecho un retrato de familia desde lo de Dusty. Además, no sabía si sería una foto secreta, que deberían mantener al margen de Landreaux y Emmaline. LaRose saldría en ella, aunque sería algo simbólico. Peter se había esforzado por mantener las cosas de una manera informal, sin reclamar en exceso a LaRose como parte de la familia. Tenía aún más cuidado desde que Emmaline había recuperado a LaRose temporalmente. Dijo que no. Pero Maggie le dirigió esa mirada espeluznante y sonriente suya de hija perfecta.

—¿Te haría feliz una foto de familia? —preguntó Peter a Nola cuando entró en la habitación.

—¡Tenemos que hacerla! —Maggie estiró los brazos para entusiasmar a su madre.

Nola se entusiasmó.

—¡Sí! Me encantaría una foto de familia.

«Necesito una cerveza», pensó Peter.

Últimamente Maggie le había dado varios personajes que interpretar: el papá torpe, aunque fuera el hombre más mañoso que conocía. El papá aguafiestas, aunque él solo quería poner los pies en la tierra de vez en cuando. El papá descuidado que pierde las cosas, aunque él comenzaba a comprender que otra persona llevaba mucho

tiempo perdiendo cosas. Quizá fuese en realidad el papá emocionalmente perdido, porque comprendía que Maggie cuidaba de Nola todo el tiempo, de una manera que él era incapaz de precisar. De todos modos, no sabría decir, no podía recordar cómo era ella antes. Así que tal vez fuese el papá despistado. Y el papá en las nubes, porque le gustaba evitar todas esas cuestiones. Era el papá mejor colega, aunque LaRose era claramente el protagonista que hacía de hijo de Nola. Ella sentía pasión por él. Sus ojos seguían el tenedor con el que él comía y su espalda cuando él salía de la habitación.

En el caso de la fotografía, sin embargo, lo único que él tenía que hacer para complacer a todo el mundo era ponerse su mejor camisa y sonreír.

—O quizá un traje —opinó Maggie—. ¿Tienes un traje? Todos nos vamos a arreglar, papá. Necesitas un traje. Necesitas una corbata.

Peter encontró su traje y la corbata de la boda.

Nola apareció con un vestido violeta con hebilla plateada en la cintura. Maggieladeó la cabeza y examinó a su madre. Se movieron iones cargados. Nola se dio la vuelta y volvió a su cuarto. ¿Qué había sucedido?, se preguntó Peter. Nunca volvería a ver ese vestido morado. Nola salió ahora con un traje tostado, una camisa blanca y unos zapatos negros de tacón. Parecía una azafata o una candidata presidencial.

—Te llevas mi voto —dijo Peter.

—Mamá, ese traje pide a gritos los pendientes verdes brillantes —dijo Maggie—. ¡Y un pañuelo!

Nola volvió a la habitación.

LaRose no tenía traje, pero sí tenía una camisa de vestir. Maggie le atusó el pelo hacia atrás con agua. Nola dijo que parecía el chico excepcional que era. Todos estaban radiantes. Maggie se había puesto una camiseta de cuello cisne y un jersey a juego, de color rosa chillón, y una falda corta y atrevida, de imitación cuero de color crema. Llevaba una cinta blanca en el pelo y unas botas de plástico blancas de estilo gogó pero de los noventa, que habían sido de su madre. A Peter lo desconcertaba ver a Maggie vestida con ropa con la que él recordaba haber visto a Nola en su época universitaria, en esos años en que él se fijaba mucho en su ropa y en ella luciéndola.

—Soy un hombre afortunado —dijo, mirándolos a todos y hablando en serio.

Nola y Maggie lo miraron con indulgencia. En su guion a menudo no entendían lo que él decía, pero apartaban la vista con la leve exasperación de dos madres.

Con la cantidad justa de oxicantina, Romeo contemplaba las cosas como en una película melodramática donde la venganza era justicia; se veía fuera de sí mismo e incluso escuchaba la música, furtiva o creciente. Y mira por dónde, Peter apareció vestido como un héroe para interpretar su papel en un retrato heroico, se dijo Romeo. Pero un mensaje asombroso se avecinaba.

Romeo se abrió camino hasta Peter Ravich, a quien había divisado en el aparcamiento de Alco. Para seguir caminando, tenía que seguir discutiendo con

Landreaux mentalmente. ¡Aunque! ¡Aunque! Landreaux nunca había hablado con Romeo de los viejos tiempos y era demasiado prepotente como para ni siquiera darle una señal de que le importaba una mierda el sacrificio que Romeo había hecho para salvar a Landreaux, hasta el día de hoy. Además le estaba robando a Hollis y a Emmaline, todo aquello que debía ser de Romeo. Se salía con la suya robándole todo eso porque todos creían en un falso Landreaux, un Landreaux salvado y sobrio, un Landreaux capaz de hacer la peor cosa posible y seguir siendo querido. Ese Landreaux debía caer.

«Intenté avisarle, lo intenté una y otra vez».

Romeo se encontraba ahora delante de Peter Ravich.

—¿Puedo hablar con usted?

Peter recordaba vagamente a Romeo, pero no sabía de qué. Romeo tampoco recordaba que una vez había abordado a Peter mientras echaba gasolina al coche y lo había estafado delante del surtidor cuyos números iban girando. Contó entonces a Peter que había perdido la cartera y necesitaba diez dólares de gasolina para llevar a su abuela al hospital. Peter había abierto su fina cartera y le había dado cinco dólares. Ahora, encorvado e inquietante, Romeo separó a Peter de su familia.

—Es un asunto privado —dijo.

La rala coleta de Romeo presenta una perfecta trenza, que él mismo se ha hecho, con el pelo húmedo tras disfrutar a hurtadillas de una ducha en el *camping* del casino. Ha echado mano a su botín y lleva una camiseta nueva y tiesa, con una impresión plástica de una enorme águila, camarada de una tortuga con un tocado indio, ambos atravesando con violencia un atrapasueños. Lleva una bandana roja y limpia en el cuello y las calaveras asoman discretamente por encima de los pliegues del pañuelo. Romeo ha recortado mucho los largos mechones de su bigote de sabio. Lleva los vaqueros caídos, apenas en las caderas. Habla con calma, aunque carraspea después de cada palabra.

—Mis disculpas —dice—. Solo nos llevará un minuto.

—Me están esperando —explica Peter.

—Soy un amigo de Landreaux.

—¿Ah?

—Bueno, no exactamente un amigo, como ahora verá, sino un antiguo amigo antes de que descubriera a lo que se dedicaba Landreaux.

Romeo hace una pausa; está orgulloso de su «como ahora verá», que la señora Peace llamó una vez anticipación. Pone gesto piadoso como si lo lamentase, como si sintiese mucho tener que darle la noticia de la personalidad oculta de Landreaux a alguien que todavía cree en él.

—De hecho... —Inspirado, Romeo emplea esa expresión—. Sé que cree en él.

—Yo... sí, claro... ¿qué ocurre? —Peter echa un vistazo a su familia y sonrío, inseguro; les hace una señal con la mano ante sus gestos impacientes.

—Verá, yo trabajo en el hospital —explica en tono formal—. Por ese motivo,

inadvertidamente escucho de vez en cuando cómo sucedieron las cosas en la vida real.

Peter empieza a entender hacia dónde le lleva aquello e intenta liberarse. Pero Romeo es un narrador convincente y ya lo tiene atrapado con la historia. Romeo se lleva la mano al corazón.

—Le pido disculpas si esto le hace revivir aquel trauma —dice—, pero no le contaron la verdad. Y yo he pensado, siendo como soy, que usted, como padre, se merece saber la verdad.

Ahora todo va muy despacio e incluso se detiene, como si el tiempo hubiera renunciado a transcurrir y solo están Romeo y Peter, y el pavor como un gong en la cabeza de Peter.

—Así que ese día de hace tres años —prosigue Romeo.

—Corte ya el rollo.

Peter encorva los hombros y luego los endereza, expande el pecho, se le hincha el cuello y sus pesadas manos están ansiosas por agarrar la bandana roja y retorcerla hasta ahogar esas palabras. El tío es puro fango. El tipo lo está agrediendo. Al mismo tiempo es algo que Peter no puede evitar saber. Estará ahí lo escuche ahora o se marche sin más. Existirá más allá de la minimueca de «siento-mucho-tener-que-decirle» con la creciente petulancia que hay detrás de las maneras ampulosas de Romeo.

—No es mentira —continúa Romeo. Se esperaba esa reticencia por parte de Peter, así que prosigue más despacio—. Pobre Landreaux. —Suspira—. A veces intenta automedicarse, ¿sabe? Parece ser que lo intentó ese día. Se lo escuché decir a los tipos que estaban de servicio en la ambulancia ese día. Pude acceder al informe forense.

—¿Forense?

—Sí. ¿Nadie se lo ha dicho? ¿Nadie le ha dado ese informe? ¿Acaso no lo sabía?

A Peter le flaquean las piernas. No. Quizá lo habían archivado o quemado. No se le había pasado por la cabeza. Lo impensable había sido al menos directo y claro. Peter ha visto el árbol donde sucedió. Todo encaja. No ha querido saber más detalles. Ya tenía bastante, entonces, con Nola yéndose a la deriva por el espacio y Maggie aferrándose a él como si se estuviera ahogando. Luego rechazándolo. Y luego aferrándolo de nuevo. No tenía sentido mirar el papeleo de la muerte. No le habría devuelto a su hijo. Los informes eran frías logísticas de la muerte y él se había enfrentado a la ardiente verdad del dolor.

—Pues no.

—Lo tengo aquí —dice Romeo con un hilo de voz antes de repetir la frase televisiva—. He podido conseguir el informe. Puedo decirle lo que pone, básicamente.

La voz de Romeo suena seca y competente. Se maravilla de lo inteligente que logra parecer; su cerebro, aunque carcomido, sigue siendo listo, a pesar de todo.

—Pone que el disparo de Landreaux no alcanzó la cabeza, el corazón, los pulmones, el hígado, la aorta, la arteria femoral ni el estómago de Dusty. Pone que Dusty no murió a causa del disparo, sino por las astillas de la rama reventada en la que estaba sentado. Heridas leves, señor. Murió desangrado, mientras Landreaux retenía a la esposa de usted en la casa. No lo pone en el informe, pero se especula con que Landreaux tuviese sus facultades disminuidas, trágicamente. Si Landreaux no hubiese echado a correr ni hubiese entrado en pánico y se hubiera detenido para cortar la hemorragia del muchacho, algo que como auxiliar de enfermería sin duda sabía hacer, seguramente habría podido salvar la vida de Dusty.

»Y... —Aquí Romeo da una vuelta de tuerca para causar más efecto—, si a su mujer se le hubiera permitido salir corriendo hasta allí, incluso ella podría haber salvado al chico.

Peter nota el informe entre sus manos. Lo abre, está escrito a mano con una letra enmarañada. Su cerebro se niega a leer las frases en orden, aunque las palabras que Romeo acaba de emplear le van saltando a la vista. El informe cae al suelo. Romeo lo recoge y, con cautela, intenta devolverlo a las manos de Peter, pero este no responde, así que da un paso atrás. El brazo de Peter es largo y ahora es cuando Romeo puede recibir un puñetazo.

Conforme Peter mira a través de Romeo, su rostro se torna frágil. La piel de Peter se encoge y dibuja multitud de arrugas, con un tono pardo como un pergamino antiguo, y de pronto es muy muy viejo. Romeo da otro paso atrás ante ese asombroso efecto. Entonces la hija de Peter lo llama.

—¡Papá! Nos toca.

Peter cierra la boca. Enfoca la vista. Pasa por delante de Romeo y se dirige a su sitio delante del fotógrafo.

Al final del camino de acceso a su casa está Peter. Inmóvil, en equilibrio y con las manos colgando a cada lado. No saluda, ni siquiera repara en los coches que pasan, los que no son Landreaux. Detrás de él, la camioneta, su rifle de caza en el portarriales en la luneta trasera. Lleva puestos unos pantalones vaqueros, una camisa y su vieja chaqueta a cuadros roja y negra. Le retumba la cabeza. Un fragor hueco de sangre en los oídos. ¿Se ha acordado de volver a cerrar con llave el armero? Ha cogido el rifle tan rápido. Sí, lo ha hecho, seguro. Se ha planteado esa pregunta cada tres minutos. Una parte de él ya sabía lo que iba a decir Romeo y lo había estado esperando. No le sonaba a novedad. Sonaba a corroboración. Cada ruido es ampliado. El perro removiendo la maleza. Observa el abedul y los álamos. Las hojas tiemblan bajo la luz. No puede recordar la voz de su hijo. No puede traer a su mente una imagen feliz que no sea una fotografía. Pero puede ver a su hijo en las hojas, y ahí donde Dusty estuvo en paz, muerto en el acto tras un solo impacto, ahora tiene los ojos abiertos y está llamando. Está asustado. Peter se golpea un lado de la cabeza, buscando otra imagen. Los buenos tiempos. No una fotografía. Los tiempos de

verdad. ¿Por qué no había memorizado esos momentos?

Este momento, en todo caso, lo recuerda irremediablemente.

Levanta el brazo y hace señas a Landreaux. No se mueve. Landreaux advierte que Peter tiene algo que decirle así que detiene el coche y se baja, preocupado.

—¿Qué pasa?

Peter se da la vuelta, abre la puerta del copiloto de la camioneta.

—Sube —ordena.

Landreaux obedece.

Peter se pone al volante, enciende el motor y arranca.

—¿Adónde vamos?

—De caza.

—No es temporada de caza todavía —responde Landreaux.

—Sí lo es —dice Peter.

De camino a suelo federal, Peter le cuenta a Landreaux todo lo que Romeo le ha dicho en el aparcamiento de Aldo. Landreaux no cuestiona nada porque en el brusco torbellino de imágenes no lo sabe, no se acuerda. ¿Estaba colocado ese día? No. No lo cree. No. Sabe que no. Pero ¿acaso tiene importancia? De cualquier manera es culpable. Él disparó. Y si hubiera podido salvar al muchacho... Landreaux hunde la cara en sus dedos abiertos, como si fuera a recomponer trozos de sí mismo. Viajan en silencio. La piel de Peter es gris como la piedra. Pero sus manos están relajadas y cálidas en el volante. Cuarenta minutos transcurren en unos segundos.

La camioneta avanza a trompicones por una vieja pista forestal y desemboca en una cumbre, un claro en medio de un denso bosque repoblado. Hace muchos años cazaron juntos en ese lugar. Había un viejo claro lleno de pasto y, en una ocasión, Landreaux se había agazapado entre unos árboles en el extremo sur, a la espera, mientras Peter había hecho una batida hacia él desde el norte. Atraparon un buen ciervo.

Ahora se bajan de la camioneta y Peter busca el rifle en la luneta trasera.

—Buscaré ese grupo de árboles allá al fondo —dice Peter señalando el límite sur. Con la cabeza asiente hacia el norte, cruzando la mirada de Landreaux con serenidad—. Tú camina desde esa colina hacia mí. Estaré esperando.

Landreaux se vuelve hacia la loma. Una cierta sensación de paz y vértigo se apodera de él. Todo aquello pronto terminará. Peter tiene buena puntería. Será como desvanecerse. Se acabó ocultar su miserable verdad. Se acabó luchar contra la sustancia o no. Se acabó esperar a que Emmaline le vuelva a amar de nuevo. Aunque los niños... ¿los liberaría? No cree que pueda existir, además, viendo para siempre lo que ahora ve y sabe acerca de ese día. Sus pensamientos giran en bucle. Sí. Peter ha echado el ojo al rifle. Landreaux ni siquiera oír el disparo. Morir no será nada. Parece casi un favor. Landreaux se toma su tiempo. Camina sonámbulo colina arriba. Cuando va por la mitad, piensa en dar media vuelta y bajar. Ahí es donde todo se

complica.

El inoportuno deseo de vivir casi frustra los propósitos de Landreaux mientras dirige una mirada al bosque hacia donde Peter aguarda. Ve el abedul, la fresca película de nuevo verdor. Los árboles se estremecen bajo la luz. Su abuelo había sangrado abedules en primavera y habían bebido savia fría, que sabía a vida. Había comido la corteza, la capa interior, cuando tenía hambre y sus padres estaban fuera, bebiendo. De cerca, constata que un grupo de oscuros robles *bur* pueden esconderle. El disparo de Peter jamás podrá penetrar tal espesura. Las ranas se ponen a croar de nuevo por esa colina, susurrándole que eche a correr. Pero no corre. La sangre se vacía de su corazón. Los brazos y las piernas se tornan transparentes. Baja la vista para ver si ya le ha disparado. Se siente a la vez apesadumbrado y aliviado al no hallar ni una sola gota de sangre. Un pensamiento le dice a Landreaux que todavía puede salvarse. Que está fuera de su alcance. Que puede correr. Entonces ¿por qué agacha la cabeza y retrocede colina abajo?

Es obstinado y está enfadado, y no piensa darle a Peter esa satisfacción. Con una templanza que le sorprende, Landreaux ordena a sus trémulas piernas que caminen, y caminan. Siempre que dirige la cabeza colina abajo, resulta que el resto de su cuerpo lo sigue. Mantiene los ojos clavados en el suelo. Tímidos trilios, hierbas del ajo, té de labrador de los pantanos, bayas de nieve, gaulterias y fresas silvestres. Landreaux se encorva, recoge unas bayas y se las lleva a la boca. El sabor es tan intenso que casi se desploma allí mismo para arrastrarse entre los árboles caídos y la maleza. Pero no lo hace. Paso a paso. El miedo bulle en sus venas. Masculla:

—Mátame, cabrón, mátame ahora.

Intenta contener la ira. Intenta entonar una canción de la muerte como suelen referir los mayores, pero tiene un nudo en la garganta.

—Mátame, cabrón, mátame ahora, dispara, dispara, dispara ya de una vez.

Pero los pasos se encadenan. A veces se tambalea, pero luego se recompone y sigue avanzando.

Cuando Romeo abandona el aparcamiento de Alco, deambula por ahí, ahora carente de propósito. Todo su ser ha estado concentrado en alcanzar ese único objetivo.

—Se acabó —dice.

Ha desencadenado acontecimientos sobre los que ya no tiene control alguno.

—Mi trabajo aquí ha concluido.

¿A quién ir a ver? ¿Qué hacer? Nada le apetece. Y ahora que ha consumido toda la adrenalina, el día se le antoja deprimente y toda la energía que flota en el aire se esfuma a pesar de los rayos de sol. Romeo debería dormir algo antes de su turno. Solo concilió el sueño un par de horas la pasada noche. Pero puede recurrir a varios revitalizantes químicos para seguir avanzando. No tiene ganas de dormir ahora mismo. Estas son horas del destino. ¡Si tan solo pudiera hablar con otra persona! Pero

como de costumbre, nadie quiere recibir una visita de Romeo. Su apreciada silla con reposabrazos permanece vacía en su elegante hogar: podría ir allí. Podría colocar las mantas en las ventanas, encender la luz, leer las noticias tribales o algo de literatura que ha recogido de la basura del hospital. La gente tira libros buenos. En teoría. Cuando los abre, siempre son basura.

¿Adónde? ¿Adónde, tío?

La reunión de Alcohólicos Anónimos lo llama. ¿El destino? Romeo recuerda que el grupo divaga sobre el paso que incluye hacer un minucioso inventario moral, sin miedo. El favorito de Romeo. Le encanta escuchar los nuevos elementos del inventario de sus compañeros cada semana. Las ávidas habilidades para escuchar de Romeo sustentan la narrativa del grupo. Sus comentarios posteriores causan risas y lágrimas. La teatralidad de las reuniones le sienta bien y siempre mejora su humor. De modo que allá va. Consigue que lo lleven carretera arriba, rodea la iglesia con paso desgarrado, baja las escaleras, cruza el pasillo y entra en una sala acogedora con una alfombra mohosa. Las sillas aguardan formando un círculo. No hay nadie aún. Romeo se sienta y cae en la cuenta de que quizá no esté del humor adecuado como para aguantar las embestidas del grupo. Tiene algunos remedios, por lo que se dirige al cuarto de baño para tomar alguno con total seguridad y regresa sintiéndose reforzado.

Sigue sin venir nadie. La cafetera está vacía.

El sol inunda la habitación y llega por el pasillo un olor a funeral de olla a presión. Dios come más tarde. La dura silla se vuelve más cómoda a medida que la sustancia va surtiendo efecto. Además, le queda cierto regodeo por satisfacer. La consecución de su final ya es para disfrutarlo a bocados. Lo rememora, recuerda cada palabra, cada intercambio, cada emoción liberada en el aparcamiento de Alco. Esos momentos son suyos para siempre, suyos para saborearlos uno por uno. Se queda relamiéndose en la confusión inicial, el pavor que asomaba, el vértigo y la resolución, que significa que Landreaux se llevará por fin su merecido. Quizá la muerte incluso, lenta o rápida, aunque es poco probable. ¿Y lo desea de verdad? Él solo ha puesto las cosas en marcha. Nada más.

«Mi trabajo aquí ha terminado».

—Eso me gusta —dice Romeo en voz alta.

Se reclina hacia atrás, apoya la cabeza levemente en sus manos entrelazadas y estira las piernas; la pierna triste ahora está tranquila.

Con esa postura de satisfacción se lo encuentra el padre Travis cuando entra en la sala de reuniones, y se sienta frente a Romeo, que dormita en esa insólita pose. Al final el cura lo llama por su nombre y lo despierta. La reunión debería haber comenzado hace diez minutos.

—Parece que solo vamos a ser tú y yo —dice el padre Travis.

—Así no merece la pena.

Romeo está decepcionado; no habrá mucha diversión.

—Al contrario —objeta el padre Travis—. Es la oportunidad para dedicarle una atención especial a tus progresos en el programa, Romeo.

—Debería estar en otra parte —responde Romeo.

—Deberías estar aquí mismo —replica el padre Travis.

Repasan las páginas protegidas de los saludos rituales y las indicaciones organizativas el uno al otro. Leen los pasos en voz alta. El padre Travis anuncia:

—Te toca.

—¿Me toca?

—Tú eres el orador hoy.

—No tengo nada que contar.

—Seguro que sí.

Romeo quiere mandarlo a la mierda, pero su boca lo sorprende articulando otras palabras.

—Está bien. Comenzaré.

Su boca, su lengua, su laringe, todo parece funcionar por separado al principio. Su nuez se estremece, las calaveras vibran y su voz tiembla. ¿Qué sucede? Es como si fuese otro Romeo quien hablase, un Romeo interior. Ese otro Romeo desconocido ha protagonizado un golpe de efecto. Este Romeo Dos ha infiltrado su infraestructura de comunicación. ¿Le están traicionando las drogas? ¿Qué era lo que se había tomado? ¿Qué forma tenía la pastilla? Romeo cree que era un enorme óvalo blanco, pero también había otras pastillas amarillas más pequeñas. Podrían ser efectos secundarios por combinar diferentes medicamentos. Romeo se queda mudo de asombro incluso cuando Romeo Dos se vuelve voluble, dispuesto a confesar ciertos actos emprendidos por ciertos motivos. La boca de Romeo Dos suelta barbaridades, su voz cambia de tono, cada vez más aguda, hasta que Romeo Uno comprende desesperado que Romeo Dos ha saltado directamente a ese paso sagrado después del tres, quizá el cuatro o el cinco, en que le cuentas a Dios y a otro ser humano la verdadera naturaleza de tus faltas. Menudos efectos secundarios combinados. Entre el vértigo, el dolor gástrico, la incontinencia, la dificultad para respirar y posiblemente el fallo renal, ¿dónde estaba decir la verdad? Mientras tanto, el padre Travis, otro ser humano y representante de Dios en la tierra, se queda atrapado por la fiebre del recital sorpresa de Romeo.

—No siempre he sido esta escoria de persona, padre Travis. Una vez fui alguien. Una vez se me consideró el niño más inteligente de la clase. Era el estimado confidente del mismísimo Landreaux Iron cuando Landreaux era un tipo decente. Esto fue antes de sus días patéticos. Cuando llegó al internado. En aquellos días, Landreaux tenía una especie de halo de estrella del *rock*, siempre apoyándose en una tabla. Entonces Landreaux me tentó para escapar. Un fiasco que cambiaría toda mi vida. Que...

Lágrimas, no las de cocodrilo que utilizaba para conseguir la compasión de los demás y con las que obtenía información, sino lágrimas de verdad, de desdicha, de

dolor, de las que cortan la respiración. La voz le sale desgarrada.

—¡Me arruinó la vida!

Romeo intenta controlar a Romeo Dos, pero es demasiado tarde para detenerlo. Se funden en uno. Sigue hablando.

—En nuestra aventura en común, Landreaux cayó sobre mí desde una gran altura y me rompió la pierna y el brazo. Ya conoce la historia. Todo el mundo la conoce. El destino de Landreaux es causar muerte y destrucción a quienes lo rodean, mientras él siempre sale indemne en el ocaso. O a Emmaline. A ver, íbamos juntos al colegio. Esto fue después de que nos fuéramos juntos. Nos habían cogido y nos habíamos rendido. Yo volvía del hospital con todo un costado destrozado. El brazo escayolado, picaba, apestaba y tuve que llevar mucho tiempo esa escayola, la pierna recompuesta a base de clavos, y aquejado de dolencias nerviosas que sigo soportando a día de hoy. Lo primero que veo es a Landreaux.

»“¡Tío!”, le grito al verlo. “¡Eh, tío!”.

»Me mira como si no me viera. Tal vez se siente mal por lo que hizo. Pero ¡no lo siente! Me mira como si no me viera.

»Padre Travis, fue en ese instante cuando caí en desgracia. No por el hueso maltrecho de mi brazo ni por mi triste pierna, ni por haber perdido neuronas en la caída, ni por ser en el fondo un adicto rabioso que haría lo que fuese para satisfacer mis ansias, aunque también sea verdad. Pero, padre Travis, esa no es la razón.

»¿Ha oído hablar del onfalósito? ¿Sabe lo que es? Es una especie de gemelo parasitario. No tiene corazón. Depende del corazón de su gemelo para que circule la sangre. Solo vive del gemelo y, por regla general, se consume poco a poco antes de que nadie sepa siquiera que existe. Eso fue lo que me sucedió: como si Landreaux fuera el corazón que latía y yo el corazón más débil, y cuando él dejó de conocerme, la sangre dejó de circular por mis venas. Me convertí en un muerto, padre Travis. Estuve muerto dentro de mí después de ese primer año cuando de pronto Landreaux ya no sabía quién era yo, de pronto ya no me respondía cuando lo llamaba, de pronto me rechazó cuando yo más lo necesitaba. Lo necesitaba para que acudiera en mi ayuda e impidiese que un mote se me fuera pegando. Me llevó todo mi esfuerzo escabullirme o aplastar esos motes. Machaqué Tullido y fui a por Jorobado. Clavé los dedos en Aleta y me definí. Permanecí siendo Romeo. Lo hice, pero me costó lo mío, y ahora míreme: soy quien soy. Ni una buena persona, ni una mala persona.

El padre Travis escucha, impasible, con la vista clavada en el suelo.

—Bueno... —continúa Romeo—. Puede que sea una mala persona. Sin perdonar todos esos días y años. Pero cuando veo a Landreaux viviendo a cuerpo de rey con la chica que me marcó, que pudo haberme amado en una ocasión como yo la amo a ella, entonces estoy más muerto de lo que he estado antes. Me convierto en un gusano gris. Tan solo un tubo digestivo en realidad.

«Así que Romeo también ama a Emmaline», piensa el padre Travis, y el hecho repentino de que la comadreja y él estén afligidos y enardecidos por la misma

emoción hace que levante la cabeza y pose sus ojos en Romeo. Ese leve gesto de atención lleva a Romeo a un mayor desahogo.

La verdad, que él mismo ignora que es verdad, mana atropelladamente.

—Acabo de marcar con una cruz a Landreaux, padre Travis.

—¿Qué quieres decir?

Romeo pierde el hilo. ¿A qué se refiere? Marcar con una cruz. Balbucea, bajo la influencia de los efectos secundarios de decir la verdad, para dar sentido a lo que ha divulgado con absoluta certeza a Peter Ravich. Habló con tanta seguridad. Su discurso había sido solemne, fluido e impresionante. Sí. Ahora lo recordaba. Romeo luce su cara honrada.

—Así que sabe que Landreaux Iron había recaído ese día. ¡Sí! —Romeo levanta la mano, dando fe de ello—. Sabemos que ha luchado, y ha peleado duro, y yo más que nadie lo entiendo. Lo reconozco, padre Travis. Me disgusta como al que más ser portador de noticias desagradables. Pero, sí, requiere fuerza de voluntad. Aunque Landreaux tuviese esa fuerza, y sé que la tiene, padre Travis, porque conozco bien a Landreaux, aun así hay momentos. Y ese era uno de esos momentos. Su disparo reventó la rama de un árbol, la astilló, y el chico fue herido como si fuera metralla. Pero heridas leves, muchas, aquí, aquí, aquí, etc. Ninguna afectaba a una vena o una arteria. La causa de la muerte: se desangró. Sin embargo, de no haber huido Landreaux quizá habría podido cortar la hemorragia. Si no hubiera acogotado a la madre del muchacho, quizá ella podría haber llegado a tiempo para detener la hemorragia de su hijo. Ese chico podría estar vivo. He hecho copias del informe forense, que lo deja muy claro. Está firmado por Mighty Georgie en persona, sí, Georgie Mighty, no disponible ahora mismo, por desgracia, pues si no ella misma podría confirmarlo del mismo modo que fue corroborado por el forense del estado, que casualmente se encontraba en la zona y al que llamaron para que atendiera el caso. Así que sí. Por desgracia...

Romeo se deja llevar por los pensamientos, después se levanta, rebusca en los bolsillos y saca un informe.

El padre Travis extiende la mano y coge el documento. Lo lee. Lo sujeta el tiempo suficiente como para leerlo varias veces. Por fin levanta la vista para mirar los ojos adormilados de Romeo.

—Aquí no pone eso.

Romeo pestañea.

—Aquí no pone eso.

Romeo se incorpora en la silla apretando la mandíbula.

—¡He atado todos los cabos! —Romeo habla con firmeza—. ¡Padre Travis!

—Aquí no pone eso, Romeo. Las palabras que has utilizado están escritas aquí, pero no confirman tu versión de los hechos. Aquí no dice eso.

Mira al padre Travis con obcecación.

—¡Se equivoca! —Romeo deja caer las manos en las rodillas—. ¡Se equivoca!

Romeo reúne todos los esparcidos trozos de quien es, o era, y los arroja sobre la mesa.

—Padre Travis —dice con aplomo—, he recabado cada palabra de fuentes fiables. He armado el informe completo con fragmentos de información que me facilitaron personas que estuvieron sobre el terreno. Ese terrible día. Aunque el informe no dice eso exactamente, todo está corroborado. No es que yo quisiese averiguar todas estas cosas.

—Estas cosas no son tales. —El padre Travis señala el informe—. No aparecen aquí.

—Esas palabras, esas conexiones, esos hechos, todas las piezas fueron encajando. Poco a poco. Van sumando. Hasta conformar una historia inevitable. Realicé diagramas. Me hice con una caja de chinchetas. Llené la pared de chinchetas. Siguen allí. Tracé líneas entre las palabras y entonces elidí... ¿Conoce esa palabra? ¿Sabe lo que significa esa palabra?

—Sí.

—¿No le encanta esa palabra? Encajé esas relaciones con otras relaciones hasta que emergió otra relación mayor.

—¿Qué estás diciendo? Elidir no significa eso. Significa «borrar».

—O arrastrar una cosa con otra.

—Sí, como cuando estás borracho y arrastras las palabras, borrando parte de ellas.

—Bueno —dice Romeo—. Tal vez. Haber borrado significados entre los puntos destacados. Puede.

—¿Y luego qué?

—Y luego, y luego, pues... Peter Ravich estaba en el aparcamiento de Alco.

Romeo se mira las manos, se frota las muñecas y le cuenta al padre Travis todos los detalles de lo que le dijo a Peter Ravich. Todavía está hablando cuando el padre Travis se levanta. Romeo sigue hablando después de que el padre Travis haya salido por la puerta. Continúa hablando a la cafetera vacía y a las sillas que aguardan, a las paredes, a los rayos de sol que se filtran por las ventanas del sótano, al olor de la comida, a las manos, a las rodillas y al aire. Sigue hablando porque en cuanto termine no sabe lo que sucederá a continuación, lo que le espera en cualquier lugar de su propia vida, y porque es incapaz de marcharse con esas embarazosas cortinas de mocos y lágrimas que siguen derramándose por su cara. Se levanta para seguir al padre Travis, sin dejar de hablar. Sube las escaleras y cruza el pasillo central de la iglesia, sin dejar de hablar, demasiado pasmado por su propio comportamiento como para hacer una genuflexión. Sale por la puerta principal de la iglesia.

Desde allí la vista alcanza colina abajo hasta el centro del pueblo de la reserva. Con el subidón y la mente acelerada, ve dentro de cada corazón. Hay dolor diseminado por todas partes, que destella desde la profundidad de los pozos en los pechos de su gente. Hacia el oeste los corazones de los muertos aún laten, ardiendo suaves y verdes dentro de sus féretros. Emergen de la tierra con una pálida luz. Y

hacia el sur están los bisontes que la tribu ha comprado para los turistas. Una oscura manada reunida. Sus corazones también arden con el pavoroso mensaje de su extinción. Ahora es una concentración fantasmal. Como nosotros, un símbolo de resistencia, se le antoja a Romeo. Como nosotros, deambulan por un pequeño redil lleno de heno mientras no dejan de engordar. Como nosotros, sus corazones son lámparas en el polvo. Hacia el este, también, el sagrado amanecer de toda la tierra, cada mañana de cada día, la promesa y el desencanto. Romeo está tan cansado. Porque, por supuesto, Peter va a matar a Landreaux. Lo ha visto, siempre lo ha sabido. No quiere mirar hacia el norte porque se da cuenta de que ha pensado en el sentido contrario de las agujas del reloj que solo pertenece al mundo de los espíritus, al que, ahora comprende, él también pertenece. Su lugar de descanso.

Romeo se siente tan plenamente aliviado y convencido en ese instante, y la idea de su muerte se apodera de él con tanta fuerza, que se tira de cabeza por los veinte escalones de cemento de la iglesia hasta la base misma.

El padre Travis condujo la camioneta de las excursiones de la parroquia por la carretera de la Oficina de Asuntos Indios hasta la carretera del condado 27 y se detuvo en el camino de acceso a la casa de los Ravich. El Corolla de Landreaux estaba aparcado a un lado del camino y la camioneta de Peter no estaba. Nola salió de la casa y se detuvo en el pequeño y recargado camino de grava que iba hasta el camino de acceso de los coches, con los brazos en jarras, la cara maquillada, unas mechas resplandecientes y vestida con un traje claro e impoluto. Le sostuvo la mirada con amabilidad. Como si nunca lo hubiese visto antes.

—Hola, ¿puedo ayudarlo?

—¿Está Peter en casa?

—No.

—Necesito hablar con él urgentemente.

Nola se volvió con un contoneo sospechoso y llamó a Maggie. La niña salió, también muy acicalada.

—¿Qué ocurre?

Maggie advirtió enseguida que algo no iba bien. Las cosas no estaban bien otra vez. ¡Con lo mucho que se había esforzado con lo de la fotografía familiar! Pero, claramente, algo había ocurrido con su padre. Se había comportado de un modo extraño durante todo el trayecto de vuelta a casa. Y ahora aparecía el viejo cura Vin Diesel.

—¿Me puedes decir adónde ha ido tu padre?

—Echaré un vistazo —respondió al padre Travis—. Espere un momento.

Maggie recorrió la casa con el radar encendido. Su madre guardaba todo en su sitio exacto, de manera que Maggie era capaz de percibir, incluso antes de verla, cualquier diferencia en la habitación.

Maggie salió de nuevo.

—Se ha llevado su mejor rifle.

—Gracias —dijo el padre Travis.

Waylon apareció en coche justo después de que el padre Travis se marchara y Maggie apagó su radar ahí mismo, en el camino de acceso, donde él se encontró con ella. Ella le había pedido que fuera a su casa para ayudarla a trabajar en el maizal. Peter había arado los rastros del año anterior, pero ya brotaban malas hierbas en los surcos. Maggie entró en casa, se puso ropa de faena, se aplicó un protector solar y volvió a salir. Juntos caminaron hasta el campo. Hacía calor. Ambos llevaban una azada que mantenían afilada con las escofinas que guardaban en el bolsillo trasero de sus vaqueros. Maggie llevaba unos vaqueros cortados y muy cortos. Era más rápida y más indiferente a la hora de arrancar las malas hierbas, por lo que le sacó ventaja a Waylon enseguida. El chico dejó unos pocos hierbajos en la tierra negra y salió tras Maggie a trompicones. Maggie se había atado a la cintura la camisa blanca. Sus piernas de potrillo bajaban hasta unos calcetines gruesos y zapatones con cordones. Un sombrero vaquero de paja mantenía su rostro en la sombra. Sus labios se movían articulando alguna canción en su cabeza. Tenían gruesos guantes marrones de algodón en los bolsillos traseros, pero manejaban las azadas con las manos desnudas. La fragancia penetrante y pura a plantas secas y aplastadas y a tierra removida los perseguía por todo el campo. Waylon estaba orgulloso de sus deportivas, unas Jordan, que no debería haberse puesto para el campo. Su padre se las había comprado y no tenían dinero para eso. Tuvo que firmar algo para conseguirlas, pero quería que la gente supiera que la familia de Waylon podía permitírselo. Un polvillo fino penetraba en las zapatillas y sus pies sudorosos convertían la arenilla en una masa pastosa. El chico seguía moviendo la azada, cortando las malas hierbas, avanzando detrás de Maggie en sus deportivas pastosas. En un momento dado se preguntó si debería lavarlas más tarde con una manguera, o tal vez con un paño húmedo por si se estropeaban. Un instante después, todo cambió.

Maggie lleva colgada la camisa blanca. Está cortando malas hierbas solo con el sujetador: las copas color cielo sujetan dos pequeños y redondos pechos color crema. Tiene el cuerpo blanco por toda la crema solar que se ha untado para prevenir un posible incidente por la exposición al sol. Su piel luce sin una sola imperfección. Ni una peca, un lunar o la menor marca. Solo el puntito azul en el hombro. Que Waylon ve cuando ella se da la vuelta. Ese puntito. Él sabe lo que es. Ella se lo ha contado. Y nota que algo le taladra el corazón como si fuera el afilado lápiz. Se lleva la mano al pecho, la aparta e incluso se mira los dedos, pero no hay sangre. Solo ella, balanceándose con la azada ajena a todo, inclinándose hacia delante de vez en cuando para asestar un virulento golpe a un cardo con profundas raíces.

El protector solar no ha impedido que su espalda muestre un leve tono dorado. La

espinas dorsales reluce con las gotas de sudor que se deslizan por sus minúsculos pantalones cortos. Sus piernas de cervatilla tienen un color blanco lechoso. El interior de las pantorrillas y los muslos aparece manchado de tierra, que se adhiere al sudor como una sombra.

Waylon se sienta entre dos hileras, en la tierra bañada por el sol. Una pequeña araña saltadora aterriza en su rodilla. Lo mira fijamente con una pena feroz y reprimida. Luego se esfuma de un salto. Waylon no se mueve. Se frota la cabeza como si fuera a ordenar sus pensamientos.

Maggie retrocede por la hilera.

—Arriba, culo perezoso —dice—. No dejes que me haga todo este campo yo sola.

Waylon deja la azada en el suelo, se levanta y se detiene ante ella. Ella lo mira con los ojos entrecerrados y le dirige su sonrisa de mala-suerte buena-suerte. En ese momento son las únicas personas en todo el universo, sin embargo Waylon es demasiado tímido para decir en voz alta lo que le susurra en el cuello al inclinarse.

Maggie podría escabullirse por los matorrales, por muy espesos y llenos de serpientes que estuviesen, pero Waylon era como un enorme becerro y salió tras ella trastabillando, con el pelo suelto, los ojos abiertos como platos, los labios rosados y brillantes, la piel oscura y centelleante por el sudor hasta que ella le puso la mano en el pecho para que se detuviese.

—Vale, es aquí —dijo—. Mi lugar.

Era un viejo roble tan inmenso que había impedido que creciera nada a su alrededor, salvo la larga y pálida hierba que se extendía a sus pies.

—¿Me quieres? —preguntó Waylon.

—No —respondió Maggie.

—Estás mintiendo, eh. Tú me quieres.

—Te he dicho que no —dijo Maggie riéndose.

El chico le puso la mano en la cara; le encantaba su barbilla. Ella estaba pensando en cuántos puntos de ataque llevaba en voleibol: había alcanzado los doscientos la temporada pasada. Le llevaría al menos otro par de años alcanzar los mil.

—Entonces ¿sí?

—Vale —dijo Maggie—. Vamos a intentarlo. Pero si me duele mucho, lo dejas.

Maggie se inclinó hacia él y él intentó no forcejear con ella, no tratarla como si no pudiese aguantar, no abalanzarse sobre ella ni sacudirla, procuró ser muy viril y sosegado, pero todo resultaba demasiado increíble. Ella era tan pequeña pero tan rápida a la vez. Se puso encima de él y se quitó las braguitas; le bajó la cremallera, le sacó el miembro del pantalón y lo intentó.

—Métemela —dijo.

No conseguían meterla. Ella se bajó, se tumbó bocarriba y separó las piernas. Él se puso encima y lo intentó de esa manera. Funcionó mejor, pero ella soltó un

chillido.

—¡Sácamela!

Él dio marcha atrás.

—Vale —jadeó ella—. Prueba otra vez.

Waylon sudó y se puso nervioso; intentaba ir más despacio y mantener la erección al mismo tiempo. De pronto todo mejoró; ella se relajó debajo de su cuerpo y dijo que estaba bien y que podía aguantarlo.

—Muévete —dijo ella.

Los tíos de Waylon se habían metido con él. «Contente, tienes que contenerte». Habían movido los brazos despacio en lentas maniobras como si fueran ralentizando una barca hasta detenerla. Así que intentó contenerse, aunque sin dejar de moverse. Aquella era su tercera vez y se había prometido que se contendría contando, pensando en números, ya que se le daban mal las matemáticas.

—Así está bien —dijo Maggie.

Waylon se equivocó de número y embistió demasiado fuerte. Ella chilló, le clavó las uñas en la zona lumbar, tanto que él notó la sangre. Se detuvo. Entornó los ojos, pero no era mezquino en absoluto, solo estaba intentando contenerse.

—Vale —dijo Maggie—. Ahora sigue.

El chico se movió y se movió en un trance de felicidad. Ella se movió con él bajo ese árbol y de pronto se elevó fuera del dolor. Se sintió totalmente a gusto consigo misma. Era Maggie. El búho había entrado en su cuerpo y ella miraba a través de sus ojos dorados.

El padre Travis se obligó a dar marcha atrás con la camioneta por el camino de acceso a la casa los Ravich sin quemar la goma de los neumáticos y a cambiar de marcha con tranquilidad sin hacer chirriar las ruedas. Después, pisó el acelerador hasta la casa de Landreaux, se bajó a toda prisa y llamó a la puerta. Emmaline apareció detrás de la contrapuerta. Él intentó no descansar en la sombra fresca de su mirada, en su presencia tras la puerta con malla. Ella lo invitó a pasar. Él entró. Ella permaneció demasiado cerca de él. No, era una distancia normal. Cualquier distancia era demasiado cerca.

—¿Qué sucede? ¿Está todo el mundo bien?

Al padre Travis no se le ocurría cómo expresar con palabras el zumbido dentro de su cabeza.

—Todos están bien, solo que necesito encontrar a Landreaux. Él... Romeo... Se le ha metido en la cabeza una idea que ha estado armando según la cual Landreaux, pues, que estaba colocado cuando mató...

—No —dijo Emmaline, enderezándose—. No lo estaba. Romeo se inventa cosas.

Se irguió con la cabeza alta y dio un paso atrás. Puso más distancia entre ellos. Él deseaba salvar ese espacio y dar un paso hacia ella, pero retrocedió con gran esfuerzo

para centrarse en Landreaux. Emmaline lo comprendió. Se cruzó de brazos y se replegó sobre sí misma. Briznas de su ser se habían dispersado y las juntó de nuevo bruscamente. En ese momento volvió a existir unida al padre de sus hijos. Se mostró inexpresiva, a la espera.

—Romeo se inventa cosas —repitió.

—Lo sé —dijo el padre Travis—. Pero suena convincente. Se lo ha contado a Peter.

Emmaline dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo.

—¿Dónde están?

—Necesito saber adónde irían si fueran a cazar.

Los ojos de Emmaline se tornaron de un verde claro y ella comprendió lo que estaba sucediendo.

—Tierra federal, hacia el oeste.

Emmaline le explicó cómo llegar hasta allí, pero no le pidió acompañarlo. Solo se quedó ahí manteniéndose entera.

Ante el ojo desnudo de Peter, Landreaux aparece primero como un movimiento, un lejano y borroso vaivén verde conforme aparta las hojas. Después, consigue enfocar a Landreaux en el visor de su rifle y lo observa. Las manos de Peter están tranquilas y firmes porque pertenecen a otro hombre, el que ha estado visualizando este momento pero no hizo nada, el que ha despedazado el cráneo de Landreaux mil veces mientras partía leña. El otro hombre que ha soñado con lo que Peter está haciendo ahora.

Landreaux todavía se encuentra lejos, avanzando paso a paso con cautela. De vez en cuando se detiene y aparta una rama, ofreciendo a Peter un blanco perfecto. Cuando Peter comprende que Landreaux no va a ponerle trabas, siente las razones por las que eran amigos. Ve cómo Landreaux mueve los labios y se alegra de que Landreaux esté rezando. La forma en que aquello ha de acabar parece la correcta. Un acuerdo firmado por ambas partes. Ante los dos hijos como testigos. Deja que Landreaux se acerque lo suficiente como para no fallar el disparo. Un poco más cerca. Allí está. Peter aprieta el gatillo despacio con el corazón desbocado. Nada. Sabe que el rifle está cargado porque siempre lo deja cargado. Nunca lo ha descargado y nadie sabe dónde esconde la llave. De modo que pone el tercer ojo de Landreaux en el punto de mira. Dispara. Nada. Peter se obliga a apretar otra vez el gatillo. Pero ahora su mano se niega a hacerlo. No puede hacerlo. El rostro de Landreaux llena toda la mira.

Peter baja el rifle pero lo sujeta pegado a su cuerpo. Observa a Landreaux que sigue avanzando con paso cansado hacia su muerte. Desde una distancia que ya percibe el ojo humano, Peter ve a LaRose en la contundente forma de caminar y las caderas bajas. Curioso que nunca lo haya advertido. Después ve más. Ve todo lo que ha

procurado no ver. Ve el mal fluyendo de las cosas. El fósforo del dolor que consume a aquellos a los que quiere. Una marea de imágenes le roza fugaz y suavemente y se da cuenta: todas las cosas perdidas; después, todas las cosas perdidas reales: la aspirina, los cuchillos, la cuerda, todas letales en las manos de Nola. Y las balas, letales en las suyas.

LaRose.

La imagen de las manos pequeñas y capaces de ese niño ahora colma a Peter. Esas manos ahuecadas para recibir las balas. Cargando y descargando el rifle. Y las cuerdas, los venenos. Esas manos retirándolos de su sitio y deshaciéndose de ellos. El matarratas que faltaba, la estricnina, la lejía desaparecida. LaRose salvándolo ahora, salvando a sus dos padres.

Bueno, a Landreaux. Peter reniega del asesino. Landreaux no necesita ayuda para morir. Deja que supure su espanto a solas. Deja que camine. Solo Peter sabrá que apretó el gatillo. Ese conocimiento lo abrumba. Una ciénaga brilla en el aire nuevo. Peter avanza hasta el borde, corre, coge impulso y arroja el rifle como una lanza hacia los reflejos centelleantes del sol en el agua.

Cuando se hunde, siente un instante de liviandad. Levanta los brazos. Los sujeta en alto a la espera de la energía de la absolución. No llega nada. Nada cae del cálido, soleado y banal cielo salvo ese mismo conocimiento. Apretó el gatillo. No sucedió nada. Mató a Landreaux. No sucedió nada.

A lo lejos, por la ancha carretera de grava del condado, el padre Travis vislumbra una pequeña silueta avanzando junto a la cuneta. Cuando reconoce a Landreaux, nota cómo la gélida tensión abandona sus brazos. Debilidad, una sensación tan extraña en él que no sabe qué es lo que experimenta, que arrasa su cuerpo desde el corazón y le consume los nervios. Aparca el coche y apaga el motor. Sigue con el corazón desbocado y los nervios de punta. Suciediera lo que haya sucedido, Landreaux se encuentra allí mismo, delante de él.

Surge una disonancia en sus pensamientos.

Junto con cierto alivio, emerge una extraña decepción relacionada con los pensamientos fugaces que le han pasado por la mente, que ha rechazado, pero que vuelven a brotar. Básicamente, y si... Y si Landreaux ya no estuviese. Y si, bueno, estuviera escrito que tenía que morir. De acuerdo. Y si Landreaux estuviese muerto. Olvida lo que le sucedería a todos los demás.

«Y si Landreaux estuviera muerto y Emmaline me necesitara ahora».

Y si ya no existiera Landreaux, solo Emmaline. Y si...

Durante todo el camino, esos pensamientos habían aparecido y desaparecido, pero el padre Travis no había reaccionado ante ellos. Fue al ver a Landreaux, pateando a lo largo de la carretera, arrastrando los pies hacia él, cuando esos pensamientos tomaron cuerpo.

No es que él pidiera tener esos pensamientos. Por supuesto los había rechazado una y otra vez, pero volvían a su mente ineluctablemente. Aferró el volante con fuerza con ambas manos, agachó la cabeza y cerró los ojos. Todo estaba bien porque Landreaux estaba vivo, pero él había tenido esos pensamientos.

—¿Quién eres?

El padre Travis se preguntó a sí mismo con un hilo de voz, en un susurro. Levantó la mirada. Landreaux seguía avanzando hacia él. Cada vez más grande.

—Todavía puedo atropellarlo —dijo el padre Travis al parabrisas.

Después de un momento de desesperación, mientras observaba al corpulento hombre que caminaba con dificultad hacia él, el padre Travis notó cómo la furia se desataba en un lugar más abajo de su corazón. El alarido sonó extraño. Como un chacal. Algo en un zoológico. No reconoció el sonido que estaba haciendo hasta que se convirtió en una especie de risotada.

—¡Podría pisar el acelerador!

Todavía se estaba riendo cuando Landreaux lo alcanzó. Y cuando Landreaux abrió la puerta del copiloto. El padre Travis miró el semblante triste y patético de Landreaux, exactamente el mismo rostro que había descrito Romeo, y soltó una carcajada entre sollozos. Dio golpes con la mano en el volante. Sin dejar de reír.

Landreaux cerró la puerta y siguió caminando.

Llegó a casa cuando ya había anochecido con varias preguntas todavía dándole vueltas a la cabeza. ¿Intentó matarlo Peter de verdad? ¿O solo pretendía amedrentarlo? ¿El padre Travis? ¿Fue todo una broma? ¿Qué había de cierto en todo eso? Josette había levantado una inestable valla metálica a lo largo de un lateral de la casa y se enganchó el pie. Por poco se cayó por las escaleras. Así que quizá Emmaline, sentada a la mesa de la cocina, podría creer que estaba borracho, pero cuando entró en la habitación ella supo que solo era torpeza.

Fueran cuales fueran las respuestas a tan graves preguntas, ahora se sentía liviano. Fue volviéndose más y más ligero conforme avanzaba hacia su casa, hasta que de pronto, en el umbral de la puerta, despegó del suelo, quitándose los zapatos de una patada. Se dirigió directamente hacia ella, se inclinó por detrás de la silla y abrazó a su mujer. Ella levantó la mano y le sujetó el brazo. La luz de la cocina era fuerte. Ella cerró los ojos y se echó hacia atrás. Él hundió la barbilla con suavidad en la coronilla de su mujer.

—Hueles a fuera —dijo ella.

Ella sostuvo la mano en el brazo de él, en un gesto delicado. No era el tipo de gesto que haría una mujer con su marido cuando era consciente de que quien entrara por la puerta podría ser su primo Zack. No. Sin embargo había algo. La mano en el brazo apenas representaba lo que había sido su matrimonio apasionado, su historia de érase-una-vez-una-reserva. Ella solo le sujetó el brazo. Él se inclinó sobre ella, con los codos apoyados en el respaldo de la silla. Inclinarsen no era gran cosa, comparado

con la manera en que solían afianzar una silla debajo del picaporte en un motel barato con la cerradura rota. Solían creer que eran algo especial. Afortunados. Solían decir que estaban seguros de que nunca nadie había sido tan feliz como ellos. Y que nadie había estado tan enamorado. Solían decir: «Nos haremos viejos juntos. ¿Me seguirás amando cuando sea un manojito de arrugas? Te querré todavía más. Serás más dulce. Como una uva pasa. O una ciruela pasa. Comeremos ciruelas pasas juntos». Así solían hablar. Pero ahora estaban probando las condenadas ciruelas verdes. Y tenían un sabor amargo. «¿Y yo? ¿Me amarás? No lo sé. Depende de qué parte de ti se arrugue». Así solían hablar.

Landreaux se enderezó y fue a buscar dos vasos de agua. Se sentó en otra silla. Emmaline notó cómo surgía en ella un arrebatado de miedo que de pronto contuvo y que podría, tal vez, identificarse como una posibilidad. Tomó un trago de agua y cerró los ojos. Vio una ciénaga llena de juncos, un fondo de fango, maleza, a la vez profunda y poco profunda. Vio a los patos abrirse camino a golpes, arriba y abajo. Se vio a sí misma, con Landreaux a su lado. Los vio a ambos adentrándose en ella.

Cuando el padre Travis regresó a la parroquia después de haber hablado con Peter Ravich y haber hecho que leyera el informe forense, ya estaba allí el nuevo párroco. Vestía una sofisticada sotana medieval con una cadena a modo de cinturón y zapatos que semejaban zapatillas de andar por casa. Procedía de una orden recién constituida. Era joven, de complexión cremosa, mejillas rosadas como manzanas, ojos brillantes como dos girasoles, y el cabello, parecido a las barbas del maíz, cortado al rape. Tenía una voz chillona, aguda, pero que atraía la atención a pesar de todo.

—Supongo que es usted el padre Travis —dijo el nuevo cura. Una sonrisa sonrosada le cubrió las mejillas.

—Supongo que sí —asintió el padre Travis.

—Soy el padre Dick Bohner.

«Oh, no», pensó el padre Travis.

—Soy su sustituto —continuó el padre Bohner.

—Llámame Richard —dijo el padre Travis.

—Me llamo Dick —dijo el nuevo párroco con vehemencia.

—Por supuesto —dijo el padre Travis.

—Las cosas van a cambiar por aquí —prosiguió el padre Bohner, sonrojándose más intensamente—. La misa del sábado debería haber comenzado hace diez minutos.

—Entonces llegas tarde —respondió el padre Travis.

El padre Travis se alejó para hacer el equipaje. Había llegado con dos maletas rígidas Samsonite. Descubrió que, de alguna manera, el volumen de sus pertenencias había disminuido. Con lo que tenía solo daba para llenar una maleta. Guardaba el dinero en

efectivo, o lo que quedaba de él, en una bolsa detrás de una plancha suelta del falso techo. Llamó a Randall Lafournais, que viajaba en coche a Fargo cada semana, y quedó con él para que lo llevara. El padre Travis había decidido apearse en uno de los pueblos con estación de tren, adquirir un billete para el Empire Builder rumbo a Fargo, Minneapolis, Chicago, y continuar después en tren hacia el este y luego en autobús hacia el sur hasta Jacksonville, Carolina del Norte, y Camp Lejeune. Recorrería a pie el bulevar entre los árboles conmemorativos. Visitaría el muro roto y acariciaría los nombres grabados en él.

Mientras doblaba la ropa se dio cuenta de que tenía muy poco dinero a fin de cuentas. Sonó el teléfono. Lo dejó sonar hasta que se abalanzó sobre él bruscamente, sin poder contenerse, riendo a carcajadas.

—¡Soldado de Dios sin blanca al habla! ¿Qué puedo hacer por usted?

La persona al otro lado de la línea era un indio que se echó a reír con él y colgó.

«Amas a una mujer que jamás podrás tener», pensó, dejando caer el teléfono. «Aguántate y acéptalo». Pero le hervía la sangre y su corazón parecía a punto de estallar. Se sentó en la cama y hundió la cabeza entre las manos. Pensó de nuevo en el dinero. Al cabo de un rato se levantó, miró con gravedad sus últimas y escasas pertenencias, que estaban extendidas sobre la cama. Cogió la sedosa blusa que había pedido a Emmaline que le regalase, se la llevó a la cara y luego la guardó en su equipaje. Cerró la maleta. Era un objeto pesado, rojo y sin brillo.

LA CELEBRACIÓN

A por ello

Josette y Snow querían organizar para Hollis una gran fiesta de graduación con tres tartas. Para ello, decidieron que necesitaban un jardín y un parterre con muchas flores. La profesora de Inglés de Josette dijo que podía llevarse los geranios del aula. Geranios rojos. Hoy Josette ha trasplantado las flores del aula y ha esparcido semillas de caléndulas, que Hollis había arrancado y guardado para ella el otoño anterior. También esparció semillas de césped en la pista pisoteada de voleibol. Snow había comprado una manguera para el grifo exterior e intentó regarlas, pero las semillas solo dieron vueltas formando grumos.

—Creo que tienes que remover la tierra —sugirió Coochy, observando toda la escena con ojo crítico.

—Somos cazadores y recolectores por naturaleza —dijo Josette—. No tenemos tradición de cultivar.

—Te equivocas —objetó Snow—. Históricamente, cultivamos patatas, judías y calabazas. Teníamos nuestras propias semillas y cosas. Inventamos el maíz.

—Lo llamábamos «maize» —dijo Josette con énfasis. Hizo una pausa—. Así que entonces hemos perdido nuestras tradiciones.

—Solo nuestra familia —puntualizó Coochy—. Muchos indios tienen jardines y huertas. Incluso la abuela tenía uno. Estaba por ahí.

Una parcela verde de malas hierbas se mecía al viento. Quizá hubiera flores allí, pero las chicas no sabían qué hojas buscar. Otearon la tierra desnuda con pesar.

—Quizá podamos sacar nuestras alfombras.

—No —contestó Josette—. Yo quiero césped. Maldita sea. Me voy a hablar con Maggie. Su madre tiene césped. Lo menos que podemos tener es un poco de césped, ¿no?

—Papá y mamá saben cómo hacer que crezca el césped —dijo Coochy.

—No tienen tiempo. Ni predisposición —repuso Josette, un poco ampulosa. Siempre actuaba así ante Coochy, alardeando de su vocabulario y sus conocimientos. Él era su hermano pequeño, así que siguió dándole lecciones—. Es que no es una prioridad para ellos. Sin embargo, si vamos a celebrar una barbacoa por todo lo alto para Hollis, no vamos a alternar sobre una cancha de voleibol de tierra toda pisoteada.

—Lo pillo —dijo Coochy, mientras la seguía con la mirada cuando ella se alejó con paso firme con sus fuertes y cortas piernas.

—Adiós, profesora Tontadelculo —voceó.

Josette emprendió el camino largo que bordeaba la carretera principal y tomó el desvío al llegar a la vía de acceso a la casa de los Ravich. El perro ladró tres veces, hasta que reconoció a Josette y se acercó para saludarla, con la cabeza gacha y meneando el rabo. Maggie estaba fuera con LaRose. En cuclillas sobre la hierba, estaban atareados con unas herramientas. Cuando divisaron a Josette, las soltaron.

LaRose echó a correr hacia ella.

—Hola —dijo Josette.

Nunca les había hecho una visita de verdad, solo iba a recoger a LaRose.

—Vamos —dijo Maggie intentando esbozar una sonrisa—. Entremos en casa a tomar helado.

—En realidad, quería preguntarle a tu madre cómo se hace el césped.

—Se han ido al pueblo. Venga, tenemos hambre.

Josette los siguió dentro de la casa. Nunca había ido más allá de la puerta de entrada. Paseó la mirada a su alrededor, por la alfombra, el sofá beis, los cojines decorativos marrones y dorados, mullidos y bien alineados.

«Aquí es donde vive LaRose su otra vida», pensó.

Había objetos viejos, lustrados y antiguos. Gruesos cántaros blancos como la leche. Relojes y marcos de fotografías de madera tallada. En una de las fotos, LaRose y Maggie aparecían sentados delante de Peter y Nola. Muy arreglados y sonrientes. No era una sonrisa forzada sino natural, como si siempre hubiesen estado juntos. Josette pasó la mano por la esquina brillante de una mesa. Cada mueble lucía sin nada encima, salvo quizá un único adorno. Un caballo de cristal. Una serie de apagadas cajitas verdes de cerámica de diferentes tamaños. La biblioteca presentaba pocos libros, ordenados por ¿colores? Todos aparecían colocados y alineados con perfecta precisión. La mesa del comedor estaba vacía. Ni siquiera tenía un tapete. Las encimeras de la cocina no mostraban frascos de medicamentos esparcidos ni bolsas de pan ni utensilios repartidos de cualquier manera. Todo estaba guardado en armarios. Maggie abrió la puerta de un armario para sacar los cucuruchos. Josette vislumbró unos tarros transparentes que contenían pasta de todo tipo y forma. Al principio la casa le pareció el decorado de una película. El anuncio de una revista. Después, empezó a pesarle. Maggie sacó una tarrina de helado del cajón del congelador. Josette miró por encima de su hombro y descubrió bolsas enteras de verduras almacenadas con su etiqueta correspondiente. Maggie preparó unos cucuruchos de helado de nata con salsa de arándanos y entregó uno a LaRose. Cerró las lengüetas de la tarrina y la guardó de nuevo en el congelador. Después, enjuagó la cuchara para helado y la metió en el lavavajillas. Josette sujetaba dos helados, de pie, en la cocina, cuando comenzó a marearse.

—¿Podemos salir fuera otra vez?

Salieron por la puerta acristalada y corredera y se sentaron en unas sillas de jardín. En la hierba Josette vio una pila de dientes de león que se marchitaban y también que las herramientas tenían la punta metálica y ahorquillada.

—¿Qué estabais haciendo?

—Tenemos que sacar cien dientes de león todos los días —explicó LaRose.

—Todos los días no —matizó Maggie.

—Es lo que parece —repuso LaRose.

—¿Cuántos tenéis? —preguntó Josette, que se sentía un poco lerda. El tema la

desconcertaba.

—Oh, ya tenemos setenta y ocho —dijo Maggie.

—¿Y luego qué hacéis?

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé. Los tiramos a ese enorme montón que hay detrás del establo. Pero crecen más en el césped. Hay gente que les echa veneno, pero mamá suelta ahí a las gallinas. ¿Podemos ir a tu casa?

—Me gusta este sabor —dijo Josette—. ¿No se enfadarán tus padres?

—Les dejaré una nota —dijo Maggie.

—Bueno, todavía necesito saber cómo se hace el césped —dijo Josette—. ¿Cómo se hace el césped?

—No lo sé —respondió Maggie—. El césped siempre ha estado ahí.

—No plantes uno —dijo LaRose—. No pienso arrancar dientes de león en dos sitios diferentes.

—¿Quieres ayudarnos a preparar una fiesta? ¿La fiesta de graduación de Hollis? Había pensado en hacer una barbacoa. Por eso lo del césped.

—Ojalá pudiese enrollar este —dijo Maggie—. Nunca se utiliza.

—Ojalá pudiéramos llevárnoslo prestado —asintió Josette.

Lamió el interior del cucurucho y luego se comió el barquillo hasta dejar una minúscula punta. El césped se veía tupido, verde y con aspecto sedoso, como una manta. Josette se imaginó a sí misma enrollándolo trozo a trozo. Se llevaría el césped, ligero y esponjoso, cargado al hombro. Lo extendería detrás de la casa de los Iron, retiraría la red de voleibol, al menos durante un tiempo. La gente caminaría descalza sobre la mullida hierba. Habría..., ah, farolillos de papel. De todos los colores: coral, amarillo, azul claro. Con pequeñas lucecitas en el interior.

—Deberías esperar a que lleguen tus padres —dijo a Maggie—. Venid después. Gracias por el cucurucho. Tengo que irme.

A Maggie no le hizo mucha gracia aquello, pero después de que Josette se marchara, fue al jardín con LaRose y machacó los dientes de león.

—¿Por qué la gente odia tanto los dientes de león?

—Siempre preguntas lo mismo —respondió Maggie.

—Nunca me has dado una buena respuesta.

—Porque sinceramente no lo sé —contestó Maggie.

—Los dientes de león son alegres y lo intentan con tantas ganas.

—Lo sé —dijo Maggie, sentándose en los talones.

—Pongámonos en huelga.

—¿De huelga? Querrás decir «dimitir».

—Sí.

Maggie cogió su horquilla para dientes de león y la de LaRose. Las levantó y las arrojó en el bosque.

—Me parece una buena idea —dijo Maggie, limpiándose las manos—.

¡Pongámonos en huelga!

—Dejemos de ser mayores —proclamó LaRose.

Josette regresó a pie por la carretera principal con la imagen de la suntuosa hierba de los Ravich nublándole la mente. Había mucha hierba cerca de ella, en las zanjas, la hierba nueva que brotaba de la hierba muerta. Pensó en su casa, donde podía dejar algo en un sitio y recogerlo después, donde su madre siempre andaba incordiando a todo el mundo para que limpiaran y ordenaran las cosas, pero aun así las estanterías rebosaban de libros y papeles, un penacho de plumas de águila en un trozo rectangular de tela roja, conchas de ostras de mar, savia, saquitos de tabaco, cestas de mimbre rojo, fotografías enmarcadas, un nido de pájaros, cedro y figuritas de Disney. Quizá fuese demasiado. Descendió por la zanja y luego subió hasta su descuidada casa gris. Se detuvo. Examinó sus pequeñas y valientes flores. Los geranios que habían crecido en el aula aún no habían muerto.

Había violetas blancas extraídas del bosque, pensamientos del macetero de su abuela, algunos brotes de plantas que olían a cebolla y cebolletas. Y el jardín, pues bueno. Algunas semillas crecían. Ella seguía regándolo. En el cobertizo había un viejo cortacésped manual. Una desbrozadora de gasolina. Había dientes de león por todas partes, y eran verdes, muy verdes; ella los había dejado crecer hasta que las hojas se juntaran y crecieran juntas. Ahora también los cortaría con el cortacésped. Pasaría el cortacésped sobre todo, decidió mientras escrutaba la zona con una sonrisa. Habría toques de color en torno a la puerta de entrada. De todas formas, la gente acudiría por la tarta, y ese flanco lo tenía bien cubierto. Snow y ella comprarían las tartas con su propio dinero. Una sería de chocolate con un glaseado blanco en la que pondría «Feliz graduación» y un diploma glaseado en el que se leyera «Hollis». La siguiente sería una tarta amarilla con un glaseado de chocolate donde pondría lo mismo. La tercera diría «¡A por ello!» y el glaseado mostraría un camuflaje del desierto.

—Camuflaje del desierto —dijo Josette, cuando encargaron las tartas—. ¿Lo ha entendido?

—Gruñe —dijo Snow.

Su madre iría a un matadero en Hoopdance donde podría conseguir los mejores cortes para guisarlos con salsa barbacoa a fuego lento. Habían enviado a Landreaux a pedir prestadas ollas de cocción lenta a Ottie y Bap y a parientes elegidos al azar. Los panecillos fritos los traía la abuela Peace. Ellas prepararían la ensalada de col y zanahoria y la ensalada de patata; y Hollis había dicho que se encargaría de traer el hielo y dos grandes neveras portátiles. También se ocuparía de los refrescos.

—No se lo digas a papá —dijo Josette—. Y trae algunos sin azúcar.

Hollis participaba ahora en la planificación. Descubrió lo de la fiesta una semana antes. Uno de sus compañeros de clase le había confirmado que acudiría.

—¿Adónde?

—A tu fiesta.

—¿Qué fiesta?

—Ups. Mierda. ¿Era una sorpresa?

—No lo sé.

Entonces llegó Snow.

—¡Íbamos a contártelo!

—¡O darte la sorpresa! —dijo Josette—. Éramos incapaces de decidirlo. No parábamos de discutir qué hacer.

—Dios —dijo Snow—. Me alegro tanto de que ya lo sepas.

—Estábamos seguras de que Coochy se iría de la lengua.

—No —respondió Hollis—. No lo sabía. Una fiesta.

Ahora participaba en el resto de los preparativos.

—¿Debería yo...? —comenzó Hollis—. ¿Puedo...?

—¿Qué?

—Invitar a mi padre.

—Dios mío, por supuesto que sí —asintió Snow.

—Ya está en la lista —dijo Josette—. Le hemos dejado una invitación.

—¿Habéis hecho invitaciones?

—No te quedes sin habla, Hollis.

Durante un momento, Josette fue ella misma. Marisabidilla. Luego recordó que podría estar enamorada de Hollis y su voz se tornó más dulce, con un tono estudiadamente desenfadado.

—Sí, las imprimimos en la impresora de la escuela de mamá. Son muy sencillitas, ya sabes.

—No, no es verdad —intervino Snow—. Las hizo superelegantes. Utilizó un montón de tipos de letras diferentes con SRC y todo eso.

—¿Puedo tener una?

—Claro —dijo Josette—. Puedes comprobar si está todo correcto. Creo que lo he hecho bien.

—No es por eso —dijo Hollis—. Quiero una para enmarcar. La voy a colgar en mi pared. Dondequiera que tenga una pared, donde vaya a estar.

Se marchó lentamente.

—Oye, quédate —dijo Snow.

Josette miró su afilada cara, intentó decirle que sí con tono despreocupado, pero le salió un graznido, un carraspeo que se convirtió en una tos. ¿Por qué le pasaba eso siempre? ¿Esa euforia? ¿Y luego esa repentina torpeza? Intentó tomárselo a broma, pero su risa se le atragantó en la nariz y salió como un horrible bufido semejante al ronquido de un viejo cascarrabias. ¿Podría empeorar la cosa? Snow la estaba mirando con gesto de «espabila». Hollis estaba incómodo por ella y desvió la mirada hacia un lateral del jardín. Josette respiró hondo. Dignidad. Dignidad, por favor.

—Lo siento. Alergias. Por supuesto que debes quedarte.

Después, miró de nuevo a Hollis fijamente y todo su corazón se desbordó en su rostro. Si él no hubiera sido tan educado, fingiendo que no había advertido su graznido. Si él se hubiera dado la vuelta a tiempo para ver la expresión de su cara. Lo habría sabido. Lo habría sabido con toda certeza. El amor de Josette le salía por los ojos. Pero él seguía con la vista clavada en el jardín cuando el gesto de ella se congeló y luego recuperó su expresión neutra. Él estaba pensando: «Quizá pueda plantar un poco de hierba allí, en esa zona pelada. Quizá a ella le guste».

Josette quería fabricar un medallón utilizando diminutos abalorios facetados, pero hasta el momento solo había conseguido elaborar un círculo del tamaño de una moneda de diez centavos. Snow estaba atareada en unos mocasines, y también con un edredón en el que ayudaba a su abuela a coser tiras de vez en cuando, solo para ver el rápido progreso de la labor. Tenían una tabla de cortar suave, un cúter de tela con la cuchilla muy afilada y una gran guía de telas de plástico. Cortar largas tiras de tela con una sola pasada del cúter resultaba muy satisfactorio. La señora Peace revisaba, como hacía una y otra vez, sus cajas metálicas repletas de cartas y documentos. Le sorprendió recibir una respuesta extremadamente cordial de la asociación histórica, que había cambiado varias veces de nombre y dirección a lo largo de los años. El presidente prometió estudiar el caso de la primera LaRose.

—Gracias a esa ley —quiso saber Snow—, los museos deben devolvernos nuestras cosas sagradas, ¿verdad? Y nuestros cuerpos. Tumbas nativas y repatriación. Hice un trabajo sobre ello.

—Qué macabro —dijo Josette, persiguiendo con una aguja las diminutas perlas por la tapa de un bote.

Snow ni siquiera subrayó las palabras como en el último cuestionario de vocabulario, porque ahora siempre empleaban palabras interesantes. Eran conocidas por ello.

—Quiero recuperarla —murmuró la abuela—. Puede descansar abajo de la colina con su familia. Conseguiremos para LaRose su propio farolillo.

—Oh no. Tengo que arrancar esto otra vez.

Josette se desplomó y apoyó la cabeza en la mesa, junto a la lata de puros llena de abalorios.

—¿Cómo es posible que se me dé tan mal esto? ¿Qué clase de india soy?

Se enderezó y tiró el círculo de plástico y entretela con el diminuto círculo de cuentas cosidas de forma irregular.

—No hagas eso —dijo Snow, recuperándolo—. Vas a perder la aguja. La abuela se sentará encima.

Snow cogió la labor de abalorios de su hermana, levantó las cuentas con la punta de la aguja y rápidamente comenzó a unir las hilas, añadiendo hileras circulares de color cobre, dorado y verde. Aliviada, Josette contempló cómo el círculo iba creciendo.

—Qué bien se te da bordar con bolitas —dijo tranquilamente—. Me gusta mirarte.

—Has elegido perlas duras —explicó Snow—. De cristal 13S.

Josette acarició los nuevos círculos de su hermana.

—Tan perfectos. Me revienta.

Snow agitó el círculo hacia ella y Josette se retrajo.

—¡Sigue! ¡Por favor!

Snow retomó el medallón, que ahora tenía el tamaño de una moneda de veinticinco centavos.

Cuando hubo bordado un par de hileras más, miró a Josette y le preguntó para quién era el medallón. Josette no respondió. La máquina de coser chirrió cuando la señora Peace pisó el pedal con su pie en zapatilla.

—¿Papá? ¿Coochy? ¿LaRose?

—Muchas gracias —dijo Josette a su hermana con la mano extendida—. Ya me lo puedes devolver.

—¡Ay, qué maja! Va a ser una sorpresa para mí. —Snow sostuvo el medallón fuera del alcance de Josette—. Pero ¡qué buena hermana eres! ¡Haciéndome un regalo! Eres un sol. ¡No me lo merezco!

—Por supuesto que no —gritó Josette—. ¡Devuélvemelo!

—¿Es para Hollis?

Josette le quitó el medallón de las manos y se pinchó el dedo. Se puso a bordar otra vez; luego soltó el medallón y se llevó el dedo a la boca.

—Mira, por tu culpa lo he manchado de sangre.

—Ooh..., un filtro de amor de los antiguos.

—¡Un filtro malo!

La señora Peace levantó el pie del pedal de la máquina de coser. Cortó el hilo con el cúter.

—No se mancha con sangre de una mujer las pertenencias de un hombre —dijo.

—Mmm. —Snow arqueó las cejas hacia Josette—. *Miigwech* por compartir esa sabiduría, *nokomis*.

—Entonces, abuela —dijo Josette, metiendo y sacando la aguja con dificultad—, yo creía que solo mi sangre lunar podría lastimar las cosas de un hombre. Pero ¿es toda la sangre que hay en el cuerpo de la mujer?

—Oh, ¿qué voy a saber yo? —La señora Peace se encogió de hombros—. Yo era maestra en escuelas del hombre blanco. Nuevos usos tradicionales aparecen todo el tiempo. Tiene gracia. Sam le dice a Malvern que debería llevar falda a las ceremonias para que los espíritus sepan que es una mujer. «De acuerdo», le responde Malvern, «en cuanto tú te pongas un taparrabos o dejes tu pito fuera para que los espíritus sepan que eres un hombre. Y ya puestos, vosotros los hombres, deberíais volver a usar arcos y flechas e ir a pie a todos los sitios». ¿Las tradiciones? Deberíais preguntárselo a Ignatia-iban, pero ya está en el mundo de los espíritus.

La señora Peace dijo esto último con vehemencia y agitó el brazo hacia la ventana, como si Ignatia estuviera de vacaciones pasándoselo en grande.

—Así que un medallón para Hollis —dijo Snow—. ¿Significa eso...?

—¿Que hayamos hablado de esa forma? No. Pero tal vez yo quiera hacerle algo especial. ¿Tienes un problema con eso?

—Claro que no —respondió Snow—. A ver, deja que te ayude a poner el siguiente color.

De nuevo Josette entregó su labor y observó cómo su hermana mayor enderezaba las bolitas y añadía más.

—¿Podemos poner una película, abuela?

—¿Tenéis una de esas películas de gente mecánica?

—Estamos superemocionadas —explicó Snow—. Hemos encontrado *Terminator* en el expositor de gangas.

La señora Peace gorjeó de placer.

—«Venga, alegradme el día».

—Eso es de Clint Eastwood —dijo Snow—. Él hace de tíos de verdad. Y es superviejo.

—No para mí. Es solo un cachorro.

—También te gusta Arnold.

—¿Sale Arnold en la película? «Volveré».

—¡Sí!

Recitaron los diálogos y no tuvieron que levantar la vista para verla, aunque en los momentos claves echaban un vistazo a la pantalla y, meditabundas, pasaban las hebras por la marcada y rayada pastilla de cera de abeja. La cera fortalecía el hilo.

—No te olvides de cometer un error —dijo Snow a Josette—, ya sabes, para dejar que salga el espíritu.

—Solo el Creador es perfecto —dijo Josette obedientemente—. ¿Crees que sangrar en mi labor de abalorios es suficiente error? ¿O que haya dos filas desalineadas?

Snow examinó el medallón.

—Has cumplido de sobra con el Creador —dijo devolviéndole el medallón.

—Qué alivio. —Josette levantó dos dedos—. Gizhe Manidoo y yo. Estamos así otra vez.

—Tengo una pregunta que me ronda la cabeza —dijo su abuela—. ¿Con cuál de sus maridos está bailando Ignatia-iban en el mundo de los espíritus?

—¿Por qué habría de escoger a uno de sus maridos cuando tiene a tantos maridos de otras señoras donde elegir? —opinó Josette.

—Por no hablar de los solteros —añadió Snow.

—Tuvo unos cuantos —asintió la señora Peace.

Josette y Snow intercambiaron una mirada.

—Oh, yo no —dijo la señora Peace—. Siempre fui fiel a vuestro abuelo.

Se quedaron calladas, tanto por respeto como por compasión. Aun así, Josette sentía curiosidad.

—¿Por qué has sido tan fiel?

—Oh, no es que yo fuera piadosa, es que me harté de ellos. De los hombres. Son desquiciantes. Ya lo veréis.

—Eso ya lo sabemos —dijo Snow, que todavía conservaba la sudadera de su novio luchador en una percha en el fondo del armario.

De camino a casa, Snow y Josette hicieron una parada para recoger a Maggie. Ya en casa, las chicas cruzaron la cocina llevándose zanahorias y salsa ranchera. Luego continuaron hasta su habitación con el cuenco. Snow echó el pequeño y endeble pestillo de la puerta y todas se sintieron en intimidad. Snow se sentó en la cama, con la elegancia de una cierva, enredó su larga melena entre sus dedos, se dobló sobre sus largas piernas y dio un mordisco a una zanahoria *baby*.

—¿Mmmmm? —Tenía la boca llena de zanahoria pero el gesto serio.

Maggie levantó la vista al techo. Snow y Josette habían actuado de modo extraño en el coche mientras venían, ni bromeaban ni se las veía cómodas. Algo les pasaba. Josette carraspeó, pero se puso a toser y cayó sobre la cama dando golpes, riéndose a carcajadas hasta que el ataque de risa terminó. Llevaba unos vaqueros ajustados. Se levantó de golpe, se los quitó y se puso un chándal. De modo que tal vez todo estaba bien. Pero de repente Josette habló:

—Oye, Maggie, ¿tú lo estás haciendo con Waylon?

—Bueno, sí —respondió Maggie, aliviada al ver que solo era eso.

—¿Sexo completo? —puntualizó Snow, para asegurarse.

—Eh... —contestó Maggie.

—Como hermanas mayores y protectoras tuyas... —dijo Josette.

—Eso es —dijo Snow.

—... queremos asegurarnos de que estás tomando precauciones. A ver, él se pondrá un chisme...

—¿En serio?

—En serio, tía.

—No —dijo Maggie.

—Si quiere ser tu amante, que se ponga un guante —dijo Snow.

—Si os va la pasión, nunca sin protección —dijo Josette.

—¡Si echáis un polvito, que se cubra el pito!

—¡Si tiene un subidón, ponle un condón!

Snow y Josette se estaban partiendo de risa.

—¡Dios mío! ¡Basta ya, chicas!

Maggie se cubrió la cabeza con una almohada y se alejó de ellas rodando.

Al cabo de un rato, Josette dejó de reír y le quitó la almohada.

—Además, eso no es todo.

Maggie refunfuñó y se tumbó bocabajo.

—Venga, confía en nosotras —dijo Snow—. ¿Sabes lo que hay que hacer?

—Claro —respondió Maggie.

—¿En teoría o en la práctica?

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a médicos, métodos, formas, ya sabes, de contracepción y todo eso.

¿Sabes cómo conseguirlos?

—Claro que no.

—Uy, cielo.

Snow y Josette se sostuvieron la mirada.

—Primero —comenzó Josette—, Snow y yo vamos a tener una pequeña charla con Waylon.

—¡No!

—Solo una conversación íntima. Tiene que saber que no vamos a dejar que se líe con nuestra hermanita sin saber qué debe usar. Después, tendrá que esperar y nosotras averiguaremos adónde hay que ir. Me refiero a que seguramente se consiga en el Instituto de Salud Indio. Hay una doctora que se desvive por proporcionar el método adecuado. No quiere que haya embarazos en los institutos. Además, ¿sabes los riesgos que corre? —¿Cómo dijo ella, una adolescente si tiene un hijo en un sistema de asistencia médica rural?—. Sí, eso fue lo que dijo. Fuimos a verla. Bueno, Snow lo hizo cuando estaba con Shane. Yo no. Yo no tengo una relación seria, ¿vale? Pero esta doctora viene de vez en cuando. Sabemos cómo conseguir que te vea. Tenemos que pensar en tu porvenir, Maggie. ¿Me oyes?

—Él ha tenido un montón de relaciones sexuales antes que contigo —dijo Snow—. Tienes que conseguir que se haga pruebas también.

—¡Dijo que solo tres veces!

—Vale, ¿puedes ver cómo me chupo el dedo?

Maggie se dio la vuelta y se rindió.

—¿Me puedo poner la inyección?

—Si quieres coger trece kilos.

—¿Y el «diyu»?

—¿De qué estás hablando?

—El «diyu».

—¿El diu?

Maggie asintió.

—Buf —exclamó Josette—. Empezamos desde abajo.

—Comodidad inigualable —dijo Josette—. Pero suelen darlo sobre todo a mujeres adultas.

—¿Y la píldora?

—¿Se te da bien tomarte pastillas?

—Sí —respondió Maggie—. Pero no quiero que las encuentre mi madre. ¿Y la

copa esa?

—Técnicamente, un diafragma. No es cien por cien seguro. Y tú no puedes permitirte un solo fallo con Waylon. Sus hermanos y sus tíos...

—De estériles no tienen un pelo —continuó Snow—. Estoy pensando que posiblemente la píldora. Puedes utilizar mi receta por ahora. Pero sé lista, con condón también, ¿eh? Siempre con condón.

—Eso es como más de cien por cien seguro.

—Estoy de acuerdo con eso —asintió Snow.

Hollis colocó las sillas, guardó diversas herramientas para cortar el césped, bates de plástico y objetos que estaban fuera de su sitio. Trajinaba presto y ligero, haciendo todo lo que le pedían. La fiesta ¡para él! Corría de un lado a otro. Recibía instrucciones. Una fiesta de graduación. Todavía no sabía cómo sentirse. Su rollo taciturno y lúgubre definitivamente estaba comprometido. Se sorprendió a sí mismo sonriendo. Su fiesta se celebraba el fin de semana antes de la graduación. Todo el mundo organizaba una fiesta entonces, o la semana siguiente, y todo el mundo también hacía la ronda. La fiesta de Hollis iba a tener lugar el domingo a última hora de la tarde, la hora perfecta para atraer a las personas cansadas tras salir la noche anterior y necesitadas de una sopa para la resaca y algo de comida, pero no el tipo de gente que se quedaría ahí toda la noche. Las fotografías de los graduados de último curso habían salido publicadas en el periódico. Todo el mundo sabía en qué casas se celebraban fiestas. Nunca se sabía cuánta gente podía acudir. Hasta el momento habían pedido prestadas diez ollas de cocción lenta y Emmaline había conseguido una caja de salsa barbacoa Famous Dave caducada.

—La salsa barbacoa nunca se pone mala, ¿verdad?

—¡Nunca!

Famous Dave era un héroe cultural, un famoso emprendedor de barbacoa ojibwa con una cadena de tiendas.

Emmaline había enchufado las ollas en cada enchufe de la cocina, había colocado los trozos de carne de ternera dentro, los había cubierto con la salsa y lo había puesto todo a cocer lentamente la noche anterior. El día de la fiesta todo el mundo amaneció oliendo al penetrante aroma a barbacoa. No era, en cierto modo, un olor para despertarse. Abrieron las ventanas. Landreaux separó la carne con salsa de barbacoa con dos tenedores y dejó encendidas las ollas. Por la tarde, estaría en su punto. Emmaline ya había preparado la sopa de albóndigas y la había congelado. Habría caldo de carne, que la gente mayor solía preferir.

Las malas hierbas, cortadas constantemente, ahora semejaban a césped, y había también hierba, grama y otro tipo de mala hierba imposible de exterminar. El jardín estaba repleto de mesas plegables de plástico, que Emmaline había tomado prestadas en su escuela. Había sillas de jardín, sillas de *powwow* y sillas plegables. A un lado

del jardín habían levantado un cenador de quita y pon que, según sostenía Emmaline, era una inversión. Habría otras cuatro fiestas de graduación, al fin y al cabo, en los años venideros. Josette extendió la sábana desgastada de Power Rangers de Coochy sobre la mesa de la comida, luego la retiró y dobló la sábana de nuevo.

No quedaba nada festivo.

Emmaline dijo que podían usar su sábana con estampado de flores.

Josette se sintió muy conmovida.

—Pero, mamá, la gente va a derramar un montón de cosas. Tu mejor sábana se va a estropear.

—La pondré en remojo después.

—No, utilizaré tu sábana para la mesa de las tarjetas y los regalos.

Josette dobló y volvió a doblar la sábana de sus padres, la extendió sobre la mesa de juego. Vistió la alargada y rectangular mesa plegable para la comida con su propia sábana lisa de color rojo morado. La salsa de barbacoa apenas se notaría en ella. Usaron la sábana de Power Rangers del revés en la mesa de ensaladas. Josette dio un paso atrás y ladeó la cabeza. Las mesas presentaban un aspecto elegante con las patas tapadas. Se imaginó dónde colocarían la comida. Las ollas de cocción lenta en la mesa morada, con alargadores conectados a otros alargadores que pasarían por la ventana de la casa, manteniendo la carne a fuego lento. El pan iría al lado de la carne en grandes cuencos de aluminio; los panecillos seguirían en sus envoltorios de plástico para mantenerlos tiernos. Había comprado los panes con semillas de sésamo. Un pequeño extra. También había ensaladas clásicas, de pasta, de lechuga y su propia y semifamosa ensalada de patata.

La víspera había tenido a Hollis y a Coochy pelando dos sacos de nueve kilos de patatas cada uno. Ella las había troceado y cocido, sin que se deshicieran. Había dejado que las patatas se enfriaran por la noche en grandes barreños y marinaran en aceite, vinagre, sal, pimienta y cebolla picada. Las había dejado en el sótano, encima de la lavadora, tapadas con paños de cocina limpios. Ahora Josette abandonó los preparativos y subió las patatas a la cocina. Con sumo cuidado fue incorporando mahonesa mezclada con suficiente mostaza como para darle un llamativo color dorado. Pero sin pasarse para que no tuviera demasiado sabor a mostaza. Cortó en pequeños dados dos tarros de pepinillos y también los añadió. Snow había hervido una docena de huevos y los metió en agua fría para evitar que las yemas se tornaran verdosas. Ahora vertían sobre la masa grumosa y amarilla de las grandes ensaladeras de plástico verde, naranja y azul, los huevos sazonados con un poco de pimentón. Josette pinchó una patata que sobresalía. Se la comió. Asintió a la ensaladera con una mueca sabia y pausada.

Después de que los chicos sacaran las neveras portátiles con los refrescos cubiertos de hielo comprado, la gran cazuela de arroz salvaje y la caja de cartón con los panecillos fritos, después de que se abrieran las jaleas de cereza silvestre y colocaran los cuchillos, las cucharas y los tenedores en tazas de café, después de que

se abrieran y dispusieran bolsas de plástico repletas de panes para hamburguesas y luego se sacaran las ensaladas de patata, cubriendo de nuevo las fuentes con paños de cocina, Josette y Snow trajeron las grandes tartas rectangulares. ¡Habían quedado tan bien! Las letras en relieve aparecían crujientes sobre el glaseado. El diploma se enrollaba a la perfección en cada extremo. Los remolinos tostados en el glaseado de camuflaje tenían el aspecto perfecto. Josette había conjuntado el diseño con el uniforme de Hollis sin que él lo supiera. Pero había cambiado las palabras. Había quitado el «A por ello». La tarta no llevaba palabras porque no había palabras.

Ella estaba haciendo un seguimiento de las unidades de Dakota del Norte: el Batallón de Ingenieros de Combate número 142 había entrado en Irak el 27 de abril. Estaba bastante segura de que su misión consistía en patrullar las carreteras en busca de los artefactos explosivos improvisados.

Snow y Josette colocaron las tartas al final de las dos mesas de comida, junto a un jarrón con lilas frescas. Había un gran cuchillo, servilletas y platos de cartón. Una pala para cada tarta. Dieron un paso atrás, comprobando todo con la mirada. No quitarían el protector de plástico de las tartas, ni las partirían, hasta que todo el mundo las hubiese admirado. Hasta que se cantara la canción de honor. Hasta que todos hubiesen pronunciado su discurso, felicitando a Hollis.

Los invitados estacionaron en el camino de acceso de tierra, luego en la hierba, luego en la no hierba y luego a lo largo de la carretera principal. Los chicos del instituto no paraban de llegar porque Hollis caía bien a todo el mundo y todo el mundo sabía que su familia celebraría una fiesta por todo lo alto con mucha comida. Llegaban con cajas de cerveza en el maletero y, en el caso de las chicas, con tarjetas de felicitación para Hollis. La señora Peace y Malvern llegaron en el viejo Oldsmobile granate de Sam Eagleboy. Zack acudió, no estaba de servicio. Bap trajo a Ottie, y Landreaux se apresuró en ayudar a desplegar la silla de ruedas de Ottie del maletero, acomodarlo en ella y llevarlo bajo el toldo en el jardín trasero junto a la gente mayor, donde podrían observar a la pululante juventud.

—No pongas a Ottie cerca de esas chicas tan guapas —dijo Bap—. Intentarán seducir a mi hombre.

Ottie le acarició la mano.

Los padres de los jóvenes llegaron. También venían sus hermanos pequeños, que se bajaron en tropel de los coches para abalanzarse sobre los aperitivos. Peter, Nola y Maggie caminaron hasta la casa. Peter estrechó la mano a toda la concurrencia tranquilamente. Buscó una silla plegable de jardín para Nola. Se sentaron juntos cerca del cenador, entre sol y sombra, en el extremo del jardín. Pronto el perro paseó sin prisa y se tumbó, acercándose poco a poco al tobillo de Nola hasta que lo rozó y ella dejó que se quedara. Había decidido acudir a la fiesta. Estrictamente hablando, no tenía sentido. No obstante había alguien ahí con el cuerpo, la voz y el nombre de Nola. Enseguida estuvo comiendo un plato de carne en salsa barbacoa con un cálido

perro a sus pies. Peter se enjugó el sudor de las sienes, mareado por el esfuerzo. Compartimentar en tan alto nivel resultaba agotador. Pero Landreaux lo había invitado, sin decir ni una palabra sobre lo que había ocurrido. ¿Se trataba de algún tipo de rollo tradicional de Landreaux o significaba simplemente que la vida debía continuar? Maggie dejó su tarjeta de felicitación con el cheque de veinticinco dólares en la cesta de Hollis. Después, se dirigió detrás de las mesas para ayudar a sus hermanas a servir la comida. Al cabo de un rato, Nola divisó al chico fornido que ahora les ayudaba a veces en la granja. Waylon estaba junto a su hija. Se inclinó y dijo algo. Maggie levantó rápidamente la vista hacia él y dejó la cuchara.

«Ya veo», pensó Nola. «Entiendo».

Se comprendía a sí misma y, en cierto modo, comprendía a su hija.

Romeo apareció en la fiesta. Quizá había aparcado carretera abajo o había conseguido que alguien lo llevara. Se sentó con la gente mayor. Sam Eagleboy hablaba de Misión Cumplida. Romeo dijo que Bush tenía buen aspecto vestido con el mono militar, después su voz cambió. Una madre hopi había sido la primera en morir. ¿Dónde estaba el reconocimiento del sacrificio? ¿La humildad?

Los ancianos lo miraron detenidamente y asintieron.

—Una guerra de cien días —dijo Romeo.

De pronto sintió como si fuera a desfallecer. Qué extraño. Se levantó y caminó como un fantasma hasta el extremo del jardín y se quedó ahí mirando la profundidad del bosque verde. «Ese es nuestro hogar», pensó, «de donde venimos. Y ahora vivimos por todo lo alto. Y nuestros muchachos combaten nuevamente por lo que solía ser la bandera enemiga. No hace falta andar buscando ironía o carne. Hay ollas llenas, y toda esa otra comida. Allí está Landreaux, al que por poco consigo que maten, así que debo contentarme con eso. Y Emmaline, que sabe que casi mato a su hombre, por lo que ya jamás me amaré. Pero Hollis, Hollis, lo mejor que hice fue dejarlo marchar. Pero ahí está, hecho todo un hombre, y yo atravesando mis días hasta hace poco, cuando he tomado conciencia. Demasiada conciencia. Mi trabajo está sacando provecho de mí. Y, curiosamente, el dolor en el cuerpo cuando me muevo comienza a remitir. Como si hubiese descarrilado desde que Landreaux cayera sobre mí y, al arrojarme por las escaleras de la iglesia, comenzara a encarrilarme otra vez».

Pues Romeo se había levantado de los escalones de la iglesia, se había levantado como un muerto y había caminado solo, sin dolor, sin su viejo y familiar enemigo, colina abajo. Así como transcurrían los días, las magulladuras fueron sanando. No habían dolido mucho, bueno, porque todavía le quedaba alguna prescripción médica, pero después^[31].... Necesitaba cada vez menos. Después, apenas nada. Algo asombroso; era como si sus huesos se movieran lentamente dentro de él hasta volver a su sitio. Más de treinta años atrás, Landreaux se había precipitado del pilar de un puente en Minneapolis; al aterrizar brutalmente, había aplastado el costado derecho de Romeo. Dos semanas antes, Romeo se había arrojado por un tramo de escalera

endemoniado y había aterrizado en el costado izquierdo. Entonces se había levantado y había sucedido el milagro, rotundo. No había ningún testigo de ello, nadie para sentir lástima por él y, por desgracia, nadie para quedarse profundamente impresionado. De alguna manera la caída no lo había matado sino que lo había arreglado, colocando todo de nuevo en su sitio. Esa fue la sensación que tuvo. Había ocurrido una misteriosa alineación interior. Romeo se sentía cada vez más sosegado en el centro de su ser. Incluso podía mantener el equilibrio con los ojos cerrados, señal de un escalador sano.

Tras pasar por delante de él, rodear a los ancianos sin percatarse de que ellos o su madre los habían visto, solo pendientes de sí mismos, Maggie se escabulló en el bosque con Waylon.

LaRose recibió como regalo una pluma de águila y una concha de abulón con una pelota de salvia que desprendía humo. El chico dio una vuelta tiznando la comida. Extendió el humo sagrado sobre las ollas eléctricas, los guisos, las tartas, las mesas y la cesta de las tarjetas. Se dirigió adonde se encontraba la gente mayor, que llevó el humo por encima de sus cabezas, al igual que sus hermanas y Hollis. Después, la salvia se convirtió en ceniza. LaRose preparó un plato con un poco de todo, incluidas una esquina secreta de tarta y una pizca de tabaco. Bordeó el jardín, se adentró entre los árboles y dejó el plato ante un abedul. Se quedó de pie junto al árbol, escrutando entre las hojas hacia el lugar donde había ayunado, donde Dusty y todos los demás lo habían visitado. LaRose no sabía qué decirles, si es que estaban ahí. Bueno, los trataría como a gente corriente.

—Estáis todos invitados —dijo con voz normal.

Cuando regresó, el jardín alrededor de la casa aparecía atestado de gente charlando, platos repletos de comida y risas y más risas, bueno, como correspondía a un grupo de indios. Había tanta gente comiendo que todas las sillas estaban ocupadas, después también los peldaños de la escalera trasera y de la principal. Habían extendido toallas sobre los coches para que las chicas no se mancharan sus elegantes faldas con la suciedad de los vehículos. La gente conversaba de pie sujetando platos de comida, y sin dejar de comer porque la comida era de primera. Todo el mundo lo decía. De primera. La gente también traía cosas. Hogazas de pan. Bolsas de patatas fritas. Salsas. Galletas.

Cuando llegó el momento de la tarta, Landreaux pidió a Hollis que se acercara. Entonces Hollis se metió entre los invitados, cruzó hasta el extremo del jardín y se detuvo ante Romeo.

—¿Sí? —dijo Romeo.

Hollis lo cogió del brazo.

—¿Yo?

—Ven.

Mientras Hollis acompañaba a Romeo para que se situara ante las tartas, Romeo lo supo, ¡lo supo! Estaba escrito en su vida que algún día estaría en las nubes. Ahí estaba ahora, flotando hasta la cabecera de la fiesta. Todo pasaba por su lado lentamente. Podía ver cada detalle. Las camisetas remetidas. Las chicas con sus alegres vestidos, amarillos y rosas. Y ahí estaba él, pasando por delante de ellos junto a su hijo, un hombre normal. No daba ni un solo tumbo. Delante de las mesas, se mantuvo erguido, alineado desde la planta de los pies hasta la punta de la cabeza, junto a su hijo, sin encorvarse. Aunque Romeo lo percibió con fuerza. Arraigado, estaba arraigado ahí mismo. Sonreía, quizá, y se llevó la mano a la cara para comprobar si era verdad.

Normalmente, llegado ese momento, habrían pedido al padre Travis que dijera alguna oración. Nadie pensó en pedirselo al nuevo párroco. La gente estaba resentida porque les habían asignado un cura llamado padre Bohner^[32]. Era como, ¿a qué otro sitio podían enviarlo si no? Y tampoco se le podía llamar padre Dick^[33]. No estaba bien.

Emmaline se hallaba en pie al otro lado de Hollis. Tenía los ojos puestos en Landreaux con una mirada neutra, no especialmente cariñosa, pero tampoco con la amarga impaciencia habitual. Josette lo advirtió.

Landreaux cantó una canción de honor. Su voz sonó inocente y expresiva. Como siempre, su voz conmovió a la gente. Después, pidió a Romeo que dijera unas palabras.

Lo que tocaba en ese instante era hablar con el corazón. Romeo se quedó petrificado. La gente siempre decía «habla con el corazón». ¿Qué significaba eso? ¿Hablar con el aplastado pellejo, el zapato muerto, el trozo de carne barato que latía en su pecho? ¿Hablar con la vieja ciruela pasa de esperanzas mutiladas? Pues entonces, sé breve. Romeo pestañeó presa del pánico. Dio unos torpes pasos hacia delante y se llevó la mano a la mandíbula.

—Cuando él... —Romeo asintió a Landreaux—. Entonces yo... —Romeo asintió hacia Hollis—. No he sido un gran padre —continuó Romeo—. Yo... No he sido una gran madre. Hay personas que no tienen elección. —Su voz fue cobrando más fuerza.

»No tienen más elección que ser humildes —prosiguió—. Porque yo no sé hacer las cosas bien. Solo cojo lo que veo. Yo soy así. Así que Emmaline... —Romeo agachó la cabeza en dirección a Emmaline.

»Así que Emmaline y mi vieja profesora, mi joven profesora, jaja, la señora Peace ahí sentada... y Landreaux... acogieron a mi niño y lo criaron. Y aquí está. Todo un graduado. —La laringe de Romeo se estrechaba. Cerró los ojos—. No tengo mucho que ofrecer como persona. La gente dice que soy un desperdicio, y eso siendo generoso. Pero para mí fue una sorpresa conseguir un empleo este año. Y una sorpresa todavía mayor conservarlo. Y ahora, por favor, que no os dé un ataque del susto, pero he metido el dinero en el banco.

Romeo buscó en el bolsillo trasero y sacó un talonario de plástico marrón. Lo

sujetó con las dos manos y se inclinó hacia delante en una ceremoniosa reverencia. Ofreció el talonario a Hollis, que lo aceptó sorprendido.

—Hay tres mil dólares ahí —dijo a Hollis—. Yo llevo una vida humilde. Así que aquí tienes para comenzar en la universidad. Deja la Guardia Nacional, hijo.

Hollis dio un paso adelante, rodeó a Romeo con los brazos y ambos se fundieron en un abrazo. Romeo oyó cómo la gente aplaudía.

«Pues hay que joderse», pensó Romeo, cuando terminó el abrazo y dio un paso atrás. Sus ojos iban a reventar.

—Su madre estaría tan orgullosa —dijo Romeo de repente en voz alta y abriendo los brazos de par en par.

Hollis miró a su padre con gesto serio.

—¿Quién era?

—Carisma con «K», Lee con «i». Karisma Li.

—¿Karisma Li? Eso suena a... —Hollis estuvo a punto de decir el nombre de una bailarina exótica, una estríper, pero se calló, perturbado.

—Sí —dijo Romeo—. La perdí por un programa de doctorado en la Universidad de Michigan.

—Vamos a comer la tarta —intervino Josette, tocando el brazo de su madre—. Se acabaron los discursos.

—¡Espera!

Sam se acercó despacio sujetando una pluma de águila. Era una pluma de cola de águila dorada y madura, y llevaba en la base un adorno de perlas y flecos de cuero.

—La pluma más hermosa que he visto jamás —siseó Malvern—. Sam bailó la danza del sol con esa pluma. Ha adornado esa pluma para Hollis.

Sam se detuvo frente a Hollis y dijo una oración en ojibwa. Todo el mundo hizo callar a todo el mundo. Las personas que entendían ojibwa no podían oír, pero ahora Sam se dirigía directamente a Hollis. LaRose aguzaba el oído todo lo que podía.

Mientras escuchaba, la nebulosa sensación de estar con esa otra gente se apoderó de LaRose y notó cómo salían del bosque. Avanzaron y se detuvieron detrás de él. Percibió su compasión y curiosidad. A medida que notaba cómo se iban acercando, LaRose advirtió que los colores de las ropas que vestían las personas vivas iban cobrando más intensidad y luz. Sin embargo, escuchó perfectamente cada palabra que pronunció la otra gente, aunque en conjunto no era más que un murmullo. Observó cómo se acercaban y se separaban unos de otros, fruncían el ceño o reían, en una danza de banal felicidad que no cesaba de avanzar y desvanecerse en cuanto sucedía, y avanzaba otra vez. Más personas transparentes emergieron de entre los árboles y se quedaron con los demás. Dusty quería un poco de tarta. LaRose le dijo que adelante, y el muchacho avanzó y se sirvió un trozo. Nadie reparó en Dusty, salvo el perro, y quizá la madre de Dusty, que se volvió en su dirección y sonrió de un modo desconcertante. La mujer de antaño con la pluma en el sombrero dijo:

—Espera. Van a recibir un paquete y serán mis huesos pulidos por el tiempo.

Ignatia caminaba despacio, pero ahora sin oxígeno. Dos mujeres que no recordaba dijeron con tono divertido:

—Esa Maggie, cuidado con ella.

Otros hablaron de cómo Hollis y Josette formaban una bonita pareja, y de que Ottie les había dicho una noche que aguardasen en la cancela. Que no tardaría mucho en ir. Solo había que mirarlo. Estaba de camino. Se sentaron en sus sillas hechas de aire y abanicaron sus rostros con hojas transparentes. Hablaban en ambas lenguas.

—Te queremos, no llores.

—La tristeza se come el tiempo.

—Ten paciencia.

—El tiempo se come la tristeza.

Josette sirvió el primer trozo de tarta y alzó el plato.

—Esta es la tarta más hermosa que he visto jamás —dijo Hollis, con voz emocionada.

—¡Espera! ¡Espera a oír la canción de la tarta!

—Oh, no —suspiró Josette—. ¿Una canción de la tarta?

Era Randall, que llegaba tarde, pero se abrió camino hasta la primera fila para situarse junto a Landreaux. Llevaba un tambor de mano y lucía una enorme sonrisa. Randall y Landreaux se pusieron a entonar una canción sobre lo dulce que estaba la tarta, repleta de la misma dulzura que la vida que aguardaba a Hollis, como el amor que todo el mundo sentía por Hollis y el amor que Hollis sentía por su gente. Fue una canción interminable y Hollis permaneció ahí delante de todo el mundo, sintiéndose un poco ridículo, con su trozo de tarta en la mano, asintiendo con la cabeza, muy serio pero colmado de la felicidad del momento y de la dulzura, aunque algo empalagosa, y sonriendo con la canción.

—De todas formas —dijo Josette mientras rodeaba la mesa sujetando todavía la pala para tarta—, ahora puedes dejar la Guardia Nacional, ¿no?

—De ninguna manera —dijo, sorprendido—. He firmado los papeles.

—Oh, Hollis.

Josette miraba al frente, en pie junto a él, y su voz era la voz de una mujer.

Agradecimientos

Rita Gourneau Erdrich, mi madre, se refirió a una familia ojibwa que permitió que un hijo suyo fuese adoptado por unos padres que habían sufrido la pérdida de un hijo: un acto contemporáneo que reproduce una antigua forma de justicia. Gracias, mamá. Gracias, papá, Ralph Erdrich, por treinta y cinco años de ejercicios de la Guardia Nacional. Gracias, Persia, por enseñar una inmersión ojibwa a una nueva generación de LaRose; Pallas, por tus minuciosas lecturas y constantes ánimos; Aza (ver más abajo), y Kiizh, *Nenaa'ikiizhikok*, Mujer Cielo, por arreglar nuestro mundo tranquilamente. Gracias, Richard Stammelman; doctor Sandeep Patel; James y Krista Botsford; Brenda Child; David Gizinski; Preston McBride; Jin Auh; Terry Karten, mi editora, y Trent Duffy, mi editor de mesa.

Mi abuelo Patrick Gourneau, *Aunishinaubay*, fue al internado indio de Fort Totten y a la escuela india de Wahpeton. Durante toda su vida escribió con su pulcra y hermosa caligrafía. Aza Erdrich utilizó su letra del internado cuando diseñó la portada de este libro. Al hacerlo, nos conectó a todos nosotros con su bisabuelo y su tía abuela, nuestra antepasada, la primera LaRose.



LOUISE ERDRICH (Little Falls, Minnesota, Estados Unidos, 1954). Es descendiente de una tribu india americana, aunque también es de familia alemana. Pertenece a la generación de escritores de ascendencia india que han protagonizado lo que la crítica ha llamado «el renacimiento nativo-americano» y ha sido finalista de premios tan importantes como el Pulitzer.

Sus obras incluyen novela, ensayo, literatura infantil y antologías de relatos, en los que es una consumada maestra, lo que demuestra el premio O. Henry Award de cuento que recibió en 1987.

Mercedora de una Beca Guggenheim, Erdrich ha ganado galardones como el World Fantasy Award o el Scott O'Dell.

Notas

[1] Poema escrito por el poeta inglés William Ernest Henley (1849-1903) en 1875, publicado por primera vez en 1888. Nelson Mandela guardó este poema en un trozo de papel durante todo el tiempo que estuvo en prisión, lo que le ayudó a superar las adversidades. *(N. de la T.)* <<

[2] Se refiere al verso «In the fell clutch of circumstance» del poema *Invictus*. (N. de la T.) <<

[3] Big Chief es una marca de cuadernos y libretas escolares muy populares en Estados Unidos que muestran en la cubierta a un jefe indio con penacho. *(N. de la T.)*

<<

[4] Búfalo blanco. (*N. de la T.*) <<

[5] Las «doncellas de hierro»; también alude al grupo californiano de *heavy metal*, formado solo por chicas como tributo a la banda de *rock* británica Iron Maiden. (N. de la T.) <<

[6] En referencia a *Snow*, que significa «nieve» en inglés. (N. de la T.) <<

[7] Restaurante de comida rápida. (*N. de la T.*) <<

[8] Powwow: ceremonia india. (N. de la T.) <<

[9] Rojo: se refiere a un estado de mayoría republicana. (N. de la T.) <<

[10] Azul: se refiere a una zona de mayoría demócrata. (N. de la T.) <<

[11] «All is calm, all is bright»: letra de la versión inglesa del villancico *Noche de Paz*.
(N. de la T.) <<

[12] Lyman Frank Baum (1856-1919) fue un escritor estadounidense de libros infantiles, famoso sobre todo por *El maravilloso mago de Oz* (1900). También fue editor de un periódico local en Dakota del Sur donde residía, el *Aberdeen Saturday Pioneer*. (N. de la T.) <<

[13] *Dead Custer*: «Custer muerto», en referencia al general del 7.º Regimiento de Caballería que lideró la histórica batalla de Little Big Horn contra los indios en 1876, donde murió junto a sus soldados. (*N. de la T.*) <<

[14] SAT: Scholarship Aptitude Test, una prueba de admisión universitaria de reconocimiento internacional. (*N. de la T.*) <<

[15] Analgésico a base de acetaminofén y propoxifeno (narcótico). (*N. de la T.*) <<

[16] En castellano en el original. (*N. de la T.*) <<

[17] *Boring* significa «aburrida» en inglés. (N. de la T.) <<

[18] *Sterling* también significa «excelente y de toda confianza». (N. de la T.) <<

[19] Rummy: apodo dado a Donald Rumsfeld, secretario de Estado bajo el gobierno de George W. Bush entre 2001 y 2006. (*N. de la T.*) <<

[20] *Hogan*: choza tradicional de los indios navajos, hecha de troncos y barro, redonda y con la puerta orientada al este. (N. de la T.) <<

[21] L. B. J.: Lyndon Baines Johnson (1908-1973), conocido por sus iniciales, fue presidente de los Estados Unidos tras la muerte de John F. Kennedy de 1963 a 1969. (N. de la T.) <<

[22] LOL: expresión de moda que significa «Laugh Out Loud», algo como partirse de risa. (*N. de la T.*) <<

[23] *Pierogi*: plato típico polaco que consiste en una especie de empanadillas rellenas.
(N. de la T.) <<

[24] *Squaw*: originalmente designa a la mujer india, pero hoy día tiene una carga peyorativa. (N. de la T.) <<

[25] En castellano en el original. (*N. de la T.*) <<

[26] Misil balístico intercontinental con ojiva nuclear. Durante la Guerra Fría, Estados Unidos instaló en las grandes praderas unos mil misiles, de los que todavía quedan cientos. (*N. de la T.*) <<

[27] Cheryl Tiegs es considerada una de las primeras *top model* a nivel mundial. (N. de la T.) <<

[28] Pluto: nombre en inglés del planeta Plutón. (*N. de la T.*) <<

[29] Guerreras en inglés es *Warriors*. (N. de la T.) <<

[30] Conocido periodista de la CNN. (*N. de la T.*) <<

[31] En castellano en el original. (*N. de la T.*) <<

[32] Juego de palabras con *boner* que significa «erección». (N. de la T.) <<

[33] *Dick* en argot significa «polla». (N. de la T.) <<